

EJ.5

UNIVERSITY OF
WISCONSIN
MADISON

F

REPUBLICA DE COLOMBIA

*Carta
Bogotá, Julio
1911*

La Guerra en el Tolima

1899-1903



APUNTES, DOCUMENTOS
Y RELACIONES DE LA CAMPAÑA

RECOPIADOS POR

“EL COMERCIO” DE BOGOTÁ

El producto líquido de este Libro está
destinado a las familias de los Generales
Aristóbulo Ibáñez y Ramón Chaves

BOGOTÁ — 1904

IMPRESA DE VAPOR. CALLE 10, NÚMERO 168

Administrador y Corrector, Belisario Guervo Angel

UNIVERSIDAD
EAFIT

Biblioteca
Sala de Patrimonio Documental



LA GUERRA DE 1899

Para emitir juicio sobre los hechos cumplidos en la vida de un pueblo, importa conocer las causas que los hayan engendrado. Así como en el mundo físico la ciencia rechaza la hipótesis de la generación espontánea, en los actos humanos tampoco puede otorgársele cabida. El espíritu de las colectividades no marcha á la suerte, cual si solo el capricho fuera su director, y un partido político no apela á la guerra civil sin poderosos motivos que á ello lo determinen. Porque los hombres aman su vida, su riqueza, sus vínculos de familia, la tranquilidad de su alma, y á todos esos bienes no renuncian por el mero placer de combatir.

Severo es el juicio que merecen á sus contemporáneos y á la posteridad quienes echan mano á la espada como medio de reivindicar el derecho ; pero con mayor severidad debe recaer sobre los que han cerrado todos los caminos de la concordia y han impuesto la necesidad del sacrificio. Dura cosa escribir páginas enteras con sangre humana, pero que vaya á cargo del opresor, no del oprimido ; que afecte la cuenta de los que imponen el yugo del despotismo,

no la de quienes—á fuer de seres sensibles—concentran sus energías en la obra de redención.

Ninguna de nuestras contiendas civiles ha sido más larga y encarnizada que la de 1899 á 1902. La Revolución liberal peleó las batallas con un empeño rara vez igualado y nunca excedido. Parecía como si la inmolación de sus huestes hiciera germinar otras nuevas que reemplazaran las que el día anterior fueron vencidas. Era el soplo de la justicia de una causa, procurando nuevos defensores al derecho. Tres generaciones de hombres mezclaron su sangre y confundieron sus huesos; hicieron de su miseria un orgullo; de su valor una cualidad ordinaria; de su desgracia un timbre de nobleza. Cuando así se lucha, preciso es confesar la existencia de móviles muy altos, porque nadie va, como carnero en rebaño, á ofrendar su vida por una causa que no le merezca la más intensa afección. El convencimiento inteligente y la exaltación de los espíritus sinceros forman los héroes y los mártires, que como en la última guerra, desfilaban por legiones á presencia de su enemigo victorioso.

Los militares del Gobierno salían de las ciudades provistos de armas, equipos y dinero; llevaban como trincheras á centenares de infelices conscriptos que representaban la enorme fuerza de las masas inconscientes, y de sus campañas—más ó menos heroicas, más ó menos largas—volvían á sus hogares para recuperar las fuerzas perdidas. Sus impedimentas no escaseaban en los elementos que hacen soportable la vida del soldado; tenían ejércitos que acampaban en las principales ciudades, fecundas en recursos; y á los puertos de la República llegaban de continuo las telas con que habrían de

renovar sus vestidos y los elementos con los cuales iban á combatir.

Los militares de la Revolución, por el contrario, salían desprovistos de recursos; ingresaban en guerrillas que, acosadas por la persecución, nunca disponían del tiempo necesario para organizarse; los despoblados eran los lugares habituales de su vida; las armas, iban á tomarlas al enemigo; los pertrechos, de él debían obtenerlos. Esto pasó al pie de la letra, en todas las fuerzas que tuvo la Revolución Liberal en Cundinamarca y en el Tolima.

Siendo así, como en realidad es, lo que dejamos dicho, causa pasmo que por tres años se sostuviera la guerra en forma activísima, pudiendo decirse, sin riesgo de hipérbole, que el sol de cada día alumbró un nuevo combate.

Vino luego el desastre final, y el arrojo de los lidiadores se tornó en el valor sereno de las víctimas. Guerreros á quienes la muerte respetó en cien combates, cayeron en los patíbulos bajo el fuego certero de un enemigo implacable. El genio del exterminio dominó sin contrapeso alguno el ánimo de los vencedores, y la República entera se convirtió en un inmenso templo á la crueldad.

En tanto que eran segadas las vidas con furor inhumano, la riqueza nacional desaparecía en la trágica hoguera. Siendo los liberales la parte débil, sobre ellos cayó principal, por no decir exclusivamente, el peso de la ruina. Los adictos al Gobierno recibían en pago de sus servicios pingües recompensas, é indemnizaciones cuantiosas por los bienes que perderían á manos de los revolucionarios: la plancha litográfica á todo proveía con munificencia antes no imaginada. El Gobierno decretó que sus fuerzas vivirían con los bienes de los des-

afectos en los lugares que ocuparan; y por desafectos no sólo eran considerados los combatientes, sino los ciudadanos pacíficos que pertenecían al Partido Liberal. Por de contado que las fuerzas gobiernistas cumplían la consigna leal y fielmente; y en la capital de la República se estableció por el Dr. José Vicente Concha el sistema de sitio á las casas de los liberales, sistema que consistía en recluír á las familias—hombres, mujeres y niños,—privándolas de alimentos, mientras no pagara el jefe del hogar la contribución semanal de guerra que se le hubiera asignado.

La guerra tomó un carácter de inaudita barbarie. El Derecho de Gentes fue olvidado; los preceptos del Cristianismo cobijados quedaron con el olvido. Por eso la guerra de 1899 á 1902, marcará época en los anales de nuestra vida nacional, é importa acopiar los datos que puedan servir al futuro historiador para determinar cuál es la responsabilidad de los partidos políticos de Colombia en tales acontecimientos.

En el presente estudio, que va como introducción al relato de la guerra en el Tolima, queremos dejar consignados los hechos y sus comprobantes. Algunos serán como antecedentes que permitan apreciar el estado de alma del país y del Partido cuando la revolución armada estalló. Otros son documentos importantes sobre actos cumplidos en el curso de la lucha, que servirán para dar luz sobre ciertos caracteres, y dejarán fijados los elementos definitivos de los juicios históricos. Dejaremos de preferencia la palabra, y casi exclusivamente, á los hombres del Partido Conservador. Así no podrá decirse que los conceptos condenatorios salgan de labios apasionados, porque del cam

po adversario vendrán, y en tal virtud, por ningún motivo son tachables.

*
* *

El sistema regenerador, del cual fue el Dr. Núñez el verbo, la carne y el espíritu, alcanzó su triunfo definitivo en 1886, y desde entonces quedaron reducidos á la nada los derechos políticos del Partido Liberal. Sus periodistas, uno en pos de otro, desaparecieron de la lucha civilizada de las ideas, para salir camino del destierro ó en vía de los calabozos á donde su adversario, con falta de hidalguía, los arrojaba. El derecho del sufragio, trocado en sangrienta burla, jamás permitió la representación auténtica del país en las Cámaras legislativas. La palabra, muerta quedó en los labios de los tribunos, porque la fuerza con no disfrazada brutalidad impuso el silencio en toda la extensión de la República.

Tanto se extremó el sistema del absolutismo político, que un hombre saliente del Partido Conservador, el General Marceliano Vélez, dijo en frase vehemente que la Regeneración se había convertido en *farsa de charlatanes*, según profecía del Dr. Núñez. En idéntico sentido hablaron muchas personalidades que formaban en las filas de los vencedores en 1885, y aun sobre ellos llegó á ejercitarse la venganza oficial que castigaba implacablemente cuanto no fuera la alabanza á los gobernantes.

Con todo y ser muy reducido el campo de acción que á los partidos opositoristas se dejaba, el Liberalismo continuó la propaganda pacífica. En 1895 no quiso el Partido embarcarse en aventuras bélicas, y el movimiento de ese año, que fue un estallido de desesperación,

debió advertir á los dueños del poder la insania de su espíritu y los peligros que para la Nación traía el régimen imperante.

A tiempo que los derechos políticos estaban absolutamente nulificados, la falta de honradez en el manejo del Erario apareció con escándalos inolvidables en la historia de esta nacionalidad. *Las emisiones clandestinas* conmovieron el espíritu de los hombres honrados, y la Regeneración que había sido tiránica é inepta, fue, por añadidura, megalómana.

Era un acervo inmenso de procedimientos no honrados, y la corrupción administrativa imperaba lo mismo en las salas de los Ministerios que en los más humildes despachos parroquiales.

Los partidos opositoristas, valiéndose de las escasas armas legales que en sus manos había dejado el Gobierno, cumplían sólo una propaganda de paz, tanto más noble cuanto era mayor el espíritu de exclusión que predominaba en el círculo oficial. Pudo verse entonces cómo, á la falta de honradez en el manejo de los dineros públicos, estaba unido el absolutismo en el máximo de sus formas odiosas.

Semejante estado de cosas llevó á las almas el desaliento en el camino de la paz, pudiendo decirse que las medidas represivas del Gobierno incubaron la guerra, y luego la falta de tacto en los hombres dueños del poder, hizo que la revolución armada se extendiera durante tres años, como incendio formidable, por todo el territorio de Colombia.

El derecho del sufragio era una irrisión. Empero, la lucha se llevaba á las urnas con fe que hubiera levantado montañas. No hubo artificio indigno ni imposición violenta que no se pusieran en juego para retraer á los liberales de

consignar sus votos; y cuando á pesar de todo lograban los partidos de oposición la mayoría de los sufragios, se violentó la ley, y con artimañas que deshonran á cualquier Gobierno mediocrementemente honrado, reemplazaban á los elegidos por el pueblo con los dóciles muñecos designados por la voluntad del Presidente. Fue en presencia de tal situación cuando dijo el Representante Uribe en el Congreso de 1898, como único vocero del Liberalismo :

Creo haber demostrado que no sólo ha sido roto para con nosotros el pacto político que sin nuestra anuencia y concurrencia dictasteis, sino el pacto social tácito, puesto que el hombre no se reúne en sociedad sino para mejor garantizar sus facultades.

La influencia proporcional que nos correspondía en los negocios públicos nos ha sido persistentemente negada. Los ofrecimientos constitucionales no han sido cumplidos; la remuneración de derecho prometida en cambio de nuestra obediencia, no ha sido pagada. Os habéis puesto voluntariamente en mora; ¿con qué justicia os opondrías entonces á que, si esto sigue, nosotros pidiésemos la rescisión del pacto y demandásemos los daños y perjuicios? No habéis consentido en que nosotros pesemos en cuanto valemos, sino que en el platillo de la balanza que nos pertenecía habéis puesto la espada: ¿qué de extraño tendría que, si persistís en ello, desnudásemos la nuestra, como ya una vez la desnudámos desesperados? Habéis querido volvernos al estado de naturaleza, destruyendo las relaciones legales con nosotros, ¿y os asombraría que nosotros obrásemos como en plena edad de hierro? Habéis renegado de nosotros como hermanos, y ¿os sorprendería que á nuestro turno os dijésemos *raca*, como en el Evangelio? ¿Qué suponéis entonces? ¿Qué esperáis? ¿Creéis que sólo en vosotros alienta el genio colombiano para la audacia de la opresión, y que en nosotros ha muerto para el atrevimiento de la resistencia? ¿Sólo

vosotros, según eso, sois hombres y valientes? Desengañaos: por más que recientemente haya dicho yo algo distinto, somos por la índole y los bríos tan colombianos como vosotros. Si esta situación se prolonga, acabará de formarse en el ánimo de los liberales la firme resolución de no continuar llevando esta vida miserable y angustiosa, y de que el país no siga dividido como hasta ahora en dos campos, el de los vencedores y el de los vencidos. O restablecéis por las buenas la igualdad legal, ó nosotros habremos de tronchar las adormideras altas, desmochando á cercén con la cuchilla todo aquello que pretenda levantarse abusivamente sobre el nivel común.

Por eso venimos hoy á deciros por última vez que nos deis libertad para exponer y defender nuestro derecho con el voto, con la pluma y con los labios; de lo contrario, nadie en el mundo tendrá poder bastante para impedir que tengan la palabra los cañones de nuestros fusiles.

Todavía hay en Colombia quienes crean en algo diferente de los intereses egoístas; todavía hay hombres capaces de abnegación y de sacrificio; todavía los hay á quienes les corre rica sangre por las venas y que son capaces de sentir y de vengar las afrentas individuales ó colectivas; y si el despotismo sigue, los que hoy duermen en mórbido sopor se despertarán no muy tarde y ayudarán á sacudir como mantel lleno de migas este mísero país, antes de que se caiga á pedazos. Entonces será la hora del estrago en que se pasee por el país el espectro de la *Muerte roja*, de que en magnífica imagen habló aquí el Diputado Concha.

No amenazo ni provooco. No vengo aquí como el Cónsul romano ante el Senado de Cartago, trayendo en el canto de la toga la paz ó la guerra, para que escojáis. No hago sino predecir lo inevitable. No hago sino advertiros que esto, que no es hoy sino una simple petición pacífica en favor de nuestro derecho, y que no implica debilidad otorgarla, sino antes bien fortaleza de espíritu, si la negáis, se convertirá mañana en una demanda á mano armada, y entonces, tras de costosos sacrificios, acon-

tecerá una de dos cosas: ó victoriosos, nos otorgaremos no sólo lo que hoy solicitamos, ni sólo la totalidad de nuestro derecho, sino acaso más aún, á costa vuestra, por el empuje irresistible que da el triunfo violento; ó vencidos, no por eso nuestro derecho morirá, y vosotros gastaréis en seguir oprimiéndonos infinitas más fuerzas de las que se requieren para vivir con nosotros en paz é igualdad. El escollo está á la vista: podéis evitarlo dirigiendo la nave hacia las aguas tranquilas, ó podéis deliberadamente estrellarla contra la peligrosa sirte de donde acaso no salgamos ni nosotros, ni vosotros ni el país mismo.

¡Salvaos, salvadnos, salvad á Colombia!

Tanto era ya manifiesta la grande iniquidad, que la Cámara de Representantes emprendió una labor reformista, contra la cual opuso el Senado el sistema de la obstrucción.

Un Proyecto de Ley de elecciones, que otorgaba representación á las minorías, no alcanzó á aprobarse antes de la clausura del Congreso. Expedida esa Ley, la paz se habría consolidado, pero el Ejecutivo no concedió la prórroga de las sesiones, pedida con insistencia. Ni siquiera convino en otorgarla por tres ó cuatro días, con el fin único de aprobar la reforma electoral. Posteriormente se ha sabido que el telegrama del Sr. Sanclemente, en el cual accedía á la prórroga de las sesiones, llegó á Bogotá; pero un personaje político, interesado en la obstrucción, ocultó el Mensaje del Presidente y dejó que el Congreso se disolviera sin haber cumplido la reparadora labor. La responsabilidad moral de quien así procedió, ya que otra no es posible exigirle, apenas puede graduarse por la magnitud del desastre que luégo sobrevino, y tal hecho, cuando llegue á aclararse, debe merecer la sanción social á que los grandes réprobos son dignos.

A tiempo que todo ello acontecía en el campo de la política, la situación financiera alcanzaba una verdadera crisis, y la vida económica del país se tornaba de momento en momento más difícil. El Poder Judicial suspendía trabajos en varios lugares, porque el Gobierno, careciendo de recursos, no pagaba los sueldos; en todos los negocios el malestar indicaba catástrofes próximas, y los hombres trabajadores contemplaban con amargura semejante expectativa.

Al país lo mataban las faltas cometidas por sus gobernantes, y en ellas se empecinaban con tenacidad suicida. Pensaron muchos entonces, quizás con razón, que la guerra civil era el más desacertado de los procedimientos, porque el tren oficial, como edificio carcomido, parecía venirse al suelo. El raciocinio pudo ser correcto, pero la angustia dominaba los cerebros y la desesperación enseñoreaba las almas. La revolución armada era ya incontenible; había llegado una de esas horas en que según frase de un pensador francés, la atmósfera social no necesita sino una chispa para convertirse en vasta hoguera que todo lo arrase, ya que no puede purificarlo todo. Los culpables no eran quienes empuñaban las armas, porque estaban perseguidos como bestias feroces; nó: los culpables eran los hombres implacables que prefirieron la ruina de la República y su propia perdición, antes que perder una sola de las gabelas que gozaban en el feudo.

El Partido Conservador, ó algunas de sus personalidades, comprendieron que el decoro de su Partido peligraba si ellos se convertían en socios solidarios de los explotadores del país. Queremos creerlo así, y así nos explicamos la Resolución de la Convención Conservadora, porque atribuírla á mala fe pudiera ser

juicio temerario, si bien acontecimientos posteriores sirven para darle asidero.

Dice la Resolución:

ACUERDO NUMERO 3.º

La Junta de Delegados del Partido Conservador

CONSIDERANDO

1.º Que en la actualidad no existe vínculo político ninguno entre el Gobierno, que es nacionalista, y el Partido Conservador; y que, por el contrario, los miembros de esta Comunidad son sistemáticamente alejados de la cosa pública, con el visible objeto de privar á su Partido de toda influencia en la política y en la administración;

2.º Que de la crisis fiscal y económica que hoy aflige á la Nación son responsables principalmente la Administración ejecutiva del sexenio anterior y el actual;

3.º Que el Gobierno, lejos de buscar remedio á los gravísimos males del país, sólo presta atención á la política y á hacerse sentir con los alardes de fuerza que despliega, aprisionando individuos inculpados y poniendo bajo la Ley Marcial parte del territorio de la República, sin motivo hasta ahora justificado;

4.º Que tanto por recientes nombramientos oficiales, sobre todo en el ramo militar, como por datos privados que han llegado á la Junta, cree ella que se piensa seriamente en hacer ilusorio, una vez más, el derecho electoral, y en romper el régimen constitucional;

5.º Que esta Junta ha estado dispuesta á contribuir á que se implantasen algunas reformas políticas y administrativas de trascendencia para el bien de la Patria, y á que se constituyese un Gobierno serio y honrado que inspirara confianza en la presente situación de crisis y malestar y se apoyara en la opinión pública, pero que sus propósitos no han sido secundados en las regiones oficiales;

6.º Que á esta Junta preguntan muchos conservadores de diferentes puntos de la República cuál debe ser su línea de conducta en caso de un conflicto armado, es decir, si deben ó nó prestar su apoyo al Gobierno; y

7.º Que la Junta no cree justo, patriótico ni decoroso el que el Partido Conservador se haga responsable de los actos del Círculo nacionalista contra los intereses patrios,

A C U E R D A

1.º Declarar que el Gobierno actual, por su política y tendencias, no corresponde á los ideales, prácticas y aspiraciones del Partido Conservador, y que, en consecuencia, los conservadores no están en la obligación moral de apoyarlo y compartir con él la responsabilidad de sus actos;

2.º Autorizar á la Dirección del Partido para que, si las circunstancias actuales y la política oficial cambian sustancialmente, obre en el sentido que considere más conveniente para el país y que esté de acuerdo con las tradiciones del Partido Conservador; y

3.º Declarar que, si llegare el caso de romperse el régimen constitucional, es deber de los conservadores esforzarse por todos los medios á su alcance en restablecerlo, sin aguardar órdenes ni instrucciones de nadie, y uniendo de hecho sus esfuerzos con los de los demás republicanos que tengan igual aspiración.

Bogotá, Agosto 17 de 1899.

MARCELIANO VÉLEZ, Delegado por Antioquia, Presidente—Augusto N. Samper, Delegado por Bolívar—José Joaquín Pérez, Delegado por Boyacá—Juan Bautista Pombo, Delegado por el Cauca—Jorge Roa, Delegado por Cundinamarca—Juan B. Pérez y Soto, Delegado por el Magdalena—Eduardo Posada, Delegado por Panamá—Ignacio S. Hoyos, Delegado por Santander—Agustín Uribe, Delegado por el Tolima.

Emiliano Isaza, Secretario

Quien reflexione con serenidad sobre el alcance de tal lenguaje, y piense que los hombres que lo emplearon fueron los primeros en defender al Gobierno, y durante la guerra sus más empeñados sostenedores, no podrá menos de pensar en los falsos procedimientos de los hombres. ¿Fue que usaron los Delegados de *reservas mentales*? Al hablar así ¿hicieron un cálculo para precipitar á la guerra al Liberalismo? O al contrario, ¿obrarón honradamente? ¿Era esa su convicción? Que lo resuelvan ellos á solas con su conciencia.

El Dr. Próspero Pinzón, que luégo fue Jefe del Gobierno nacionalista en la campaña de Santander, dirigía el periódico *El País*, uno de los más exaltados que hayan podido ver la luz. No hubo número de esa publicación que no trajera, desde el principio hasta el fin, cargos innumerados contra el Gobierno y sus hombres. Cuando en Julio de 1899 declararon el Presidente y los Ministros que los Departamentos de Santander y Cundinamarca quedaban en estado de sitio, el General Pinzón suspendió, como señal de protesta, el periódico que redactaba.

Ya lo hemos dicho: la guerra era incontenible, y aun los más prudentes sólo pensaban en su aplazamiento. No se discutía la necesidad de ella, sino su oportunidad. El 17 de Octubre de 1899 estalló en Santander y algunas poblaciones de otros Departamentos. Sus primeros hechos de armas, funestos para los revolucionarios, permitieron creer en una pronta paz. Figueredo, Gómez, Carrera, Nieto, Neira, rindieron sus vidas en los campos de combate; la juventud liberal fue pródiga de su sangre y de su heroísmo.

El triunfo de *Peralonso* dio á la Revolución nueva vida. Ya pudo hablar al Gobierno con la autoridad de la victoria, y á tiempo que los Ejércitos conservadores abandonaban el Departamento de Santander, el General Rafael Uribe dirigió al Sr. Sanclemente el telegrama que se verá en seguida :

República de Colombia — Comandancia en Jefe del Ejército — Telégrafos Nacionales — Mutiscua, 24 de Diciembre de 1899

Excmo. Sr. Presidente de la República—Anapoima

Tengo el honor de transcribiros la siguiente comunicación que el Sr. General D. Rafael Uribe Uribe me ha dirigido, y la cual acabo de recibir :

“Comandancia general del Ejército—Cúcuta, Diciembre 21 de 1899

Sr. General en Jefe del Ejército del Gobierno—Pamplona

Desde la posición de *Tasajero* tuve el honor de proponer que se redactaran fórmulas concretas que ahorraran la fusión de sangre y que, con el carácter de pacto político más que militar, tuvieran por base el reconocimiento de la justicia con que nos hemos levantado en armas á reclamar nuestros derechos. Guiado por el deseo de evitar á la Patria mayores ruinas y desastres, vuelvo á reiterar la misma insinuación. En consecuencia, tengo el honor de acreditar ante usted al Sr. Dr. Isidro Guerrero, con poderes bastantes para acordar un proyecto de tratado sobre las bases indicadas.

Soy su S. S. y compatriota,

RAFAEL URIBE URIBE”

Como un asunto de tanta trascendencia sólo puede resolverlo el Supremo Gobierno, contesté al

Jefe de la Revolución diciéndole que no teniendo yo, como General en Jefe del Ejército, atribuciones suficientes para tratarlo, transmitiría su nota por telégrafo á Su Excelencia para que la tomara en consideración, y con su alto criterio resuelva lo que creyera más conveniente.

Dios guarde á Su Excelencia.

MANUEL CASABIANCA

República de Colombia—Telégrafos Nacionales—Anapoima, 25 de Diciembre de 1899

Sr. General Manuel Casabianca—Mutiscua

Tengo á la vista la comunicación que con fecha 22 del corriente os dirigió el Sr. Rafael Uribe Uribe, en vuestra calidad de Jefe del Ejército del Gobierno, en operaciones militares en ese Departamento, en la cual os pide la celebración de un pacto político más bien que militar, que tenga por base el reconocimiento de la justicia con que él y sus secuaces se han levantado en armas á reclamar sus derechos, pacto que, según dice, tiene por objeto evitar la efusión de sangre; é impuesto también de la respuesta que le habéis dado, remitiendo el asunto á la decisión del Gobierno, por no considerarlo en vuestras facultades, comienzo por declarar que desconozco en absoluto la justicia con que se haya ocurrido á la rebelión en defensa de derechos *que nadie ha conculcado*. Desde que me encargué de la Presidencia, llamé á todos los colombianos á la unión y á la concordia, les ofrecí respetar y hacer respetar su libertad, su seguridad, su propiedad, sus fueros, la expresión de sus ideas y pensamientos, y todo lo que debieran esperar de un Gobierno justo y benévolo; y sin embargo de que tengo la conciencia de haber cumplido mis promesas y de no haber irrogado á nadie ofensa de ninguna clase, el Sr. Uribe Uribe promovió la Revolución por me-

dio de la Prensa y la puso por obra, sin razón y sin pretexto alguno siquiera. ¿En dónde está, pues, la justicia que invoca?

No sé, por otra parte, con qué derecho pretende el Sr. Uribe Uribe celebrar un pacto político sin autorización que nadie le ha conferido, y nada más que por haber encabezado la Revolución por sí y ante sí, y aun contra el querer del Directorio de su Partido; ni sé tampoco cómo un hombre que presume de entendido, crea que el Gobierno pueda celebrar tratados de esa clase con un particular, y menos no teniendo facultad para ello. Si lo que el Sr. Uribe Uribe quiere son reformas constitucionales ó legales, ó concesiones de otro orden, favorables á los que él encabeza, debe ocurrir al Poder Legislativo y no al Ejecutivo, y eso por las vías legales, mas no por las de hecho, pues por medio de éstas, mientras haya dignidad en Colombia, ninguno de los dos Poderes se las otorgará.

Raro me parece, Sr. General, que después de veinticinco combates, en que se ha derramado á torrentes la sangre de los colombianos, sea cuando el Sr. Uribe Uribe venga á proponer pactos políticos, adversos, por supuesto, á la causa del Gobierno, para evitar, según dice, mayor derramamiento. ¿Y por qué no lo hizo desde que apeló á las armas ó antes de ocurrir á tan horrible medio, que está desolando la Nación, por cuya suerte debía interesarse? ¿Será porque habiendo visto, en los combates librados por él, cubierto el suelo de millares de cadáveres, y fijando por un momento la consideración en las lágrimas que esos actos de salvajez harán derramar á las madres, á las viudas, á los huérfanos y á todos los deudos de los que han perecido sin resultado favorable para nadie y, lejos de esto, con perjuicio para todos, le habrá remordido la conciencia y deteniéndose á pensar en que es él responsable ante Dios y ante los hombres, de toda la sangre vertida inútilmente, de la ruina de la Nación y de todos los demás males que son consecuencia de la guerra? Atribuyo á eso el mensaje que os ha dirigido, y ojalá que un noble sentimiento lo haga desistir de su funesta empresa.

Si no lo hace, yo, en cumplimiento del deber que me impone la segunda parte del artículo 121 de la Constitución, continuaré haciendo cuanto de mí dependa, con el fin de defender los derechos de la Nación y reprimir el alzamiento hasta dejar restablecido por completo el orden público.

Cuento para ello con el apoyo que la República toda, concedora de la suerte que se le espera si la Revolución triunfa, me está prestando y continuará prestándome, y con los numerosos elementos que las leyes han puesto á mi disposición; y, confianza en Dios, el resultado, tarde ó temprano, será favorable á la Causa de la libertad en la justicia, á la cual consagro todos mis esfuerzos.

Servíos, Sr. General, hacer saber lo que precede al Sr. Rafael Uribe Uribe, para que por ello quede entendido que yo no puedo ni debo celebrar el pacto político propuesto por él, sin títulos para ello, y que continuaré sin descanso sosteniendo la legitimidad y las instituciones, y procurando la paz que á todos interesa.

MANUEL A. SANCLEMENTE

Y conste de qué modo altanero, con cuánta estrechez de miras fue rechazado el avenimiento propuesto por el Jefe revolucionario. Duro se nos hace cargar sobre la memoria del Sr. Sanclemente los torrentes de sangre que su obstinación costó al país; doloroso es pensar como cálculos mercantiles de los consejeros áulicos trajeron para la República la pérdida de millares de vidas y de millones de riqueza. Y pensar que quien entonces era Ministro de Gobierno y con tal desenfado disponía de la suerte del país, anduvo luego por las calles de Bogotá, custodiado por cuatro soldados de su Ejército que lo exhibían como objeto de irrisión, seguido de una turba de mujeres y muchachos de las últimas clases sociales! ¡Incomprensibles enigmas del destino!

Habiéndose negado el Gobierno á todo arreglo racional, la guerra siguió su curso; pero ya no reducida al Departamento de Santander, sino haciéndose sentir en toda la extensión del país.

El Departamento del Tolima presentó el más alto certamen de heroísmo, y las proezas cumplidas por sus hijos le granjearon la predilección de los liberales y la admiración de sus adversarios.

El Gobierno del Sr. Sanclemente cayó por un golpe de Estado que puso en el Ejecutivo al Vicepresidente Sr. Marroquín. Pareció entonces probable que se cumpliera un cambio benéfico para la Nación, creencia tanto más fundada si se atienden las cartas cruzadas entre el Dr. Aquileo Parra y el Sr. Marroquín, en los días que siguieron á la conjuración conservadora.

En los campamentos liberales fue general la creencia de que la revolución estaba terminada. Tanto habían declamado los conservadores contra la iniquidad dominante en el Gobierno nacionalista, que todos creyeron llegada la hora de la justicia. Tenemos á la vista una carta del General Antonio Samper Uribe al Sr. Marroquín, en la cual se trasluce un estado de ánimo eminentemente favorable á la paz. Si el 31 de Julio hubiera encarnado en un político probo, la República habría visto concluída la guerra desde entonces.

Esa esperanza, sin embargo, duró poco, pues los revolucionarios conservadores que tenían preso al Sr. Presidente Sanclemente, dictaron decretos tales, que imposibilitaban toda conciliación, y en vez de hacer justicia, aportaban nuevos elementos á la lucha.

Cuando llegue la hora de escribir el definitivo juicio sobre los sucesos de la guerra de 99, quedará perplejo el historiador al contemplar cómo los que conjuraban en la sombra, se erigían cínicamente en legisladores para castigar á los revolucionarios leales, que por su causa esgrimían la espada en lid de caballeros. Hasta los procedimientos que los habían llevado al poder, imponían á los conjurados del 31 de Julio la obligación de mostrarse amplios de espíritu para con el Partido Liberal en armas. Sin contar el hecho de ser los compañeros del Sr. Marroquín, los más tenaces opositores que tuvo el Gobierno caído, y los que con mayor vehemencia dieron razón al movimiento revolucionario. Muchos de ellos habían sido escritores, que pusieron todo lo que su pluma valía para condenar los procederes absolutistas y los actos indecorosos de un Gobierno cuya herencia tomaban, no con hambre y sed de justicia, sino con hambre y sed de intereses terrenales.

Como fenómeno inesperado pudo anotarse el recrudecimiento que en las malas pasiones marcó el 31 de Julio. Ese movimiento le dio sér á un personaje político cuya trágica reputación llenó algunos años de nuestra vida nacional. Con el andar de los tiempos llegó al Ministerio de la Guerra, y supo ser en Colombia lo que Jeffreys en la historia de Inglaterra. Al igual que el Ministro inglés, principió su carrera en las oficinas de Policía, como empleado de ínfima clase, y á él pueden aplicarse los conceptos que á propósito de Jeffreys expresó Ma-caulay:

“ Todo sentimiento de ternura por los dolores de los otros, el respeto á sí mismo, toda idea de decoro, se borraron por completo de

su mente, adquiriendo en cambio copiosa erudición y riquísimo caudal de las gráficas expresiones con que suele el vulgo manifestar su odio ó su desprecio. Era dueño del más repugnante vicio que aqueja en ocasiones á la naturaleza humana: el gozar en el sufrimiento de los otros. Había cierta complacencia infernal en su acento cuando pronunciaba sus sentencias; los llantos y las quejas parecían recrearle, y le producían una especie de placer voluptuoso.”

Habría sido una figura de primer orden allá en los tiempos que no conocieron la luz del cristianismo. Ignorante como el que más en materias de Gobierno, amenazaba con el fusilamiento de los prisioneros revolucionarios, cuando las fuerzas liberales aprehendieron en campaña á algunos militares conservadores. Semejante proceder, digno de un Jefe de hordas salvajes, dio lugar á la siguiente carta de dos hombres que sí sabían lo que exigen los fueros de la civilización y la calidad de seres racionales:

Urgentísimo,—Medellín, Marzo 17 de 1902

Señor Ministro de Guerra—Bogotá

Ayer tarde recibimos el telegrama urgentísimo de S. S., de 4 de los corrientes, en que tiene la deferencia de comunicarnos la intimación que ha hecho al Jefe revolucionario Mc. Allister, de que si los presos políticos conservadores Sres. Coroneles Camacho, Moreno, García Padilla y Acuña, no son restituidos al campamento del Gobierno dentro de veinte días, serán pasados por las armas los Jefes y presos políticos liberales Emilio Angel, Barrios, Zea y Celso Román, y que de la vida de aquéllos responderán las personas y los bienes de otros liberales

enemigos del Gobierno ó desafectos á él. El General Rubén Restrepo está ausente; por nuestra parte decimos á S. S., respetuosamente:

Lejos de asociarnos á las adhesiones que, según dice S. S., ha recibido por semejante medida, de la prensa y de muchos civiles y militares, protestamos contra ella de la manera más respetuosa, pero más formal, con noble lealtad de militares y con profunda convicción de civiles, en nombre de la Constitución, que prohíbe la pena de muerte por delitos políticos, del Partido Conservador, que perderá la razón moral de su existencia, y de la Patria, en la cual, por ese camino, no quedará piedra sobre piedra.

Anhelamos, tanto como S. S., el triunfo del Partido Conservador, y por conseguirlo no hemos ahorrado sacrificio de ningún género; pero la providencia que se ha creído obligado á adoptar S. S., es la declaración oficial de la guerra á muerte, la explicación de las represalias, que en guerras civiles casi siempre caen sobre los más inocentes; y la victoria, ya casi alcanzada en contienda honrosa, puede escapárenos de las manos si apelamos á tales extremos; y si la coronamos, seremos indignos de ella, y no podrá llamarse Partido Conservador Cristiano el que la alcance; quedaremos desacreditados ante nuestros propios principios, ante la historia colombiana y ante la humanidad civilizada.

La pena de muerte es discutible para los delitos comunes; pero no hay pueblo avanzado ni estadista alguno que no la condene enérgicamente para delitos políticos. Este problema, como el de la esclavitud, ha dejado de serlo: “Ya nadie se desacredita discutiéndolo.”

Y es porque en política no puede haber tribunales imparciales, ni, por consiguiente, justicia absoluta; no hay más que ofensores y ofendidos, y unos mismos tienen que ser á la vez partes, jueces y ejecutores. En política, el crimen de hoy puede ser la virtud, la apoteosis de mañana.

Quizá ningún delito político se ha castigado con más apariencias de justicia que la llamada traición de Ney; y algunos de los jueces que compu-

sieron su consejo de muerte se levantaron pocos años después para exclamar en la Cámara francesa: ¡Asesinato!

Aquella misma convicción de justicia tuvieron los que en nombre del Gobierno católico de España levantaron el cadalso del rebelde Caldas; los que expusieron el escaño de Cartago, en que murió el abuelo de la esposa de S. S., y los que ensangrentaron el eucalipto de Santa Rosa, en que se fusiló á sí mismo el Partido Radical de Colombia: la ciencia, la moral, la historia y la política exclaman á una voz: ¡Errores!

Quiera Dios que sea escuchada nuestra opinión, que es sin duda la de la mayoría de los colombianos, seguramente la de todas las madres, esposas é hijas colombianas, y la de muchos respetables conservadores antioqueños á quienes hemos podido consultar; y opinión que damos á S. S., ya que parece tener interés en conocerla, libres de odios mezquinos y de temores pueriles, llenos de la más patriótica imparcialidad y de los más fervientes votos por el triunfo del Partido Conservador, la prosperidad de Colombia, la tranquilidad, el buen nombre y los triunfos personales de S. S. en el delicadísimo puesto que ocupa.

CARLOS E. RESTREPO—RAFAEL GIRALDO Y VIANA

Mejor de lo que pudiéramos hacerlo nosotros, realizó el Dr. Carlos Martínez Silva el retrato moral de quien fue Ministro de Guerra del Sr. Marroquín. Para que la historia recoja el testimonio del Dr. Carlos Martínez Silva, reproducimos á continuación la carta que escribió desde Wáshington. Ella servirá para pronunciar el veredicto favorable al Partido Liberal, porque en ella está exhibida la felonía que inspiró los actos de los Sres. Marroquín y Fernández. Fue el Dr. Martínez Ministro de Estado en el Gabinete que surgió del golpe de Cuartel del 31 de Julio, y su autoridad es indis-

cutible para los conservadores, como que al Partido así denominado, perteneció siempre y le sirvió en paz y en guerra por más de un cuarto de siglo:

White Sulphur Springs W. Va.

Agosto 9 de 1901

Sr. D. José Manuel Marroquín—Bogotá

Mi muy querido y respetado D. Manuel:

Recibí, en este lugar de refugio contra el calor, la carta de usted de 9 de Julio próximo pasado, que le he agradecido mucho por el tono de amistosa franqueza con que en ella me habla, y que me autoriza á mi vez para dirigirme á usted con el respetuoso cariño, casi filial, que siempre le he profesado y que nada podrá modificar, porque conozco y estimo en alto grado su genial bondad y la rectitud y nobleza de su carácter.

Respecto de la cuestión Canal, nada nuevo tengo que comunicar á usted hoy. Al Ministerio de Relaciones Exteriores he dirigido amplios informes sobre el estado de este negocio y sobre sus diferentes faces, así como sobre las exigencias que hace el Gobierno de los Estados Unidos para poder aceptar la vía de Panamá y emprender la obra por su cuenta. Al Gobierno presidido por usted corresponde ahora estudiar estas condiciones y resolver sobre ellas; por ahora mi tarea está concluida, en lo que á este asunto se refiere.

Pero al dictar la resolución que se espera, no partan del principio de que la Compañía Francesa puede llevar á cabo la obra del Canal, ni de que nación alguna europea ó empresa particular logre el mismo resultado. Ese sería error gravísimo ó injustificable, porque argüiría voluntaria y caprichosa ignorancia, que no es permitida á ningún Gobierno, hoy que hay tantos y tan seguros medios de información. Razones de otro orden podrían alegarse para renunciar á los beneficios inmediatos y futuros del Canal por Panamá, tales como las

que usted apunta de una posible absorción por parte de los Estados Unidos. Yo no las estimo muy fundadas, pero las respeto como inspiradas por un patriotismo quisquilloso y asombradizo, y reconozco también que ellas son las que predominan en Colombia, excepción hecha de Panamá, donde ven las cosas de muy distinta manera, sin duda porque el asunto les afecta de un modo muy directo y aun personal.

Viniendo ahora á mi carta dirigida á Uribe Uribe, excitándole á trabajar por la paz en Colombia, y que tan desagradablemente ha impresionado á usted, empezaré por decirle que en ninguna parte de ese documento aparece que yo haya dicho que “el Gobierno está compuesto” (palabras de la carta de usted) *de un elemento nacionalista que representa lo más odioso del régimen anterior.*

Lo que yo dije es que “desgraciadamente, después del 31 de Julio, se nos interpuso un elemento conservador, ó más bien dicho, nacionalista, que representaba lo más odioso del régimen anterior.” Me parece que hay bastante diferencia entre lo uno y lo otro, entre aseverar que la composición actual del Gobierno es nacionalista, y que en ella se interpoló, como cosa extraña, un elemento de este género. En las más preciosas piedras, como la esmeralda, se presenta el mismo fenómeno; y usted convendrá conmigo en que la mancha, en la piedra, en el cristal, en la rica tela, hace que éstos desmerezcan de su valor, pero no cambia la naturaleza de su composición fundamental.

Pero usted mismo reconoce qué fue lo que yo quise decir, y esto me ahorra explicaciones inútiles. Efectivamente, fue al Sr. Fernández á quien yo me referí, y ese es el elemento que desgraciadamente se nos interpuso é impidió que el movimiento del 31 de Julio diera de sí todos sus benéficos resultados. Prueba de que fue elemento extraño, es que desde el mismo momento en que apareció en la escena, produjo algo así como la irritación de una esquirola enconada, y que esa irritación no cesó ni un solo instante, hasta que fue eliminada en una dolorosa crisis.

Usted me dice que el Sr. Fernández no fue nacionalista, por no haber hecho manifestación ninguna en calidad de tal; por no haberse hecho responsable de las concusiones, abusos y robos de toda especie, que forman el carácter esencial del Nacionalismo; y, finalmente, por la parte que tomó en el movimiento del 31 de Julio.

Yo no conozco la historia del Sr. Fernández; no tengo noticia de su familia ni de sus antecedentes; no sé cuáles fueran sus servicios al Partido Conservador, en las épocas de lucha y de crisis por que éste ha pasado. La sociedad bogotana le conoció como empleadillo necesitado en la Alcaldía; luégo como rematador de la Renta de Alumbrado y Serenos; y, finalmente, como subalterno en el Cuerpo de Policía. Se crió y se amamantó á los pechos del Nacionalismo; le sirvió en todo y por todo, como ciego instrumento, sin una palabra de protesta; y de ese régimen vivió y se nutrió hasta la tarde del 31 de Julio, listo en aquellos momentos á hacernos fuego con el Cuerpo de Policía que mandaba, si veía que se nos hacía resistencia en el Cuartel. Cuando se convenció de que todo estaba consumado, se consumó también su incorporación en el movimiento. ¿De dónde, pues, inferir aquel acendrado conservatismo de que tanto alarde hizo después?

Yo, por mi parte, no tengo ninguna queja personal del Sr. Fernández; ningún agravio me ha inferido, ni ningún mal me ha hecho; pero sí abriego el hondo sentimiento de que por su conducta como Gobernador de Cundinamarca, contribuyó más que Marín, Vargas Santos y Uribe Uribe, á prolongar y á enardecer esta guerra que está reduciendo el país á la indigencia y llevándolo á la barbarie.

El 31 de Julio lo hicimos nosotros para la paz. La Revolución estaba materialmente muerta; sólo faltaba vencerla moralmente, poniendo al frente de los destinos de la Nación un Gobierno honrado y justiciero, que supiera apreciar lo que había de fundado en el alzamiento liberal y diera prendas de corregir las viejas iniquidades. La capital en masa lo entendió así con seguro instinto, y el 1.º de

Agosto por la mañana fue aquello una explosión general de alivio y de contento, sin distinción de liberales y conservadores. Pero aquel entusiasmo recibió algo así como una ducha helada tan pronto como se supo el nombramiento de Fernández, que á todos nos cogió de sorpresa. Usted recuerda la escena que hubo en su casa, y cómo acudieron todos los amigos, casi en forma de motín, á protestar contra aquella designación.

Por obra de Fernández, el Panóptico no se abrió para tantos infelices que allí gemían olvidados, muchos por obra de infundadas sospechas, de ruines delaciones, muchos sin motivo alguno, y otros tantos, pobres soldados prisioneros de guerra, que no tenían significación política, ni mayor responsabilidad. Por el contrario, las prisiones aumentaron sin regla ni discriminación; y con estupor se supo qué cosa era el Panóptico y cómo estaban allí hacinados los presos. Allí se llevó, por ejemplo, al Dr. Manuel Antonio Angel, que era de los más entusiastas por el movimiento y que había manifestado estar pronto á contribuir con sus dineros en apoyo del nuevo Gobierno; y á usted le constan—porque le di la prueba material—las infames tretas urdidas para comprometer y perseguir á Santiago Samper, el más pacífico de los pacíficos, y uno de los hombres más útiles al país.

Las capitulaciones honrosas con los rebeldes se hicieron así imposibles, y el encono llevó nuevos elementos á las guerrillas. Aun así, algunos manifestaron el deseo de deponer las armas, como Antonio Samper Uribe; hizo una manifestación muy explícita en contra de sus mismos compañeros, que le tenían harto decepcionado; por el voto unánime de usted y del Consejo de Ministros se le ofreció el salvoconducto que pedía; y después de haber sido éste extendido en la forma solicitada y pactada, Fernández declaró que no lo respetaría, y que tan pronto como Samper se presentara en Bogotá, le impondría un fuerte empréstito y lo reduciría al Panóptico; y se dio la orden al Ministro de Guerra

para anular el salvoconducto. * Después de estos hechos y de otros muchos que sería interminable recordar, ¿qué términos honrosos se les podía ofrecer á los rebeldes, que sabían lo que se les esperaba tan pronto como depusieran las armas y abandonaran los montes?

La medida de dar libertad á tantos presos políticos sin importancia, por la cual tanto importuné yo á usted, se llevó á cabo meses después; y el espectáculo de escualidez, de miseria, de hambre, que aquellos infelices ofrecieron á la sociedad bogotana

* Los Generales Aníbal Currea, Pedrosa, Joaquín Solano, Ricardo Morales R., Samper Uribe y otros, se retiraron del campamento liberal cuando se convencieron de la inutilidad de sus esfuerzos para impedir que Marín y Pulido, impulsados por sus respectivas camarillas, llevaran el grueso de las fuerzas del Tolima y Cundinamarca, á sacrificarlas estérilmente en Girardot, el 26 de Noviembre de 1900, renunciando al plan de ataque sobre el cuantioso armamento que el Gobierno tenía en Guaduas, en vía para la capital, operación que prometía ser una de las coyunturas más favorables para enderezar de cisivamente la suerte de nuestras armas. Las vicisitudes de la *huida* en busca de refugio, obligaron á los Jefes retirados á dejarse envolver en operaciones militares; solamente Morales y Samper Uribe lograron atravesar la Sabana y asilarse en una hacienda del respetable caballero Sr. Ignacio Duarte, pariente de Morales. El Sr. Duarte, *motu proprio*, basándose en algunas confidencias de sus huéspedes y con miras patrióticas, se propuso hacer que el Gobierno, por medio una conducta hidalga y caballeresca, aprovechara esta ocasión para asegurar la separación definitiva de todos los Jefes disgustados ó desengañados, y, de esta manera, acelerar la terminación de una guerra que ya se sostenía casi únicamente con infructuosos sacrificios. El Dr. Ospina Camacho, Ministro de Gobierno, acogió la idea, y el resultado fue que á Morales y á Samper se les dio salvoconducto. Ellos contestaron: "Tenemos el honor de manifestar á S. S. que con verdadera satisfacción *recibiremos* las garantías que *se nos han ofrecido*, y que, correspondiendo á la hidalguía con que *se nos brindan*, prometemos guardar la más completa neutralidad en la actual contienda, y damos como prenda de cumplimiento la que fuere necesaria, ó si el Gobierno lo tiene á bien, la que más vale y valdrá siempre más entre caballeros, es decir, la palabra de honor....." Subrayamos intencionalmente las palabras INCOMPATIBLES con la de SOLICITAMOS, que tan villanamente fue intercalada en la publicación oficial, sin duda para levantar una protesta de copartidarios. Esta, por fortuna, no salió de labios de Jefes distinguidos, sino simplemente de individuos á quienes *les pesaba* en el campamento la presencia fiscalizadora de Samper Uribe. La prisión de éste, complemento de la felonía, se llevó á cabo mucho después, siendo Ministro de Guerra el Fernández, y D. Jorge Vélez Gobernador. Y á propósito, recordemos que éste último, pequeño personaje de generación espontáneamente regeneradora, antes de descender á la Gobernación de Cundinamarca, sorprendió la confianza de muchos caballeros, dándoles sigilosamente noticias favorables de los Jefes liberales en armas, y muy especialmente de su hermano, el hidalgo y valeroso General Germán Vélez.

fue tan desgarrador, que un grito unánime de conmiseración y de reprobación se alzó de todos los pechos.

Las cartas de naturales y extranjeros enviadas á este país y á Europa, en que se refería lo sucedido, revelaban tan hondo y general descontento, que no dejan duda alguna sobre el veredicto promulgado contra Fernández. Una sociedad en masa no se equivoca fácilmente, ni puede decirse que su criterio, en tales casos, se forma por móviles ruines ó apasionados. Lo que se hizo cuando el General Vélez llegó á Bogotá, ¿no habría podido hacerse antes, y producir un excelente efecto moral para el Gobierno de usted y para la obra de la paz? ¿No se acuerda que usted mismo nos decía, á Francisco Gutiérrez y á mí, antes del 31 de Julio, que los presos del Oratorio, encerrados en el Colegio del Rosario, habían tumbado á D. Mariano Ospina?

Y como por donde salta la cabra salta el cabrito, lo que Fernández hacía en Bogotá lo copiaban—con la natural violencia que produce la falta de sanción en poblaciones pequeñas—sus Prefectos en casi todas las Provincias; todo lo cual ayudó á llevar nuevos auxiliares á las guerrillas.

Usted me observa, sin embargo, que los procedimientos de Fernández, como Gobernador y Jefe de la Policía, no fueron más bárbaros que los que adoptan todos los gobiernos en circunstancias iguales á aquellas en que se encontraba el de usted.

Convengo en ello, y siendo ya la cuestión de más ó de menos grados de barbarie, justificada queda mi tesis de la comentada carta á Uribe Uribe. Yo bien sé que la guerra es siempre bárbara, y que á la barbarie de un lado hay que oponer otra barbarie, más ó menos templada. Por eso le decía yo á Uribe Uribe una verdad como un templo: que mientras los liberales continuaran la lucha, ya sin esperanza de triunfo, no hacían otra cosa que afianzar en el poder y en sus influencias á la parte más bárbara y atrasada del Partido Conservador. ¿Tiene esto algo de nuevo ó de ofensivo para usted y para la gran mayoría del partido? ¿No es evidente que en toda revuelta política se alzan del fondo del es-

tanque social muchos sedimentos, que se dirigen, á uno ú otro lado, según sus instintos ó sus intereses? En casos tales, para un puesto de esbirro entre un Fernández y un Rafael Pombo, la elección quizá se impone; pero eso no impide el que los que deploramos la guerra, deploremos también sus consecuencias, y el que presentemos éstas para ver de hacer cesar aquélla.

Tampoco condeno yo las necesarias medidas de rigor; pero justificadas, eficaces, con la debida discriminación, no caprichosas y dictadas por la pasión. Lo malo de Fernández era, como me lo decía en Bogotá uno de los Ministros extranjeros, que de él se había apoderado la manía de los coleccionistas. Cada preso más era como un nuevo sello de correos ó un pergamino raro que caía en sus manos: imposible deshacerse luego del hallazgo; que se pudriera antes en los sótanos donde guardaba su colección.

Cuando empezamos nuestro Gobierno y entramos á discutir estos asuntos, muchas veces dije yo que debía empezarse por una política amplia y muy generosa con los revolucionarios, para ensayar primero ese camino, á reserva de adoptar el contrario—para lo cual siempre habría tiempo—en caso de que no se obtuviera el objeto deseado.

Atestar las cárceles de soldados y Oficiales apresados en el campo de batalla, es mala medida política y pésima táctica militar. En esos casos, se les suelta bajo palabra de honor, ó se les confina á lugares seguros, y si no la guardan, se les fusila. Ese es el derecho de la guerra en todas partes, y es también en el fondo muy humano, porque tiende á hacer disfrutar del beneficio de la clemencia á los más, que saben ser leales á las leyes del honor militar. Algunos saludables escarmientos en esa línea de conducta le habrían ahorrado al Gobierno y al país muchos dolorosos sacrificios de sangre y de riqueza.

El término *fanáticos* empleado por mí y sobre el cual me hace usted tan oportuno comentario, lo usé en el sentido político, y es rigurosamente exacto aplicado á tantos conservadores y liberales que

jamás pueden reconocer en sus contrarios ninguna virtud ó cualidad, ningún móvil honrado y patriótico. Y quizá este sentimiento domina más entre los nuestros, por lo mismo que las hondas creencias religiosas tienden á desarrollar el natural instinto de la intransigencia, cuando no está templado por una educación superior.

Y ya que de este asunto trato, tengo que volver atrás para combatir, con el debido respeto, una tesis suya y de los más de nuestros comunes amigos. Usted dice que “las concusiones, abusos y robos de toda especie formaron el carácter esencial del Nacionalismo.” Para mí esos no son sino síntomas, frutos y consecuencias del sistema; la raíz de él está en la exclusión sistemática del Partido Liberal de toda participación de la cosa pública.

Se empezó por ahí; y como al quedar solo en la escena el Partido Conservador hubieron de aparecer, en su seno mismo, resistencias y protestas, se redujo el patio del Gobierno, se excluyó de él también á muchos conservadores importantes y meritorios. En ese camino de concentración exclusivista se anduvo muy aprisa; y á medida que los descontentos crecían en número y fuerza, el Gobierno, para guardar la fortaleza, se veía obligado á subir las raciones de sus escasos sostenedores. El clímax llegó con el último período del Gobierno del Sr. Caro. De ahí los robos, los contratos, las sinecuras, los favoritismos, que tan vivamente lastimaron á la nación entera.

Por consiguiente, mientras no se cambie la cepa, el moral silvestre seguirá produciendo moras agrias. Descúidese usted un poquito, y verá surgir en torno de su Gobierno, lozano y fresco como unas malvas, un nuevo Nacionalismo, quizá peor que el primero, como los demonios aquellos de que nos habla el Evangelio. Las aguas que no se mueven, se corrompen.

Aquí el problema. Mientras no haya elecciones puras, que permitan á los liberales tener representación equitativa en Congresos, Asambleas y Cabildos, seguirá el Partido Conservador en descomposición y anarquía, y seguirá la corrupción administrativa.

Durante la dominación liberal este mal no fue tan grave, no porque los liberales fueran ó sean más honrados que nosotros, sino porque la prensa libre y la escasa representación que tuvieron los conservadores en los Cuerpos legislativos, servían de correctivo. Si no el patriotismo, la envidia puede ser un elemento de buen gobierno. Díganlo nuestros *postillones*, que saben cuándo hay algún pilluelo sentado en la parte de atrás del coche, por el conocido grito de sus envidiosos colegas: “Ahí van prendidos.”

Pero ¿se comprenderán y aceptarán estas verdades por la gran masa de nuestro Partido, si no existe una alta dirección, muy firme y muy convencida, que las acoja y las practique hasta formar una especie de educación política? Temo que no; porque á ello se oponen viejos hábitos, enconadas pasiones y hasta argumentos de orden superior, muy cómodos é inteligibles para el criterio conservador.

Estos argumentos que he oído expresar muchas veces á clérigos y á laicos, pueden condensarse así: la libertad racional es para el Bien, no para el Mal; el Liberalismo, como contrario á la doctrina católica, es el error y el mal; luego la libertad de sufragio no puede otorgarse á los liberales, que son los *malos*; éste debe ser privilegio exclusivo de los conservadores, que en Colombia son los *buenos*, los sostenedores de la causa de Dios y de su Iglesia.

Lo mismo decía Luis Veillot, con su ruda franqueza, á los liberales franceses:

“Os reclamamos derechos cuando estáis en el poder, porque ese es vuestro programa; os los negamos cuando somos Gobierno, porque esa es nuestra doctrina.”

Yo no sé hasta dónde esta doctrina tenga apoyo en la Teología católica, ni si el argumento sea concluyente, aceptando la premisa fundamental; pero á mí me parece una verdadera iniquidad que un Partido que representa por lo menos la mitad de la gente pensante, rica é ilustrada de la Nación, que paga,

por lo mismo, la mitad de las contribuciones públicas y cuya fuerza en la paz y en la guerra es indisputable, no haya tenido en los *quince años* que lleva de vigencia la Constitución actual, sino *un solo* Diputado en la Cámara de Representantes, y ni uno por asomo en las nueve Asambleas Departamentales, y quizá en los novecientos cabildos de la República!

Este hecho, que se ve y se oye en todas partes, es lo que constituye la justicia original de la revolución que estamos atravesando; y él no ha debido perderse de vista un solo instante por los hombres llamados á volver el país á sus naturales carriles.

El que muchos de los liberales sean y se hayan mostrado en la guerra crueles, rapaces y perversos, no borra nuestra responsabilidad como partido gobernante.

En todo caso, si la doctrina de Veuillot fuera correcta, nosotros hemos debido ser honradamente consecuentes con ella, y no expedir una Constitución que establece como base y cimiento el sufragio libre, sin distinción de partidos ú opiniones políticas, para la renovación de los poderes públicos. Aquella Constitución y el régimen que de ella ha surgido, no han venido á ser otra cosa, por lo mismo, que “la hipocresía organizada” de que hablaba Disraeli en el Parlamento inglés.

Y aquí tiene usted, mi querido D. Manuel, lo que llaman *mi liberalismo*, aunque, por lo demás, me sienta más conservador que muchos de los que de ello se jactan. Yo he luchado porque, en fuerza del leal cumplimiento de las instituciones, el Partido Liberal deje de ser revolucionario, para entrar á ser Partido constitucional; los otros no quieren que pierda aquel carácter, y prefieren jugar *toda la Constitución*, en una sola parada, al azar de una batalla. Y cuenta que muchos *Peralonso* se registran en la historia de todos los países.

Estas ideas mías, muy arraigadas, y que, si Dios me da vida, salud y licencia, volveré á sostener en Colombia con nuevo entusiasmo, son tam-

bién las de ese grupo de amigos que me atienden, no porque yo valga nada, sino porque he tenido el valor, renunciando á popularidades falaces y á posiciones oficiales, de decir á liberales y conservadores lo que creo y siento, con la franqueza y aun rudeza que usted me conoce.

De aquel grupo dice usted:

“Casi por influencias tuyas se ha formado aquí un partido que será el más inteligente y el más ilustrado, pero que tiene el defecto de no existir.”

Y sin embargo, ese Partido que no existe, y *sólo él*, sin elemento alguno extraño, logró llevar á cabo el movimiento del 31 de Julio; y ello no por su fuerza numérica, sino por lo mucho que representa en la conciencia nacional.

Y lo verá usted más tarde: si la paz se consolida, ese Partido, por más débil que á usted le parezca, será el que predomina en la política de Colombia; porque el país ha aprendido mucho en los dolores de esta última guerra: los viejos métodos y sistemas de Gobierno están juzgados y condenados; los viejos prestigios han desaparecido; y la juventud que viene detrás trae otras aspiraciones. Usted mismo—porque es ante todo justo, patriota y joven de espíritu—va en el movimiento; y la prueba de ello la tengo en la magistral Alocución de 1.º de Julio, que acabo de recibir y leer con encanto. En ella dice usted, respecto de las próximas elecciones, cosas muy importantes, que acaso no creyó prudente expresar con tanta claridad cuando por primera vez se dirigió á la Nación después del 31 de Julio; y me llama mucho la atención el que en el mismo tono y casi simultáneamente, apareció la proclama de D. Joaquín F. Vélez al encargarse de la Gobernación de Bolívar.

Ambos documentos, bien entendidos, deben de haber sabido á rejalgar á nuestros apostólicos, los que toman como Evangelio el enunciado de Veuillot.

Y otra cosa me atrevo á pronosticar: después de esta guerra, el Partido Liberal, convencido de

su impotencia para luchar con las armas, va á aprender política, y á representar un papel muy importante en el conflicto de las fracciones conservadoras. Como usted muy bien dice, “no pueden amalgamarse los principios conservadores y los liberales”; pero la manera de entender y aplicar cada cual esos principios, sí puede experimentar muy sustanciales modificaciones, de una época á otra. Si antes eran las flechas y las alabardas las armas de combate, hoy son los rifles y los cañones de largo alcance; cambio que, modificando la táctica, ha modificado también la política interior y exterior de todos los pueblos civilizados. Partidos tendremos siempre con nosotros, diremos parodiando el Evangelio; pero ni los pobres del siglo XIII son los de hoy, ni los partidos de ayer serán los de mañana.

Yo no he afirmado en mi carta á Uribe Uribe que usted contrajera éstos ó los otros compromisos antes del 31 de Julio. Lo que allí dije es que nosotros, los que llevábamos la dirección del movimiento, fuimos muy explícitos en las conferencias previas que con usted tuvimos, sobre la necesidad de ver de poner término á la guerra por medio de tratados con los revolucionarios. Francisco Gutiérrez y yo hablamos de esto á usted, y muy satisfechos quedamos ambos de los términos en que usted se expresó, de lo cual dimos cuenta á nuestros amigos. Esto nos bastaba, sin tener para qué entrar en pormenores sobre esos arreglos. De Convención no se habló, ni de dar participación á los liberales en el Gobierno; lo que á nosotros nos importaba saber era que usted no participaba de las ideas del Sr. Sanclemente, quien había declarado oficialmente que ningún pacto con los rebeldes, ni aun el de un simple canje de prisioneros, podía verificarse.

Consecuentes con estas ideas que usted conocía, el General Quintero, Abadía y yo, iniciamos con el Sr. Parra las conferencias á que usted alude, y que desgraciadamente se cortaron por los motivos que usted sabe, y de que no hay para qué hablar aquí. Pero no puedo menos de recordar que el Sr. Parra no hizo entonces ninguna exigencia extravagante:

se limitó á pedir, en sustancia, que usted declarara que habría elecciones libres, que en el Cuerpo Legislativo usted apoyaría las reformas por usted mismo proclamadas antes, en Mensaje al Congreso, y que se enviaran comisionados á los Jefes rebeldes á proponerles los términos de la paz. Esto último se creyó incompatible con la dignidad del Gobierno y como ocasionado á que se tomara por muestra de debilidad, aunque el General Quintero recordará muy oportunamente que á él mismo, después de vencida en todas partes la Revolución conservadora de 1876, el Gobierno del General Camargo le había enviado á Ocaña comisionados de paz, con los cuales pactó una honrosa capitulación, que puso término á la guerra.

La transcripción que usted me hace de un párrafo del folleto de Vargas Vila, en que aparecen como escritas por mí las palabras que allí se leen, es una simple y absurda impostura. Jamás he escrito yo nada de eso, y basta conocerme un poco para comprender el malicioso embuste. Previendo, precisamente, lo que pudiera suceder, remití á mi hermano Luis á Bogotá copia íntegra de la correspondencia cruzada entre Uribe Uribe y yo sobre este asunto del manifiesto de paz. Voy á escribirle que la pase á usted para que se convenza de la verdad de lo que afirmo.

Juzga usted que yo he comprometido la reserva diplomática con lo que dije á Uribe Uribe respecto del Canal. En aquellos conceptos no se viola reserva alguna, porque ellos no versan sobre ninguna negociación pendiente, sino sobre hechos públicos notorios, de todos conocidos en ambos Continentes, cuales son: la actitud del Gobierno de los Estados Unidos, proclamada por periódicos, informes, discursos, leyes, &c. &c.; la difícil situación de la Compañía francesa, y la indiferencia de las Potencias europeas. ¿Qué misterio puede haber en presencia de estos factores? Presentarlos ¿no es lo mismo que reconocer que el Canal se abrirá por los Estados Unidos, ó no se abrirá absolutamente? ¿En qué compromete eso al Gobierno de Colombia, si los términos del negocio no le convienen?

Volviendo ahora á nuestro Uribe Uribe, creo comprender que es muy distinto el punto de vista tomado por mí aquí del adoptado allá por usted. Yo creía que mientras él estuviera en Nueva York en actitud amenazante, haciendo creer que estaba en capacidad de conseguir y llevar grandes elementos de guerra para continuar la lucha, sería muy difícil lograr la sumisión de los que en Colombia continuaban en armas. El Manifiesto de paz significaba, en medio de todas sus bravatas y desahogos, esto y nada más: "no cuenten conmigo; nada tengo que ofrecerles." Por eso di yo tanta importancia á aquella declaración de impotencia; prescindiendo de que para mí Uribe Uribe es la personificación de la revolución y el hombre más capaz y prestigioso que ella ha tenido y tiene. Nuestros amigos de allá, en vez de enojar la victoria alcanzada, no pensaron sino en deprimir á Uribe Uribe, ante sus mismos copartidarios armados; y como de esta suerte vino él á encontrarse entre fuegos cruzados, no es inverosímil suponer que el despecho le haya llevado á una nueva aventura.

Lo que haya pasado después no lo sé. Antonio José Restrepo llegó á Nueva York proclamando, para que lo repitieran los diarios, que los masones de Europa le habían dado doscientos mil pesos para comprar armas, las cuales se habían despachado ya para Colombia. No creo en la generosa contribución de los masones; y el mismo hecho de que aquella especie se echara á volar, indica, á mi ver, que otro es el origen de los tales armamentos, si es que existen.

Después han publicado aquí los periódicos que invasiones colombianas sobre Venezuela han sido derrotadas, y creo que Castro se prepara á hacer la guerra á Colombia. Espero que en estas noticias haya mucha exageración; pero de todos modos me hallo en la más horrible ansiedad, y mañana mismo me vuelvo á Wáshington. Para colmo de afanes, me dicen que la comunicación por el cable está interrumpida.

Perdone, mi querido D. Manuel, todo lo que en esta larga carta haya podido desagradar á usted.

Otro quizá, en mi caso, se habría limitado á excusas y vagas explicaciones, guardando en el fondo de su alma un dejo de amargura. Yo he creído que debía tratar de imitar á usted en amistosa y cordial franqueza; ojalá pudiera imitarle también en algunas siquiera de sus muy eximias virtudes.

Deseo á usted todo género de felicidades domésticas y de prosperidad en el Gobierno, para bien de nuestra desgraciada Patria y satisfacción de sus numerosos estimadores.

Su respetuoso servidor, leal y adicto amigo,

CARLOS MARTÍNEZ SILVA

* * *

Podríamos llamar el lapso de 1900 á 1903 la época del terror. Por medio de una Resolución se establecieron los Consejos de Guerra verbales, con la consigna de dictar siempre sentencias de muerte para los prisioneros de guerra. Entonces principió la carnicería en grande escala. Los patíbulos se levantaban diariamente, y los telegramas que anunciaban la ejecución de los prisioneros eran celebrados con vítores y cañonazos en la capital de la República. Turbas ignaras, sedientas de sangre, recorrían calles y plazas entonando loores á los victimarios y pregonando infamia para los sacrificados. Jamás alcanzó mayor auge la degradación humana.

El Partido Conservador no tuvo en esos momentos conciencia de sus deberes; olvidó que como agrupación política tenía antecedentes que respetar; olvidó los preceptos de la piedad; hasta de Dios se olvidó. Sólo quedó, para sacar en limpio el honor de ese Partido,

un reducido grupo de hombres civiles, que firmaron el siguiente memorial :

Excmo. Sr. Vicepresidente de la República, Encargado del Poder Ejecutivo y Presidente del Consejo de Ministros

Haciendo uso del derecho que reconoce el artículo 45 de la Constitución, nos dirigimos á V. E., con el debido acatamiento y respeto, para ver de alcanzar que se derogue ó se modifique el Decreto de carácter legislativo, de fecha 14 de Enero de 1901, que ha servido de fundamento á ulteriores resoluciones del Ministerio de Guerra y á la condena- ción á pena capital de varios Jefes revolucionarios que han sido tomados recientemente con las armas en la mano y que no se habían acogido en oportunidad á los decretos de amnistía é indulto expedidos por el Gobierno.

A hacer esta solicitud nos mueven no sólo los sentimientos de humanidad y consideraciones de alta política, sino el primordial deseo de que se guarden en toda su integridad la Constitución y Leyes de la República, cuyo fiel cumplimiento obliga igualmente á los ciudadanos y al Gobierno.

El artículo 30 de la Constitución dice lo siguiente: "No habrá pena de muerte por delitos políticos. La Ley los definirá."

Ante este categórico precepto constitucional no cabe duda alguna de que es imposible aplicar la pena capital á los responsables del delito de rebelión, cualesquiera que sean las circunstancias que lo acompañen ó caractericen y que no envuelvan la comisión de un delito de naturaleza distinta.

No vale, para el caso de que tratamos, declarar, como lo ha hecho el citado Decreto, que los rebeldes á quienes él se refiere habrán de ser considerados como asaltantes en cuadrilla de malhechores; porque este delito está definido en el Código Penal, que es garantía suficiente de represión y castigo para semejantes atentados.

Preséntase aquí, en consecuencia, un dilema sin salida: ó el delito señalado en el Decreto á que nos

referimos es *político*, y entonces es inaplicable la pena de muerte, conforme á la Constitución, ó es *común*, y en ese caso cae bajo la jurisdicción del Código Penal, y su juzgamiento y castigo corresponde á los jueces ordinarios. La función del Gobierno quedaría en este caso limitada á aprehender á los responsables y ponerlos á disposición de la autoridad competente.

Asumir la militar, con procedimientos especiales, y algo más que sumarios, el juzgamiento y castigo de un delito común, es gravísima usurpación de atribuciones, y equivale á subvertir por completo el orden legal, como sería el que la escolta encargada de aprehender un presunto reo, se constituyera en juez y dictara y aplicara la sentencia, por trámites excepcionales y sin dejar al acusado recurso de defensa ó apelación.

No autoriza, por tanto, el Decreto mencionado, puesto que allí no se dispone que los declarados salteadores en cuadrilla sean juzgados en Consejos de Guerra verbales y sumariamente ejecutados; ni habría podido ordenarse tal cosa sin violar abiertamente el artículo 26 de la Constitución, que dice: "Nadie podrá ser juzgado sino conforme á leyes preexistentes al acto que se impute, ante Tribunal competente, y observando la plenitud de las formas propias de cada juicio." Aquellas formas y aquel Tribunal, para el caso concreto de que se trata, determinados están en los respectivos Códigos Penal y de Procedimientos Judiciales.

Nada puede haber, en efecto, más contrario á las nociones universales de justicia, que esos juicios seguidos en Consejos de Guerra verbales contra los rebeldes en armas, por los mismos jefes que los han perseguido en la campaña, enardecidos en la lucha y en los cuales no cabe la imparcialidad necesaria para pronunciar una sentencia de pena capital. Un juicio, en tales circunstancias, sin posible defensa y con un fallo pronunciado de antemano, tiene algo de horriblemente irrisorio, que hace, para las mismas víctimas, preferible la muerte alevosa recibida en el campo y en el calor de la contienda, y que deja á lo menos á salvo la majestad augusta de la Justicia.

La prueba concluyente de que el mismo Gobierno no estima como verdaderos malhechores en cuadrilla á los rebeldes sorprendidos hoy con las armas en la mano, es que esos individuos quedan limpios del supuesto delito con sólo el hecho de manifestar que se acogen al indulto ofrecido por el Gobierno. No podría ser ese el caso si se tratara de verdaderos delitos comunes y atroces, para los cuales ni aun el Congreso puede conceder indulto.

Se ve patentemente con esto que lo que se castiga con la pena capital, prodigada sin piedad, no es un delito ya determinado y definido en las leyes penales, sino la contumacia de los rebeldes en continuar una lucha desesperada. La asimilación propuesta es, por consiguiente, arbitraria y convencional, y está ella misma patentizando que, en la generalidad de los casos, sólo se trata de aplicar una medida de carácter político para conseguir un fin político.

En extremo deplorable es que los revolucionarios presistan en sus bélicas empresas; pero esa misma tenacidad en muchos hombres ofuscados, si se quiere, por la pasión política, pero no todos malhechores en el propio sentido de la palabra, está enseñándonos que el movimiento revolucionario, que toca á su fin y que tan hondamente ha conmovido el país, tiene causas remotas y antecedentes históricos que V. E., como Magistrado y como filósofo político, no puede desconocer.

Se explica, y aun se justifica, en países sólidamente constituídos y en donde el sufragio libre y puro es una realidad, el que las leyes castiguen con sumo rigor, asimilándolo al de alta traición, el delito de rebelión y sus congéneres; pero en Colombia, donde, según lo ha expuesto recientemente V. E. en documentos que llevan su firma, todos, más ó menos gobernantes de hoy, ó gobernados de ayer, ó viceversa, han sido revolucionarios, y donde el sufragio no es camino abierto á la satisfacción de los legítimos anhelos de los partidos, es muy difícil que el *summum jus*, invocado en el día para restablecer el orden, no degenera en *summa injuria*.

No es el patíbulo político, como lo enseña nuestra propia historia, el medio más eficaz para fundar la paz en esta sociedad, sana en el fondo, pero profundamente perturbada por múltiples causas y por comunes errores. Más haría en el sentido indicado una política de tolerancia, de conciliación y de honrado respeto á todos los derechos reconocidos en la Constitución; y precisamente por ser aquella política la que está más de acuerdo con el carácter y con los antecedentes de V. E., le dirigimos la presente solicitud, y esperamos será favorablemente acogida, para gloria personal de V. E. y felicidad de la amada Patria.

Con sentimientos de la más alta consideración, nos suscribimos de V. E. muy respetuosos servidores.

Bogotá, Agosto 25 de 1902.

CARLOS MARTÍNEZ SILVA—FRANCISCO A. GUTIÉRREZ—JORGE MOYA VÁSQUEZ—JORGE ROA—LUIS MARTÍNEZ SILVA—JOSÉ JOAQUÍN PÉREZ—BERNARDO ESCOBAR — ISIDRO NIETO -- FEDERICO MONTOYA—EDUARDO RESTREPO SÁENZ--CARLOS BRAVO.

A la solicitud respetuosa que pedía el acatamiento á la Ley, respondió el Gobierno con una orden de prisión y de confinamiento.

Los hechos que vamos refiriendo dicen con elocuencia la grande iniquidad que se cumplía. Porque en el campo mismo de un combate y aun en el teatro de una campaña, se explican, ya que no se justifican, los actos de crueldad, los asesinatos, el exterminio en masa; pero dar órdenes de muerte desde los Palacios de Gobierno, con la implacabilidad de un sistema; dictar resoluciones en las que se ordenaban los fusilamientos, y mantenerlas en vigor por largo tiempo; firmarle carta blanca á la soldades-

ca enfurecida,—éso, no lo habíapresenciado el país de medio siglo á hoy; éso, á ningún pueblo cristiano le ha sido dado presenciarlo; éso, quedó reservado para la República de Colombia, que por Ley del Congreso estaba consagrada al Santísimo Corazón de Jesús. Caudillos como el General Mosquera ó D. Julio Arboleda pudieron ser crueles y cargar su reputación con el fusilamiento de sus adversarios; personajes secundarios de nuestras guerras civiles, sin alteza de alma, sin ilustración, sin puesto social que respetar, han ejecutado actos más que inhumanos, feroces; pero nuestros partidos, desde 1850, habían renunciado en la ley al patrimonio de la barbarie, y queda el ánimo suspenso cuando piensa uno que las matanzas fueron ordenadas por hombres que nunca estuvieron en la lucha, y se hallaban á la hora que sus víctimas morían, libando copas de champaña en el Palacio que honró Murillo y enalteció Mallarino.

El refinamiento de crueldad prolongó la guerra, y ella concluyó por la absoluta impotencia de uno de los contendores. Al escribir este libro, no es nuestro propósito hacer obra de recriminación; lo damos á título de información histórica, tan completa y tan exacta como ha sido posible obtenerla. No es el placer amargo de recordar antiguos agravios; nó el de abrir heridas que el tiempo habrá de cicatrizar; pero como el Partido vencedor rindió tributo á sus muertos, tejió coronas para sus tumbas y trazó inscripciones en su honor, corresponde igual derecho ó igual deber á los amigos de los héroes vencidos.

Además, la historia deberá pronunciar fallo severo sobre los que hicieron inevitable la última de nuestras guerras civiles, y sobre los

que la tornaron cruel, y más que cruel, eminentemente salvaje. Es como si dijéramos el cumplimiento de una obra de justicia estricta.

Los campos que presenciaron las matanzas empiezan á ser fecundados por la obra de la paz; los muertos que hallaron reposo en la tierra, transfundidos se hallan en la madre Naturaleza; los ecos de las montañas no repiten ya los gritos del combate, y las proezas de los héroes son apenas una leyenda en la imaginación del pueblo. Hasta quisiéramos no ser leídos de los contemporáneos sino de las generaciones futuras que hayan de dictar la sentencia. Pueda que los hombres del porvenir aprendan en las amarguras de sus antecesores, y hagan de Colombia la Patria grande, rica y respetable, á que nosotros, sus hijos amantes, aspiramos.





CAMPAÑA

DEL GENERAL BUENDIA CARREÑO

Expirante parecía la guerra en el Tolima para fines de Marzo de 1901. Ibáñez, que desde Septiembre anterior había dividido su fuerza para entregarla así fraccionada á subalternos suyos que buscarían suerte cada uno por su lado, se hallaba retirado en una hacienda, devorando en silencio la amargura que rebosaba de su alma nobilísima; Pulido, destrozado en La Virginia, y después de hacer grandes pero inútiles esfuerzos para rehacerse en Occidente y Sur de Cundinamarca, se había replegado hacia Uribe, sempiterno refugio de los revolucionarios tolimenses abandonados por la fortuna. Castillo, rechazado en Natagaima y deshecho luégo en su retirada del Chaparral, había marchado también á Uribe, para seguir á los Llanos. Caicedo arrastraba en el Panóptico de Bogotá una cadena de 24 eslabones! Pedrosa, Mac Allister, Ulloa, Aya, Buendía Joaquín, habían localizado sus maniobras en Cundinamarca, fatigados ya con esa serie y privaciones sin tregua que constituían la campaña del Tolima. Sólo quedaban Marín y Varón en el Norte, Buendía Carreño y Chaves en el Centro.

No trataremos de la campaña de los dos primeros, por sernos poco conocida y porque esperamos que la escribirán plumas más diestras. Vamos, pues, á historiar, á grandes rasgos, la de los dos segundos, á partir de la época señalada. Encontrábase Buendía en las minas de *El Totumo*, jurisdicción de Miraflores. El Gobernador Manuel J. Uribe, que lo observaba atentamente, creyó llegado el momento de acabar con él, al verlo completamente aislado. Para realizar su propósito dispuso que un batallón ocupara la Mesa de Ortega; que otro se situara entre Cucuana y San Luis; que el que comandaba un tal Sandoval cubriera el puente de Cuello y mantuviera constantemente observado al Jefe liberal; y por último, que el Escuadrón llamado *Saldaña* se acuartelara en Ortega. Tomadas estas disposiciones, pensó Uribe que Buendía no tendría más remedio que entregarse ó sucumbir, estando como estaba perfectamente rodeado por enemigos en su mayor parte más fuertes que él, y sobre todo, con más elementos. Sin embargo, la equivocación no pudo ser más grande. En la madrugada del 23 de Marzo, burlando la vigilancia de Sandoval y haciendo una marcha muy larga y muy rápida, cayó sobre la guarnición de Ortega, la sorprendió, la batió, le hizo muertos, prisioneros, heridos, le tomó armas, municiones, caballerías, cornetas y banderas, rompió el círculo y se salió del encierro. La inmediata ejecución y desarrollo de esta hermosa evolución fue encargada á los Coroneles Rafael Sarmiento Ll. y Francisco de P. Gómez, quienes demostraron allí, como siempre lo hicieron, valor, inteligencia y actividad.

Al día siguiente Buendía pasó el Saldaña y se dirigió hacia Aipe por la vía de *El Ataco*. Advertido del movimiento el enemigo que ocupaba esta plaza, quiso detenerlo situándose en las posiciones de *La Candelaria*. Pero arrepentido en seguida, se limitó á tirotearlo desde los cerros inmediatos, sin causarle ningún daño.

El 30 de Marzo ocupó el Jefe liberal las posiciones de *Las Delicias*, donde permaneció hasta el 12 de Abril, sin ser atacado. En esta fecha marchó

sobre Aipe con el propósito de atacar su guarnición, que no lo esperó. En seguida contramarchó sobre *El Ataco*, que encontró también abandonado. Al retirarse de allí, fue tiroteado por la fuerza gobiernista al mando de un tal Fidel Villa, quien habiendo logrado hacer prisionero al joven Isaac Mendoza, que con el Sargento Mayor Cornelio Ortiz y ocho compañeros más, cubría la retaguardia, lo asesinó con refinamiento de crueldad. Este primer acto de canibalismo, ejecutado por las fuerzas de D. Toribio Rivera en el Tolima, causó una sensación muy profunda en las poblaciones de dicho Departamento, que hasta entonces habían presenciado una guerra civilizada, si es que alguna puede serlo. Seguramente para esa época habían llegado ya á los campamentos conservadores las órdenes emitidas desde Bogotá para no dar cuartel á los liberales, y le tocó al desgraciado Villa ser el voluntario instrumento para abrir esa era de sangre, que tan triste celebridad había de dar á sus autores.

Vuelto Buendía á *Las Delicias*, permaneció allí hasta los últimos días del mes de Abril, dándole descanso á su fuerza y disciplinándola. Durante esos días las miradas de su pensamiento se hallaron fijas en el General Pulido, que en su retirada hacia Uribe se batía bizarramente con el grueso del Ejército de D. Toribio. Su mayor anhelo era volar allá y prestarle al denodado amigo su débil apoyo. Pero sólo intentarlo habría sido demencia, porque el enemigo tenía ocupados todos los pasos del río Magdalena y todos los caminos que podían conducirle al campamento del nombrado Jefe. Demasiado reciente estaba el fracaso absoluto del General C. Castillo al ejecutar el mismo movimiento.

Cuando la diezmada División del General Pulido abandonó definitivamente el territorio tolimense, la de Buendía, también muy pequeña, volvió de nuevo á ser el *objetivo* principal de la campaña del ejército enemigo. D. Toribio, que de Colombia había regresado á Purificación, ordenó que varios de sus numerosos batallones se movieran sobre aquél, por las vías de *El Ataco*, Natagaima, Aipe y Organos, dejándolo como en El Totumo, completamente aco-

rralado. Pero aleccionado el Jefe gobiernista con el mal éxito del encierro anterior, dispuso que en esta ocasión marchasen sobre Buendía fuerzas que fueran cuando menos el doble de la suya. Con todo, el resultado no fue más feliz. Dividida la fuerza liberal en pequeñas guerrillas, marchó, contramarchó, se agazapó y se escabulló muchas veces en medio de su tenaz enemigo, sin que se consiguiera causarle el menor daño en ocho días de activa persecución. Verdad que durante ese tiempo los pobres liberales que incesantemente tenían sobre su cabeza el machete enemigo, se embromaron mucho, comieron poco y no durmieron nada. ¿Pero qué había de extraño y de nuevo en todo aquello, ni qué importaba si de nuevo habían burlado á D. Toribio y salvado su querida guerrilla? Hubo en esa memorable semana incidentes que hoy nos parecen cómicos, vistos al través de tres años, pero que entonces habría sido motivo de echarse machete ó bala, el que alguno se hubiera permitido reírse por ellos. Por ejemplo: Hacía tres días que la guerrilla que encabezaba Abraham Sarmiento no comía nada absolutamente, porque el enemigo no le daba un instante de respiro. Con grandísimos trabajos y no menores peligros se consiguió una noche enlazar una ternera en un cerro y llevarla al fondo de una cañada muy profunda, donde sería beneficiada la mañana siguiente. Con la febricitante actividad de que el lector se hará cargo, nuestros guerrilleros se ocupaban en las primeras horas de la mañana de ese día en *pelar* la becerra para comérsela cruda. Cruda decimos, y no exageramos absolutamente. ¿Quién se habría atrevido á encender fogatas para que el humo de ellas denunciara á las fuerzas del Gobierno, que rodeaban el monte, el sitio preciso en que la perseguida guerrilla se encontraba? Despreciando la lluvia, que caía á torrentes, el estudiante de Medicina Sarmiento, convertido su machete de combate en bisturí, recordaba sus conocimientos de anatomía cortando la *sobrebarriga* para almorzar, cuando, ¡oh desgracia! como una tromba marina se precipitó la creciente de la quebrada llevándose consigo el cadáver y obligando al cirujano á salir en abierta

carrera para salvarse. Todavía recordamos la cara de tristeza y de dolor que puso Sarmiento en presencia de este nuevo y más lamentable contratiempo. Nosotros también lo sentimos mucho, pues nos devoraba el hambre. A pesar de eso habríamos reído si no nos hubiera contenido el respeto que le debíamos por ser nuestro superior, y más que todo, por los recios puños que tiene y que ya le habíamos visto ejercitar en otros compañeros.

Fatigado el enemigo de esta campaña, para él también muy pesada, y convencido de la inutilidad de ella, se retiró hacia Aipe, en los días 15 y 16 de Mayo. El 17 dio Buendía orden de que las guerrillas se concentraran de nuevo en *Las Delicias*. Recibió allí al siguiente día carta de Chaves, escrita en Anaime, anunciándole que se movería sobre Miraflores, é invitándolo á reunirse allí para abrir campaña sobre la Provincia del Centro. Atendiendo á este llamamiento, se movió el 19 y llegó á Pole, puerto sobre el Saldaña, en la parte alta de la Cordillera, donde, para continuar la marcha, se presentó una seria dificultad. Nuestro rumbo, como queda dicho, era hacia Miraflores, y el único camino de tierra que nos quedaba pasa muy cerca del Chaparral, donde había fuerte guarnición del Gobierno; los avisos le llegarían oportunamente y tendría tiempo de ocupar los puentes sobre el río Amoyá é impedirnos el paso, en momentos quizá en que la fuerza de un tal Gualí, que nos seguía, nos estrechara por detrás. Debíamos, pues, para evitar este peligro, para alejarnos del Chaparral y para ganar tiempo, embarcarnos en el Saldaña.

Pero si Gualí y la guarnición del Chaparral nos causaban inquietud, los chorros del Guanábano nos infundían espanto, ¿cómo lanzarnos en ese Atures y Maipures del Saldaña en embarcaciones construídas *ad hoc*, cuando los famosos bogas de esa región apenas se atreven á afrontarlos en balsas sólidamente amarradas y con todo género de precauciones? Pero entre morir por los machetes *toribianos* y perecer ahogados, no cabía deliberación, y se optó resueltamente por la vía de agua. Dicen que á los *borrachos* nada les pasa, y creemos que podría agre-

garse que á los revolucionarios tampoco. Sanos y salvos nos reunimos todos en la boca de Amoyá, el 21, á las 5½ a. m., de donde seguimos sin demora en dirección á Ortega, por San José y Yaguara. Ignoramos si por casualidad ó porque advertido el enemigo del Chaparral, quisiera salirnos al encuentro, nuestra llegada á la llanura de este nombre coincidió con la de una fuerza enemiga que sin demora nos presentó combate.

Creemos que Buendía supuso que aquello obedecía á un plan combinado, y que en breve se presentaría enemigo por otra ú otras partes. Suposición era ésta la más natural, pues bien sabido es que en el Tolima, y sobre todo en aquella época, no había hora ni lugar en que los liberales no lo tuvieran á vanguardia, á retaguardia, al flanco derecho y al izquierdo. Seguramente por eso, y olvidándose de que sólo teníamos doce tiros por fusil, aceptó sin vacilar la pelea y dio rápidamente las órdenes necesarias.

En momentos en que los fuegos se rompían por nuestra parte, oímos que le decía á Gabriel Solano, Rafael Sarmiento, Segundo Santofimio y Joaquín Borrero, sus subalternos, estas palabras:

“Saben ustedes que si esto se prolonga estamos perdidos, porque se agotarán las municiones, y porque lo más probable es que nos ataquen también por otros lados. Es, pues, indispensable, acabar pronto, y para eso se necesita que tras de pocos disparos nos vamos sobre el enemigo como una avalancha, y lo arrollemos.”

Al pie de la letra cumplieron éstos la recomendación de su Jefe, y el éxito superó las esperanzas. Omitimos entrar en detalles de lo que pasó en este día, así como del triunfo más completo aun obtenido al siguiente día sobre fuerzas más numerosas, porque hemos visto escritos que los describen en todos sus pormenores. Prescindimos también de relatar los sucesos comprendidos entre el 22 de Mayo y el 13 de Julio (combates de Miraflores y El Corazón, Chaparral, Coyaima y Purificación), porque de ellos se ocupan también los citados escritos, y entraremos á referir los que se cumplieron desde el 13 de Julio,

fecha del combate de Purificación, en que tan mal libradas salieron las fuerzas de que ya era Comandante General Buendía Carreño y Jefes subalternos Joaquín Buendía y Chaves, limitándonos solamente á decir unas pocas palabras acerca de este desastre, que tan funestas consecuencias tuvo para la Revolución del Tolima en aquella época. Creemos que nadie está en posesión de mejores datos que nosotros para juzgar aquel acontecimiento, porque agregados como estábamos entonces al personal de la Comandancia, y favorecidos como éramos con la confianza del Jefe superior, por nuestros ojos y oídos pasaba cuanto ocurría.

Empujar á Roberto Leiva hasta la margen izquierda del Saldaña y ocupar los pasos de *Papagalá*, *La Bodega* y *El Gusano*, para quedarse apoderados, á lo menos por algunos días, de la rica región que demora al Sur de este río, fue el plan que los Buendías, Solano y Chaves acordaron en la conferencia que en Coyaima celebraron el día 10 de Julio, inmediatamente después de terminar el combate en que aquel General del Gobierno fue completamente destrozado. En desarrollo de dicho plan, se movieron en la tarde de ese mismo día, por la vía de Purificación, en persecución de los derrotados, llegando á la hacienda de *El Tamarindo* á las 8 p. m., donde se tuvo aviso de que éstos habían llegado como á las 3 de la tarde á la citada población y seguido sin detenerse para el paso de *La Bodega*. Resolvieron entonces Buendía Carreño y Solano que se continuara la marcha hacia dicho punto, con la esperanza de alcanzar al enemigo cuando estuviera pasando el río, y se comunicaron á Joaquín Buendía y á Chaves las órdenes del caso. Pero como sucede con mucha frecuencia en achaques de milicia, un accidente—insignificante al parecer—vino á estorbar la marcha y á echar á pique aquella campaña cortejada por el éxito á partir del 21 de Mayo. Las llanuras que demoran entre aquel sitio y el Saldaña, no puede cruzarlas, ni aun de día, quien no las conozca perfectamente; tan salpicadas están de ciénagas y zanjas naturales, que no dan acceso sino por puntos determinados. Era necesario,

pues, proveer á cada Cuerpo de un práctico, y en la hacienda no había sino una mujer enferma; en la fuerza había un Oficial que, aunque no conocía el terreno lo necesario para servir de guía en una marcha nocturna, á lo menos habría dado algunas indicaciones; pero en ese momento andaba en comisión, y no alcanzaría á las Divisiones sino en la mañana siguiente.

Hízose, pues, indispensable, pernoctar allí, y como á la mañana siguiente ya podría ser peligroso aventurarse en esas dilatadas llanuras de población netamente enemiga, con fuerza de sólo infantería, que no permitía explorar el terreno que se iba á recorrer, se decidió, ya con el concurso de los Jefes Divisionarios, seguir con precauciones hasta Purificación.

El primer cuidado del Comandante General al llegar á aquella plaza fue dirigir comunicaciones á los amigos que tenían sus fincas en la dirección del Guamo, encareciéndoles que observaran al enemigo é informaran si había continuado su retirada, ó si reforzado volvía sobre nosotros.

En espera de respuestas se estuvo hasta las 5 p. m. A esa hora, con el dolor de abandonar el territorio conquistado, pero hallando peligroso permanecer en el Centro del Valle, sin contar con buen espionaje, esencialísimo factor para la acertada dirección de una campaña, se optó por un movimiento de retroceso hacia Natagaima, avanzando en efecto esa misma noche hasta la hacienda de *Guadaleja*, donde se acampó. Preparábase la tropa para moverse en la siguiente mañana, cuando una mujer se presentó con correspondencia firmada con seudónimo, en la cual decían, poco más ó menos:

“ Los godos del Guamo, contaminados del pánico de los derrotados en Coyaima, desocuparon la población y siguieron con éstos para El Espinal. Toribio con todo su Ejército en Piedras; Perdomo con el suyo en Tocaima; no hay, pues, á quién puedan respetar, y retirarse en estas circunstancias sería hacer completamente estériles sus triunfos en Chaparral y Coyaima.”

Es evidente que el papel no tenía seudónimo conocido; pero ¿no cambiaban los corresponsales diariamente sus firmas por el temor de ser cogidos? Agregaba el papelito que el único enemigo que quedaba inmediato era una guerrilla dejada por Leiva en la hacienda de *Saldaña*, para custodiarla en lo posible. Si el papel era apócrifo ó nó, es cosa que hasta hoy ignoramos; en los campamentos liberales era imposible averiguar el origen de la correspondencia que se recibía, porque antes de llegar á él pasaba por manos de muchas personas que tenían interés de ocultar su nombre. Pero nos inclinamos á creer que ésta sí era de origen liberal y escrita de buena fe, pero lo que ocurrió fue, probablemente, que el Ejército de Rivera, que hizo una gran marcha, se presentó momentos después de haberse transmitido el primer aviso, y que su avance rápido con numerosa caballería á la descubierta, impidió dar el segundo.

El resultado de todo este encadenamiento de sucesos fatales es bien conocido: en su marcha hacia el Saldaña, los liberales hallaron en el puente de Chenche, el día 13 de Julio de 1901, á las 2 p. m., no la guerrilla de Papagalá que esperaban, sino el mismísimo Ejército de D. Toribio, numeroso, aguerrido, voluntario, con abundante parque, en una palabra, el mejor Ejército que el Gobierno tuviera en la República, en los dos últimos años de guerra. Los liberales hicieron allí prodigios de valor, logrando en dos violentas acometidas repeler á su poderoso contendor muchas cuadras á retaguardia. En una de estas cargas, Rafael Sarmiento, con el arrojo que lo distingue, se lanzó imprudente en medio del enemigo: fue hecho prisionero, y habría corrido la misma suerte de la mayor parte de los prisioneros de ese día, y pagado con la vida su valor; pero un Oficial de apellido Borrero, natural del Gigante, nos parece, interponiéndose valientemente entre víctima y matadores, que ya habían comenzado su obra, con un brutal tornillazo que hizo correr la sangre de la frente de aquélla, exclamó:

—“ ¡Alto ahí! En mi presencia no se asesinan prisioneros, por más que sea esa la consigna. Y mu-

«ho menos lo consiento con este joven tan valiente y tan distinguido.»

Los soldados se retiraron mohínos y gruñendo como perros á los cuales se les arranca la presa de las fauces, pero no había remedio: Borrero era todo un hombre, y ellos lo conocían muy bien. En otro empuje soberano, una bala atravesó el cráneo á Ismael Santofimio, el Apolo Bayardo de la Revolución, que habría podido competir con Isidro Santacoloma, si hubiera figurado en 1860, en hermosura y en valor.

A las 4½ p. m. un Oficial se acercó á Nicolás Buendía, y le dijo:

—“No podemos resistir más: se agotaron las cápsulas.”

—“Vaya usted—contestó éste—dígame á Joaquín, á Solano y á Chaves que las cápsulas se han agotado; pero que, por la misma razón, es indispensable continuar la resistencia hasta que la noche se acerque; que si nos declaramos en derrota á esta hora, sin municiones para defendernos, los Escuadrones enemigos acabarán con todos nosotros en estos llanos sin fin.”

Nicolás sabía muy bien á quiénes se lo decía. A nosotros aquel recado nos pareció una *chifladura*. En el páte que publicó el Jefe gobiernista, se leen estas palabras:

“El enemigo se batió con un valor digno de mejor causa; la oscuridad de la noche lo salvó de pérdida absoluta.”

Las bajas de la Revolución fueron numerosas, y la dispersión casi completa.

Tres días después las vidas de Joaquín Buendía, de Solano y Chaves, corrían el más grande peligro: el primero, con una herida horriblemente infectada, yacía en una cama, en la hacienda de *Helvesia*; el segundo, muy palúdico y con el hombro derecho perdido por disparo propio, calentaba otro lecho en *La Jasminia*; y el último, con fiebre amarilla, agonizaba en *La Cabaña*. Pero Joaquín contaba con el

ilustrado é inteligente médico A. Gómez; Solano con los solícitos cuidados de la familia Rocha; y Chaves con el vigor de su alma y de su cuerpo, igualmente inquebrantables. No podían morirse entonces: estaban destinados todos para prestar nuevos servicios á su Causa. Chaves lo estaba también para servir de víctima expiatoria á las venganzas del partido vencedor; y Joaquín para caer, víctima de traidora enfermedad, muchos meses después de terminada la contienda.

Sólo Nicolás, con su organización de soldado alemán y su salud de marino inglés, continuaba sin darse tregua; imperturbable en su tarea. Colocado, con el Saldaña de barrera, entre él y su enemigo vencedor, y con el Escuadrón de Joaquín Borrero, que no había combatido, encargado de la defensa de los pasos de *Chila*, *Guaipá* y *Limón*, se ocupó por varios días, con perseverante celo, en tomar todas las medidas conducentes á reparar, en lo posible, el desastre.

Reunió los dispersos, los reorganizó en pequeñas guerrillas, les puso Jefes prácticos en el terreno, les dio instrucciones y aliento y los alejó de la presencia del enemigo para hacerles olvidar la impresión de la derrota. Despachó á sus compañeros enfermos y heridos á casas de familias amigas, provistos de las más encarecidas recomendaciones y de los recursos á su alcance; concedió permisos y dio también fondos y recomendaciones á varios Oficiales que, siendo muy valientes y sufridos, necesitaban, sin embargo, algún descanso para reparar sus fuerzas físicas y morales. Recibió entonces una carta de David Fernández y Tiberio Díaz, 1.º y 2.º Jefes de la Brigada enemiga que tenía al frente, en la cual, después de reiterarle su vieja amistad personal, lo invitaban á que depusiera las armas y aceptara las garantías que ellos solicitarían y el Gobierno concedería, estando como estaba Buendía, decían, en buen concepto en la opinión de aquél y particularmente en la de D. Toribio, á quien habían oído expresarse en sentido favorable. Terminaban haciéndole presente que el aislamiento en que se encontraba y el aniquilamiento á que lo había reducido el

descalabro de Purificación, hacían que todo esfuerzo suyo fuera estéril, siendo el más probable resultado, un sacrificio sin beneficio para nadie. Les respondió Buendía que le agradaba mucho saber que sus sentimientos de buena amistad personal hacia ellos, estuvieran bien pagados; que estimaba esas manifestaciones de cuya sinceridad no dudaba; que él abominaba, como el que más, la guerra; que si estaba comprometido en ella, era porque se había visto arrastrado en su corriente; pero que á pesar de todo eso, no podía admitirles el consejo porque tenía superiores que desde las fronteras del País le ordenaban perseverar en la lucha; y que estaba dispuesto á cumplir esa consigna, cualesquiera que fueran las consecuencias que esa conducta le aparejara.

Esta carta se contestó de Llanolargo, á donde había sido urgente replegar el Escuadron de Borrero, para que tomara descanso, después de una fatiga sin relevo de tres días, en la defensa del Saldaña. Estaba, pues, descubierta la línea del río, y el enemigo lo pasó sin inconveniente tan pronto como sus Jefes recibieron la aludida contestación. Buendía se situó entonces en Pocará, donde, con un combate simulado, demoraría al enemigo el tiempo necesario para que á la guarnición que tenía en Chaparral le llegaran los avisos que le envió, del peligro que la amenazaba. Por desgracia los Jefes de ésta no dieron á tales avisos la importancia que tenían, y se dejaron sorprender á plena luz meridiana, completando así, de modo inexplicable, las ventajas obtenidas por el Gobierno en Purificación.

Un nuevo contratiempo vino en seguida á hacer aún más difícil la situación de los revolucionarios de aquella región. Para no hacerse copartícipe de las depredaciones de Manuel Tavera, hombre de malos instintos, que con una guerrilla de infantería y caballería asolaba el Municipio de Ortega, Buendía lo depuso y encargó de ella á Segundo Santofimio, joven muy correcto, perteneciente á una de las familias más honorables del Tolima, que había dado pruebas de mucho valor en los distintos hechos de armas en que se había hallado, pero perfectamente

inexperto hasta entonces, como que jamás le había tocado bastarse á sí mismo como Jefe militar.

En un movimiento de amago sobre Ibagué, este joven fue sorprendido y rechazado en el pueblo de La Mina; en su retirada hacia Ortega chocó inopinadamente con otra fuerza enemiga en la hacienda de *El Michú*, que lo rechazó también con pérdidas; con los restos de su fuerza, ya completamente desprovista de municiones, fue de nuevo sorprendido y completamente destrozado en la hacienda de *Toy*, por la Columna de Fernández y Díaz, en su regreso del Chaparral á Ortega.

Cuando estos sucesos se cumplían, ya Chaves, por acuerdo con Buendía Carreño, se había movido para Anaime con parte de la escasa fuerza. Poco después, Joaquín, por convenio también con Nicolás, y con otra parte de la fuerza, pasó el Magdalena, y por Cunday marchó á Oriente de Cundinamarca, donde se reunió con Mac Allister.

Quedaba, pues, el centro del Tolima en poder del Ejército del Gobierno, cada día más numeroso, pletórico de elementos y envalentonado justamente con sus triunfos.

Pero en medio de ese Ejército quedaba también un puñado de liberales, que, si no era numeroso, ni tenía materiales de guerra, ni podía ufanarse de los resultados de sus últimos encuentros, sí estaba armado del convencimiento de que cumplía con un sagrado deber.

Tan profundo era este convencimiento, que casi tocaba las fronteras del fanatismo. De ahí seguramente la increíble energía de que dio tantas muestras. Porque es necesario haber palpado de cerca los acontecimientos para apreciar en su justo valor la titánica lucha que de ahí en adelante se empeñó; es preciso haber conocido el Ejército de D. Toribio, qué clase de Jefes lo mandaban y qué tropa lo formaba, para admirar como se debe la campaña que los liberales del Centro del Tolima sostuvieron. Aquello fue un combate de elefante y ratón; pero un combate en que cada molécula del diminuto cuadrúpedo que el formidable coloso cogía bajo su pusaña, desaparecía como por encanto para no reapa-

recer jamás, porque la guerra que éste hizo, á partir de esta época, *fue verdadera guerra á muerte*. Estrangulados por esa *pata* gigantesca y cruel, perecieron Dionisio González, Eliseo Añasco, Víctor Velasco, Ruperto Jaramillo, Jerónimo Herrera, Gregorio Huergo, Manuel García, Manuel Avendaño, Antonio Mata, Isaías Castro, Baudelino Brínez, Rosendo Torres, Eustorgio Caballero, Gregorio Paredes, Manuel María Cuéllar, Justo Rodríguez, N. Cartagena, Antonio Cárdenas, Olegario Garzón, Saturnino Parra, N. Díaz, Evaristo Lozano, Francisco Lozano, Leocadio Villamizar, Luis Martínez, Hipólito Alvarez y cien más que no recordamos.

Sin embargo, nada amedrentaba ni nada hacía cejar en su obstinación á estos sublimes guerrilleros. Desigualdad en la lucha, fatigas interminables, privaciones de todo género, carencia casi absoluta de materiales de guerra, abandono por sus amigos, guerra á muerte, todo, todo lo despreciaban, de todo se burlaban, y seguían, y seguían siempre adelante, con la mirada fija en un punto del horizonte, como unos iluminados. ¿Hacia dónde miraban? Miraban á Oriente, á Los Llanos, de donde se les habían prometido refuerzos y elementos. Cumplían la consigna de sus superiores, que desde lejanos confines les decían de tiempo en tiempo: ¡ Firmes !

Después de cada una de esas furibundas acometidas en que los conservadores, ensangrentadas las manos y ennegrecidos los rostros por el humo de los incendios, volvían á sus acantonamientos asegurando haber acabado definitivamente con los rebeldes, los que desde lejos contemplábamos esta lucha singular, decíamos, presa de gran dolor: “De ésta ya no vuelven á levantarse nuestros amigos.” ¡ Engaño ! ¡ Este fénix de la Revolución, renacía de las cenizas !

Para que se vea que no exageramos, hagamos un somero recuento de los sucesos cumplidos desde Julio de 1901 hasta Febrero de 1902.

Como queda dicho, en el primero de estos meses y en el de Agosto, los liberales fueron duramente escarmentados en Purificación, Chaparral, Toy, El Michú y La Mina.

En Octubre, Antonio Caicedo Ibáñez, á la cabeza de fuerte División, avanzó sobre el Chaparral, barrió á los revolucionarios, que con grandes esfuerzos empezaban á reparar sus anteriores descabros. Colocó fuertes guarniciones en esta plaza y la de Ortega, San Luis, Miraflores, El Ataco y Coyaima, y redujo á los guerrilleros á los despoblados, quitándoles toda fuente de recursos. Y no fue lo peor la ocupación de las plazas de donde los obtenían, sino el vigilante empeño que se puso en interrumpir de una manera absoluta toda comunicación entre los guerrilleros y las pocas personas, señoras en su mayor parte, que aún los apoyaban. Medida de gran acierto y que hubiera sido fecunda en resultados, si el Gobierno que tanto consiguió sobre el ánimo de muchos liberales que estaban fuera de los campamentos, empleando con unos el terror, con otros el apaciguamiento, no hubiera tropezado con el invencible obstáculo que le opusieron estas nobles espartanas, para quienes los dos sistemas, alternativamente ensayados, resultaron igualmente ineficaces.

Nada arredraba ni detenía á estas entusiastas y abnegadas señoras en el camino de ayudar á sus amigos. Cuando las primeras sobre quienes recayeron sospechas de complicidad con los revolucionarios, fueron arrebatadas de sus hogares, y en medio de soldadesca brutal, á pie y con sus niños en los brazos, transportadas á poblaciones donde se las recibía con insultante sonrisa y se les negaba hasta lo más indispensable para la vida, entonces creímos que las demás desmayarían. ¡ Pero nada ! Generosamente inspiradas en el ejemplo de sus amigas, cada vez que de esta suerte caía una, presurosas las restantes se apropiaban la tarea de la expulsada y la continuaban con ardor.

A esta gallardía del liberalismo femenino, que habría hecho brotar sangre de las mejillas de muchos hombres si hubieran tenido vergüenza, debieron los revolucionarios que su situación en aquellos días, de muy difícil, no se hubiera convertido en insoportable. Con muchísima razón éstos las rodeaban entonces de todo género de consideraciones y

les guardan hoy todavía imperecedero recuerdo de gratitud.

El 23 de Octubre se tuvo conocimiento, en el campamento liberal de Tetuán, de la marcha del Sr. Caicedo Ibáñez hacia la región de Chaparral. Buendía llamó á F. de P. Gómez, y le dijo :

—Sé de muy buena fuente que esa fuerza viene con orden de posesionarse de este territorio y perseguirnos hasta vernos el fin. No creo que pueda acabar con nosotros, pero sí que nos pondrá en grandes apuros. Hay, pues, que anticiparse á causarle algún daño, para que nos hostilicen por algo. Su vanguardia, que se compone de sólo un Escuadrón, está en Cucuana, un tanto aislada. Es, pues, de ocasión el comernos ese *pión*, y usted lo va á hacer con estos 60 jinetes que le entrego. Mande usted 20 con Dionisio González, por la vía de Ortega al Guamo, á simular un ataque de frente, y márchese usted con el resto por la vía de San Luis hasta Chipalo; trasmon-te el cerro por aquel punto, salga á Luisagarcía, y allí quedará usted perfectamente á retaguardia del Escuadrón enemigo. Como usted necesita doce horas para dar ese gran rodeo, en tanto que González sólo empleará cinco para hacer su camino, aquél debe aproximarse al campamento y permanecer en lugar bien oculto hasta las 8 del día de mañana, hora en que los dos romperán los fuegos simultáneamente.

La operación fue muy bien calculada, ejecutada con precisión, y el éxito satisfactorio. Habría sido éste completo, si una enorme creciente del río Cucuana no hubiera impedido á González estrechar más al enemigo, llegando hasta sus toldos, circunstancia que permitió á muchos derrotados escaparse por la montuosa ribera del río.

Gómez regresó á Ortega á las 7 p. m., donde lo esperaba Buendía con el resto de la fuerza, y juntos siguieron inmediatamente á Pocará, una legua al Sur, por la vía del Chaparral. Caicedo Ibáñez, á quien este descalabro había hecho apresurar su marcha, ocupó á Ortega la misma noche á las 8 p. m.

Este Sr. Caicedo estuvo muy poco tiempo en la región; después de una corta permanencia en Chaparral, regresó al Guamo, dejando la mayor parte de la fuerza.

Se dijo entonces en los campamentos liberales que lo habían retirado por no haber matado y, por el contrario tratado con toda hidalguía, al Capitán Vargas (a. *Berrinche*), á quien hizo prisionero la noche que ocupó aquella población. No sabemos si esa sería la verdad.

Los revolucionarios quedaron desde aquel día divididos en dos porciones. Una á las órdenes de Solano, en lo que se llama Valle del Chaparral; y la otra, á las órdenes de Buendía, entre Ortega, Co-yaima y Chaparral. *Cantón del Valle* y *Cantón de Canalí* llamaron de ahí en adelante los guerrilleros liberales estos dos territorios, aludiendo á la costumbre que tienen los naturales de Ortega á denominar con este nombre á la fracción del territorio del Municipio sometida á la autoridad del mismo Comisario de Policía.

Asumió la campaña cierta regularidad en la forma. Por turno riguroso, cada uno de estos grupos fue objeto de persecución. Las guarniciones de los pueblos se movían simultáneamente, ora sobre el Valle, ora sobre Canalí, para batir esos campos, escudriñando los montes, los cerros y las cañadas, rastreando y husmeando, como no lo hubiera hecho mejor una jauría de sabuesos. Sabían que las guerrillas eran escasas, que no tenían municiones, y esto les daba un valor y una energía extraordinarios.

Cada vez que esto sucedía, las guerrillas se dividían y subdividían indefinidamente, hasta convertirse en unidades tácticas verdaderamente imperceptibles.

Aquello parecía una disolución definitiva, y por tal la tomaban los enemigos y hasta los mismos amigos que no estaban acostumbrados á presenciarlo.

En verdad, no era de esperar que soldados que por toda ración tenían el hambre y por única camisa su tostado pellejo, no aprovecharan aquellas admirables oportunidades para pasarse á las filas enemigas, donde todo lo tenían á rodo, ó para irse á sus casas, donde en todo caso lo pasarían mejor.

Sin embargo, ninguno desertaba por entonces. Ocasiones hubo en que la dispersión fue tan completa, que no quedaron *dos* soldados reunidos; y así, buscando cada cual por su cuenta la manera de salvarse, permanecieron por varios días, hasta que retirado el enemigo, volvieron todos á buscar á sus Jefes.

Como fantasmas, con la mirada suspicaz y la piel desgarrada por las zarzas, pero siempre altivos y abrazando enérgicamente el fusil, objeto de sus más caras afecciones, surgían estos guerrilleros tan pronto el enemigo se alejaba, á veces del sitio mismo de donde aquél quitaba sus toldos.

Cautelosamente se aproximaban á las miserables chozas de indios, donde éstos, liberales en su totalidad, los recibían cariñosamente, los obsequiaban con lo poquísimo que de su pobre despensa habían podido escapar á la rapacidad de los soldados del Gobierno, y los endilgaban á los sitios designados para la reunión de los dispersos.

Muy importantes fueron los servicios que los indios de Ortega, Coyaima, Chaparral, Natagaima, Aipe y Organos, prestaron á las guerrillas liberales. En los días de mayor peligro, cuando era necesaria una vigilancia más activa, cada individuo de esta raza, hombre ó mujer, era un espía voluntario. Con su *guayuco* color de tierra, y su piel bronceada por el sol, que les daba á lo lejos la apariencia de musgosos matorrales ó barrancos grises, observaban de cerca, saltando de cima en cima con agilidad de gacelas, todos los movimientos del enemigo, y los comunicaban á los liberales con esa celeridad casi telegráfica de que sólo ellos son capaces. Y no es que los aborígenes de aquellas comarcas hayan sido tradicionalmente liberales; tampoco que ellos comprendieran—incapaces como son de todo raciocinio político—que el triunfo de la Revolución liberal implicaba la implantación de un régimen que aliviara la suerte del proletario.

A ese resultado se llegó solamente por el trato benévolo, á la par que justiciero, que ellos recibieron de los Jefes revolucionarios. Buendía comprendió desde el principio que la guerra de guerrillas

era insostenible sin el concurso de los pobladores, y se propuso conseguirlo por medio de una política adecuada.

Ya hemos dicho hasta dónde lo consiguió. Cuando le veíamos prestar tan preferente atención á este asunto, creíamos muchos que se preocupaba demasiado de un detalle baladí. La experiencia se encargó de comprobarnos que estábamos en un error.

La impotencia á que estaban reducidas las guerrillas liberales en la época á que venimos refiriéndonos, era casi absoluta, por la carencia de municiones de guerra. Se montaron y organizaron, en lugares bien ocultos, con todos los utensilios necesarios, dos talleres donde podían recargarse las cápsulas quemadas.

Con mucho trabajo, comprándolos á los pobladores de los sitios contiguos á los campos de combate, se pudieron reunir algunos millares de *cascarones*. De fulminantes (de escopeta) había buena provisión. El plomo no escaseaba, porque por mucho empeño que tomaran los pescadores para ocultar sus *atarrayas* (redes), siempre se las encontraban los astutos soldados, y éstos lo suministraban por arrobas. Pero la pólvora eso fue la gran dificultad, el escollo insuperable. Se pensó en fabricarla, y Florencio Duarte, armado de un *Manual del Polvorista*, instaló su laboratorio en el fondo de un antro negro, abierto como con barreno en la coronilla de un cerro.

Si la fabricación de pólvora no hubiera requerido sino un libro, una profunda madriguera de crótalos donde los *godos* no entraran, y un liberal suficientemente abnegado para sepultarse allí, todo habría quedado satisfactoriamente arreglado. Pero las sales de potasa no se encontraban sino en Neiva, en la droguería de Calixto Leiva, como quien dice, en el Cuartel general de T. Rivera; el azufre debía traerse de Puracé, cosa igualmente *fácil*. Sólo teníamos carbón, porque á lo menos había bastantes árboles de donde hacerlo. Pero quién lo creyera! En último resultado, éste vino á ser el componente que más falta hizo. Las señoras liberales de Neiva y de Aipe, que por entonces se aficionaron

mucho á las carnes nitradas, lograron obtener, ya valiéndose de un medio, ya de otro, algunas libras de *sal de nitro*, que al fin llegaron al taller, como pomposamente decían los liberales.

Chaves consiguió y remitió desde Anaime bastante cantidad de azufre. Pero el carbón que se hizo, de madera de balso, resultó casi incombustible, y los cartuchos recargados con la pólvora fabricada con él, estallaban en tres tiempos: en el primero, reventaba el fulminante; en el segundo, se inflamaba la pólvora, y en el tercero, salía el proyectil. Tan completa era la solución de continuidad que había entre estos tiempos, que en los primeros ensayos el tiro salía del cañón del rifle cuando ya el soldado se lo había quitado de la cara y estaba *abriendo para descazarlo*. La pólvora Duarte hizo, pues, fiasco absoluto.

Fácil es imaginar cuál sería el desencanto de los guerrilleros en presencia de este resultado.

Y fue lo peor que los del Gobierno se convencieron de que el fuego liberal era cada vez más inofensivo, y esto centuplicó su arrojo. Pero los Jefes liberales, que no desmayaban ante ninguna dificultad y que de toda mala situación sacaban partido, razonaron así para reanimar á sus soldados: “No hay que desalentarse, muchachos; ya verán ustedes cómo esto nos conviene; nuestra impotencia aumentará la confianza del enemigo; sus expediciones sobre nosotros serán cada día más pequeñas, y día llegará en que nosotros podamos escarmentarlos. El General Pulido nos ha prometido un auxilio en municiones, y lo cumplirá; mientras tanto, hemos pedido pólvora á todas partes, y tenemos seguridad de que alguna nos vendrá, porque todavía hay liberales que no nos han abandonado y que nos apoyan. Son pocos, es verdad; pero no importa, porque la calidad suple el número. ¿No son esos escasos amigos los que nos sostienen con dinero, vestidos, sal, noticias, &c.? Los egoístas, los *pancistas*, son los que se han ido, y ésos ninguna falta hacen. Dejémoslos allá en sus tratos, en su vergonzoso contubernio, confabulados con los Jefes del Gobierno para

arruinar á los liberales que han conservado su dignidad y su decoro. Allá están bien.”

Pocos días después, Estela, la Providencia revolucionaria de Purificación, escribió alborozada anunciando el envío de un saquito de pólvora, y tras de la carta vino la preciosa, la invaluable encomienda, con la cual se procedió á recargar unos mil cartuchos.

Esta sola expectativa hizo renacer el entusiasmo entre los revolucionarios, y algunos Oficiales subalternos encargados de guerrillas resolvieron acometer por sí solos empresas arriesgadas: Reyes Rodríguez atacó briosamente la guarnición de Aipe; pero con poca fuerza y sin pertrechos, ¿podía tomar cuarteles atrincherados?

Dionisio González embistió en Coyaima al *Escuadrón Papagalá*, que salió en derrota y desbandado, dejando á González dueño del pueblo.

Segundo Santofimio cargó sobre la retaguardia de un Batallón que marchaba de Chaparral á Ortega, haciendo prisioneros un Capitán, un Alférez y tres individuos de tropa. En el bolsillo de la chaqueta del Capitán se encontró una orden firmada por Antonio Obando, primer Jefe de la fuerza, en la cual se hacía á todos los subalternos la *humanitaria* recomendación *de no dar cuartel* al guerrillero que se cogiera.

¿Qué se figura el lector que harían éstos con el Oficial que llevaba semejante orden y que había demostrado ya no ser sordo á los mandatos de su Jefe? En Chaparral debe estar todavía este Capitán, que lleva el apellido González. El dirá—si es hombre de honor—que no solamente no se atentó contra su vida, sino que fue rodeado de todo género de consideraciones durante los días de su corto cautiverio.

Las predicciones de los Jefes liberales se cumplieron con respecto á los resultados de la confianza nacida en el ánimo de los del Gobierno, de que las guerrillas eran ya incapaces de intentar ninguna resistencia. A fines del mes de Diciembre de 1901, Antonio Obando, Comandante de la plaza del Cha-

parral, salió á hacer una batida por los lados de Canalí, no ya con numerosa tropa, como antes lo hacían, sino con sólo dos Compañías del *Batallón 2.º del Centro* y el *Escuadrón Ataco*.

“Este es el momento, dijo Buendía á Santofimio, González y Galindo (Rufino), que comandaban cada uno una guerrilla de 25 hombres y que ocasionalmente se habían reunido en Guaipá, el día 30 por la tarde. Podríamos asaltar al enemigo esta noche en su campamento de Tuquila, pero no es eso lo que más nos conviene, porque si tiene vigilancia, nos descubrirá antes de penetrar en su campamento y el golpe fracasará, protegido como está por los cercos de piedra que rodean la casa de la hacienda. Debemos aproximarnos esta noche y ocultarnos cerca del campamento para elegir mañana el momento propicio de atacarlo, que espero sea tan pronto lo haya abandonado.”

Eran las 10 de la mañana del día 31 y ya nuestros guerrilleros desesperaban de que Obando se *desencorralara*, cuando los espías (los mismos indios de siempre) avisaron que empezaba á moverse en dirección á Canalí.

“Con estos tiradores de infantería que tenemos se oculta usted á la entrada de este mismo callejón de Aico, en que nos hallamos. El callejón de Aico es un llano estrecho en medio de dos cerros inaccesibles. Suceda lo que suceda, usted no se mueve ni muestra, hasta que el enemigo, á quien yo mismo voy á tratar de conducir aquí, tiroteándolo con los 25 jinetes restantes, no haya penetrado en el callejón. Pero cuando haya entrado, se presenta usted por retaguardia, lo ataca vigorosamente, y ya comprende usted lo que se seguirá.”

Así dijo Buendía á Santofimio, y marchó á ejecutar la parte que él mismo se había señalado.

A los primeros disparos, Obando desplegó su fuerza en admirable línea de batalla. El Jefe liberal ordenó hacer fuego en retirada, y el gobiernista avanzar.

Quién sabe si por precaución de éste ó por conservar su magnífica alineación y mostrar su tropa

como modelo de veteranía, á lo cual era muy dado, el avance se hizo con lentitud; y como el trecho que se debía recorrer para llegar al sitio elegido era bastante largo, aconteció que á los veinte minutos de tiroteo ya los guerrilleros no podían contestar los fuegos, porque los pertechos estaban agotados. Sin embargo, el pequeño Escuadrón, que tenía Oficiales como Antonio Moncaleano, Rufino Galindo, los González, *El Runcho*, Jesús Charry, Vargas (a. *Berrinche*), los Oliveros, y pocos pero muy buenos soldados, continuaba su retirada en buen orden y soportando con perfecta serenidad el nutrido fuego del enemigo.

Estaban los combatientes, en esos instantes precisamente, frente al lugar donde Santofimio y sus compañeros, devorados por la ansiedad, esperaban el momento de intervenir, y vacilaba este Jefe en la incertidumbre de introducir modificaciones á las órdenes recibidas, apareciendo antes de tiempo, ó aguardar el cumplimiento de la condición impuesta por su superior, pero con gran peligro de que las bajas que ya había sufrido, y la falta de municiones, desorganizaran y desbandaran el piquete, á pesar de la presencia del General, echándose á perder todo.

Por fin, optando por el menor de los males, resolvió salir; y cargó de manera tan brusca al enemigo por su flanco izquierdo, que muy pronto dio al *traste* con la ordenada formación de los veteranos de Obando.

Como sucede siempre, tras de la desorganización viene el pánico, y en seguida la derrota. A duras penas logró salvarse el Jefe solo, pues los que no quedaron prisioneros salieron en la más completa dispersión.

Rifles Gras prolijamente limpios, cajas de cápsulas sin abrir, cornetas, caballerías y monturas, casi todo el material de la expedición vino á poder de los guerrilleros. Como de costumbre, las vidas de los prisioneros fueron respetadas; de ello pueden dar testimonio, entre otros muchos que no recordamos, el Capitán Bernal y el Teniente Suárez, que fueron cogidos allí.

Los derrotados de Llanolargo no pudieron dar aviso en Chaparral de su desastre, porque los liberales les cortaron esa retirada. Advertido el Jefe liberal, se movió la misma noche sobre dicha plaza, con el objeto de sorprender la otra mitad del Batallón 2.º, que había quedado haciendo la guarnición.

Tranquilos, sin espionaje, confiados en que tenían á Obando de avanzada, estaban como á las ... p. m. del 1.º de Enero, entregados á los festejos de Añonuevo, cuando se presentó Buendía en la mitad de la plaza con 16 hombres de caballería y les rompió los fuegos en las narices.

El desconcierto fue inmenso, y nadie pensó en resistir. Tan solo un Oficial, que estaba muy *alzado*, cogió un rifle y se puso á hacer fuego; pero no alcanzó á hacer sino unos pocos disparos, porque muy pronto fue herido y preso.

La mayor parte logró escaparse, favorecida por las zanjas montuosas que rodean la población, pero dejando en los cuarteles considerable número de elementos, que vinieron, como los del día anterior, muy oportunamente á los desprovistos liberales. Como queda dicho, Buendía atacó el medio Batallón con sólo 16 hombres, y esto hizo que no pudiera rodear la plaza para impedir la huída del enemigo. Quizá si en lugar de adelantarse con ese grupo, avanza con todo lo que sacó ileso de Llanolargo, hubiera podido coger íntegro el medio Batallón con todos sus elementos. Pero quizá también si no obra con la rapidez con que lo hizo, algún aviso hubieran tenido los enemigos de su aproximación, se hubieran preparado y acuartelado, y entonces, sobre haberse vuelto por demás problemático el resultado, porque 150 hombres atrincherados y con parque no se combaten sino con fuerza doble, y Buendía sólo llevaba 65 tiradores, la operación en todo caso habría sido costosa para los revolucionarios.

Pero así es todo en la guerra. Cuando una operación sale bien, se dice: pudo haberse hecho mejor. Cuando sale mal, todos habrían sido capaces de hacerla de otra manera. Sobre todo los tácticos urbanos, los militares de esquina, éstos son inexo-

rables y cómo fustigan á los Jefes en campaña, cuando el éxito no corona sus maniobras.

Como niño regañado llegó Obando al Guamo á dar parte de lo ocurrido en Llanolargo y Chaparral, y como á niño huérfano que comete grave falta, lo recibió su inmediato superior, el Jefe divisionario Tiberio Díaz.

Los Jefes del Gobierno en el Tolima habían llegado á convencerse de que no debían perder ningún combate, y cuando esto acontecía, los superiores agotaban el vocabulario de dicterios contra los subalternos desgraciados. Ineptos y cobardes llamó Toribio á Heraclio Lastra y á Hipólito Guzmán, cuando los venció Nicolás Buendía en Yaguará en los días 21 y 22 de Mayo. Que sus capacidades apenas le alcanzaban para ser Capitán de Compañía, dijo de Alejandro Villoria, porque Pulido obtuvo sobre él brillante triunfo en Las Peñas. Con palabras análogas calificó á Roberto Leiva porque lo derrotaron en Coyaima Nicolás y Joaquín Buendía. ¿Cuáles serían las que él mereció cuando cometió la *chambonada* de meterse á Las Vigas (Nacaroco), detrás de Caicedo, para que lo derrotara allí, y hacer matar torpemente á uno de sus mejores Oficiales? ¿Cuáles por haber corrido desde allí hasta Neiva, abandonando á Gallego y á Torrente, para que á los dos días los acabaran en Ilarco, habiendo podido evitar este desastre con sólo hacer alto en las posiciones de El Remolino? ¿Qué podrían haberle dicho cuando, á su presencia, dejó impasiblemente que Bustamante y Nicolás Buendía destrozaran á Sebastián Muñoz en Perico, si con sólo hacer pasar unos jinetes por Patá, para que amenazaran á aquéllos por retaguardia, cosa para él sencillísima, pudo haber hecho fracasar aquel plan y oponerse á la ocupación de Neiva? ¿Qué por no haber querido pasar el Magdalena al día siguiente, con tiempo suficiente como tuvo, y ocupar á Neiva antes que lo hicieran los liberales?

No queremos quitar á Toribio los méritos que tenga como militar; pero nos rebelamos contra la soberbia con que ha pretendido apropiarse todo el éxito de su campaña, sin tener en cuenta que á él

concurrieron factores múltiples, tales como el número y calidad de elementos de que dispuso, y el número y calidad de las tropas que comandó.

Confiado en que los liberales, que hacía muchos meses no podían salir de los montes, se dejarían arrebatarse por el placer de volver triunfantes al Chaparral, la *capital de los cantones*, como ellos decían, y que allí, entregados á regocijos, podrían sorprenderlos y tomar desquite de los descalabros sufridos, movió Tiberio Díaz su División, que estaba en El Guamo, y en una marcha violenta, llegó de esta á aquella población en cosa de quince horas.

Pero los guerrilleros, que contaban todavía con Francisco Lozano, el agente de espionaje más activo y decidido que tuvo la Revolución en el Tolima, recibieron multiplicados avisos del rápido avance del enemigo, y tuvieron tiempo suficiente para disponer las cosas de tal suerte que, cuando éste creyera que los tenía entre las manos, todos se le escaparon en distintas direcciones, fraccionados por guerrillas como antes estaban.

Cosa curiosa era ver aquella marcha paralela, pero en direcciones opuestas, de los Batallones del Gobierno que ocupaban la plaza, y las guerrillas que la evacuaban, á las 2 a. m. del día 5 de Enero, en medio de torrencial aguacero. Aquello parecía el desfile de dos guardias del mismo Cuerpo que se relevan en el servicio de un puesto de avanzada.

Mientras que los del Gobierno, *mal humorados*, con los hombres y los caballos rendidos por la penosa y estéril marcha del día anterior, se ocupaban en la mañana siguiente en reorganizar la guarnición y el gobierno civil de la plaza, los liberales, frescos y tranquilos, se preparaban, situados en las inmediaciones del pueblo, para seguir desesperando al enemigo con su tenaz osadía.

En esta vez se encargó Solano de distraerlo con las guerrillas de Honorio Roncancio, Joaquín Borrero y Dionisio González, mientras que Buendía, con las de Santofimio y Reyes Rodríguez, hacía una excursión para obtener recursos, por Guagua y Aipe, operación que dio el resultado apetecido, tanto por el dinero, mercancías, sal y caballerías

que se recogieron, cuanto porque al regresar fue sorprendido en el sitio de Canoas el *Escuadrón Ataco* del Gobierno, cayendo prisionero con todo su material y personal, menos el primer Jefe y seis compañeros que murieron en el choque.

La rabia producida por el éxito obtenido en estos días por los revolucionarios, arreció de nuevo la hostilidad ejercida con tropas muy numerosas, y los liberales tuvieron que volver á subdividirse para poder eludir los combates. Se formaron tres series de guerrillas, al cuidado de Buendía, de Solano y de Chaves, que por entonces había abandonado á Anaime y se hallaba en el *plan*, como decía él.

Cada uno escogió el territorio que más conocía; por consiguiente, Solano se instaló de Aguayo á Pole (Valle del Chaparral); Buendía en la región de Canalí, y Chaves en la de La Cabaña y Calabozo. Como auxiliares del primero quedaron Roncancio, Reyes Rodríguez y Espinosa; con el segundo, Luis T. Castro y Santofimio; Mejía, Prieto, Cortés y Alberto Valenzuela con el último.

En casos como éste, los Jefes superiores no permanecían con una sola guerrilla, pero las visitaban todas casi diariamente, acompañados por sus Ayudantes, ejerciendo sobre ellas la vigilancia más activa, tanto para evitar descuidos que pudieran ocasionar desastres, como para impedir que la organización, la disciplina y la moral se relajaran con el fraccionamiento.

Pero cuán peligroso era este ir y venir de los Jefes de una guerrilla á otra, al través de comarcas infestadas de enemigos, sin fuerza que los protegiera. Libro especial necesitaría la narración de las infinitas aventuras á que se vieron expuestos en estas ocasiones. Cada vez nos sorprendemos más de que hubieran logrado salir ilesos de tanto percance, como en esa época les aconteció, máxime si se tiene en cuenta que los enemigos se advirtieron de esta costumbre, impuesta por la necesidad, y pusieron todo el empeño que es de imaginarse, en cogerlos ó matarlos.

El 14 de Febrero de 1902 apareció inopinadamente Caicedo en Jaguara, centro de las maniobras

de las fuerzas del Gobierno sobre las guerrillas. La sorpresa que esto causó, unida quizá á la creencia de que iba con tropas considerables, hizo que el enemigo se replegara hacia el Guamo y que las guerrillas pudieran concentrarse en Chaparral en los días 16 y 17. La llegada de Caicedo y de sus compañeros, todos antiguos camaradas de los guerrilleros, y sobre todo las noticias que ellos condujeron sobre el buen pie en que la guerra se hallaba en Cundinamarca, entusiasmaron mucho á éstos. ¡Pobres liberales! No sabían que ocho días después había de venir Soacha, generadora de San Miguel, de El Guavio y de El Amoladero.

CAPITÁN AYUDANTE

II

El hambre, la desnudez y fatigas de largos meses, el desaliento y tristeza producidos por la conducta de los copartidarios que, temerosos de las medidas del Gobierno, abandonaban en la más completa ignorancia aquel grupo revolucionario, obligaron al General Buendía C. á dejar las serranías comprendidas entre Aipe y Chaparral, región llena de recursos y posiciones militares, pero que por su situación, las fuerzas que la ocuparan quedaban completamente aisladas.

Definitivamente decidieron la salida de esa región, comunicaciones procedentes del campamento del General Ramón Chaves, que anunciaban brillantes triunfos obtenidos por él sobre fuerzas enviadas de Ibagué, y expresaban el deseo de unirse con la fuerza mandada por el General Buendía C.

El movimiento, rápidamente ejecutado, tenía por objeto burlar la fuerza acantonada en el Chaparral, pasar por las cercanías de Ortega con dirección al Valle, donde sería fácil informarse de la situación del General Chaves, ó, si las circunstancias se presen-

taban favorables, pasar el Coello y unirse á las fuerzas que ocupaban el norte del Departamento.

A este fin se dividió la pequeña fuerza:

La caballería, á órdenes de los Generales Buendía C. y Solano, marcharía para recorrer en la noche el escabroso camino que une el *Paso de Pole*, sobre el Saldaña, con el punto denominado *Bocas de Amoyá*. La infantería á órdenes del Coronel Sarmiento y el entonces Sargento Mayor Segundo Santofimio, tomarían las balsas alistadas, y arrastrados por el correntoso Saldaña, llegarían en cuatro ó seis horas al sitio convenido.

Diéronse órdenes al Comandante Celestino Barrero, quien hacía algunos meses guerrilleaba en la región de Aico, para que, con su Escuadrón, saliera al camino de Ortega á proteger y servir de guía á la fuerza que pasaría por allí al día siguiente.

Al amanecer del 21 de Mayo se reunieron en la hacienda de Amoyá, lugar convenido.

Alto ya el sol, con ánimo de atravesar el camino que, pasando por la *Venta y Yaguará*, conduce de Amoyá á Ortega, puso Buendía en marcha sus pocos compañeros. Llevaba la vanguardia el *Escuadrón Ricaurte*, á órdenes de Joaquín Borrero; al llegar al punto denominado Las Palmas, y desde donde se domina la bella llanura de Yaguará, bañada por el Tetuán, divisaron el enemigo, que en marcha descuidada seguía placentero el camino que conduce á Ortega. Por costumbre y educación, los guerrilleros, apenas veían el enemigo, rompían los fuegos y se aprestaban al combate.

Buendía reúne rápidamente sus compañeros; los divide en tres grupos, encomendando el primero á Sarmiento, que debía atacar por la derecha; el segundo á Santofimio, por la izquierda; él y Borrero, con el tercero, por el centro. Rápidamente concebido el plan, fue aún más rápida su ejecución. Media hora después de fuerte tiroteo, el enemigo huía desbandado y dejaba en poder de los revolucionarios caballerías, armas, prisioneros y cargas de cacao y café, que, según informes de los prisioneros, pertenecían al Reverendo Dr. Jaramillo, Párroco del Chaparral, que en su fuga no pudo sacar, pero sí

prometía tomar el desquite al otro día, poniendo á Lastra, Jefe conservador que debía encontrarse en Ortega con fuerza de consideración, al corriente del número y situación de los revolucionarios después del combate.

El resto del día 21 lo gastaron los revolucionarios en perseguir los grupos enemigos desbandados en distintas direcciones, en reunir y organizar sus escasos soldados, é informarse, por los prisioneros, único medio, de la situación y fuerza del Gobierno. Supo Buendía que en el Chaparral hacía la guarnición con unos quinientos hombres Antonio Obando; que Heraclio Lastra se encontraba en Ortega con trescientos hombres y que seguiría al Chaparral como refuerzo de Obando.

De las fuerzas liberales del resto del Tolima fue imposible obtener datos seguros. De Bogotá llegaba el Manifiesto "por la Patria y por la paz," que desalentó á los infatigables luchadores, á quienes les servía de lenitivo y les producía nuevos bríos la carta política del General Marceliano Vélez. Raros acontecimientos en la lucha de los pueblos.

Le era indispensable á Buendía saber el estado de su fuerza, y le pregunta á Sarmiento cuál era la situación del *Batallón Restaurador*, á lo cual le contesta: "General, el Batallón consta de noventa tiradores de Grass y cinco tiros cada uno. Tiene además veinte Rémington, de los cogidos hoy, cada uno con quince cápsulas."—"Ponga, le dice, esas armas en los mejores soldados, y reúnalos en una compañía, para lo que se ofrezca." El *Escuadrón Ricaurte* no estaba mejor equipado; constaría de quince á veinte tiradores de Grass y Rémington, dotados con diez á quince cápsulas.

La fuerza revolucionaria del Centro y Sur del Tolima constaba, pues, de ciento diez tiradores municionados como queda dicho, colocada entre Ortega, donde se suponía á Lastra con trescientos hombres, y el Chaparral, ocupado por Obando.

En esta situación, y en espera de más informes, resolvió Buendía acampar en *Tuquila*, hacienda situada á orillas del *Tetuán* y separada del camino real por este río y por extensos bosques de palmeras.

Esa noche, después de tomar las medidas necesarias para la seguridad del campamento y para precaverse de la sorpresa de un asalto, se ordena que antes del amanecer salgan piquetes exploradores con dirección al Chaparral y Ortega.

Se repite á Borrero, quien ese día no quiso concurrir al combate, órdenes para que con su guerrilla los apoye en las difíciles circunstancias que se encontraban.

La noche fue tranquila, y los revolucionarios no gastaron toldos ni hogueras en su campamento.

Al amanecer, los soldados encendían fuego y se alistaban para preparar su invariable alimento, carne y plátano, cuando el vigía dio la señal de alarma. Sube Buendía al lugar donde estaba, y después de fijar el catalejo algunos minutos en la dirección de Ortega, baja pensativo y le dice á Sarmiento, que salía á su encuentro: "Vienen por el camino de Ortega unos trescientos hombres; debe ser Lastra que viene á cogernos; aliste el Batallón y colóquelo á orillas del río, tratando de ocultarlo entre las palmas." Ordena al Comandante Borrero que con su escuadrón ocupe y sostenga el paso de *Tetuán*.

En esos momentos se divisa por el camino de *Canalí* una caballería con bandera roja y se reconoce en ella al Comandante Celestino Borrero y su guerrilla.

Buendía da orden á Sarmiento para que á paso de trote avance, sin pasar el río, en dirección al enemigo; luégo manda hacer alto y guardar silencio. Después de convencerse que el enemigo, alucinado con Borrero y sus compañeros en el paso del *Tetuán*, ha pasado en su totalidad sin ver á los demás revolucionarios favorecidos por el río y los bosques de sus orillas, da orden de contramarcha, y á Sarmiento le dice: "Pase el río con lo mejor municionado de su Batallón, salga al camino real y donde encuentre al enemigo, atáquelo bruscamente. A los diez minutos se oía un fuerte tiroteo; Sarmiento con veinte compañeros atacaba con presteza la retaguardia del enemigo, que inmediatamente empezó á desbandarse, pues su vanguardia estaba comprometida hacía media hora, en duro tiroteo con el Comandan-

te Borrero, reforzado por la guerrilla, que tan á tiempo se había presentado.

En persecución del desbandado enemigo salen los revolucionarios á la hermosa llanura de *Yaguará*, donde el día anterior les había también sonreído la victoria.

En corto trayecto se presentaron, no eran cogidos, los forzados reclutas del Gobierno con la culata de sus rifles hacia adelante, mostrando sus cinturo-nes con las cápsulas intactas, haciendo de esto alarde, para obtener el perdón de sus vidas. Ellos habían aprendido en sus filas cuál era la suerte del prisionero.

Celestino Borrero, joven de 26 á 30 años, valeroso é indisciplinado, después de haber militado con distintos Jefes, haciéndose notable por su indiscipli-na, había logrado, apoyado por Buendía, hacerse Jefe de los naturales de la región de *Canali*, y organizar una guerrilla de veinticinco á treinta hombres.

Cuando los infelices reclutas del Gobierno salían temerosos, á entregar sus armas, Borrero, deseoso de implantar represalias, no les daba cuartel; lo sorprende Buendía y le censura su innoble conducta. Borrero, excitado por el alcohol, le contesta duramente. Buendía le intima prisión, y el oficial encargado de ejecutarla, no lo pone en completa seguridad. Pocos instantes después se presenta de nuevo á Buendía machete en mano, y como hombre sin educación, profiriendo palabras duras y ofensivas. Buendía repite la orden de prisión, que intenta burlar Borrero por segunda vez. Exige Buendía de los oficiales que lo acompañan en ese momento, lo hagan respetar, y, como contestación, dos disparos de Grass hieren á Borrero, y pocos momentos después expiró.

Rígida y severa es la ley militar para quien no la respeta. Rígido y más severo aún imponer un castigo ó siquiera una censura por actos que eran motivo de mención honorífica y merecían una trencilla más en el campamento enemigo.

Insertamos á continuación la carta que el General Buendía C. dirigió entonces á sus Jefes, dándo-

les cuenta detallada de su conducta, haciéndoles resaltar los motivos que lo obligaron á ultimar á Borrero:

“Junio 8 de 1901

“ Sres. Generales Aristóbulo Ibáñez y Cesáreo Pulido

“ Respetados Generales y amigos :

“ Con fecha 28 de Mayo anterior les escribí. Vuelvo á hacerlo hoy para presentarles una relación del penoso acontecimiento que originó la muerte del Comandante Celestino Borrero, asunto al cual apenas tuve tiempo de aludir en mi carta de Mayo.

“ Aseguro á ustedes, desde luego, que en esta relación no haré uso de frase ni palabra que no se ajuste estrictamente á la verdad. Eso debo á los Jefes y amigos á quienes me dirijo, y también á mi dignidad personal.

“ Por otra parte, yo fío mi justificación á la rectitud de mi conducta; si hubiese de esperarla en la adulteración de la verdad, no la querría, ni la aceptaría, cualesquiera que fuesen los resultados.

“ Era el Sr. Celestino Borrero hombre de grande arrojo en el combate, y tenaz y activo guerrillero. Con estas condiciones había prestado sus servicios á la causa en la guerra actual, servicios que yo reconozco y que premié en la medida de mis facultades, dándole armas para la organización de la última guerrilla que comandó (*Escuadrón Caicedo*), y ascendiéndolo á Teniente Coronel.

“ Desgraciadamente era también el Sr. Borrero hombre cruel y sanguinario, y su carácter apasionado y violento, exaltado además frecuentemente por excesos en el uso de licores, lo inducía á reiterados actos de insubordinación. Como antecedentes notables á este respecto, debo citar dos: siendo Jefe de Día en el Chaparral el Comandante Alfredo de León, Borrero lo ultrajó de palabra, desobedeció sus órdenes y asumió actitud amenazante, por lo cual aquel Jefe ordenó que se le redujera á prisión: Borrero huyó en el acto, y aun cuando la escolta disparó sobre él, no fue herido ni se dejó aprehender.

“ En otra ocasión cometió gravísimas faltas al General Caicedo, á tal extremo que éste dispuso que se le fusilara, orden que luégo revocó á instancias de su señora esposa.

“ Atrabiliario, familiarizado con la insubordinación, acostumbrado al desorden, habíase convertido el Comandante Borrero en elemento perturbador y pernicioso en el Ejército liberal.

“ Ignoro la causa de una abierta antipatía de él hacia mí. Sólo tengo conciencia de que puse todo empeño en arrancársela del alma, y de que, si bien improbé sus excesos, usé para con él de cuantos miramientos eran posibles, dadas las complejas y antagónicas condiciones de su carácter.

“ Como Jefe de Estado Mayor de la 1.^a División del Centro, vengo dirigiendo (así lo saben ustedes) la campaña en esta región hace ya algunos meses, por estar vacante la Comandancia de la División. Borrero comandaba el *Escuadrón Caicedo*, organizado (como antes dije) con armas suministradas por mí, incorporado desde el principio á la 1.^a División y sujeto, en consecuencia, á mis órdenes.

“ Eran éstas las condiciones en que estábamos colocados Borrero y yo el día 21 de Mayo último, cuando me preparé á combatir con fuerzas enviadas del Chaparral, en las cercanías de Yaguará.

“ El Comandante Borrero estaba á la sazón en *Aico*. A ese sitio le comuniqué la orden de concurrir al combate; él vino hasta los cerros de *Tuquila*, y desde allí presenció impasible, con su escuadrón, la lucha empeñada por el resto de la escasísima fuerza que en aquel día pude reunir para hacer frente á enemigo superior en número y en armamento. Por fortuna el gallardo comportamiento de mis compañeros nos dio el triunfo, y la extraña conducta de Borrero no bastó para frustrar el esfuerzo liberal en aquella jornada. En cambio, la antipatía de él hacia mí, se tornó en odio frenético que no pudo ya disimular y que al día siguiente había de producir funestas consecuencias.

“ Al saberse en Ortega el desastre ocurrido á las fuerzas del Gobierno en *Yaguará*, las existentes en aquella plaza á órdenes del Coronel Heraclio Lastra

se pusieron en marcha sobre mi campamento. El combate del 21 había terminado en hora muy avanzada de la tarde; mis soldados estaban hambreados y casi inútiles por el cansancio, á causa de la dura faena de ese día, antecedita por dieciocho horas de marcha continua, y así, en tan desventajosas circunstancias, me vi obligado á llevarlos nuevamente á la pelea el 22, otra vez contra enemigo no sólo superior en número, sino perfectamente equipado, pletórico de parque y que llevaba varios días de descanso en su acantonamiento de Ortega. Para resistir en tales condiciones, era indispensable no únicamente el valor de los soldados, sino también, principalmente, la precisión en las operaciones encargadas á los Jefes y Oficiales. No dudaba yo de que una y otra condición brillarían en el heroico núcleo de liberales que me ha tocado el honor de comandar; y así fue en efecto, menos en lo relativo al Comandante Borrero, quien no omitió medio para entorpecer mis disposiciones, con lo cual logró que el triunfo obtenido en aquel día por nuestras armas, con ser muy importante, no fuera completo y redondo como pudo serlo.

“ Historiaré minuciosamente lo ocurrido:

“ Al llegar el Comandante Borrero á mi campamento, le recibí cordialmente, sin hacer reparo alguno á su abstención durante el combate del 21. El 22 no pudo hallársele para comunicarle órdenes; desesperado de verlo, dí órdenes directas al *Escuadrón Caicedo*, que éste —sin su Jefe— fue á cumplir.

“ Algún rato después se me acercó Borrero y con frases irrespetuosas y ultrajantes motejó mi conducta por haber llevado al combate su Escuadrón, sin comunicar á éste, por conducto de Borrero, las órdenes del caso. Quise desentenderme del ultraje de que era objeto, y fijando la consideración en los grandes intereses de la causa que en aquel día estaban colocados bajo mi guarda, manifesté á Borrero la razón de mi procedimiento y le excité á deponer todo enojo y á coadyuvar al combate. Sin atenderme, corrió á una casita inmediata, y allí, escudado

de los tiros enemigos, ultimó villanamente á un herido; volvió á mí, me mostró su machete y camisa tintos en sangre, me dijo que él no temía, 'como otros, untarse de la sangre de los godos,' y con rapidez extraordinaria se alejó para asesinar á dos prisioneros, que en aquellos momentos eran conducidos al lugar de la prisión. Uno de ellos pedía misericordia, postrado de rodillas y en actitud desgarradora; nada valió ante la ferocidad del machetero: ambos desgraciados rodaron por el suelo, despedazados por aquel machete implacable!

"Era imposible tolerar más esta escena digna de caníbales. Grité á Barrero: 'muéstre usted su valor peleando con aquellos que nos hacen fuego, y no asesinando rendidos,' y al dirigirme hacia él, para obligarlo á obedecer, apareció del fondo de una zanja un hombre que me llamaba, me decía que era liberal, que estaba rendido, y me alargaba su arma y fornitura. Me acerqué á recibirlas, y Barrero apareció al punto, llevando en alto el ensangrentado machete para descargarlo sobre este otro inermemente ciudadano. En el momento en que iba á descargar el golpe mortal, me interpuse entre la víctima y el victimario, increpé duramente su conducta á Barrero, y terminé diciéndole: 'Sépa, Comandante Barrero, que yo me hago respetar y obedecer.' El Sr. Coronel Gabriel Solano, que presenciaba el incidente, le dijo: 'Observe, Comandante, que el General tiene quienes lo apoyen y lo hagan respetar.'

'Halló entonces Barrero la ocasión que buscaba con afán para desahogar todos los odios y amarguras de su alma, sobre mí; me llenó de improperios, me amenazó con su machete, y declaró que no me obedecía ni reconocía como Jefe. Luégo, á instancias del Coronel Solano, se volvió á mí y me dijo: 'Bueno, General, obedezco sus órdenes.' Le contesté: 'Entonces, vaya usted con los señores que están aquí por el camino real hasta la casa quemada al pie de *Linday*. (Era éste un movimiento importantísimo para cortarle esa retirada al enemigo). No aceptó Barrero, y replicó: 'no voy, General, no obedezco, y haga lo que quiera.'

"Tuve la fortuna de conservar serenidad en aquel trance, y en vez de disparar mi revólver sobre Barrero ó de ordenar que se le hiciera fuego, le intimé prisión. Barrero se desmontó precipitadamente, arrojó al suelo un Gras, que le servía de estorbo porque no tenía cápsulas, se colocó de espaldas contra la pared de una casa inmediata, y machete en mano, continuó vociferando y negándose á entregar el arma. Empeñado en defender su espalda, protegida por la pared, y en herirme con su machete, dijo que sólo á mí me lo entregaría. Ya que habría sido demasiada candidez, dadas todas las circunstancias, colocarme al alcance de su brazo, pude ordenarle que arrojara lejos el arma, y si no obedecía, disparar sobre él; pero quise evitar todavía el lance supremo, y ordené al Mayor Segundo Santofimio que lo redujera á prisión. Este valeroso Jefe se desmontó al punto, calzó un rifle y exigió el arma á Barrero, quien se la entregó. Ordené al Mayor Santofimio que lo tuviera preso, y me alejé, porque atenciones urgentísimas del combate, me llamaban á otra parte.

"Muy poco tiempo después, me da alcance Barrero —ya á caballo nuevamente,—me dirige frases ultrajantes y me amenaza con su escuadrón; en esos momentos llegan el Coronel Solano, el Mayor Santofimio y la escolta: antes de hacer uso de mi revólver, el Mayor me grita: 'El Comandante Barrero no se somete, ¿qué hago?'; el Coronel Solano grita á Barrero: 'haga alto, haga alto;' y éste en vez de obedecer va á escaparse, y al efecto pica su caballo.....

"Entonces, en medio de aquellas voces y aquella agitación, enfrente al enemigo que nos hace sus disparos y se aprovecha de nuestra demora ante la audaz y reiterada insubordinación de Barrero, digo á Santofimio: 'Si no se somete, háganle fuego;' suenan dos detonaciones, y Barrero, exánime, cae sobre el cuello de su caballo.

"Tal fue el desgraciado suceso.

"Permítanseme ahora algunas consideraciones sobre el particular:

"Barrero alegó como razón de su conducta el hecho de haber comunicado yo órdenes directas á

su Escuadrón. Pretexto baladí, porque, como antes expresé, Barrero se negó á coadyuvar al combate del 21, y el 22 no se le halló al tiempo de principiar la refriega. ¿Podía yo prescindir del *Escuadrón Caicedo* en aquellos momentos en que necesitaba urgentemente de toda la fuerza disponible para resistir el empuje de un enemigo superior en número, en armas y en pertrechos?

“¿Qué Jefe, en casos como éste, se somete mansamente á la derrota por no prescindir del *conducto regular*, para comunicar órdenes?”

“Tan delicada, tan apremiante era la situación, que sin hacer parte del Ejército, pero advertidos de la necesidad de reforzar las filas, acudieron al combate varios liberales. Allí prestaron importantísimos servicios caballeros de distinguida posición social, como los Sres. Severo Rocha, Serafín Poveda, Cantalicio González y M. Rojas.

“Si pues las órdenes se dieron directamente al Escuadrón, Barrero fue el único responsable; y desposeyéndome de toda prevención personal, estoy convencido de que si cometí algún error ó alguna falta, fue precisamente en no haber reducido á prisión á Barrero tan pronto como se me presentó, después de haberse ocultado al principio del combate, con el propósito deliberado de oponer resistencia á todas mis disposiciones.

“Después, una serie de delincuencias empañan su conducta. En vez de colocarse al frente de su Escuadrón, que se batía bizarramente, sólo tiene valor energía y fuerzas para asesinar heridos é indefensos. Ante aquella conciencia, sorda á todo dictado de honor militar, á toda idea de misericordia, nada valen las súplicas, los lamentos, la actitud humilde y desesperada de los rendidos; tampoco atiende mis órdenes, y ciego de ira y sediento de sangre, descarga una, y otra y muchas veces su machete sobre inermes ciudadanos!

“¿Podía yo dejar impunes delitos semejantes? ¿La tolerancia de mi parte, no traería sobre nuestra causa, grave y tremenda responsabilidad? Debía yo, como representante en aquellas horas del Partido Liberal, permitir ó dejar sin correctivo des-

afueros de esa clase? ¡Jamás, jamás!, porque el Partido Liberal no es banda de asesinos, sino entidad política respetabilísima, que proclama y defiende hermosos ideales de humanidad y de justicia; y que en larga lucha —ya casi secular— ha venido debatiéndose para afirmar en Colombia instituciones políticas y prácticas sociales conformes con la civilización.

“Por otra parte, existe cierta armonía perfecta entre estas tendencias del Partido Liberal y mis propias y personales ideas. Yo he venido hoy, como había venido antes, á servir á ese Partido con toda la decisión que dan arraigadas convicciones, con toda la entereza que da el convencimiento de que se sirve á una buena causa. En el camino de los sacrificios, mis intereses, mi reposo y mi vida han estado, están y estarán siempre á disposición del Partido Liberal; pero si todo eso le sacrificare, no estoy dispuesto á sacrificarle el honor, el honor que me impide autorizar delitos, cualesquiera que ellos sean.

“A este respecto mi conducta es perfectamente definida. y está señalada por diversos actos, que no necesito relatar aquí.

“Yo combato á los conservadores con toda la energía de que soy capaz; pero sin odio, porque el odio político me parece una aberración de cerebros enfermos; porque, además, en mi condición de genuino liberal, soy sinceramente tolerante con las ajenas opiniones,

“Yo combato al enemigo armado; pero desde el instante mismo en que es vencido, le tributo las consideraciones que toda alma no encallecida por el delito, tributa siempre á la desgracia.

“Yo no puedo, pues, tolerar el asesinato de rendidos.

“A los delitos enunciados, agregó Barrero el gravísimo de insubordinación, y graves y reiterados ultrajes al superior, no sólo en presencia de la fuerza á que pertenecía, sino enfrente al enemigo y en momentos de combate. Tan grave es este delito que, como ustedes lo saben, el Código Militar lo asimila al mayor de los delitos militares, el delito de traición.

“Venciéndome á mí mismo, pude soportar el ultraje sin adoptar ninguna medida violenta, y así en lugar de matar á Barrero ó de hacerlo matar, ordené su prisión; pero luégo éste atropella la guardia, reitera sus diatribas cada vez con mayor insolencia, y va en actitud amenazante á recoger su Escuadrón. La escolta encargada de su custodia le sigue y pide mis órdenes; el Coronel Solano, caballero que une á su valor y á sus talentos las más apreciables condiciones de juicio recto y sereno, comprende que no queda otro recurso que el de matar á Barrero, calza su rifle y le apunta; el combate arrecia y las balas enemigas levantan la tierra al pie de nuestras cabalgaduras..... ¿qué otra cosa podía yo hacer en tales circunstancias, qué debía yo hacer? ¿Podía yo sin herir á Barrero, aprehenderlo y someterlo á la obediencia? No, porque él iba adelante y en breves instantes estaría al frente de su Escuadrón.

“¿Podía tomar el resto de la fuerza y someter con ella al Escuadrón y á Barrero? No, porque esto había sido insensato en medio del combate, y porque en vez de la vida de Barrero se habrían perdido muchas.

“Colocado, pues, en la necesidad de herir á Barrero, ordené que se le hiciera fuego. Así se hizo, y no es mía la culpa si desgraciadamente el golpe resultó mortal.

“Debo á la iniciativa de mi amigo el Sr. Fabio Lozano T., la posesión de las cartas de los Sres. Coroneles Gabriel Solano, Luis F. Castro y Rafael Sarmiento; Teniente Coronel Joaquín Borrero y Sargentos Mayores Segundo Santofimio y Manuel María Cuéllar, que en calidad de documentos y en copias autorizadas, acompaño á la presente. *

“Por ellas verán ustedes que mi narración queda ampliamente comprobada, y conocerán detalles que he omitido.

* De estas cartas sólo insertamos la del Coronel Rafael Sarmiento, por no tenerlas á la mano; pero ella basta para que se forme juicio de las ideas y sentimientos de los revolucionarios.

“Me halaga la esperanza de llevar, á ustedes y á cuantos leyeren esta carta, el convencimiento de que el Comandante Barrero murió víctima de su temeridad, y porque no pude cumplir de otra manera deberes sagrados é ineludibles; con dolor, pero sin vacilación los cumplí, y mientras pueda empuñar la espada que el Partido Liberal ha puesto en mis manos, las cumpliré en cuantas situaciones análogas se presenten.

“Creo que quien trepide ante situaciones como ésta, debe abandonar su puesto en el Ejército liberal, porque éste no es, ni debe ser pandilla de macheteros insubordinados, sino cuerpo regular, fuerte y grande, no sólo por el valor sino también por la disciplina y la moralidad.

“Soy de ustedes respetuoso amigo,

N. BUENDÍA CARREÑO”

“Michú, Junio 9 de 1901

Sr. D. Fabio Lozano T.—Presente

“Estimado señor y amigo:

“Tengo gusto especial en contestar su carta fechada hoy mismo.

“El día 22 de Mayo de este año, después de haber pasado el combate que dio por resultado la dispersión completa de la fuerza mandada por el Sr. Heraclio Lastra C., y hallándome en Yaguara recogiendo los elementos dejados por el enemigo, fui sorprendido por la noticia de la muerte del Comandante Celestino Barrero, llevada á cabo por orden del General N. Buendía C. Como usted comprenderá, mi primer impulso fue el de recoger el mayor número de datos de los individuos que presenciaron ese desagradable acontecimiento, para poderme formar idea exacta de lo ocurrido ese día.

“El Comandante Celestino Barrero, hombre valeroso, sin educación, de carácter fuerte y dominado por el vicio del alcohol, sentía repugnancia en

obedecer orden superior alguna, y especialmente del General Buendía.

“Con estos antecedentes, quiso el Comandante Barrero dar muerte á todo prisionero, á lo cual se opuso enérgicamente el General.

“Diole luego orden de que con su Escuadrón persiguiera á los pocos del enemigo que se escapaban ese día, y—lejos de cumplirla—le contesta (Barrero) con insolencia y palabras ofensivas. Manda el General lo reduzcan á prisión: opone resistencia y toma actitud de ofenderlo. En ese momento llega el Mayor Santofimio, á quien el General le dice lo haga respetar; éste desarma á Barrero y lo reduce á prisión. Santofimio le concede permiso á Barrero para hablar con el General, y va á ofenderlo de nuevo; éste repite la orden de prisión, el Comandante Barrero trata de escaparse, el General manda le hagan fuego, y Barrero cae muerto.

“Desagradable acontecimiento, pero necesario.

“Estoy convencido de que la falta de energía de nuestros Jefes para con los subalternos insubordinados, ha sido la causa principal de lo interminable de esta campaña.

“Aprovecho la ocasión para manifestar á usted que me es honroso militar á órdenes de un Jefe afable y comedido, al mismo tiempo que enérgico y severo para con sus subalternos; de un Jefe que castiga el robo y el asesinato, por lo cual merece el aplauso del Gobierno (asunto Tavera), y se opone enérgicamente á que sus subalternos cometan la barbarie de asesinar á los infelices prisioneros.

“La conducta del General Buendía C. podría servirle de ejemplo al Gobierno de Ibagué, que no sólo tolera sino auxilia, entre otros, al cobarde asesino Florentino Sandoval.

“Soy de usted amigo afectísimo y seguro servidor,

RAFAEL SARMIENTO LL.”

El incidente desgraciado de Barrero impidió fuera completo el triunfo de los revolucionarios, capturando al Jefe Lastra, quien logró escapar, con un compañero, por la vía del Chaparral.

La Revolución hizo 150 prisioneros, con sus armas y municiones; cogió tres cargas de armas, dos de petacas, donde llevaba Lastra cuadros de la situación de su fuerza, constante, tres días antes, de 290 hombres, el revólver, reloj, prendas personales, dinero y vestidos de gala para celebrar en el Chaparral la captura de Buendía y sus compañeros, como se lo había hecho creer el Dr. Jaramillo, el derrotado del día anterior, á instancias del cual, el inexperto Lastra marchó tan apresuradamente.

Las últimas horas del día 22 fueron para los revolucionarios la sobremesa de un festín; los Oficiales y soldados henchidos de placer, contaban sus lances personales en el combate, pretendiendo ser los autores decisivos del triunfo.

Los combates del 21 y 22 de Mayo, librados por la Revolución con éxito favorable, contra enemigo dos veces superior, armado y equipado como fuerza gubernativa, hicieron renacer la fe y entusiasmo en las ya desalentadas y exhaustas fuerzas liberales.

Aumentados en número, regularmente municionados—20 cápsulas por soldado—vestidos con uniforme del Gobierno, armas sobrantes, custodiando prisioneros y llenos de entusiasmo y alegría, los revolucionarios simularon al día siguiente, 23 de Mayo, atacar al Chaparral, donde estaba Antonio Obando, redoblando sus atrincheramientos, y como para aplacar sus nervios, cruelmente torturaba las infelices familias liberales, forzando distinguidas señoras á cargar personalmente los víveres que necesitaban sus soldados.

Llegaron á *San José*, hacienda situada á dos leguas del Chaparral, donde permanecieron todo el día 23, y al anocheecer contramarcharon por *Mal Nombre*, al puerto de Limón, sobre el Saldaña; atravesaron este río y siguieron á Natagaima, población ocupada por guarnición enemiga, que al saber la aproximación de los revolucionarios, ate-

morizada por la doble lección dada á Lastra y sus compañeros del día anterior, abandonó sus atrinchamientos y huyó.

Ningunos, ó muy pocos, fueron los datos que, respecto al enemigo ó fuerzas liberales, pudieron obtener en la simpática y antes tan decididamente revolucionaria población, ya contagiada de indiferencia y minada por las dudosas ideas de patriotismo expresadas en el desgraciado manifiesto que lleva por título *Por la Patria y por la paz*.

Deseosos de encontrar corazones igualmente templados, con quienes compartir sus alegrías y tristezas, repasan el Saldaña en busca de las fuerzas del General Ramón Chaves, el gallardo “vencedor de la muerte,” con quien se reúnen en Ortega el día 5 de Junio.

Por posta cogido al General Rivera, se supo que él, con su numeroso Ejército, marcharía sobre los revolucionarios envalentonados con sus triunfos. Ya circulaba en el campamento la noticia que Napoleón Rivera, con su división, venía como vanguardia cerca de Ortega, en persecución de Buendía y Chaves. Temerosos de comprometer la renaciente Revolución, acuerdan marchar por el Valle á Miraflores, y si perseguidos por el enemigo se veían obligados, internarse en las montañas de *Riomanso*, región escasamente habitada por antioqueños amigos de la libertad, como de la montaña, y conocida por Chaves y su fuerza.

En desarrollo de este plan, salieron de Ortega con dirección al Guamo y simularon atacar esta población. Hicieron alto para comer en el *Caimital*, cerca del caserío llamado Chipalo, habitado por conservadores; era costumbre arraigada en los revolucionarios, una vez acampados y tomadas las precauciones necesarias para la seguridad del campamento, desbandarse por las vecindades en busca de los elementos más indispensables para preparar sus alimentos. El Teniente Coronel Manuel J. Barón con otros compañeros, rondaban las pocas casas de Chipalo, é ignorantes éstos del peligro, inadvertidamente abandonaron á Barón. Los cobardes moradores que asechaban la ocasión para asesinar, conven-

cidos de que había quedado solo y sus compañeros lejos para prestarle auxilio, con furia de lobos hambrientos lo despedazan á machete. Los gritos de Barón hicieron volver rápidamente á sus compañeros, quienes alcanzaron á disparar y herir á uno de los bandidos.

Los que acompañaban á Barón, la mayor parte soldados de su Escuadrón, al ver á su Jefe tan bárbara y villanamente asesinado; excitados en presencia de sus miembros y cráneo despedazados, sintieron tanta indignación, que, ciegos de venganza, pusieron fuego á las casas de los infames.

Esta fue la causa del incendio de Chipalo, en el cual tuvieron tanta parte Buendía y Chaves, como cualesquiera otros Jefes revolucionarios. Solamente D. Toribio Rivera, y eso cuando enmudecía la prensa, pudo descaradamente afirmar que “Buendía y Chaves habían incendiado á Chipalo, sin otra causa que la de ser sus habitantes conservadores.” No supo ó no quiso saber cuál había sido la causa del incendio; pero sí supo y quiso premiar á los asesinos, dándoles armas y municiones para que continuaran la carrera empezada con tanto lujo de barbarie.

De allí siguieron por Luisa García y el Valle á Miraflores. Situados en esta población, podría el astuto Rivera hacer marchar parte de su fuerza por *El Calabozo y Totumo* al *Corazón*; y así impedir la retirada á *Riomanso*, obligándolos á combatir en desproporciones considerables, lo que amaba el veterano gobiernista. Como precaución, Chaves, con su fuerza, siguió á situarse en la posición militar denominada *El Corazón*, y Buendía permaneció en Miraflores. Los pocos días de reposo que les dejó el enemigo fueron amargados por la carencia absoluta de noticias acerca de él; ya por experiencia sabían los guerrilleros que eran mayores las desagradables excitaciones cuando no se sabía dónde estaba, que cuando seguramente se sabía cuánto era y dónde se encontraba.

Soldados y Oficiales silenciosos recorrían las calles y se contagiaban con sus tristes presentimientos. Encendido el rostro y el ceño adusto, Buendía hablaba en monosílabos.

El 10 de Junio fue turbado el medroso quietismo por detonaciones oídas hacia el lugar ocupado por Chaves y su fuerza. Rápidamente alistados los revolucionarios, permanecieron allí hasta las 3 p. m., hora en que Buendía, cansado de esperar al enemigo que seguramente venía por la vía de Santa Rosa, hizo desfilar su fuerza por el camino que conduce al *Totumo*. Apenas llegaba la retaguardia al cementerio, y algunos Oficiales retrasados se tomaban *el del estribo* en las ventas situadas en la salida de la población, cuando seguidos y certeros disparos hicieron desbandarla.

Inmediatamente reforzada, no fue esto suficiente para ahuyentar el pánico que se apoderó de los soldados al convencerse que era fuerza de Rivera y nó del cobarde Sandoval la que tan reciamente atacaba, y tuvieron necesidad los valerosos Jefes Rafael Sarmiento y Alfredo de León, de amenazar y tratar duramente á los soldados que, dominados por el terror, sólo pensaban en escapar.

Restablecido el orden y organizada la retaguardia, encargóse de ella al Sargento Mayor Segundo Santofimio, Jefe de Día en esta ocasión, quien distinguiéndose como siempre por su valor y serenidad, cumplió tan bien su cometido, que al anocheecer, después de tres horas de activa persecución, llegaron al punto llamado *San Juan*, habiendo tenido únicamente un muerto, tres heridos y algunos dispersos de los recién incorporados, y aún no probados en este sistema de retiradas, á la cabeza de las cuales se colocará la heroica del *Atillo á Yaguará*, sostenida por diez Oficiales durante ocho horas para salvar á sus veinte compañeros, perseguidos por las frescas y numerosas guarniciones de Paicol y Carnicerías.

Chaves, desde el amanecer de ese día, fue atacado en sus posiciones de *El Corazón*—como se había previsto,—y el enemigo, escarmentado con la heroica resistencia encabezada por el meritísimo joven Benjamín Mejía, y secundado por los valerosos Joaquín Borrero, Medardo Prieto y Zárate, lo dejó ocupar sin mayor persecución el *Cucal*, y á los tres días se reunía con Buendía en el primitivo

caserío de Riomanso. No era el ánimo de los Jefes internarse en esa despoblada montaña; pero perseguidos muy de cerca por los feroces perros de presa de Rivera, quien en sus delirios se afanaba por no verse burlado una vez más, forzosamente tuvieron que hacerlo.

Fatigados por las prolongadas marchas, dominados por el pánico al verse escasos de pertrechos, perseguidos en la montaña, resuelven los Generales, sabedores de la situación y previendo lo que seguramente vendría, reunir los Oficiales y Jefes para acordar el mejor medio de salvarse. Dueño el pánico de todos, los mejor templados decaían. Hubo, como siempre en la mala hora, recriminaciones de los subalternos á los Jefes, desconcierto y terror.

Al fin convinieron en dividirse en grupos pequeños, que ocuparían puntos distantes. Activos espionajes vigilarían las sendas de entrada á la montaña, en cada una de las cuales se colocaría una guerrilla. Los habitantes de la región, todos amigos, gustosos se prestaron á servir de baquianos, postas y vigías, y así tener una activa vigilancia y medios de comunicarse rápidamente las pequeñas guerrillas y los Jefes.

Chaves y algunos compañeros ocuparon á *Río Azul*. Buendía, Solano y otros se situaron en *Tuamo*.

Por ocho días fue ésa la situación. No volvió á tenerse durante ellos noticia alguna del enemigo. Los espías y guerrillas nada alarmante comunicaban.

Buendía, Solano, Gómez, Castro y algunos otros Jefes y Oficiales, pasaban los interminables días recordando los felices que habían pasado en comparación de éstos, ya en *Zanjón Oscuro*, en compañía de Rosas, ó *Mosoco* y *Huila* en Tierradentro, ó en las inolvidables *Delicias* en los cerros de Aipe.

Por las noches, en una Biblia que alguno de ellos tenía la calma de llevar como su único equipaje, leían el *Cantar de los Cantares*, los sufrimientos de Job y las torturas del pueblo escogido en su marcha por el desierto. Y les servía de consuelo.

O ya, engolfándose en literatura, oían al joven Dr. Andrés Gómez defender al simbolismo, del cual los más eran partidarios, y recitaban el responso á Verlaine, Anarkos, ó el *Bouquet de Novia*.

Empezaban á escasear la sal y el ganado. Algunos Oficiales y soldados abandonaban á sus compañeros, y ocultos escapaban del campamento.

Los espías comunicaron el 16 que el enemigo había abandonado precipitadamente la región y tomado la vía de Miraflores. Animados, y con esperanza de mejores días, se reunieron, en Riomanso, los pequeños grupos en que para salvarse se habían dividido los revolucionarios, y de nuevo construídos los Batallones y Escuadrones, salieron de esas montañas por el *Cucal* y *Chili* al *Totumo*.

En *Chili* reciben espléndidas comunicaciones firmadas por el General Tulio Barón, que anunciaban la toma de Girardot, el triunfo en Piedras y los cuantiosos elementos quitados por los revolucionarios al Gobierno.

Volvió la alegría y tranquilidad á morar en el campamento. Se olvidaron los padecimientos y fatigas anteriores. Renació la esperanza en el triunfo de los ideales. Los desastres y desgracias que fueron la herencia de los héroes tolimenses, jamás borraron de sus corazones el amor á la libertad, y la fe en la justa Causa jamás la perdieron.

Contrariado Rivera por haber fracasado en sus planes, á su pesar abandonó la cacería preparada en Riomanso, y apresuradamente marchó en auxilio de los vencidos en Girardot.

Buendía y Chaves, en marchas descansadas, ocuparon á Ortega; y procuraban organizar y aumentar sus fuerzas para resistir á Obando ó atacarlo en sus atrincheramientos del Chaparral. Sin otro enemigo que llamara la atención, resuelven atacar el Chaparral, y dictan la Orden general del día 3 de Julio.

En ese importantísimo documento se ve claramente la intención de los revolucionarios, que era tomar la población por sitio, y de ninguna manera estrellarse contra las trincheras levantadas con verdadero arte militar por Obando. La situación era favorable para los revolucionarios. Obando, desde la ocupación de Ortega por los liberales, quedó incomunicado. Las fuerzas del Gobierno que pudieran auxiliarlo, gastarían por lo menos seis días,

tiempo más que suficiente para rendir á Obando y sus compañeros por falta de víveres, sin necesidad de los peligros de un ataque á una población defendida como estaba ésta por Obando.

Minuciosamente informados de los edificios y casas ocupadas y fortalecidas por Obando y su fuerza, Buendía y Chaves disponen en la Orden general el plan del sitio, así:

Chaves y su fuerza entrarían por la calle principal de la población y ocuparían las casas situadas á espaldas de la iglesia, manzana norte y Casa de Gobierno.

Sarmiento y Santofimio, con el *Batallón Restaurador*, entrarían por el camino del *Ataco* ó *Puerta de Roque*, y ocuparían las casas situadas á espaldas de las casas de D. Antonio Alvira y Severo Rocha, manzana oriental.

Severo Rocha y Lozano, por el camino de Tune, ocuparían la casa de D. Heliodoro Castillo y vecinas, manzana occidental.

Espinosa, á quien con anticipación se le había comunicado ocupara á *Aguayo*, se le ordenó ese día que al anochecer entrara al Chaparral y ocupara las casas situadas enfrente á la iglesia, manzana sur.

El círculo en el cual se intentaba encerrar á Obando era demasiado estrecho, y seguramente hubiera sucumbido si incidentes imprevistos no hubieran cambiado por completo la faz de los acontecimientos.

Avanzaba la noche, y á la par caminaban los revolucionarios acercándose al Chaparral. Hicieron alto como á las 9 p. m. en *Los Mangos*. Se dividieron allí según lo ordenado, y en silencio tomaron por las distintas vías á ocupar sus posiciones, con firme resolución de cumplir la consigna ó perecer.

El *Batallón Restaurador*, para dar tiempo de que los otros grupos que tenían que recorrer una distancia mayor se acercaran á la población, y tratar de que su ocupación fuera simultánea, hizo alto en la *Puerta de Roque*. Por precaución se adelantó á corta distancia una pequeña avanzada que vigilara al Chaparral. La tropa en el suelo, y los Ofi-

ciales sobre sus cabalgaduras, daban reposo á sus fatigados cuerpos. Pasaría una hora, y tal vez todos, desafiando el peligro, se durmieron.

De repente el Jefe, como despertando de horrible ensueño, da la voz de alerta, y rápidamente recorre las filas. Al acercarse á la avanzada oye el fatídico ¡Alto quien vive!, y la rápida respuesta de ¡el Gobierno! fue seguida de absoluto silencio. La avanzada retrocedía, y el grito de ¡Alto quien vive! de la parte contraria se repetía sin contestación. El valeroso Capitán J. M. Vargas, indignado del terror de la avanzada, dispara su revólver al enemigo, y grita: "Son los godos, hagan fuego." Rápidamente en su auxilio el resto de la fuerza rompe los fuegos sobre el enemigo, y los reduce á los cuarteles que tenían preparados de antemano.

INCENDIO DEL CHAPARRAL

Cerca de cuatro meses hacía que fuerzas del Gobierno habían ocupado á Chaparral, y como Jefe de la guarnición acantonada allí, estaba el Coronel Antonio Obando; las fuerzas revolucionarias, diseminadas en jurisdicción de Chaparral y de Ortega, se organizaban y se preparaban para dar un golpe á las fuerzas enemigas; sabido esto por el Coronel Obando, ó presumido á lo menos, y no atreviéndose á salir de sus atrincheramientos, en donde se creía invencible, quiso ensayar su saña contra las familias liberales que por fuerza demoraban en su propio pueblo, y como los hombres de tales familias estaban huyendo, desahogó su encono descargándolo sobre las matronas y señoritas de lo más selecto de la sociedad del Chaparral. Ellas eran objeto de amenazas, de insultos, de improperios, de destierros; muchas de ellas fueron llevadas á la cárcel y obligadas á cargarle agua á la sucia soldadesca; varias ocasiones fueron sacadas de noche de sus casas, señoras y señoritas, para que trajeran agua á los cuar-

teles: las órdenes de esta clase las daba el Coronel Obando, por medio de sus agentes, y luégo gozaba con los sufrimientos de aquellas pobres señoras, cuya honra y cuya vida estaban inseguras en manos de aquél.

Tales abusos no podían menos de indignar á quienes los sufrían, y mirar con el desprecio que merece todo hombre que abusa de la fuerza, á quien los prodigaba.

El mal se hacía sentir con más intensidad siempre que las fuerzas liberales se acercaban al Chaparral; entonces el Coronel Obando en persona iba donde las familias que había elegido por víctimas de sus arranques de ira y considerado como enemigo á quien debía hostigarse diariamente sin darle tregua de descanso, y las amenazaba diciéndoles en tono despótico que *sus casas serían las primeras que incendiaría si los rojos ventan á atacarlo.*

Llegó el 4 de Julio de 1901.

Había sonado la hora de redención para las familias liberales del Chaparral; y la hora deseada por el Coronel Obando para poner en práctica sus amenazas y sus ensayos de incendio, ejecutados en noches anteriores en la plaza del pueblo, había sonado también!

Los nuéstros iban ávidos de glorias, ansiosos de laureles, y marchaban á la tormenta que debía envolverlos en humo de pólvora y rayos de plomo, con paso firme y sin trepidar.

La marcha se hizo sin dificultad, sin interrupciones, hasta que la hueste revolucionaria pudo contemplar los techos del poblado que á la luz de la luna parecían oblicuas planchas de negruzco plomo.

En las hondonadas de los montes creía verse el hundimiento de las fantásticas visiones de la noche, y en el llano, vagando las sombras de los guerreros muertos en anteriores luchas; la bandera iba desplegada y batida por las brisas; parecía un águila de color rojo-oscuro que quisiera posarse en el viejo torreón, donde era de suponer estaría el enemigo.

Hubo un momento de descanso, de recogimiento: aparente tranquilidad en los supremos instantes que se acercan; serenidad de héroes que sien-

ten crispase los nervios y dominan la corriente del miedo; toques del corazón en lo más íntimo del alma y de la vida, son estos minutos de combate interno en que todavía se piensa en el *yo*.

Serían las dos de la mañana cuando se oyeron las primeras descargas: eran los Generales Buendía C. y Chaves que habían resuelto en Ortega combatir la guarnición del Chaparral. El combate empezó por *La Puerta de Roque*, con una inspección de caballería del enemigo, la cual volvió grupa á los primeros disparos, y tras ella siguió hasta la plaza el *Batallón Restaurador*, que entraba con el General Buendía C. por aquel lado; el General Chaves entraba de frente por el lado del cementerio, y no halló resistencia sino al tropezar con la trinchera que se levantaba á una cuadra de la plaza, del lado Norte hacia el Oriente: allí fue saludado con una descarga á quemarropa, y á ésta se siguieron ciento más; allí combatió con un arrojo é intrepidez dignos del héroe suizo Arnold von Winkebried; quería, como éste en Sempach, abrir una brecha por donde pudiesen penetrar los soldados al campo enemigo; por varias veces aplicó el acicate á su caballo para saltar la trinchera, hasta que al fin fue tomada, disputándose la gloria de rendirla primero sus valerosos Tenientes, Coronel Benjamín Mejía, Teniente Coronel Medardo Prieto y otros más: en cada una de estas intentonas, varios soldados quedaban al pie de la trinchera heridos unos, muertos otros; pero volvía á cargársele con más empuje; los soldados del *Batallón Ruiz* estaban allí con su Jefe, con el indomable Chaves, y á la cola de su caballo, levemente herido ya en el pecho, saltaron la trinchera, y con su acostumbrado denuedo acometieron al enemigo y lo arrojaron de aquel fuerte. El resto de la fuerza debía atacar, una parte por el Sur, el *Escuadrón Ricaurte*, á órdenes del Comandante Evaristo Lozano, y la otra por el Occidente, á órdenes del Coronel Severo Rocha; todos debían converger á la plaza y asediar al enemigo lo más de cerca que fuera posible, y así se cumplió.

El Coronel Rafael Sarmiento, Jefe del *Batallón Restaurador*, que fue el primero que llegó á la plaza

en persecución del piquete que huía, rompió los fuegos sobre el cuartel que allí había, y en una de esas cargas, un joven de dieciséis años, el entonces Alférez Miguel Larrota, empuñando una bandera, avanzó hasta las puertas del cuartel, y por una ventana le arrebataron el pabellón, pero sólo un jirón pudieron desprenderle, y Larrota cayó con dos balazos, uno en la mano derecha y otro en el mismo brazo; cayó con la bandera empuñada, sin que el enemigo pudiera recogerla porque los soldados, al ver aquel joven, casi niño, desafiar la muerte con esa heroica temeridad, se arrojaron á las puertas y ventanas, recogieron el pabellón, y á aquel valiente improvisado abanderado, que, á semejanza del oficial ruso en Génova, avanzó hasta verse las caras con el enemigo; y más feliz que aquél, pudo ver que los soldados de su Batallón siguieron su ejemplo y le salvaron la vida.

El combate se generalizó al fin; la soledad de las calles había protegido, á pesar de la claridad de la luna, la entrada de todas las fuerzas liberales al interior de la población; allí estaban las trincheras, los cuarteles; allí fue lo más recio de la pelea, y allí cayó con un balazo en el estómago el Teniente Coronel Joaquín Parga, la pérdida más sensible para los revolucionarios en aquel encuentro; los soldados lo sacaron del campo de la lucha, y en la mañana se le dio sepultura en una casa vecina al teatro del combate. Sobre su tumba sólo una inscripción debe grabarse:

Mártir de su causa

Su memoria la recogemos hoy para que no se pierda en la algente noche del olvido, y viva perenne en el corazón de los leales servidores de la Causa liberal. La gratitud lo impone, el deber lo obliga.

Las primeras trincheras fueron tomadas á fuego y sangre, palmo á palmo; los soldados revolucionarios se batían con bravura, y el enemigo resistía detrás de sus fortificaciones, no atreviéndose á salir de ellas para luchar cuerpo á cuerpo, como lo deseaban aquellos valientes; el arrojo de los solda-

dos liberales había comprometido el combate, porque la intención de los Jefes era únicamente poner sitio al Chaparral, y por medio de combates parciales irle ganando terreno al enemigo, lo cual podía hacerse por espacio de tres días—por lo menos—pues en muchas leguas á la redonda no había fuerzas que pudieran proteger al Coronel Obando. Así se dijo en la Orden general del día 3 de Julio, dada en el Cuartel general en Tuquila, pocas horas antes de marchar sobre el enemigo; en esa Orden se dieron las señales convenientes y se indicó la manera como debían ir los asaltantes para no confundirse con los asaltados en el ataque: los revolucionarios iban con el brazo izquierdo descubierto; la señal de campo era *uno*, la contraseña *dos*, y el toque de lista, repetido cuatro veces, era retirada. Este toque no se dejó oír, y sólo se repetía incesante el treinta de la carretilla, por todos los puntos por donde se combatía.

El Coronel Obando se vio perdido desde los primeros momentos en que se generalizó el combate, y apeló á las fortificaciones que de antemano había preparado en la iglesia, Casa consistorial y Casa cural: huyó despavorido de las primeras trincheras, arrojado con envidiable heroísmo de los revolucionarios; pero antes de encerrarse allí, cumplió lo que tantas veces había prometido, y se subió á la torre de la iglesia á contemplar su obra.

Aún no había aparecido la primera luz del alba, cuando densas llamaradas subían de los techos pajizos y amenazaban extinguirlo todo! ¡Aquí empieza el horripilante cuadro, la conmovedora escena, el trágico combate! ¡Lo sublime terrífico se imponía allí! ¡Se mezclaba la horridez de los combates con los estragos del fuego! ¡La guerra con el elemento de las hordas de Atila!

A la luz de los fogonazos que despedían las bocas de los fusiles, se mezclaban las lenguas de fuego que consumían los edificios; al pavoroso estruendo de las descargas y á la algarada de los soldados, se unían los alaridos estentóreos de las madres, las súplicas de las jóvenes y el llanto de los niños; las llamaradas iluminaban el campo, y al pie de puertas

y ventanas y trincheras destrozadas, se veían los cadáveres amenazados por ellas; el calor era sofocante, se peleaba como dentro de un horno; los caballos de batalla yerguen las orejas, bufan, se espantan de las llamaradas que se desprenden de los techos y retroceden ante los muertos; los combatientes los hacen saltar por encima de unas y otros; el combate se hace más encarnizado; el acre perfumado de la sangre había producido su embriaguez en los guerreros, y todos desafían sin trepidar la muerte; mientras unos atienden al enemigo guardado tras de los muros del templo, otros se dan á la tarea de salvar á las familias que claman al cielo. La agonía se prolongaba para aquellas pobres familias que tan sólo habían escapado la vida, y al fin tuvieron que resignarse al ver desaparecer sus hogares abrasados por las llamas. Ocho días después, todavía ardían los vestigios de aquel incendio!

El día vino, y á sus primeros albores los refugiados en la iglesia pudieron contemplar su obra; las fuerzas revolucionarias acometieron con más ímpetu, y durante el día se siguió el combate; ellas pelearon á descubierto y aquéllos tras de los muros del templo. Entonces fue cuando se vieron acciones de valor de esas que asombran, espantan y conmueven: dos oficiales que desafiaban la muerte acometían en sus caballos, el uno disparando un fusil, el Sargento Mayor Dionisio Ospina; el otro batiendo una bandera, el Teniente Narciso Mora, abanderado del *Batallón Restaurador*, entraban á la plaza y salían, bajo la lluvia de balas que de la torre, de la iglesia y Casa consistorial descendía sobre ellos; varias caballerías les mataron en este bélico torneo, sin que por ello dejaran de repetir por varias ocasiones aquel paseo de muerte. No puede exigirse más valor, no puede desearse más heroísmo: si ellos hubiesen existido en la época inmortal de América, Páez los habría tomado por sus más valerosos tenientes, y las ardientes pampas del Apure habrían visto á estos nuevos centauros, lanza en ristre, llevando sobre sus grupas la victoria.

Estos eran dos oficiales oscuros, sin ilustración, que habían salido de los campos: el uno era llane-

ro, Mora ; el otro tolimense ; pero al lado de éstos, un joven Médico, que había dejado las aulas de la Facultad, como otros habíamos abandonado las de Escuelas y Colegios, para ir á compartir con los nuéstros la pena, el goce, el triunfo y la derrota : el Coronel Rafael Sarmiento acompañó á aquéllos en sus primeros torneos al frente del enemigo amurallado, y en uno de estos heroicos regocijos el macho que montaba quedó tendido en una de las esquinas de la plaza.

Vehementes deseos teníamos todos de cargar sobre la iglesia por el vestíbulo y por los costados, pero no se obtuvo la venia de quien correspondía darla ; el combate continuó con intensidad durante todo el día ; pero al llegar la noche, un sopor se apoderaba de todos los espíritus, las fatigas de la lucha se dejaban sentir, el sueño descendía sobre los párpados, y al fin callaron los fusiles de unos y de otros ; nuestros soldados, rendidos por el cansancio, se durmieron, y los que guardaban las bocacalles por donde podía evadirse el enemigo, también descansaban cuando el Coronel Obando hizo su salida y pudo escapar.

Serían las tres de la mañana, más ó menos, cuando salieron de la iglesia y tomaron la vía de *Los Micos*, para unirse allá con la guerrilla *Micuna* ; unos pocos disparos y gritos de los que guardaban aquella bocacalle pusieron el campamento en alarma, pero ya era tarde, el momento preciso había pasado.

El enemigo fue perseguido, y cúponos en suerte, mediante una nota que aún conservamos, del General Buendía C., de ir como Jefes de la fuerza que salió en su persecución ; se le persiguió hasta la *Mesa de Pataló*, punto que se nos había indicado como límite en las instrucciones que se nos dieron ; allí se le tomaron unos pocos elementos de guerra, y hubiera podido tomársele más, si el subalterno que iba á la vanguardia no se hace á la vera del camino, so *pretexto de emboscarse y almorzar* ; de allí regresámos en la noche.

Esa es la historia del combate del 4 de Julio de 1901.

Ahora, veamos lo que dice, acerca del incendio del Chaparral, el General Toribio Rivera.

El General Rivera, en su páрте del 13 de Julio de 1901, al Sr. Ministro de Guerra, sobre el combate de Purificación, dice, entre otras cosas, lo siguiente :

“ Digno de mejor causa ha sido el arrojó con que pelearon estos rebeldes. A su arrojó se debe que hubiera bastantes bajas.

“ En el Chaparral, á propósito, se han hecho especialmente recomendables como incendiarios el Chaves y el Buendía, quienes redujeron á cenizas la población del Chaparral por dominar la guarnición que había allí, no respetando ni las casas de liberales conspicuos, como la del Dr. Suárez y otras. El Hospital fue también víctima de la ferocidad de éstos, sin respetar la infinidad de enfermos, que fueron también quemados. Ya se habían ejercitado en tal crimen estos mismos Jefes en el Caserío de Chipalo, sin más delito de parte de sus habitantes que el de ser conservadores.”

Mal informado quizá el General Rivera, respecto de lo acaecido en Chaparral, ha podido aseverar de una manera tan perentoria—ya por salvar de aquella responsabilidad á las fuerzas que él comandaba, ya por denigrar á los servidores de la Causa Liberal,—que los Generales Buendía C. y Chaves fueron los incendiarios de aquella población.

Examínense los hechos, las causas, sus efectos y las consecuencias que de ello se desprenden, y no quedará duda acerca de que á los Jefes vencedores el 4 de Julio, de ninguna manera les convenía que la población fuera incendiada, ni ellos tenían necesidad de apelar á medida tan extrema para vencer aquella fuerza, porque el pueblo estaba con ellos, y á la hora del asalto, caballeros muy distinguidos del Chaparral, que tenían sus familias en el interior de la población, estaban allí con los asaltantes, y mal podrían aquéllos consentir en semejante exterminadora medida. No se concibe cómo dichos caballeros hubieran consentido en eso, cuando sus madres, sus esposas, sus hijos, sus hermanos, serían los primeros que perecerían abrasados por las llamas ó en el fragor de la pelea al buscar salida por entre

ro, Mora ; el otro tolimense ; pero al lado de éstos, un joven Médico, que había dejado las aulas de la Facultad, como otros habíamos abandonado las de Escuelas y Colegios, para ir á compartir con los nuéstros la pena, el goce, el triunfo y la derrota : el Coronel Rafael Sarmiento acompañó á aquéllos en sus primeros torneos al frente del enemigo amurallado, y en uno de estos heroicos regocijos el macho que montaba quedó tendido en una de las esquinas de la plaza.

Vehementes deseos teníamos todos de cargar sobre la iglesia por el vestíbulo y por los costados, pero no se obtuvo la venia de quien correspondía darla ; el combate continuó con intensidad durante todo el día ; pero al llegar la noche, un sopor se apoderaba de todos los espíritus, las fatigas de la lucha se dejaban sentir, el sueño descendía sobre los párpados, y al fin callaron los fusiles de unos y de otros ; nuestros soldados, rendidos por el cansancio, se durmieron, y los que guardaban las bocacalles por donde podía evadirse el enemigo, también descansaban cuando el Coronel Obando hizo su salida y pudo escapar.

Serían las tres de la mañana, más ó menos, cuando salieron de la iglesia y tomaron la vía de *Los Micos*, para unirse allá con la guerrilla *Micuna* ; unos pocos disparos y gritos de los que guardaban aquella bocacalle pusieron el campamento en alarma, pero ya era tarde, el momento preciso había pasado.

El enemigo fue perseguido, y cúponos en suerte, mediante una nota que aún conservamos, del General Buendía C., de ir como Jefes de la fuerza que salió en su persecución ; se le persiguió hasta la *Mesa de Pataló*, punto que se nos había indicado como límite en las instrucciones que se nos dieron ; allí se le tomaron unos pocos elementos de guerra, y hubiera podido tomársele más, si el subalterno que iba á la vanguardia no se hace á la vera del camino, *so pretexto de emboscarse y almorzar* ; de allí regresámos en la noche.

Esa es la historia del combate del 4 de Julio de 1901.

Ahora, veamos lo que dice, acerca del incendio del Chaparral, el General Toribio Rivera.

El General Rivera, en su páрте del 13 de Julio de 1901, al Sr. Ministro de Guerra, sobre el combate de Purificación, dice, entre otras cosas, lo siguiente :

“ Digno de mejor causa ha sido el arrojo con que pelearon estos rebeldes. A su arrojo se debe que hubiera bastantes bajas.

“ En el Chaparral, á propósito, se han hecho especialmente recomendables como incendiarios el Chaves y el Buendía, quienes redujeron á cenizas la población del Chaparral por dominar la guarnición que había allí, no respetando ni las casas de liberales conspicuos, como la del Dr. Suárez y otras. El Hospital fue también víctima de la ferocidad de éstos, sin respetar la infinidad de enfermos, que fueron también quemados. Ya se habían ejercitado en tal crimen estos mismos Jefes en el Caserío de Chipalo, sin más delito de parte de sus habitantes que el de ser conservadores.”

Mal informado quizá el General Rivera, respecto de lo acaecido en Chaparral, ha podido aseverar de una manera tan perentoria—ya por salvar de aquella responsabilidad á las fuerzas que él comandaba, ya por denigrar á los servidores de la Causa Liberal,—que los Generales Buendía C. y Chaves fueron los incendiarios de aquella población.

Examínense los hechos, las causas, sus efectos y las consecuencias que de ello se desprenden, y no quedará duda acerca de que á los Jefes vencedores el 4 de Julio, de ninguna manera les convenía que la población fuera incendiada, ni ellos tenían necesidad de apelar á medida tan extrema para vencer aquella fuerza, porque el pueblo estaba con ellos, y á la hora del asalto, caballeros muy distinguidos del Chaparral, que tenían sus familias en el interior de la población, estaban allí con los asaltantes, y mal podrían aquéllos consentir en semejante exterminadora medida. No se concibe cómo dichos caballeros hubieran consentido en eso, cuando sus madres, sus esposas, sus hijos, sus hermanos, serían los primeros que perecerían abrasados por las llamas ó en el fragor de la pelea al buscar salida por entre

los combatientes. Sólo el General Rivera y otros obcecados pueden sostener tal absurdo; nosotros sostenemos lo contrario, y para ello basta ponernos la mano en el corazón y colocarnos en la situación en que se encontraban aquellos caballeros; y no hay duda de que se habrían opuesto enérgicamente si por un momento siquiera pasa como una sombra, por la mente de los Jefes revolucionarios, la idea del incendio (1).

En cuanto á los enfermos que había en el Hospital, puede el General Rivera pedir informes sobre ellos á los mismos conservadores del Chaparral, y éstos, en honor á la justicia y en respeto á la verdad, no podrán decirle otra cosa sino que tanto el edificio como los enfermos en él resguardados, fueron respetados en aquel combate, y que no es cierto que hubieran sido devorados por las llamas; y al haberlo sido, no serían los Jefes liberales los responsables, sino aquel que aplicó la incendiaria tea.

Habla el General Rivera de ferocidad, como si nuestros Jefes fueran salidos de hordas salvajes, siendo así que han sido de los primeros en dar el ejemplo de humanitarios y generosos para con el vencido; puede el General Rivera preguntar á los prisioneros de ese combate, cómo se trataron, y á los heridos enemigos cómo se consideraron; sobre esto pueden declarar el Mayor Vargas y Juan Evangelista Salas, ambos de la fuerza de Obando, heridos en la refriega y llevados al Hospital con los demás que quedaron allí tendidos, muchos de los cuales fueron sacados del tabernáculo del templo y conducidos allá sin ultrajes, sin improperios ni vejámenes. No se asesinaron, pues, no sintieron el rigor de la ley exterminadora á que han apelado los servidores del Gobierno, sembrando el espanto, el terror y el miedo en los caseríos y poblados.

Hacemos esta reminiscencia sobre los heridos del enemigo, porque en funciones de la Intenden-

(1) El ataque al Chaparral lo decidieron los Generales Buendía y Chaves, á instancia de una comisión de vecinos de aquel lugar, que fue al campamento liberal de Ortega con el objeto de convencer á los citados Jefes de que la operación era factible, conveniente, y solicitada con vehemencia por las señoras liberales de allí.

cia general de las fuerzas liberales, fuimos varias veces al Hospital, á preguntar á dichos heridos y enfermos, que estaban allí confundidos con los nuestros, qué les hacía falta para proporcionárselo, y cómo los trataban, para poner remedio en caso de que fueran ofendidos en hecho ó en palabras; y muy satisfactorio nos es el decirlo ahora, y muy honroso debe serlo también para todo el que lleve el nombre de liberal, que ni de lo primero ni de lo segundo hubo necesidad, pues todo marchaba en completo orden y tan atendidos y considerados estaban como los heridos revolucionarios. No se optó, pues, idea tan funesta, ni se posó un momento siquiera en la mente de los Jefes liberales, por el asesinato para poner fin á aquellas vidas en venganza de tantos asesinatos cometidos por algunos conservadores, tal como el que perpetraron en la persona del Coronel Nepomuceno Reyes en la prisión de Prado, nueve días después de herido, y como el que llevaron á cabo, con caracteres de salvaje, en la persona del Teniente Coronel Dionisio González, cuando lo hallaron enfermo, casi muriendo, en un miserable rancho, y como aquellos, á cuyo recuerdo la pluma se resiste al querer narrarlos, porque no puede el papel, con tanto horror, con tanta negrura, con tanta sangre, cometidos por el hombre pantera del Tolima, Florentino Sandoval. Bien conocidos son los honrosos antecedentes de los Jefes á quienes el General Rivera trata de feroces, cegado sólo por la pasión y por el fanatismo político de que ha dado no pocos ejemplos en el teatro de sus maniobras; reconocida es la respetabilidad de los dos hombres contra quienes descarga el General Rivera diatribas y epítetos que bien pudieran reservarse para sus secuaces, para aquellos secuaces que se disputaban la *honra* de matar primero con desgarramientos de fiera.

Esos dos Jefes, esos dos hombres, jamás han descendido para mostrarse valientes ante las mujeres y los niños, y no han olvidado las reglas de la caballerosidad para obligar á respetables matronas y señoritas conservadoras, á llevar agua en sus hombros á los cuarteles y á usar para con ellas de

amenazas é improperios, como lo hacía el Coronel Obando con las señoras liberales del Chaparral.

Para hacer resaltar la antítesis y ver cuáles son los verdaderos feroces, reproducimos á continuación de nuestro *Memorandum de Campaña*, una nota del Coronel Obando que se le encontró á un Capitán de éste y que recibimos en copia en el puerto de *Pole*, adjunta al parte del General Buendía C., referente á su triunfo obtenido sobre Obando en *Ventaquemada*, el 31 de Diciembre de 1901.

La nota dice así:

“ Sres. Capitán Pedro J. González y Tenientes Emilio Morales y Juan de Dios Restrepo

Donde se hallen

“ Si creen cumplida por completo *la comisión*, y en su concepto, ven que nada más pueden hacer de provecho, vénganse; pero si creen que con su permanencia allá pueden hacerle algún daño á la *cuadrilla* que persiguen, quédense, pero dando cuenta á esta Comandancia de lo que han hecho y de lo que respecto al enemigo hayan averiguado, *no olvidando que no deben traer prisionero á ninguno de los que pertenezcan á esa cuadrilla de malhechores, pues para éstos no debe haber hora de capilla.*

El Coronel, Primer Jefe, ANTONIO OBANDO” *

¿ Qué dirá de esta elocuente nota el Sr. General Rivera, á quien le corremos traslado para que diga si esa clase de órdenes las daba su Teniente en obediencia á las suyas, y si él las comunicaba por su espontánea voluntad ó ellas iban del Palacio de San Carlos al Tolima en alas del telégrafo ó en secretas comunicaciones?

Aún más: estando el Coronel Obando en Chaparral, los Sargentos Mayores Alejandro Salazar, Manuel Guillermo Jaramillo y Gregorio Acevedo, per-

* Hemos subrayado lo que hemos creído conveniente.

didados por la felonía de un pérfido baquiano, fueron sorprendidos al amanecer de un día en un camino desconocido para ellos; los dos últimos pudieron escapar: Salazar cayó preso y fue asesinado villana y cobardemente, por detrás, por Jesús Devia, el Jefe de la comisión que los sorprendió.

A Jesús Devia, el matador de un valiente é ilustrado joven, se le premió esa *acción distinguida de valor* haciéndolo Teniente de la guarnición de Chaparral.

El cadáver de Salazar fue arrastrado por sus victimarios y tirado á una *quebrada*; esta creció por la noche y lo arrojó á una playa en donde lo encontraron al día siguiente unas mujeres y lo trajeron al Chaparral. Personas interesadas en la averiguación de este crimen, llamaron al Dr. Juan Arciniegas para que hiciera la autopsia al cadáver, ó al menos un reconocimiento médico-legal; pero como el llamado no lo hacía ninguna autoridad política ni militar, él se negó á ello, lo cual si se hubiera hecho habría derramado mucha luz en la investigación y mucha mancha sobre Devia, pues cuentan las crónicas que Salazar no murió instantáneamente y que las ondas de la *quebrada* á donde fue arrojado, aceleraron su muerte.

Y esto pasaba en tanto que Jesús Devia se vanagloriaba en público de haber rematado á un *rojo*, y el presbítero Dr. Jaramillo, apretándole su mano de amigo, tan sólo le reprochaba el que ese *rojo* era su pariente.

Diga ahora el General Rivera ¿ dónde está la ferocidad, y si crímenes como el que le ponemos de presente merecieron su venia y se cubrieron con el azul pabellón?

* * *

Hay declaraciones contestes de personas muy honorables, que no dejan ninguna duda, que al Coronel Obando se le vio esa noche y se le oyó gritar: SE ENTRARON LOS ROJOS Á LA PLAZA, PRÉNDANLE FUEGO Á LA CASA DE ANTONIO ALVIRA. ¿A

quién daba la orden? ¿Tenía ya el Coronel Obando secuaces preparados para la ejecución de ella, ó el grito aquel: PRÉNDALE FUEGO Á LA CASA DE ANTONIO ALVIRA, era sólo una evasiva mientras él aplicaba personalmente la incendiaria tea? Colegir lo uno ó lo otro, en este caso da lo mismo.

COMBATE DE COYAIMA

El 9 de Julio salía del Chaparral la fuerza revolucionaria á órdenes de los Generales Buendía C. y Chaves; considerablemente aumentada y un tanto repuesta de las horribles impresiones experimentadas, seguiría por el camino nacional á Ortega, donde quedaría mejor situada y podría recibir algunas noticias. Acampaban esa noche en *El Triunfo*. Comunicaciones despachadas de Coyaima anunciaban que fuerza numerosa entraba en esos momentos á la población, y parecía ser enemiga.

Todavía no se habían disipado las impresiones monstruosas recibidas por los revolucionarios que concurren al espantoso drama. Vivas aún las imágenes de cuadros tan variados, estremecían á cada hombre, mezclándose recuerdos de horribles sensaciones jamás experimentadas. Aparecían en las sombras los techos pajizos consumidos por el fuego, y daban alaridos quejándose al caer. Los tonos agudos y graves del plomo que recorre el espacio, y anuncian la muerte de vigorosos corazones; la furiosa algarabía formada por los gritos de los combatientes, el nervioso detonar de los fusiles, los lastimeros y últimos quejidos de los que ya expiraban, los gritos inocentes de mujeres y niños que se ardían, víctimas puras de implacables odios, aún impresionaban los oídos y atrocemente torturaba los corazones sensibles. Persistentes en la retina las imágenes del combate heroico y del salvaje incendio, ¿nuevos azares se esperaban? Era imposible. La naturaleza más piadosa les tuvo compasión, reservándoles alegrías que contrarrestaran sus tristezas.

Comunicaciones aseguraban que el General Joaquín Buendía Falla, con 250 hombres, había asaltado á Natagaima y ocupaba á Coyaima, donde esperaba auxilio de Chaves y Buendía C., pues era perseguido muy de cerca por Leiva, quien lo creía aislado. Rápidamente se extendió la noticia en el campamento. Las dianas resonaban alegres, y los soldados felices al convencerse que dondequiera encontraban compañeros veteranos en el sufrir, ansiaban enfrentarse de nuevo con el enemigo. No estaba lejos. Nuevos postas de Buendía Falla decían que el General Leiva, con cuatrocientos (400) hombres, pretendía atacarlo; deseaba que Chaves y Buendía C. pasaran á su campamento de Coyaima á resolver allí si esperaban ó nó á Leiva. Inmediatamente pónense en marcha y dejan á su fuerza órdenes para que en jornadas regulares se acercara á Chila, punto situado enfrente de Coyaima y separado de esta población por el Saldaña.

Acamparon silenciosos en Chila sin hogueras ni toldos. A las 10 p. m. recibe el Coronel Sarmiento orden para que con los 150 tiradores de su Batallón, dejando impedimenta y caballerías, pasara rápidamente el Saldaña. Estaba resuelto á esperar al enemigo en la población. Coyaima, como posición militar, es pésimo. Situado en una hoyada entre el río y los cerros de la Cruz, tomadas esta posición y el Boquerón, situado en el camino que parte de allí y conduce á Purificación, por el enemigo, la fuerza situada en la población queda seguramente perdida.

Los Jefes y Oficiales de Día, como siempre, vigilantes, recorrían activamente las avanzadas y guardias. Dirigiánse á esa hora, la una a. m. del 11 de Julio, al paso de Chila. Se encuentran con el *Batallón Restaurador*, que según lo ordenado, había pasado el río y se encaminaba á la plaza.

—¿Qué hay, General Buendía? le preguntó Sarmiento.

—Hay mucho, le contesta. El parque del enemigo extraviado, ha caído con sus conductores en poder de una de nuestras avanzadas.

—Ah, dice Sarmiento, eso es que el caballeroso General Leiva, compadecido, ha querido que nos

le igualemos en pertrechos y nos ha mandado el parque.

—No se burle, Coronel.

—No, no es burla. Si lo del parque lo sabe Leiva, no nos atacará.

—Tal vez sea así, pero quién sabe.

Y se alejó con sus compañeros.

Disipada ya la idea del combate, decayeron la vigilancia y alarma en los campamentos. Realmente, era dudoso suponer que Leiva atacara, habiendo perdido parte de su parque la víspera. Ha podido, como los buenos militares, aprovecharse de su desgracia y rápidamente atacar á los revolucionarios ventajosamente auxiliado, por la sorpresa que seguramente les hubiera producido. No lo supo, ó probablemente no se le ocurrió, y con fortuna para los revolucionarios, esperó hasta el amanecer para empezar sus tímidas maniobras, atacando las avanzadas. Estas, verdaderamente sorprendidas, cedieron. Fue entonces cuando el valiente y experto General Tobías Rojas llegaba al Boquerón en momentos que el destacamento colocado allí era desalojado; y comprendiendo la importancia que había en sostenerlo y las fatales consecuencias que ocasionaría su pérdida, no vacila en morir como héroe antes de retroceder. Cosa semejante sucedía con las otras avanzadas; en pocos momentos el enemigo se apoderó de las posiciones principales para la defensa de la población, *Boquerón y Cerro de la Cruz*; dominaba desde allí con sus fuegos la población, y dándose cuenta exacta de los movimientos revolucionarios, se aterró. Los Buendías, afanosos en disponer lo que de antemano ha debido estar, recorrían apresurados los campamentos, dando órdenes á los *Batallones Marcelo Barrios y Santander* para que, desplegados, formaran las alas derecha é izquierda, y al avanzar trataran de dominar los flancos enemigos.

El *Batallón Restaurador*, “echado en tierra,” en la plaza, para favorecerse de los cercanos tiros enemigos, no se municionaba hasta esa hora con las cápsulas de Leiva; recibe orden de marchar al Boquerón y recuperarlo á todo trance.

Empieza el combate. Al formidable empuje revolucionario no resisten Leiva y sus compañeros, que en toda la línea pierden sus posiciones. Sarmiento y Rodríguez, tras de recio combatir cuerpo á cuerpo, toman el Boquerón y pierden su bandera que sirve al enemigo de consuelo en la derrota. Los *Batallones Marcelo Barrios y Santander*, que formaban las alas, siguen el ejemplo de sus valerosos Jefes Santofimio y Arciniegas, y logran flanquear por completo al enemigo. Este, en completa derrota, sólo piensa en escapar, abandonando caballerías, armas, municiones y banderas. El sol era ardiente y grande el cansancio. Escuadrones improvisados con las caballerías enemigas, emprenden la persecución. Hacen cabeza los Buendías, Villavecés, Santofimios, Rodríguez, Sarmiento y tantos más que, ebrios de placer, vitoreaban su causa y sus soldados, desesperan de alcanzarlos en su rápida carrera, hija del pánico que los alentaba. Llenos de cansancio, suspenden la persecución, y por grupos organizados empiezan á recorrer el campo del combate en todas direcciones.

La mayor parte de la fuerza que mandaba Leiva tomó en su fuga la vía de Purificación; como lenitivo y venganza, asesina villanamente al único prisionero de los revolucionarios que ese día tuvo la desgracia de caer en su poder. Entretanto los del Gobierno eran cuidadosamente atendidos en Coyaima y se les prestaban auxilios de toda clase. De los campos de Yaguara las lluvias y el sol aún no habían borrado la sangre de Barrero, severamente castigado por infamias semejantes. El Gobierno lo sabía lo mismo que sus Jefes, y sin embargo teñían sus espadas, que no brillaron en el combate, en la sangre de los prisioneros rojos, y se les trataba en los periódicos oficiales duramente, con los más infamantes adjetivos. Las represalias se imponían.

El triunfo de Coyaima levanta la Revolución en el centro del Tolima. Soldados de poca fe volvían á sus filas á recoger los laureles cosechados por sus hermanos que abandonaron en sus desgracias. Volvía el ánimo á los indiferentes, que agazapados en

las poblaciones, desacreditaban la Revolución sonriéndole al Gobierno para lucrar, y ahora activamente proporcionaban á la Revolución recursos de todo género que les abría los brazos generosos y los acogía como hermanos.

Considerablemente aumentados en número, con regulares armas y municiones no escasas en comparación á no pocas situaciones anteriores, los Buendías y Chaves, ansiosos de completar su triunfo por una persecución activa del enemigo, ese mismo día, por la tarde, hicieron marchar su lucida fuerza en dirección á Purificación.

COMBATE DE PURIFICACION

Rememoremos los triunfos que habían obtenido las armas revolucionarias en el hermoso llano de Yaguara, dos veces, en Chaparral y en Coyaima. Estos cuatro triunfos habían levantado los ánimos hasta de los más apáticos hijos del Tolima; los *insurgentes* tomamos nuevas fuerzas, nuevos bríos, y todo auguraba un feliz término á la Revolución en aquellas regiones flageladas por la guerra; elementos tomados al enemigo, leva de tropas, recursos de todo género, la victoria sonriente en nuestros campamentos, la esperanza rebozando en todos los corazones y el rojo pabellón flameando en las hondonadas, riscos y picachos.

Buendía C. y Chaves no se durmieron sobre las victorias alcanzadas, y advertidos por el General Joaquín Buendía Falla que acababa de llegar á Coyaima y traía á la retaguardia fuerza enemiga, superior en número á la suya, se pusieron en marcha inmediatamente, para juntarse con él. Y ¡qué feliz encuentro! ¡qué oportunidad! No habían pasado sino dos Batallones el Saldaña en la noche del 9 de Julio, y se habían saludado con las fuerzas de Buendía Falla, cuando al amanecer del 10 se presentó el enemigo y se dio aquel combate en que quedámos triunfantes á costa de la vida del General Tobías Rojas, quien quedó allí muerto á mache-

tazos. Nuevos elementos se le tomaron al enemigo en este combate; y ese mismo día se dispuso seguir en su persecución, después de que fueron recogidos los heridos y sepultados los muertos y que se obtuvieron noticias de distintos puntos acerca de la situación. Se rompió la marcha á las 4 p. m., más ó menos; esa noche en el campamento se resolvió seguir á ocupar los puertos de *La Bodega* y *El Gusano*, sobre el Saldaña, á fin de impedir el paso de fuerzas enemigas por aquellos puntos; pero el único baquiano que había, no se halló, y en consecuencia se resolvió seguir por la misma vía que llevaba el enemigo; ya cerca de Purificación, la descubierta se avistó con el enemigo derrotado en Coyaima, y éste siguió de huída, después de unos pocos disparos, y tomó por el puente de *Chenche*; nosotros ocupámos á Purificación con el fin de aglomerar recursos y enviar postas en todas direcciones; fuimos recibidos con entusiasmo por los habitantes de aquella generosa población, y á los acordes de la música que tocaba el himno de los franceses, los gritos de victoria se dejaron oír cual descargas de patriótica alegría.

Ese día, 11 de Julio, salímos por la noche de Purificación y vinimos á dormir á *Guadualejo*; al día siguiente se hizo allí la reorganización de la fuerza; los Generales Buendía C. y Gabriel Solano quedaron como Comandante General y Jefe de Estado Mayor General, respectivamente; y los Generales Buendía F. y Chaves, quedaron como Jefes Divisionarios. El doce en la mañana nos pusimos en marcha para Purificación, la cual ocupámos sin resistencia ninguna, pero ya encontramos noticias de que el enemigo se acercaba, y para cualquier evento, el *Batallón Ruiz* ocupó el punto de *Chenche*, y se cubrieron otros puntos, quedando el resto de la fuerza listo para marchar. A la 1 p. m. se recibió la noticia de que aquel Batallón estaba avistado con el enemigo, y á poco momento se rompieron los fuegos por aquel lado. El General Buendía F. ocupó con su División la cuchilla de *La Ovejera*; Chaves

partió á ponerse á la cabeza de la suya, y el *Batallón Restaurador* fue en apoyo del *Batallón Ruiz*.

El combate se generalizó rápidamente. La creencia de los Jefes superiores de que era únicamente la guerrilla de *Papagalá* la que se había unido á los dispersos de Coyaima y unidas volvían á hacer frente, los llevó á combatir. Pero el engaño fue grande; no era la guerrilla de *Papagalá* la que había reforzado á los dispersos; era el General Toribio Rivera, que con un ejército de 1,500 hombres se había puesto en marchas forzadas desde Piedras, al saber los desastres sufridos en Chaparral y Coyaima, y la entrada de Buendía Falla al centro del Tolima.

Crítica por demás era nuestra situación en aquellos momentos, cuando ya se tuvo el conocimiento de que era con una fuerza superior con la que se había empeñado combate; se discutía si debíamos retirarnos ó entrar de llano á combatir; la retirada, observó el General Buendía C., es la pérdida de la fuerza, porque sea cual fuere la vía que se tome, el enemigo nos picará la retaguardia con la caballería que trae, que no es poca, y los que no muramos en estos llanos, acribillados á balazos por detrás, caeremos prisioneros, y de todos modos sucumbirá la fuerza; luego se debe combatir, y cuando ya esté cayendo la noche, si antes no hemos sido derrotados, nos retiraremos. Otros optábamos por la retirada; pero ya el combate había empezado, y el enemigo movía sus fuerzas para uno y otro flanco con el propósito de cortarnos; pasó algo semejante á lo sucedido en el combate de Bucaramanga el 12 de Noviembre de 1899: aquél no se pudo evitar; éste tampoco. Se resolvió, pues, combatir; se dieron las órdenes del caso; cada cual fue á ocupar su puesto; en todos se veía el entusiasmo; los gritos de ¡viva la Revolución! resonaban en aquel llano.

¡Combate! reñido! Las municiones se le agotaban al General Chaves, y una fuerza superior, en su mayor parte de caballería, lo acometía; rechazado se vino batiendo en retirada hasta Purificación; el *Batallón Restaurador*, que había ido en su refuerzo, también fue rechazado, su primer Jefe prisionero y varios de sus Oficiales heridos; entre ellos se conta-

ban los entonces Capitanes José María Vargas é Ismael Márquez, que fueron los más arrojados: el primero ya había perdido un brazo, y en este nuevo combate recibió un balazo en el que le quedaba; el segundo, herido gravemente en una pierna, logró salir á caballo: ya habíamos tenido ocasión de apreciar el valor de este joven en el combate de La Mesa, el 24 de Noviembre de 1900, siendo el que escribe estas líneas Jefe del *Sumapaz*, y Márquez Capitán de la primera Compañía del mismo; el Teniente N. Sánchez y el Alférez Mogollón fueron también de los Oficiales del *Restaurador*, que dejaron bien puesto su nombre como valientes y arrojados; el Coronel Benjamín Mejía, el Teniente Coronel Medardo Prieto, los Sargentos Mayores Samuel Silva y Manuel Trujillo, y en suma, todos los Oficiales del *Batallón Ruiz*, nada dejaron que de-sear, y si cedieron fue por la falta de municiones.

Cuando llegaba Chaves á Purificación tuvimos ocasión de oírlo exclamar al saber que no había refuerzo y que por todos los puntos por donde se combatía se estaba mal: “á tornillo, muchachos; una carga á tornillo y á machete”; y esto en tanto que el enemigo lo seguía tan de cerca, que por varias veces les oímos gritar: “á ése del caballo palomo.” El del caballo palomo era Chaves; mientras las balas caían silbando al pie del caballo ó rozaban el ala de su sombrero de paja, él animaba á sus soldados; pero no se ofuscaba hasta el punto de no observar las maniobras del enemigo, al cual inspeccionaba con el anteojo, y en un momento de observación nos dijo: “vaya usted, Coronel, dígame á Joaquín ó á Nicolás que si no hay algún refuerzo me retiro, porque nos están cortando, y si nos descuidamos un momento, nos veremos envueltos y sin salida.” No bien habíamos partido á todo correr para cumplir nuestra misión, cuando nos encontramos con un Ayudante de Campo de Buendía Falla, que buscaba á Buendía C. para que le mandara refuerzo, pues estaba completamente rechazado y sin municiones casi; estamos en las mismas por aquí, le contestámos; venimos á eso. Pronto convinimos en que él se volvería á informar á su General lo que

sucedía, y nosotros volveríamos riendas á comunicar lo mismo al General Chaves; pero cuando esto hacíamos, ya venía el General Buendía G. organizando la retirada, y más atrás venía Chaves, y con ellos seguimos.

El General Buendía F. se batía en *La Ovejera* con un valor digno de admiración; sus valerosos Tenientes, los Coroneles Manuel Villaveces, su Jefe de Estado Mayor Félix Cleves, Jefe del *Marcelo Barrios*, Ismael Santofimio, Jefe del *Santander*, y que era el Jefe de Día en aquel combate, murió allí cumpliendo con su deber, y su muerte fue dignamente sentida por todos sus compañeros y amigos; el Teniente Coronel Gabriel Arciniegas, Jefe del *Republicano*, y el entonces Sargento Mayor Carlos Estrada, segundo Jefe del *Marcelo Barrios*, y todos, en fin, hasta el último de sus soldados, se batían no como hombres sino como héroes; á éstos se agregaba el *Batallón 1.º del Chaparral*, cuyos Jefes eran el Teniente Coronel Segundo Santofimio y el Sargento Mayor Gregorio Acevedo.

Acometidos y arrollados por todas partes, y ya casi cortados, salimos en derrota, no sin que hubiéramos de volver caras y dar algunas cargas para evitar que sucumbiéramos y que se nos siguiera muy de cerca; en una de esas cargas acompañamos al Coronel Benjamín Mejía, y entonces pudimos apreciar, una vez más, el arrojo é impavidez de aquel Jefe que sonreía en esos momentos como si se tratara de una chistosa comedia; del Sargento Mayor Manuel María Cuéllar; del Capitán Eugenio Rodríguez, que entraba con unos pocos soldados de su Compañía; del mulato Mogollón y de otros más, cuyos nombres sentimos no recordar. Se daba una carga fuerte, se rechazaba al enemigo y se volvía la espalda porque no había municiones con qué sostenerla ni por cinco minutos siquiera; hubo un momento en que por el flanco izquierdo una columna del enemigo marchaba á carrera á cortarnos el paso; por ese lado íbamos con los Generales Buendía C. y Chaves, los Ayudantes de ambos y algunos soldados de distintos Batallones; tan inminente era el peligro, y el momento tan supremo, que el General

Buendía C., sabedor de que el soldado que más cápsulas llevaba eran cuatro, y que otros no tenían ni una, dijo: "Saquemos los revólveres y á los que nos salgan al camino nos les vamos encima, y los que puedan escapar que se salven." Así lo hicimos todos, y entonces el General Chaves, siempre avisado en esos momentos, hizo tocar á su Corneta *atención y ocultarse*; el General Buendía, que iba unos pocos pasos adelante, hizo repetir el toque, y esta estrategia contuvo algunos momentos al enemigo que marchaba en línea paralela á nosotros, teniendo por medio un bosquecillo que le impedía acometernos de frente; estos momentos fueron sabiamente aprovechados, y pudimos salvar el peligro de un encuentro de manos á boca; el Sargento Mayor Julio C. Rodríguez, Ayudante de campo del General Chaves, se ofreció á quedarse con seis soldados para responder á los tiros del enemigo, mientras los demás nos retirábamos, y á poco rompió los fuegos sobre los que pretendían salirnos al camino y cerrarnos el paso. Cuando esto sucedía, ya venía la noche, y envueltos en sus pardas sombras pudimos continuar la marcha sin que se nos persiguiera por aquel lado, ni al General Buendía Falla, que se retiraba por otro camino, pero siempre en dirección al puerto de *El Limón*, sobre el Saldaña, vía que llevábamos los demás. Al otro día nos vimos allí reunidos todos; allí se resolvió la división de la fuerza en guerrillas para despistar al enemigo; Chaves siguió para Anaime; Buendía C. se quedó en aquella región, y los demás seguimos con Buendía Falla hacia la región del Chaparral.

Triste era nuestra situación entonces: sin esperanza de que una fuerza amiga viniera en nuestro auxilio, escasos de recursos, sin municiones, sin noticia de los revolucionarios del Norte, abatidos por la derrota, pero siempre firmes, queríamos sucumbir en nuestro puesto como el centinela de Pompeya; habíamos combatido con denuedo, y esperábamos poder repetirlo en circunstancias más favorables; la fe en la justicia de nuestros sacrificios no estaba quebrantada, y si en ese combate quedaban Jefes, Oficiales y soldados, muertos unos, heridos

otros y prisioneros algunos, los que escapámos continuámos en la brecha y esperábamos vencer más tarde. Aquella derrota no se debió sino á la falta de municiones, y aunque menores en número, pues sólo éramos 700, mientras que el enemigo pasaba de 1,500, se dejó bien puesto el nombre de la Revolución; y para que se vea que no hablamos con hipótesis, basta leer el parte que sobre ese combate dio al día siguiente el General Rivera al Ministro de Guerra:

“Digno de mejor causa ha sido el arrojo con que pelearon estos rebeldes; á su arrojo se debe que hubiera bastantes bajas.”

Los mismos enemigos nos admiraron; no pudo el odio ni la pasión política cegarlos en esta vez, y tuvieron que confesar que sí éramos dignos contendores y nó la *cuadrilla de malhechores*, como se nos apellidaba siempre por el Gobierno y los suyos, á quien era preciso exterminar y hacer desaparecer del haz de la tierra.

La más sensible pérdida de la Revolución fue el Coronel Ismael Santomifio: las campañas de este simpático Jefe son una página de gloria; su muerte una página enlutecida y triste; fue un tiempo el tormento perenne del General Rivera: con un pequeño Escuadrón que lo movía con asombrosa rapidez, seguía de cerca al Ejército del Sur, y unas veces por la retaguardia y otras de flanco, les salía y cargaba para desorganizarlos, impedir su marcha ó frustrar sus planes; fue Santomifio uno de los primeros que marcharon á los campamentos.

Rafael Sarmiento, Jefe del *Restaurador*, había caído prisionero y había recibido un tornillazo en la cabeza dado por un sargentón, porque al ser interrogado sobre el incendio del Chaparral, sostuvo que el incendiario había sido Obando; y lo hubieran rematado allí si la llegada de un Jefe de Cuerpo, el Coronel Borrero, que impidió aquel asesinato, se retarda unos pocos segundos. Ya en Purificación, en la plaza, un Coronel Moscoso levantó un fuste para darle á Sarmiento, y éste tuvo que poner el brazo y retroceder para evitar que el flagelo le ca-

yera en el rostro; el General Roberto Leiva y el Coronel Heraclio Lastra evitaron el ultraje, y caballerosa y gallardamente ofrecieron á Sarmiento su amistad y su apoyo.

Siempre se distinguen los caballeros en todas las épocas y circunstancias de la vida, por su lealtad y generosidad; y el General Leiva y el Coronel Lastra cumplieron al pie de la letra lo ofrecido á Sarmiento.

“Zoilo Cruz, ibaguereño—comunicó el correspondiente de Purificación—dice que nuestro amigo el Coronel Ismael Santomifio fue asesinado en el combate de Purificación; dice Cruz que á él lo tuvieron arrestado tres días por haber castigado con unos cintarazos al soldado que asesinó á Santomifio, después de rendido y de suplicarle que no lo matara; él mismo cuenta que el día del combate aquí, no se le había dado cuartel á nadie, y que sólo un Cuerpo de reclutas hizo prisioneros.”

Esto fue tan sólo un preludio de lo que sucedió después; cuando contra toda ley y pisoteando la Constitución vigente y acallando en el corazón los sentimientos humanitarios, sordo á los gritos de la conciencia y á los clamores de las víctimas, á las lágrimas de los que iban á quedar huérfanos y viudas, dominado por la cólera, soberbio como una pantera, sediento de sangre como un tigre, ávido de carne humana como un chacal, cruel hasta el exceso, espectador placentero de espectáculos patibularios, asalariado como sicario, educado en la comisaría; un hombre, potrocinado por su superior jerárquico, se hizo artista del patíbulo: fue el autor de esos horrendos cuadros que sorprenden al viajero civilizado en El Espinal, La Barrigona, El Quindío y Miraflores.

F. DE P. G.

ESTUDIO SOBRE EL GENERAL

RAMON CHAVES

En 1899 tomó el Partido Liberal el camino de la guerra. Hubo en oportunidad hombres de clara visión que aconsejaron al Liberalismo desechase la protesta armada como el más inconveniente, por entonces, de todos los medios para reivindicar el derecho.

No atendió el Partido Liberal esas advertencias, porque estaba cansado de esperar de su adversario una hora de justicia que constantemente se le anunciaba y que nunca llegó; y porque el Partido Conservador—su compañero de oposición en aquella época—tomó el clarín de guerra, se subió á lo más alto de la montaña, y de allí convocó á la resistencia contra el régimen nacionalista que, á juicio de la Convención Conservadora de 1899, se había lanzado en el camino de la Dictadura y había roto sus vínculos con el Partido Conservador.

Tales fueron las declaraciones de este Partido, hechas por sus más notables conductores, por sus delegados, en momentos de suprema agitación política y cuando, por consiguiente, cada declaración de esas, cada frase, cada palabra, caían sobre los espíritus como bombas inflamadas sobre barriles de pólvora. El Partido Liberal tiró de la espada, y cuando creyó que su compañero del día anterior adoptaría, como línea de conducta, por lo menos una estricta neutralidad, le halló al frente, armado por los nacionalistas y en defensa de ellos, y con ellos compartiendo el Presupuesto, aunque más cruel y encarnizado en la persecución.

Tal acto de perfidia para con su compañero de oposición en la Cámara de 1898 y en la Prensa, y de claudicación de hermosas teorías y de promesas solemnes ante sordidos apetitos, puede ser una jugada hábil para obtener gajes del momento; pero no es así como las grandes causas labran hondo surco en las conciencias honradas, ni alcanzan victorias duraderas y fecundas.

En otra ocasión hicimos este mismo cargo al Partido Conservador, y entonces salió á defenderlo el Sr. Pedro Nel Ospina con la desenfadada argumentación de que, como ese Partido no había ratificado las declaraciones de la Convención Conservadora, no estaba obligado á cumplirlas. De manera, pues, que el Partido Conservador elige sus Convenciones; las inviste de plenos poderes; ellas deliberan y resuelven, y ese Partido se reserva el derecho de declarar legítimas las resoluciones que le convengan, é ilegítimas las que en una ú otra forma lo alejen del Presupuesto. Es una teoría novísima que no deja, á la verdad, bien parados los quilates de moralidad política de su autor, ni los del Partido que por sí, y ante sí, ha venido llamándose el defensor de la moral en Colombia.

A la generación actual no parecerá, ciertamente, demasiado severo nuestro juicio sobre el Partido Conservador: esa generación ha presenciado los hechos á que nos referimos, y, por más escandalosos que ellos sean, tiene que rendirse á la evidencia y convenir en que de la severidad de aquel juicio no es responsable el juzgador sino el juzgado. Pero luégo, cuando pasen los años, acaso pudiera creerse que escribimos bajo el funesto influjo del odio político, y no faltará entonces quien se empeñe en demostrar que no fue inconsecuente ni desleal el Partido Conservador al atacar á los revolucionarios de 1899, al perseguirlos con salvaje encarnizamiento, y al matarlos, después de vencidos, en patíbulos y cárceles.

No escribimos, no podemos escribir por odio político, que ni hemos sentido jamás, ni comprendemos—que hemos considerado siempre como una lamentable aberración. Escribimos, porque deseamos que el proceso histórico no sea desvirtuado mañana y puedan imputársele al Partido Liberal responsabilidades que no le correspondan. Escribimos, porque creemos que se hace un servicio al país con presentar á las generaciones del futuro, datos ciertos sobre la historia de los Partidos colombianos.

Por estas consideraciones, no pasaremos adelante sin aducir las pruebas de nuestro dicho, tomadas—todas ellas—de fuente insospechable: del periodismo conservador y de sus hombres más conspicuos. Léanse, pues, los juicios que al Partido Conservador le merecían el Gobierno y la colectividad política contra los cuales se alzó en armas el Partido Liberal en 1899.

En carta de 3 de Abril de ese año, decía el General José Antonio Pinto á tres de los Ministros del Presidente de la República:

“No comprendo cómo el Gobierno que preside el Excmo. Sr. Sanclemente se propone mantener la tranquilidad y confianza del país, con actos tan equívocos, desconformes y aun en abierta oposición con las justas aspiraciones del Partido Conservador.”

Y más adelante:

“Permitidme, asimismo, antes de terminar, que os diga que el silencio que ha guardado el Partido Conservador caucano, en manera alguna puede traducirse como aceptación de los actos del Gobierno que acabo de recordar.”

Pocos días después se leía en el editorial de un número de *El Intransigente*, de Convención, lo que copiamos:

“Para colmo de males, conservadores y liberales permanecen cruzados de brazos, indiferentes á la suerte de la Patria, PUDIENDO LIGARSE para ver de darle fin á esto que bien pudiéramos llamar la edad media de la Regeneración, siendo el principal obstáculo las desconfianzas recíprocas, especialmente en los primeros, que no dejan de ver en los segundos el enemigo común.....”

“Los tiempos pasan, y hasta la faz de la tierra se cambia, y sólo los conservadores seguimos siendo los de siempre: los estacionarios, los románticos enamorados del pasado, enemigos del progreso y de la luz! ¿Será que el odio y la pasión, unidos al vil interés, y nó al amor á la Patria, regulan todos nuestros actos, y que han predicado en desierto *La Concordia, El Herald* y *El Repertorio*?”

En *El Herald* de 26 de Julio de 1899 se lee en el artículo *Momento solemne*:

“El Nacionalismo ha roto sus títulos á la consideración pública. Ha faltado á Dios, pues ha sido y es perjuro invocando su nombre para mancharlo; ha faltado á la Patria permitiendo la desmembración del territorio y la violación de sus fronteras; ha faltado al Pueblo conculcando sus derechos; ha faltado al Partido Conservador amparándose con su nombre para cometer las mayores iniquidades, y ha faltado á la República estableciendo hábitos que ella reprueba. ¿Cómo puede, pues, seguir dominándonos? ¿Con qué derecho? Si invoca el de la fuerza, éste es tan irrisorio, que la opinión lo desbaratará fácilmente con su soplo vengador.

“El Partido Conservador tiene que salvar á toda costa su responsabilidad histórica, y la salvará. *Asociarnos á la obra desastrosa consumada, ó hacernos cómplices como instrumentos de lo monstruoso que se prepara en la sombra, nos entregaría merecidamente al menosprecio de la posteridad.*”

El General Próspero Pinzón, elevado por los conservadores á la condición de Jefe indiscutible de su Partido, llamado por ellos el Héroe Cristiano, aclamado por ellos como salvador de la Patria, adulado y glorificado sobre toda ponderación, se expresaba así el 2 de Agosto de 1899:

“Tanto por el estado de sitio, creado por el Gobierno sin existir ninguna de las dos únicas causas—guerra exterior ó conmoción interior—que para declararlo determina la Constitución, como porque el Director de *El País* no cree justo ni decoroso someter la publicación del periódico á las prevenciones del Decreto número 2 de 1899, expedido por el Jefe Civil y Militar de Cundinamarca, se ha resuelto la suspensión temporal de aquel bise-manario, mientras dure el estado de guerra en el Gobierno.

“Es el caso de dejar constancia pública de protesta contra la usurpación de funciones que entraña el Decreto mencionado del Jefe Civil y Militar de Cundinamarca. Este acto es una medida extraor-

dinaria y de carácter legislativo que afecta esencialmente la Ley de Prensa, y no podía dictarlo el Gobernador, puesto que el artículo 121 de la Constitución atribuye la facultad de expedir providencias de este género única y privativamente al Presidente de la República, con el beneplácito de todos los Ministros; y esa facultad no ha sido delegada, ni podría serlo conforme á la Constitución y á la ley.

“ Hacemos saber á nuestros copartidarios y favorecedores de *El País*, que éste reaparecerá no bien cesen las causas de suspensión apuntadas. Entretanto, los excitamos á que no interrumpan la obra de reintegración del Partido Conservador, ni den oídos á los diversos pretextos con que el Nacionalismo pretende anular ó relajar esta labor reparadora.

“ Acusamos al Sr. Ministro de Guerra recibo de su carta abierta de ayer. Cuando el periódico reaparezca, daremos respuesta y haremos los comentarios del caso á esa epístola dirigida en momentos de *sitio*, cuando el Sr. Ministro, por virtud de exclusivo artificio suyo, se halla gozando de omnipotencia, y la Prensa de la capital sujeta á las arbitrarias prevenciones de sus agentes.”

El editorial de *El Herald* de 5 de Agosto contenía tan explícitas declaraciones como éstas :

“ Así, hoy en Colombia no debe haber más que dos Partidos : los amos ó nacionalistas, y los hombres que aman la Libertad y la Justicia. Fundemos primero la República, conquistemos de nuevo la independencia, y luego volvamos á la lucha de las fracciones.

“ Por eso hemos nosotros predicado la liga para restablecer la República, luego se hará el empadronamiento de cada Partido, y entonces sí se verá quiénes son conservadores y quiénes liberales. Hoy no debe, no puede haber sino una aspiración en los hombres patriotas : entrar en la vía de la República ; todos los demás detalles de administración y política son ensueños y utopías. Por ahora enarbolemos, conservadores y liberales, el pabellón tricolor como en los días de la independencia.”

Del editorial del mismo periódico, edición del 12 de Agosto, transcribimos :

“ Los días pasan y pasan, y el orden público continúa turbado, según los decretos, pero no en la realidad. Y se ha llegado por un periódico áulico á manifestar que tal se ha hecho á fin de poder tomar ciertas medidas, ó sea para dictar decretos de carácter legislativo.

“ Jamás pudo estar en la mente de los constituyentes, como se ve por el comentario del Dr. Samper, que se llegara á tan cínico extremo. Declarar una Nación en guerra tan solo para asumir la Dictadura, es un colmo, el cual ni siquiera pudieron imaginarlo los Delegatarios de 1886, á fin de prohibirlo.”

En Acuerdo número 3, de 17 de Agosto, dijo la *Convención Conservadora* :

“ Considerando :

“ 1.º Que en la actualidad no existe vínculo ninguno entre el Gobierno, que es Nacionalista, y el Partido Conservador.....

“ 3.º Que el Gobierno, lejos de buscar remedio á los gravísimos males del país, sólo presta atención á la política y á hacerse sentir con los alardes de fuerza que despliega, aprisionando individuos inculpados y poniendo bajo la ley marcial parte del territorio de la República, sin motivo hasta ahora justificado.

4.º Que tanto por recientes nombramientos oficiales, sobre todo en el ramo militar, como por datos privados que han llegado á la Junta, cree ella que se piensa seriamente en hacer ilusorio, una vez más, el derecho electoral y en romper el régimen constitucional.....

6.º Que á esta Junta preguntan muchos conservadores de diferentes puntos de la República cuál debe ser su línea de conducta en caso de un conflicto armado, es decir, si deben ó nó prestar apoyo su al Gobierno.

7.º Que la Junta no cree justo, patriótico ni decoroso el que el Partido Conservador se haga

responsable de los actos del círculo nacionalista contra los intereses patrios,

ACUERDA

1.º Declarar que el Gobierno actual, por su política y tendencias, no corresponde á los ideales, prácticas y aspiraciones del Partido Conservador, y que, en consecuencia, los conservadores no están en la obligación moral de apoyarlo y compartir con él la responsabilidad de sus actos.....

3.º Declarar que, si llegare el caso de romperse el régimen constitucional, es deber de los conservadores esforzarse por todos los medios á su alcance en restablecerlo, sin aguardar órdenes ni instrucciones de nadie, *y uniendo de hecho sus esfuerzos con los de los demás republicanos que tengan igual aspiración.*”

Firman el anterior Acuerdo los Delegados de los nueve Departamentos, Sres. Marceliano Vélez, Augusto N. Samper, José Joaquín Pérez, Juan Bautista Pombo, Jorge Roa, Juan Bautista Pérez y Soto, Eduardo Posada, Ignacio S. Hoyos y Agustín Uribe.

El Herald de 31 de Agosto publicó como editorial un artículo del Sr. Juan Clímaco Arbeláez, personaje muy distinguido del Partido Conservador. De ese artículo copiamos :

“En todo país del mundo un partido que ha presentado el certamen que el Nacionalismo aquí, tiene que desaparecer de la escena.....

“Si el Partido Conservador que tiene de su parte una poderosa y bien dirigida influencia religiosa y masas sanas, comprendiendo la responsabilidad que pesa sobre él, no salva la Patria, su responsabilidad será ineludible.”

El 14 de Septiembre se expresaba así *El Casca-*
bel de Medellín :

“Nos llega de las altas regiones oficiales, de allá de donde nos llueven diariamente las mayores calamidades y los desastres irreparables, una ame-

naza de ruina, que no otra cosa es el inicuo Decreto que atribuye á los Departamentos sus gastos administrativos, sin compensación alguna, que faculta á Ministros y á Gobernadores á suprimir empleos, y á éstos últimos á reducir el número de Provincias, y que ha sido dictado so capa de entrar en el campo de las economías.

“No queremos hacer á nuestros lectores el agravio de demostrarles que el dichoso Decreto es una violación cínica y audaz de las leyes.....

“*Si por desgracia quien ha pronunciado nuestra sentencia de muerte desoye el clamor general,* QUEDA UN CAMINO, UNO SÓLO, POR EL CUAL TENDREMOS QUE ENTRAR RESUELTAMENTE, POR MUCHO QUE EN ÉL HAYAMOS DE ENSANGRENTARNOS.....”

Al día siguiente decía *El Correo de Antioquia*, en el artículo titulado *¿Dictadura?* :

“¿La turbación del orden público (en los Decretos, se entiende, no en el hecho) autoriza al Poder Ejecutivo para constituirse en Legislativo, derogar leyes ó, lo que es peor, mandar que se desobedezcan las vigentes?.....

“Hoy podemos mirar el problema más de cerca, porque dos Departamentos se hallan declarados en sitio. ¿Puede el Gobierno Nacional echar por tierra el orden legal en el país, y asumir todos los poderes, como en plena Dictadura?

“Es evidente que nó.

“Harto se nos alcanza que en el rebaño regenerador sobran incondicionales que se presten á hacer cumplir el Decreto dictatorial; pero se ofrece brillante ocasión para que los empleados que la tengan, muestren los quilates de su conciencia.”

En otra parte decía *El Correo de Antioquia* :

“Legitimado por el miedo, el silencio ó el interés, el camino que acaba de tomar el Gobierno, de quebrantar cualquier ley, turbando á fantasía el orden público, queda de hecho sancionada la Dictadura en Colombia.

“¡Rusia será un país repleto de oxígeno para los pulmones colombianos!

“En nuestra calidad de unionistas sinceros y convencidos, le gritamos (al Gobierno): no ahonde la escisión que empieza; no provoque la defensa legítima y natural de las secciones; *no espere á que ellas pongan notas de sangre al himno antioqueño y lo paseen triunfante por toda la República al grito de:*

*Llevo el hierro entre las manos
Porque en el cuello me pesa!*”

La edición del mismo periódico, de 21 de Septiembre, publicaba cosas como éstas:

“La palabra Dictadura sugiere ideas viriles y arrogantes; cuando se pronuncia, viene á la imaginación la figura del guerrero audaz que se impone porque lo resguardan cien victorias; la del caudillo afortunado que hipnotiza las multitudes, la del tribuno que las arrastra; la del gobernante temerario que se hace obedecer, porque sobresale y fascina. Piensa uno en César, en Cromwell, en Napoleón, en Carrera, en Francia, en Rosas: en los que elevan el valor y el reto á la altura de la audacia.

“La Dictadura que hoy combatimos no es ni ha podido ser así: hija de la Regeneración, tenía que ser anónima, artera, irresponsable y vergonzante; tiene que nacer y vivir en las tinieblas, donde no brille, donde hurte el cuerpo, donde habite la pequeñez, donde no quepa grandeza, ni siquiera la grandeza del delito.”

Finalmente, aunque podríamos continuar haciendo citas como las anteriores hasta formar con ellas un libro, les daremos término aquí con la siguiente, tomada de *El Cascabel*, edición del mismo Septiembre, ó sea del mes anterior á aquel en que estalló la guerra:

“ESTAMOS EN PLENA DICTADURA.

“EL GOBIERNO DE LA NACIÓN HA VIOLADO LA CONSTITUCIÓN Y LAS LEYES QUE SUS MIEMBROS JURARON CUMPLIR Y DEFENDER. EL GOBIERNO DE LA NACIÓN SE HA REBELADO CONTRA LA LEGALIDAD, LE HA DECLARADO LA GUERRA AL PAÍS ENTERO. COMIENZA, Ó DEBE COMENZAR, LA LID GLORIOSA DE COLOMBIA CONTRA SUS ENEMIGOS.....”

Y comenzó en efecto; y el pendón liberal ondeó en los aires como señal de que ese Partido concurría á la cita contra el Nacionalismo, contra la Regeneración y contra la Dictadura, que le había hecho de manera autorizada y persistente el Partido Conservador. Pero á la “lid gloriosa” no asistió el Partido Conservador, porque se ocupaba por entonces en defender al Nacionalismo, á la Regeneración y á la Dictadura!

¡Ah, los conservadores! ¡Ah, los defensores de la moral en Colombia!

Así, como dejamos dicho, marchó el Liberalismo á la contienda; así fue empujado al sacrificio. Allí dejó sus víctimas; allí blanquean los huesos de sus mártires. La prueba fue terrible, mas no irreparable, porque en la agitada vida de las colectividades políticas lo único irreparable es la pérdida del honor, y el Liberalismo colombiano no ha tenido esa desgracia todavía.

Aunque los signos del tiempo parecen indicar que la pavorosa conmoción iniciada en 1899 no fue del todo estéril para el advenimiento de una era de justicia en Colombia, fueron tan grandes sus estragos inmediatos que no vacilamos en considerarla como grave error del Partido Liberal. Hoy puede verse la magnitud de ese error, mas en 1899 no era posible medirlo, porque el hombre no tiene el poder de anticipar el futuro y de leer en él como en libro abierto. En consecuencia, nos parece que el país ha tenido razón al censurar la conducta de los que en lugar del abrazo para los hermanos vencidos y del homenaje para los mártires de la Causa, sólo han tenido ultrajes para los primeros, y sarcasmo y olvido para los segundos.

Hacer hoy el recuento de lo que fue por parte de los liberales su lucha de tres años; encomiar lo que de encomio sea digno en esa lucha; depurar narraciones y consejas á fin de echar las bases ciertas de la Historia; mostrar con exactitud el perfil de los grandes lidiadores, quitándoles la monstruosidad moral con que ha querido el adversario deformarlos; hacer, en suma, esa labor de justicia, de reparación y de verdad, es para los liberales un de-

ber de necesario y obligatorio cumplimiento—un deber elemental de confraternidad política que debe cumplirse á toda costa.

Y cumplirlo no implica que se aconseje la guerra, ni que se deifique la de 1899, ni que se acepten como buenos los actos malos de los revolucionarios. Las violencias y los crímenes de los actores en una guerra, no tienen por qué esperar justificaciones de los hombres honrados.

La guerra es, casi siempre, indefensible; es un mal inmenso—es una suma aterradora de males; mas no por esto suscribiremos la teoría de que el máximum de la capacidad mental y del acierto consistan en firmar carta de paz irrevocable á los Gobiernos, cualesquiera que sean sus tendencias y sus actos. Nó. Esta doctrina de la paz perpetua,—hermosa, sin duda, y halagüeña para todo hombre civilizado, pero sólo posible en la práctica en un país ideal de bienaventurados y de santos, nos parece simplemente una utopía.

La obra civilizadora del Cristianismo necesita aún de muchos años, acaso de siglos, para conducir á los hombres—gobernados y gobernantes—á ese estado feliz en que la paz sea perdurable en todos los pueblos, porque la justicia haya señoreado todas las conciencias.

Entre tanto, mientras los gobernantes abusen, la doctrina aquélla sólo serviría para presentar desnudas las espaldas de los pueblos ante el látigo desalmado de los tiranos.

Nuestra opinión se sitúa en un justo medio: rechazamos la guerra en la gran mayoría de los casos; mas la aceptamos como remedio único, aunque doloroso, para acabar con las tiranías convertidas en sistema de gobierno. Y aceptamos también su posibilidad como el único freno para apartar á muchos ambiciosos del camino de la usurpación.

Creemos que si no existiese la posibilidad de las guerras; si los pueblos hubieran—por extraña combinación de circunstancias—abandonando de manera irrevocable y perpetua la apelación á las armas, los gobiernos tiránicos serían planta de extensa y poderosa raizumbre en todas las latitudes.

Nos parece que las siguientes palabras de Guizot son exactas y que es justa la tesis que sostienen: “Evidentemente había llegado ese día en que un pueblo adquiere el derecho de infidelidad; en que nace para los pueblos el de protegerse á sí mismos por la fuerza, ya que no hallan en el orden establecido ni seguridad ni protección. Día temible y desconocido, que no puede prever la ciencia humana, que ninguna Constitución puede reglar, cuya luz está señalada por la mano divina. Si la prueba que entonces comienza estuviese absolutamente prohibida; si el punto misterioso donde reside ese gran derecho social no pesase aún sobre las cabezas de los mismos poderes que lo niegan, hace largo tiempo que el género humano, sometido al yugo, hubiera perdido toda dignidad y todo honor.”

El presente estudio tiene por objeto narrar los actos de un abnegado defensor del Partido Liberal en la guerra de 1899; de un joven modesto y humilde que hacía su labor en pro de la causa de sus convicciones con tanta sencillez como tenacidad, con grande competencia y con una energía verdaderamente insuperable; de un joven que jamás tuvo la conciencia de su propio mérito, y, por tanto, ni la envidia ni la vanidad fueron torcedores de su alma; de un ciudadano honrado y trabajador, que llegada la hora de la protesta sangrienta, empuñó las armas, lidió con ellas sin descanso y luégo afrontó el sacrificio de la vida sin que el ritmo de su pulso se alterase, ni su fe en la bondad de sus ideales se extinguiese.

Tal fue el General Ramón Chaves. Al acercarnos nosotros á su tumba para presentar á su memoria este homenaje, hablamos con la más completa certidumbre, pues le conocimos íntimamente y pudimos apreciar de cerca sus méritos de ciudadano y de militar; hablamos, porque nos parece necesario que el país conozca ese carácter altivo y viril; y que el sacrificio á que se le sometió lo recoja la Historia para sanción y para estigma del Partido que, en la hora del triunfo, se olvidó de Dios y de todo sentimiento hidalgo, y sólo pensó en exterminar á los vencidos.

La primera fuerza revolucionaria que hubo en el Norte del Tolima fue la de Vicente Carrera, quien se alzó en armas el 18 de Octubre de 1899, y desde el primer momento fue acompañado por Chaves. Esa fuerza hizo una corta campaña en la Provincia del Norte y pasó luego á la del Centro. El 13 de Noviembre permaneció en el pueblo de San Luis, y el 14 al amanecer fue atacada allí por el *Batallón Palacé* y por voluntarios que rodeaban al Comandante General del Ejército tolimense en aquella época, Sr. General Lucas Gallo.

La fuerza asaltante tenía parque para derrochar como derrochó en aquel combate; tenía armas de las mejores introducidas á Colombia; pudo ocupar ventajosísimas posiciones en los cerros que dominan la población; fue, después de algunas horas de pelea, apoyada por tropas procedentes del Guamo, y estaba comandada por el General Gallo, Jefe experto y valiente.

La tropa comandada por Carrera carecía de parque, del que apenas contaba con muy escasa dotación; sus armas eran rifles viejos y escopetas antediluvianas; sus Cuerpos, agregaciones de voluntarios, sin disciplina y sin conocimiento del manejo de las armas. Si á esto se agrega que el número era bastante menor que el de las fuerzas del Gobierno, y que éstas lograron dar un verdadero asalto, se comprenderá cuánto valor, cuánto heroísmo, cuánta abnegación necesitaron las gentes revolucionarias en aquel día para resistir lucha tan desigual y tan costosa.

En el campo quedaron más de cien cadáveres, entre ellos los de jóvenes de alta posición social y de abolengo ilustre en la democracia colombiana, tales como Luis Alejandro Camacho, hijo del General Rafael Camacho; Ricaurte Rengifo, hijo del General Tomás Rengifo; Horacio Parra, hijo del General Isidro Parra.

Quedó también muerto por mano villana y criminal, después de prisionero, el General Carrera, quien pudo escaparse, pero no lo hizo porque, decía al principio del combate: "Aquí, si no podemos triunfar debemos morir, porque de la sangre de los

mártires surge la redención de las causas." Palabras textuales que muestran bien el temple de esa alma.

Valiente de tan alto coturno bien merecía el respeto del vencedor. No lo alcanzó allí y se le sacrificó; pero para ser justos debemos declarar que de tal sacrificio no fue responsable el Comandante General. Lejos de esto, él se indignó por aquel crimen, y en esta ocasión, como en todas las análogas de su larga carrera militar, el General Gallo fue hidalgo con sus adversarios. Era un Jefe distinguido: era un hombre decente que honraba al Partido Conservador.

Poco tiempo después, en excursión militar por la cordillera de Anaime, cayó herido de muerte en una emboscada. Los que dirigieron ese golpe pudieron ejecutar un procedimiento permitido por las duras necesidades de la guerra; pudieron, juzgando equivocadamente que Gallo fuera responsable del asesinato de Carrera, creer que ejecutaban un acto de legítima represalia; pero nosotros creemos que ese fue un delito nefando, ya porque encontramos mucho de asesinato frío y cobarde en emboscadas como ésa, ya porque hombres como Gallo, caracteres nobles como ése, merecen que se les combata con mayor hidalguía.

La muerte del General Gallo fue, por otra parte, una desgracia para el Liberalismo tolimense: si él hubiera vivido, las hienas que luego se levantaron en el campo del Gobierno no habrían podido hacer su salvaje festín.

Nosotros pagamos aquí, con positiva satisfacción, este tributo de justicia á la memoria de un Jefe conservador, decidido y tenaz adversario de nuestra causa, es verdad, pero generoso y gallardo.

En el combate de San Luis, Chaves comandaba, con el grado de Coronel, el *Batallón Robles*, que fue diezmado por las balas enemigas y que resistió hasta última hora y salvó así el resto de la fuerza de caer en poder del enemigo.

Rodeado por los vencedores, pudo Chaves escaparse, abandonando la bestia, y abriéndose paso bajo una lluvia de balas, que le destrozaron los vestidos sin tocarlo á él.

En la tarde de ese día llegó á nuestra casa de campo; á pie, agitado, las ropas agujereadas, aquí por la metralla, destrozadas allá por las malezas de la senda; casi exánime de hambre; horrorizado por lo cruento del combate, pero firme y altivo, dispuesto á continuar la lucha y á aceptar todo sacrificio en defensa de su causa. Tal fue su modo de ser constante en la campaña: ninguna peripecia le hizo caer en desaliento, ningún peligro le arredró.

Ya cercana la noche marchó aquella vez en pos de los vencidos de San Luis. En Miraflores reunió algunos compañeros y con ellos siguió al Cauca. Dio allí con el General Aristóbulo Ibáñez, se puso á sus órdenes y con él invadió el Tolima en la primera semana de Enero de 1900.

La guarnición del Gobierno en Miraflores tomó posiciones para defender la plaza; pero en pocos minutos fue arrollada, dejando algunos muertos y heridos, y las armas en poder de Chaves. El Jefe, Coronel Lucio Herrera, fue hecho prisionero.

Al saberlo, dirigimos á Chaves esta carta:

“Sé que usted lleva preso á Lucio Herrera y que el hijo de éste murió en Miraflores. En atención á esta desgracia de Lucio, me permito interesarme con usted para que lo ponga en libertad.”

Al día siguiente, 8 de Enero, me contestó así por conducto del Sr. Gregorio Martínez:

“Siento positivamente no complacerlo libertando á D. Lucio, porque la calidad del preso y las leyes militares me lo prohíben; le prometo, sí, guardarle toda clase de consideraciones. Al efecto, la guardia que le tengo es compuesta de jóvenes decentes, incapaces de una felonía.

“El hijo de Lucio, después de herido, lo hice conducir por mis soldados á un lugar conveniente, y le prodigué los cuidados posibles; después fue llevado á Miraflores, donde expiró.”

Efectivamente, Herrera siguió en el Batallón de Chaves, más como camarada que como prisionero,

andando á caballo y encargado de racionar la tropa hasta la víspera del combate de *El Real*, ocurrido en el mes siguiente, día en que se fugó y fue á servir al Ejército del Gobierno, como gran conocedor de los sitios en que se lidiaba.

Cito estos incidentes para que el lector vaya formándose idea justa del modo hidalgo como procedía Chaves, y para que haga comparaciones con los actos de algunos de sus adversarios: Herrera fue, según se me ha asegurado, uno de los que volvieron pedazos á machete, meses después, al General Julio Barón, cuando caído á consecuencia de un balazo en una pierna, era impotente para defenderse. Y á Chaves, reducido á prisión después de los tratados de Panamá, cuando vagaba inerme por los montes, se le condenó á muerte sin previo juicio, y se le ultimó en un cadalso.

Al regreso del Cauca comandaba Chaves el *Batallón José María Ruiz*, y esa pequeña fuerza desempeñó luego papel principalísimo en la lucha, ya en el Tolima, ya en Cundinamarca; y ese Batallón, siguiendo el impulso de su Jefe, se cubrió de gloria en La Morada, en Matamundo, La Sierra, Fusagasugá, La Quinta, Hibarco..... pero también cubrió él, con sus propias osamentas, esos campos memorables.

Durante esa campaña, Chaves iba ganando terreno en la consideración de sus camaradas, por su valor sereno, por su absoluta consagración á los deberes militares, por la ecuanimidad de su carácter y su vida austera y metódica.

Después concurrió á los combates de Sibaté y de Tibacuy. En este último, verdadero *tour de force* para los liberales, sumidero terrible de vidas, segadas por las balas que venían sobre ellos de todas partes, que caían á plomo sobre sus cabezas, disparadas desde lo alto de las escarpas inaccesibles, desde donde hacían fuego los enemigos. Chaves, como Pulido, como Tulio Barón, como Ibáñez, como Terrón, como Gabriel Calderón, como Vidal, como Ricardo Carvajal, como Joaquín Buendía—para hablar solamente de los que ya no son,—mostró á los enemigos atónitos cómo era para ellos, los revolu-

cionarios, la vida accidente secundario cuando se trataba de luchar por ideas arraigadas en el alma y profesadas de manera honrada y consciente.

En Tibacuy hubo por parte del Ejército revolucionario derroche de valor: quien conozca la posición absurda que ocupaban los liberales; quien sepa que ellos combatían de frente con enemigo ampliamente provisto de parque y apoderado de los filos de una cordillera apenas accesible por el estrecho desfiladero del camino real; quien sepa que desde el sitio donde combatían estaban viendo desfilar sobre ellos el Ejército del General Perdomo, y que, por tanto, resistían allí á sabiendas de que pocas horas después nuevos Batallones, superiores en recursos de todo género, habrían de cargarles por la espalda; quien sepa que esperaron esa carga con valor estoico, y que sólo cuando ya centenares de muertos y heridos cubrían las abruptas faldas de los cerros, y un cerco de bayonetas les rodeaba, y no había punto en el horizonte que no fuera mensajero de la muerte, que sólo entonces emprendieron retirada,—habrá de convenir en que esos hombres, esos revolucionarios de 1899, esos que así desafiaban todos los peligros y así abofeteaban á la muerte, no eran hombres vulgares, no eran cuadrillas de malhechores como se les llamaba en las regiones oficiales, sino defensores convencidos de una idea grande, noble y fecunda.

Fecunda, sí, que ella, como el Fénix, renace de sus cenizas; ella, ahogada un momento en la inmensa charca de sangre de sus mártires, flota en seguida, purificada y gloriosa; ella, escarnecida ayer, es hoy la única esperanza de salud para la Patria; ella, estrangulada ayer en los patíbulos, se posa hoy sobre las cabezas de los victimarios y las aplasta para siempre en la conciencia nacional.

Esa idea, blanco ayer de todos los tiros y de todas las alevosías, es hoy depurada por el sacrificio, el único sol de la Patria. Por esto se ha visto que terminada la guerra de 1902, ya en 1903 los individuos del Partido vencedor que figurando como candidatos para la Presidencia de la República, querían hacer labor simpática para sus candidatu-

ras en el Pueblo colombiano, lanzaban programas, conformes en muchos puntos con las ideas que defendían en los campos de batalla los revolucionarios de 1899.

Triunfo moral es éste que vale, en verdad, mucho más que los triunfos materiales de la fuerza ó del azar de los combates. Triunfo moral que justifica á los vencidos en la guerra y que, verificado en el seno de la paz, puede ser aprovechado por todos los Partidos en beneficio de la Patria.

Dijimos que era absurda la posición que ocupaban los liberales en el combate de Tibacuy, y esa es la verdad. Todavía más: nos parece imposible dar con un sitio más inadecuado para librar una batalla. Allí el triunfo era imposible, y, por tanto, afrontar la lucha en semejantes condiciones, un error tan grande como fue el desastre de las huestes revolucionarias.

Pero de tal error y tal desastre no fue responsable el Comandante del Ejército, General Aristóbulo Ibáñez. Acaso podamos historiar luégo el combate de Tibacuy, valiéndonos del conocimiento pleno que tenemos de los sitios en que se llevó á cabo y de documentos auténticos y muy interesantes que poseemos. Se verá entonces cómo por una serie de circunstancias ajenas á la voluntad del General Ibáñez, se llegó á la catástrofe de Tibacuy, contra los planes y las órdenes de este Jefe benemérito, víctima, como tantos otros, de la despiadada persecución que soplaban conocidos personajes sobre los vencidos en la guerra.

El General Ibáñez, por su moderación, por su honradez, por la manera hidalga como procedió en la guerra, bien merecía que no se abusase de su condición de prisionero y de rendido; pero no hubo para él ni hidalguía ni piedad; se le mató, y con saña de antropófagos, su cabeza fue separada del tronco, colocada en una asta y exhibida así en muchos sitios como trofeo de la victoria alcanzada por los que lanzaron al Liberalismo á la contienda, por sus compañeros de oposición hasta la víspera del día en que estalló la guerra, por los officiosos defensores de una religión de paz, de caridad y de amor. ¡Oh sarcasmo!

Las pocas fuerzas salvadas del combate de Tibacuy tomaron la vía de Melgar; de allí fueron á Natagaima, en donde empezaron á reorganizarse.

Los Generales Ibáñez, Pulido, Marín y otros marcharon al Norte del Tolima. Bustamante, Caicedo, Buendía, Aguilar..... quedaron en el Centro.

Chaves se separó en esa época de sus antiguos Jefes y se fue solo, absolutamente solo, á Anaime, región cuidadosamente defendida por el Gobierno.

Antes de una semana reúne unos pocos montañeses, asalta la guarnición y se apodera de todo el territorio, desde las orillas del Coello, á dos horas de Ibagué, hasta el límite con el Cauca.

Desde entonces ejecuta una serie de operaciones militares en las cuales la pericia, el valor extremo y la tenacidad á prueba de contratiempos y dificultades, son las notas dominantes.

Anaime es su centro de operaciones. Allí espera cien veces al adversario, y cuando no puede vencerlo, se escapa de él, se retira y vuelve, y siempre que vuelve, asalta y vence.

Desde Anaime otea constantemente al enemigo situado en Ibagué, y aprovecha todo momento propicio para hostigarlo; se acerca á la ciudad, dispara aquí, allá, á un lado, á otro, y cuando los veteranos del Gobierno, ó los bravos voluntarios de esa plaza, que nunca cedieron en valor á los revolucionarios, salen á perseguirlo, Chaves y su gente desaparecen como por arte de magia, y es vano todo empeño contra ellos.

Otras veces amaga sobre Miraflores; manda allí algún pequeño grupo, que pone en alarma y movimiento las tropas del Gobierno en las poblaciones inmediatas al Centro.

Otras cae sobre el Cauca y asalta y vence las guarniciones de los pueblos más cercanos al territorio tolimense.

Con semejante sistema aumenta sus fuerzas; las disciplina para la lucha de guerrillas, á tal punto, que en cualquier momento puede disolverlas, seguro de que cada grupo de dos, de tres ó de cuatro formará un pequeño núcleo de resistencia, hábil para defenderse, y listo á buscar á los otros para reinte-

grar el núcleo principal. Y al propio tiempo que esto hace, su pequeña tropa obliga al Gobierno á mantener en expectativa, en enorme radio, un gran número de fuerzas, para atender en todas partes á los asaltos del *Mago* de Anaime.

En cierta ocasión hacen las gentes del Gobierno largos, pacientes y costosos preparativos para acabar de una vez y para siempre con Chaves y su guerrilla. Cuerpos veteranos avanzan por todas las vías que pueden dar salida á Chaves; pero éste se adelanta, parece que adivina los planes de sus enemigos: en todas partes ha previsto el golpe, en todas hay tiradores hábilmente distribuidos, que evitan la sorpresa y causan daño á las tropas gubernistas. Estas, enormes en número relativamente á la fuerza de Chaves, avanzan y van tomando posiciones; pero cuando creen haberle rodeado y tenerle cogido en la trampa, se convencen de que el extraordinario guerrillero ha burlado, una vez más, el cerco, y ha salvado íntegramente su tropa. Los perseguidores van hasta los límites del Cauca, y de allí avisan, en frases altisonantes, que Chaves vencido huye por los bosques y que Anaime ha quedado definitivamente pacificado.

Sin embargo, cuando estas noticias se hacían circular por esos mundos, Chaves atacaba y vencía la guarnición de Armenia en el Cauca, y á la semana siguiente bajaba de la cordillera á las cercanías de Ibagué, se exponía al peligrosísimo paso del Combeima, en donde unos pocos soldados habrían podido vencerle, y desfilaba por la llanura hacia el Norte, con la misma tranquilidad de quien hace un paseo en época de paz. Era ese el vencido de Anaime, el prófugo de la semana anterior.

En la travesía aquella, casi á vista de Ibagué, sorprende Chaves á dos Jefes del Gobierno: si nuestro recuerdo no es infiel, el General Plácido Cárdenas y el Coronel Pedro Benítez; y acto continuo los deja en libertad, con la sola condición de no ir en esa tarde á Ibagué.

Así es su hidalgo modo de proceder, que le vale, como recompensa, el cadalso.....

A continuación se reúne con Marín y combaten con buen éxito en Paquiló. Luégo son derrotados en el Líbano y La Aurora. Aquí se salva Chaves con cuarenta compañeros, con los cuales llega á Doima, donde Tulio Barón tiene una guerrilla.

Dos días después son completamente circunvalados por fuerzas al mando del General Juan Aguilar. Este les intima rendición para la mañana siguiente; mas, esa noche, Chaves se sale del cerco con sus cuarenta compañeros; hace larga jornada, durante la cual burla los destacamentos que defienden los pasos del Coello; y al amanecer asalta en San Luis un Batallón del Gobierno, lo derrota y toma en el Cuartel armas, toldos, cornetas, &c. De manera, pues, que cuando el General Aguilar creía tenerlo en su poder, Chaves estaba á muchas leguas de distancia oyendo las dianas de la victoria. Y Barón, á su turno, se había escapado también en aquella noche memorable.

De San Luis pasa Chaves á la región del Chibí. Entonces tropas del Gobierno salen á perseguirlo de Ibagué, de Miraflores, de Ortega..... El espera que se acerquen, y cuando ya están á tiro de fusil, se fuga, deja á sus perseguidores extraviados y perdidos por esos andurriales, y se une al General Nicolás Buendía, que acababa de batir en las llanuras de Yaguará, en dos combates sucesivos, dados el 21 y el 22 de Mayo de 1901, los diversos Cuerpos del Gobierno que quisieron medir sus armas con las de él.

Unidos los dos Jefes, se ven, al punto, atacados por los Generales Toribio y Napoleón Rivera, Villoria, Aguilar, &c. Un grande Ejército los persigue, seguro de destruirlos. Ellos, como de costumbre en casos análogos, lo esperan, y cuando la garra del león va á caerles encima, dan un asalto y se escapan. Así van hasta las montañas de Riomanso, burlando incesantemente el esfuerzo del enemigo.

De allí regresa el Ejército conservador, y detrás de éste, como sirviéndole de retaguardia, vienen Chaves y Buendía, por acto de audacia digno de mención. El Ejército del Gobierno abandonaba un campamento, y pocas horas después lo ocupaban los revolucionarios. Así marcharon hasta cerca de San

Luis. Luégo el General Rivera siguió á Girardot, y Chaves y Buendía marcharon al Chaparral, Plaza defendida por un Batallón del Gobierno, comandado por el Sr. Antonio Obando.

El combate fue largo y sangriento. La fuerza del Gobierno, atrincherada en la iglesia, hacía estragos sobre los asaltantes á pecho descubierto. Después de algunas horas de pugna, se declaró un incendio en la población, casi toda pajiza; mas esta aterradora circunstancia no fue parte á hacer desmayar el ánimo de los combatientes. El combate continuó durante todo el día siguiente y parte de la noche, hasta que el Sr. Obando y sus compañeros, por un golpe de audacia también digno de notarse, abandonaron sus trincheras y se abrieron paso por en medio de los sitiadores.

Así concluyó aquel duelo terrible, en medio de la espantosa consternación de una de las sociedades más cultas y respetables del país. Aquel duelo terrible en que hubo actos de valor extraordinario: en lo más rudo del combate, los sitiados disparaban sin cesar y sobre seguro desde lo alto de la torre; acercarse á la esquina de la iglesia era exponerse á muerte segura. En esos momentos Nicolás Buendía avanza á caballo, se coloca á pocos pasos de la torre y dispara sobre ella todos los tiros de su revólver, después de lo cual vuelve á paso lento al lado de sus tropas. Entusiasmado por el ejemplo de su Jefe, marcha Joaquín Parga á repetir lo hecho por Buendía; mas, en los momentos en que disparaba su revólver, una bala le cruza el cuerpo y queda muerto al pie del muro.

Ambos contendores se acusan, recíprocamente, de la responsabilidad del incendio, y aun hemos leído algunas declaraciones juradas en las que se afirma que, antes del combate, el Sr. Obando amenazó con quemar la población, si era atacado. Hemos procurado inquirir la verdad, con ánimo sereno, y declaramos que no podemos decidir quién fuera el responsable, porque no hemos podido hallar una prueba directa é incontrovertible, contra ninguno de los lidiadores.

En favor de las fuerzas gobiernistas milita la circunstancia de que, estando ellas sitiadas, el incendio les era perjudicial. En favor de las revolucionarias la de que, si querían vencer así al enemigo, habrían puesto fuego á la iglesia, lugar ocupado por éste, y nó á otros edificios que fueron presa de las llamas, en tanto que la iglesia quedó intacta. Esta otra: el Chaparral es eminentemente liberal, y fue en el Tolima, lo que Cúcuta en Santander: la nodriza de la revolución. ¿ Por qué había de ir ésta á estrellarse contra su benefactora? ¿ Por qué ejecutar allí ese acto de salvajes que casi en ninguna parte ejecutaron los revolucionarios? Y esta otra: entre los asaltantes ocupaban puestos distinguidos el Coronel Severo Rocha, quien perdió desde los primeros momentos del incendio su espléndida casa y vastos depósitos de café; y el Coronel Serafín Poveda, quien no solamente vio reducir á escombros y cenizas su casa, sino que pudo perder, en medio de las llamas, su esposa y sus hijos.

Siendo todo así, acaso el incendio fue obra de la casualidad, ó de algún soldado inconsciente de uno ú otro bando. Y en cualquiera de estos casos, sería temerario achacar la responsabilidad del brutal acontecimiento, á ninguno de los Jefes que de manera bizarra disputaron la victoria.

Casi inmediatamente después del combate del Chaparral, Chaves y Buendía concurren al de Coyaima, empeñado por fuerzas al mando del General Joaquín Buendía. Vencieron, marcharon á Purificación y allí reorganizaron el Ejército. Desgraciadamente, dos días después ese Ejército fue atacado por otro más numeroso, comandado por el General Toribio Rivera, y después de una batalla en que lucharon los liberales de manera desesperada y heroica al decir de los mismos enemigos, tuvieron que ceder el campo, y el Ejército se disgregó de nuevo en pequeños grupos.

Chaves, acometido de fiebre amarilla, se refugió en un campo de Ortega, y estuvo á punto de ser preso. Apenas restablecido, marchó á Anaime con catorce compañeros, y no sólo ocupó en el acto esa Plaza, sino que aumentó considerablemente su fuer-

za en el curso de pocos días, aceptó los combates á que lo provocaba el enemigo, y obtuvo triunfos en los que, como siempre, se exhibió hábil y valiente para con el enemigo armado, generoso y magnánimo para con el vencido.

A fines de Octubre de 1901 fue atacado por fuerzas al mando del Coronel Manuel S. Rivera, á las cuales rechazó. En el páte del combate, que honra por lo ingenuo al Sr. Rivera, hace éste el elogio del comportamiento de Chaves para con los prisioneros y heridos que habían caído en su poder.

Al publicar el Gobierno ese páte en *La Situación* de Ibagué, periódico semioficial, agrega á las palabras del Sr. Rivera estos comentarios:

“ Con justa sorpresa recibió el Gobierno esta noticia, acostumbrado como estaba á ver en todo lo de los rebeldes el sello de la ferocidad que los ha distinguido; y así como ha sabido censurar con energía cuando ha sido preciso, sabe confesar y encomiar con viril franqueza cualquier acto digno de sus enemigos. Véase cómo contestó al Coronel Rivera al recibir el anterior páte:

‘..... El Gobierno se congratula por el cambio moral que se ha operado en los revolucionarios de esa región, manifestado en el buen trato que dieron á Marulanda y sus compañeros: esto quiere decir que triunfan las buenas ideas. Merecen que se les corresponda en la misma moneda.’ Esta advertencia está de sobra, porque nuestras fuerzas han sido siempre hidalgas y generosas. Pero era preciso hacerla, para dejar constancia de que no le pasan desapercibidas esas cosas al Gobierno y que sabe agradecerlas.”

La única vez que el Gobierno reconoció de manera expresa, durante la última guerra, la hidalguía de un Jefe revolucionario, fue ésta. Por encima de preocupaciones y de odios que borbotean en las frases copiadas, el noble comportamiento de Chaves se impuso en la conciencia de sus adversarios, y se le hizo justicia, y se le dijo que el Gobierno “sabía agradecerlo”—y se le ofreció “pagarle en la misma moneda.”

Un Jefe que, á poder de reiterados actos de generosidad, alcanzaba tales promesas del Gobierno, nada debía temer el día en que la suerte caprichosa de la guerra, lo pusiera en manos de sus adversarios. Menos todavía, si á esas manos llegaba después de haber abandonado las armas y de estar pacificado el país.

Sin embargo, el General Chaves, aprehendido inermemente en los últimos días de Noviembre de 1902, es conducido brutalmente de las montañas de Riomanso á Miraflores, colocado en capilla y fusilado pocas horas después.

Chaves, como tantos otros, fue empujado á la guerra por instigaciones del Partido Conservador; Chaves recibió de ese Partido la promesa de ser tratado de manera hidalga si caía prisionero; y Chaves pagó en el cadalso en que lo sacrificó el Partido Conservador, el delito de haber ido á esa guerra y de haber confiado en esa promesa solemne.

La Historia, Juez severo é incorruptible, Juez que se escapa siempre al poder de los patibularios, recogerá esta violación increíble de la palabra empeñada, este sacrificio inmerecido y cruel, y ejercerá la sanción que es del caso sobre la colectividad política que de semejante falta se hizo responsable.

En Noviembre de 1901 volvió Chaves al Centro del Tolima, y tras corta campaña en unión de Buendía, regresó á Anaime en Diciembre. De Enero á Junio de 1902 estuvo en el Centro, y de allí en adelante en Anaime y lugares vecinos.

Durante este tiempo su lucha fue inmensa, y se puso á prueba como nunca la rara entereza de su alma.

La Revolución decaía visiblemente y, como corolario, el Gobierno ganaba terreno y era más activa, más eficaz y más sanguinaria su persecución.

Los revolucionarios no tenían momento de reposo, combatían á todas horas, carecían casi totalmente de recursos, de datos, de estímulos, de apoyo. Sólo contaban con su valor y su fe.

A este respecto, nadie podía rebasar al modesto Jefe á quien venimos aludiendo, quien ya solo, ya con Buendía, con Caicedo, con Solano ó con Vela

combatía sin descanso, y lo mismo seguía imperturbable en la contienda á raíz de una victoria, como á raíz de un descalabro. Sonriente y sereno buscaba, sin vacilar jamás, ó el triunfo ó la muerte. Tal parece que las siguientes palabras de Manuel Briceño, hubieran modelado su conducta: "Cuando la seguridad personal no sólo se ve amenazada sino que se destruye en un pueblo, los ciudadanos se ven obligados á armarse para defenderse, y viene la lucha terrible y sangrienta, en la cual si no se vence, si no se consigue mejorar de suerte, siquiera el oprimido se complace en luchar ó morir como libre, ya que es el colmo de la desgracia y de la ignominia soportar mansamente el yugo de una tiranía anónima, tan ciega como cobarde."

En el horrible combate de Yaguará y el Chaparral, el 3 de Mayo de 1902, los liberales pelearon en la proporción de uno contra tres, ó más y á pesar de esto, las fuerzas del Gobierno no pudieron coronar la victoria y esa noche se retiraron á San José con una baja de 350 hombres. Allí, como en todas partes, la Revolución presentaba al plomo enemigo legiones de jóvenes pertenecientes á las primeras familias del país, y allí murió, entre otros muchos, el joven Plácido Barrios, hijo del Dr. Marcelo Barrios, antiguo Gobernador del Tolima.

En aquella gran carnicería, el General Chaves peleó con su acostumbrada serenidad y desafió toda clase de peligros. Los aplausos de sus compañeros fueron efusivos y entusiastas. Fueron también los últimos que recibía en el Centro: pocos días después marchó á Anaime, y ya no volvió á hacer campaña en las ardientes llanuras que tantas veces fueron el teatro de su arrojo en el combate, de su fiereza en la derrota, de su generosidad en la victoria.

En Agosto de 1902 la guerra era ya insostenible en el interior. Los más gallardos Jefes habían muerto, ó estaban prisioneros ó hacían campaña en regiones lejanas: en Panamá estaban Bustamante, Rafael Santos, Ramón Buendía y cien más de los antiguos Jefes y Oficiales de la guerra en el Tolima. En la región oriental vivaqueaban aún, después de rudísimas campañas, Emilio Santofimio, Baudelino

Aguilar, Hermógenes Gallc..... Otros habían capitulado, no por temor, que demasiado habían expuesto sus vidas para que pudiera dudarse del valor con que las botaban al espantoso vórtice; capitulaban para salvar á sus compañeros, para evitar al Liberalismo mayores persecuciones, para salvar á la Patria de más dolorosas agonías.

La guerra era insostenible; todo estaba perdido en el interior; no retirarse de ella, era aceptar un sacrificio estéril. Entonces nos dirigimos á Chaves para pedirle que depusiera las armas, que no siguiera exponiendo sin objeto esa vida que tan útil podía ser al Liberalismo en mejores días, que tan necesaria era á su familia y tan interesante á sus amigos. ¡ Vano empeño ! Chaves había jurado triunfar ó morir, y, como hados funestos le impedían el triunfo, afrontaba la muerte con una impavidez que raya en el delirio.

“ Dudaba, nos dijo, que todo se hubiera perdido por acá; ahora lo creo. Pero no me entrego, porque juré no hacerlo desde el día en que tomé las armas en el Líbano. Por consiguiente, continuaré con mis soldados por algunos días, mientras logro ponerlos en salvo y luégo voy á tratar de meterme á Antioquia, buscar la vía del Atrato y salirme del país. No puedo resignarme á la entrega de unas armas que poseo, porque se las he quitado al enemigo.”

Pocos días después se internaba en los montes, inerme y acompañado solamente de dos amigos. Buscó salida hacia Antioquia; interceptado, retrocedió y hubo de buscar refugio en las soledades del Riomanso, cerca de Miraflores.

Por allí vagaba cuando cayó en poder de sus perseguidores. Se le condujo con cinco infelices á Miraflores, y sin Consejo de Guerra, sin la menor defensa, pretermitiendo toda fórmula de amparo ó de justicia, se le condenó el mismo día á ser pasado por las armas, con sus compañeros, en la mañana del siguiente. Parece que había afán de demostrarle á él y de demostrar al mundo, que el Gobierno sabía corresponder dignamente á la conducta siempre mag-

nánima del prisionero, y “agradecérselo,” y “pagarle en la misma moneda.”

La energía de Chaves puede apreciarse, una vez más, en la carta que dirigió á su esposa en aquella tarde solemne y sombría del 23 de Noviembre de 1902. Dice así:

“ *Cárcel de Miraflores, Noviembre 23 de 1902*

Sra. D^a. Ascensión G. de Chaves—Ibagué

“ Querida esposa mía:

“ Va para ti y mis queridas hijas mi último abrazo de despedida, pues son las 4 p. m. y me acaban de notificar que mañana seré pasado por las armas, según orden del Gobierno, verbal, ni más Consejo de Guerra, ni más nada.

“ No tengo más herencia que dejarte sino el honor; pues consévalo como hasta ahora lo has hecho, y serás feliz toda la vida. Yo muero satisfecho por haber cumplido con mi deber como militar, y no le queda á mi familia ninguna mancha.

“ Escríbeles á mis padres y cuéntales tu situación. Yo no quiero amargarles sus últimos días haciéndolos sabedores de mi muerte.

“ Adiós para siempre, amada esposa: recíbe mi último adiós, mis últimos suspiros, mi último afecto, junto con mis idolatradas hijas, á quienes les darás una educación esmerada para que sigan tu ejemplo, cumpliendo con su deber como tú lo has hecho, pues muero y no tengo una sola queja tuya.

“ Recíbe mi corazón desgarrado por el más hondo dolor, por no poderte dar á ti y á mis hijas personalmente mi último abrazo y mis últimas caricias y afectos.

“ Dios me dará valor para morir, y á ti te dará valor también para soportar este golpe tan fatal. Pero no hay remedio. ¡ Adiós ! En el cielo te aguardo, perdóname todo lo que te he hecho sufrir y ten resignación.

“ Tuyo,

RAMÓN CHAVES

“ P. D. Cuando recibas ésta, ya descanso en paz.

R. CHAVES ”

En esta carta se exhibe el héroe, se exhibe el patriota, se exhibe el miembro de familia, y por cualquiera de estas faces que se le considere, aparece el General Chaves como estímulo y ejemplo para la juventud. Allí está de relieve su carácter sencillo en el lenguaje de la ternura y en el lenguaje del valor; sin odios y sin flaquezas; firme y convencido hasta la muerte.

Con esa carta se comprueba que al advertirlo del suplicio á que iba á someterse, se le dijo que se procedía de orden del Gobierno. Eran entonces Comandante General del Ejército del Gobierno en el Tolima, el Sr. Toribio Rivera; Ministro de Guerra, el Sr. Aristides Fernández; Vicepresidente de la República, encargado del Poder Ejecutivo, el Sr. José Manuel Marroquín. De alguno de estos señores debió proceder la orden de matar á Chaves, y no sería mucho pedir al Sr. Evaristo Aldana, Jefe de la fuerza que cumplió esa orden, que diga al país de quién la recibió.

Llegada la hora del suplicio, Chaves marchó á él con la misma serenidad con que iba á los combates, y en el momento en que los soldados apuntaban á su pecho, dio un viva al Partido Liberal.

El eco de estas palabras se confundió con el estampido de la descarga, y así murió rindiendo este último homenaje al Partido Liberal, quien había dedicado al servicio de este Partido los mejores años de la vida y las más caras afecciones del corazón.

Ojalá que este Partido quiera agradecer esa vida y esa muerte, y tienda mano de protección á la señora viuda de Chaves y á sus dos hijas huérfanas, á quienes el desgraciado General, según sus propias palabras, sólo pudo legar una herencia de honor.

Ramón Chaves nació en Rionegro: allí, en aquellas montañas, soplan auras de libertad. Las mismas que un día inflamaron el corazón de Córdoba y le hicieron el más intrépido de los Caudillos de la Independencia; las mismas que han dado al pueblo antioqueño esa ruda altivez republicana con que se

presenta en todas las épocas de nuestra historia, esas mismas, decimos, formaron el corazón de Chaves para la libertad, y enamorado de ella vivió siempre.

Era un convencido. Su espíritu no pudo comprender jamás la vida del ilota: ó la vida de la libertad ó la muerte.

Este dilema era una verdadera obsesión para su alma.

En varias ocasiones nos dijo: “O el triunfo ó la muerte; ó el cambio de Gobierno por otro más conforme con las prácticas republicanas, ó el sacrificio de la vida, que sólo debe conservarse cuando no está humillada por la servidumbre.”

Y, á pesar de su habitual sencillez, cuando estas cosas decía, su alma palpitaba en la mirada ardiente, y en todo su sér brillaba algo indefinible de predestinado.....

¡Qué hermosa esperanza de la Patria, tronchada para siempre en los altares del Odio por los Genios del mal!

FABIO LOZANO T.

CAMPAÑA DE CAICEDO

El 16 de Octubre de 1899 llegó de Bogotá al Guamo el Dr. Deogracias Medina, con encargo de manifestar á los liberales que en Santander se preparaba para el 18 un levantamiento armado que el Liberalismo no debía secundar; que el Directorio había mandado Agentes para impedirlo, &c. &c., y que, aun cuando se estaba en vísperas de una revolución general, era preciso abstenerse de todo levantamiento, mientras no diera la orden el Sr. Dr. Parra. Estas instrucciones fueron transmitidas á los pueblos del Centro.

El 17 por la noche hubo alarma y movimientos entre los conservadores, lo que hizo suponer al Sr. J. Joaquín Caicedo R., que el pronunciamiento de

Santander se había ejecutado, y el 18 temprano puso en conocimiento de los liberales residentes en el Guamo sus temores, y les aconsejó se salieran de la población antes de que los aprehendieran. El se escapó y se refugió en una hacienda á orillas del Cucuana, con el propósito, ya que no pudo encontrar en el Guamo compañeros para apoderarse de las armas y parque allí existentes, de reunir compañeros en las haciendas amigas y en San Luis, y asaltar con unas pocas armas que tenía, la guarnición del Guamo y apoderarse del parque. Sus propósitos salieron fallidos, y tuvo que dirigirse al Chaparral. Este viaje era muy peligroso, porque había orden de prenderlo en Ortega y Chaparral. En la primera de estas plazas había guarnición, cuyas Comisiones recorrían los campos recogiendo bestias y reclutando infelices. El 21 ó 22 llegó Caicedo al Chaparral. Inmediatamente se le presentó el Sr. Dr. D. Marco A. Iriarte, médico notable y distinguido personaje político, á pedirle noticias acerca de la guerra. Le entregó el Dr. Iriarte un Manifiesto de los Generales Uribe Uribe, Neira y Figueredo, y lo excitó reiteradas veces para que se pronunciara en el Chaparral. Después de tres conferencias en el mismo día, exigió Caicedo se formara la lista de los individuos que se incorporarían en el movimiento. A las 5 de la tarde volvió el Dr. Iriarte, y con los datos traídos por los comisionados (Nicolás Esponda é Hipólito Rojas), resolvieron reunirse á las 7 p. m., para tratar de reunir fondos y auxilios en bestias para el pronunciamiento. A las 7 y 30 p. m. fue el Dr. Iriarte con el Coronel Pedro J. Castilla y otros á la casa de Caicedo á significarle que de los 80 individuos alistados, únicamente saldrían 13. Increpó á los chaparrunos su conducta, y le propuso dejaran el movimiento para el próximo domingo, y que para entonces se reunirían 800 hombres por lo menos. Aun cuando Caicedo quiso llevar adelante lo acordado con sólo esos 13 hombres, en vista de las circunstancias tuvo que resignarse á esperar. El no haberse reunido el domingo los 80 individuos alistados, impidió también apoderarse de los cuantiosos elementos de guerra exis-

tentes en el Guamo, y custodiados por exigua guarnición. Si ese parque se hubiera tomado; mejor, si Caicedo hubiera sido secundado en sus propósitos, la Revolución en el Tolima se hubiera presentado imponente, avasalladora. Se hubieran armado inmediatamente lo menos 800 hombres, base más que suficiente para apoderarse del Tolima, que estaba con muy escasa fuerza veterana y donde el Gobierno, por los abusos y errores cometidos, estaba perfectamente desacreditado. Además, se hubiera salvado la División del Norte, comandada por el intrépido General Carrera, que pocos días después sucumbió heroicamente en San Luis.

El miércoles 24 recibió el Dr. Iriarte el famoso telegrama del Directorio Liberal, y se retiró inmediatamente de la actitud bélica. Si hemos hecho esta larga relación, ha sido nuestro ánimo demostrar cuán inconsulto fue aquel telegrama y cuántos daños produjo al Partido, lanzado ya en el camino de la guerra. También se comprueba que aun los más civiles, enemigos declarados (ahora) de todo movimiento revolucionario, enamorados de la paz, sea ella cual fuere, tienen sus ímpetus guerreros, entusiasmos quizás desinteresados, pero que desaparecen al primer obstáculo que encuentran, *á la primera orden que reciben en contrario* (son disciplinados), ó al primer revés que haga cambiar una situación que se ha creído buena.

ASALTOS DE COYAIMA,

ORTEGA Y NATAGAIMA

Caicedo continuó haciendo preparativos para el pronunciamiento, ayudado muy eficazmente por el distinguido caballero Sr. D. Severo Rocha, quien le proporcionó 18 armas de fuego y algunas municiones que había comprado con fondos propios, pero aguardaba para realizarlo la aproximación de

40 hombres armados que el Prefecto había ofrecido al Alcalde del Chaparral.

El ofrecimiento de guardar la paz que algunos liberales hicieron espontáneamente al Prefecto Sr. Huergo, impidió la llegada de esa fuerza y obligó á Caicedo á dirigirse á Coyaima.

El 30 de Octubre, á las 9 de la noche, salió Caicedo del Chaparral con 18 compañeros. Llevaba por segundo Jefe al Comandante Manuel de J. Espinosa; Capitán Ayudante del Escuadrón, al nunca bien sentido Eusebio Rincón, muerto gloriosamente en Matamundo; Fermín Buenaventura, que murió en el primer combate en Ibagué, &c.

El 2, á las 4 y 30 a. m., asaltó la guarnición comandada por un Coronel Montaña. Quince minutos duró el tiroteo. Murió del enemigo un Capitán Bonilla, que había cumplido su deber con valor, y para quien no han tenido sus copartidarios ni un recuerdo. Se tomaron algunas armas y municiones, y se puso en libertad cosa de 80 reclutas que había para mandar al Guamo.

También libertó los reclutas que del Ataco bajaban embarcados en el Saldaña. Al día siguiente se movió sobre Ortega, población que reúne condiciones ventajosas de defensa. A su aproximación, la fuerza enemiga se retiró precipitadamente al Guamo, dejando encerrados en la cárcel los reclutas para el Ejército legitimista, los cuales fueron puestos en libertad. En Ortega despachó el Coronel Caicedo postas para Purificación y Natagaima, combinando pronunciamientos que secundaran el asalto que proyectaba sobre la última de esas plazas, defendida por el Coronel Fernando Avila, Jefe de prestigio entre los indígenas, valeroso y gran tirador.

En Ortega se presentaron los Dres. N. Sánchez Domínguez y Alfredo Contreras, comisionados por el General Juan Nepomuceno Lozano B., para exigir á Caicedo depusiera las armas á trueque de garantías y concesiones para él y sus compañeros. Fracasada esa negociación, y ya de acuerdo con el Coronel Eladio Gutiérrez y liberales de Purificación para encontrarse en la hacienda de *Guaguarco*

el 5 por la noche para atacar á Natagaima, abandonó Caicedo á Ortega, el día 5 á las 6 p. m., y en marcha rápida, se unió, al amanecer del 6, con el Coronel Gutiérrez, que había anticipado el ataque. Después de tres ó cuatro horas de combate, y muerto ya el Coronel Avila, la fuerza gobiernista se rindió después de conferenciar con los notables conservadores Jesús Cuervo y Máximo Nieto, á quienes Caicedo comisionó para tal efecto. Las plazas del Chaparral, Ortega, Coyaima y Natagaima estaban, pues, en poder de los revolucionarios y con empleados en lo administrativo, nombrados por el Coronel Caicedo. En Natagaima se organizaba el *Escuadrón Republicano*; se allegaban elementos de guerra, se confeccionaban vestidos y se recaudaban fondos para el sostenimiento de la fuerza.

En Prado había fuerza del Gobierno venida de Alpujarra. Los Coroneles Caicedo y Gutiérrez mandaron inspecciones á esa plaza con el propósito de asaltar al día siguiente. Las inspecciones regresaron con comunicaciones de los Generales Tulio Barón, Leonidas Romero y Manuel Rodríguez, quienes habían vencido las fuerzas de Prado. Acompañaban á Barón, el patriota por excelencia, sacrificado en Garzón, cuando prendieron al indomable Pulido, Ricardo Carvajal; el valeroso y simpático Joaquín Buendía, Deogracias Medina y muchos otros liberales abnegados y patriotas que supieron cumplir con su deber. Al día siguiente entraron á Natagaima los Generales Barón, Romero y Rodríguez, acompañados de su fuerza y de los pronunciados en Pandi al mando del General Ricardo Morales Ruiz, Gabriel Solano, Miguel Triana y Emilio Santofimio. Se formó un núcleo revolucionario de importancia por su número y calidad. Todas las ciencias y profesiones tenían allí importantes representantes: ingenieros, médicos, abogados, comerciantes, ricos propietarios, mecánicos, herreros, carpinteros, sastres, albañiles, en fin, todas las manifestaciones del progreso y de la riqueza del país. Los Coroneles Caicedo y Gutiérrez fueron ascendidos á Generales de Brigada. Caicedo no aceptó. Por acuerdo común de los Jefes, el Coronel Caicedo

fue nombrado en comisión al Chaparral. Se reorganizaron los tres grupos en uno solo, al mando del General David Tobar, que también había llegado de Cundinamarca, después del desastre de las Mesitas del Colegio; Jefe de Estado Mayor al General Leonidas Romero. Morales Ruiz, Lozano, Triana y Caicedo quedaron sin puesto en el Ejército. Este fue un error del General Tobar. Sin embargo, á insinuación de Morales, Solano y Triana, se movió el Ejército revolucionario hacia Purificación; pero el General Tobar no quiso atacar la plaza, que pocos días antes, unos pocos soldados con el inolvidable Coronel Ismael Santofimio la habían tomado, y regresó á Natagaima, de paso para Aipe. Muchos Jefes aconsejaron al General Tobar abriera operaciones sobre la plaza del centro, pero ignoramos los motivos que tuviera para desechar esa operación que hubiera sido salvadora y hubiera evitado la hecatombe de San Luis. (Véase la carta número)

Los firmantes de la carta exigieron á Caicedo, que había regresado del Chaparral, consiguiera del General Tobar no dejara abandonada la plaza del Centro, y se ofreciera para quedarse con unos pocos soldados en Natagaima, organizando fuerzas y recogiendo elementos. Tobar hasta se disgustó con Caicedo por tal insinuación.

En Patá se recibió comunicación del General Carrera, en que pedía se le preparara el paso en algún puerto del río Saldaña. Deogracias Medina, Ayudante del General Tobar, propuso se mandara á Caicedo con un Escuadrón, pero el General Tobar nada resolvió.

Acantonado el Ejército en Aipe, sin que los Jefes se preocuparan de su organización, abandonando la población por la noche y ocupándola por la mañana, se pasaron varios días que hubieran podido aprovecharse en operaciones de éxito seguro y de trascendencia para la Revolución, con aquel núcleo, acostumbrado á vencer, lleno de valor y de entusiasmo y con fe inquebrantable en el triunfo de causa tan justa como la que defendían con las armas, ya que las vías pacíficas habían sido cerradas por la intransigencia de los gobernantes.

El General Ulpiano Manrique ocupó á Villavieja, población separada de Aipe por el río Magdalena. Hubo tiroteos en que el General Tobar mostró una vez más su temerario arrojo.

El de resolvió el General Tobar tomar camino de Colombia, vía del llano de San Martín, abandonando sin causa justificativa al Tolima, cuya defensa se le había encargado. En Palo de Leche la retaguardia del Ejército revolucionario fue atacada por fuerzas del General Manrique. El de sucumbió el Ejército del Tolima en el Playón, donde, una vez más, sentó plaza de valeroso é intrépido el General Tobar.

Morales Ruiz y Solano siguieron á unirse con Tobar.

Triana siguió al Cauca por Barragán, con el propósito de levantar ese Departamento; Santofimio y Caicedo regresaron al Centro con el propósito de recoger los dispersos de San Luis. En Patá encontraron al General Rafael Díaz Morkom, que con 11 compañeros venía de San Luis. Esta la primera etapa de la Revolución del Tolima.

La segunda etapa de la Revolución liberal en el Tolima la constituye el tiempo transcurrido desde la retirada del General David Tobar al Playón, hasta la centralización en Magdalena de las fuerzas de los Generales Aristóbulo Ibáñez, que llegaba del Quindío; Caicedo, que maniobraba en el Centro; Fernando Gaitán, Pulido y Guillermo Vila, que llegaban de Cundinamarca, el 22 de Enero. Durante ese tiempo la revolución quedó reducida á una guerrilla de 6 á 11 hombres que acompañaban á Caicedo; guerrilla que aumentó hasta 300 hombres días después del glorioso combate de Chila, el 2 de Enero del mismo año. Durante esos dos meses la persecución para Caicedo y compañeros fue diaria, y diarios fueron los combates.

En una segunda edición del libro trataremos ese asunto con bastante detención.

ORGANIZACION DEL EJERCITO

DEL TOLIMA Y CUNDINAMARCA

Tuvo lugar ésta en Natagaima el día 18 de Enero de 1900, fecha en que fue ocupada esta plaza por las fuerzas que al mando de los Generales Guillermo Vila y Fernando Gaitán y Coronel Cesáreo Pulido, habían peleado en San Jorge, el 12, jurisdicción de Melgar, Departamento del Tolima; por las del General Caicedo R., que habían estado obrando en la plaza del Centro y que en días anteriores se ocupaban en apoyar la entrada al Tolima de un Batallón que al mando de los Coroneles Paulo E. Bustamante, N. Buendía Carreño y Joaquín García, debería salir de Uribe; y por las del General Aristóbulo Ibáñez, que habían salido de la hoya del Quindío: fuerzas estas últimas de unos 200 hombres mal armados y peor municionados, pero que felizmente invadieron el Tolima, después de combatir en el Boquerón, á inmediaciones de Ibagué, por la vía de Anaime, en Miraflores, donde capturaron al famoso Lucio Herrera, azote de esa región, y que por la vía de Ortega siguieron al Chaparral y de allí á Ataco, en donde les dio alcance el 17, en marcha para Natagaima, el Ejército del Gobierno que comandaba el Gobernador del Departamento Emilio A. Escobar, y los Generales Nicolás Perdomo y Maximiliano Neira; sin que este Ejército hubiera logrado desconcertar las fuerzas invasoras, cuya marcha organizada hacia Natagaima se llevó á efecto después de hacer resistencia por algunas horas en el Ataco. En ese encuentro de armas resultaron entre otros heridos el Coronel Marcelino Ríos y el distinguido joven Fernando Caicedo C.

Dicha organización fue puramente provisional, pues ante todo y por la premura del tiempo era preciso que el Ejército ocupara posiciones ventajosas, á falta de armas de fuego y municiones para

prevenirse contra cualquiera ataque que pudiera intentar el numeroso Ejército enemigo que obraba sobre aquél. Por eso, tan solo se pensó en nombrar por el momento un Jefe Civil y Militar que principiara la organización administrativa, y un Comandante General del Ejército que asumiera la dirección de las operaciones militares en los Departamentos de Tolima y Cundinamarca. Fueron designados para tales puestos, por los Jefes reunidos allí, los Generales Guillermo Vila y Aristóbulo Ibáñez, respectivamente.

El día siguiente ordenóse la marcha del Ejército por la vía de Purificación; éste hizo su paso del Magdalena por Hilario, ocupó luego á Prado para establecer el día 21 el campamento en el sitio de *La Dorada* y *Piedragorda*, donde se procedió á la organización general del Ejército; á tiempo que llegaban también al mismo sitio los Generales Ricardo Morales Ruiz, Miguel Perdomo Falla é Isauro Falla y el Coronel Paulo E. Bustamante, con 80 compañeros que se incorporaron al Ejército. Fue entonces cuando se nombró Jefe de Estado Mayor al General R. Morales Ruiz, quien por motivos especiales que no es del caso expresar, hubo de ceder su puesto al General Fernando Gaitán; y Jefes de Columna: de la 1.^a, Comandante General, al General J. Joaquín Caicedo R., quien había recibido su despacho de General en Natagaima; y Jefe de Estado Mayor de la misma, al Coronel B. Torres Galindo. Componían esta Columna los *Batallones Caquetá*, á órdenes del Coronel Bustamante; *Neira*, á mando del Coronel Juan Vidal, y el *Escuadrón Cuéllar*, que tenía por primer Jefe al Coronel Aristides V. San Martín y por segundo al Coronel Pastor Molina.

De la 3.^a Columna, Comandante General, General R. Morales Ruiz, y Jefe de Estado Mayor de la misma, General Cesáreo Pulido. Componían esta Columna los *Batallones Santander* y *Robles* y un piquete de caballería. El Coronel Francisco Ruiz, muerto en Ilarco, era Jefe del *Santander*.

De la 4.^a Columna, Comandante General, General Carriel, y Jefe de Estado Mayor, Coronel Bau-

delino Aguilar. Esta Columna la componían los *Batallones Parra y Ruiz*, comandados por los Coronel Jaramillo y Ramón Chaves, respectivamente, é Intendente General, el General Miguel Perdomo Falla, y Prefecto de la Provincia del Centro el Coronel Esteban Tobar.

LA MORADA

Efectuada en las mejores condiciones posibles la organización del Ejército, ordenó el General Ibáñez la marcha de éste hacia Dolores y de allí á Alpujarra, con el fin de alejarse de las fuerzas que al mando del General Perdomo, trataban de estrechar las fuerzas liberales; atacar la guarnición de 160 hombres que había en Alpujarra, y sobre todo, acercarse á la Provincia de Neiva y promover en ella y en la del Sur, un pronunciamiento general, y para verificarlo se nombró como Jefe al General Isauro Falla, quien en efecto partió para el Sur.

Súpose entonces que el General Perdomo, con la fuerza de su mando se había movido de Purificación hacia Prado, y que los Generales Manrique y Rivera ocupaban con las de su mando todas las vías de la Provincia de Neiva sobre Alpujarra. En vista de tal situación, se acordó en Junta de Oficiales Generales, vista la imposibilidad de atacar á Manrique ó á Rivera, que tenían menos fuerza pero que ocupaban terreno menos conocido é interceptado por el río Cabrera, de difícil acceso; contra-marchar al Centro, burlando al General Perdomo, ó combatir con él si aquello no era posible. En Dolores ordenó el General Ibáñez al General Perdomo Falla, en desarrollo del plan acordado, ocupara con los escuadrones de caballería las formidables posiciones de *La Morada*, antes de que lo hiciera Perdomo. Desgraciadamente el General Perdomo Falla no cumplió la orden, contentándose con acampar á la salida de Dolores. Este incidente, como era natural, dio lugar á que el General Perdomo avanzara sin inconveniente alguno hasta *El Almorza-*

dero, y en ese punto se rompieron los fuegos con la descubierta del Ejército liberal, que la llevaba el *Batallón Caquetá*, y con ella iba su Jefe el Coronel Bustamante y el General Caicedo, por orden del General Ibáñez.

Se combatió en aquel punto con excepcional bravura, y las fuerzas de Perdomo, comandadas por el General Daniel E. Villa, tuvieron que ceder al empuje del *Caquetá*, el cual arrolló al enemigo hasta los bosques de la *quebrada* de San Miguel; de allí, de posición, en posición, á *Piedragorda*; de este punto á *La Morada*, luégo á *Atá*, y sin aflojar la persecución hasta los cerros de *Pan de Azúcar*, cerca de Prado, donde las fuerzas gobiernistas encontraron considerables refuerzos parapetados en dichos cerros. En el tambo de *Atá* dejó el General Caicedo al Coronel Torres Galindo para que cuando llegara el General Ibáñez, le dijera la necesidad que había de que con el Coronel Nepomuceno Forero y el Capitán Aquilino Pantoja, conocedores del terreno, mandara por el camino de *Tortugas*, alguna fuerza organizada que apoyara en tiempo oportuno el formidable ataque principiado y sostenido en trayecto de 4 leguas; y aun cuando el General Ibáñez dispuso lo conveniente y despachó el refuerzo pedido, para desarrollar un ataque por el flanco derecho del enemigo y por su retaguardia, ese refuerzo no llegó. Naturalmente en una marcha precipitada de cuatro ó cinco leguas, los batallones se desorganizaron, pues era imposible contener el ardor de los que querían participar del combate; por esta razón fueron llegando pequeños grupos, de todos los Cuerpos, que ayudaron muy eficazmente al *Batallón Caquetá*. El *Batallón Ruiz* llegó con sus Jefes, y al Coronel Baudelino Aguilar se le ordenó un ataque con una Compañía. El Coronel Aguilar cumplió con su deber. Desmunicionado y sumamente fatigado el *Caquetá*, tenía orden de retirarse tan pronto como fuera relevado en sus puestos. Esto fue interpretado como principio de derrota; vino el desconcierto, y principiaron á retirarse en desorden las huestes vencedoras; retirada que no trataron de impedir lo Jefes para evitar un desastre completo;

pero sí se ordenó al Coronel Paulo E. Bustamante ocupara las cercas de piedra del *Tambo de Atá*, con el *Batallón Caquetá* y las partidas que fueron llegando para hacer frente al enemigo, si era que, alucinado por su aparente triunfo, quería perseguir, como en efecto lo hizo. El Coronel Bustamante con el Coronel Miguel Tobar ocuparon las cercas, y al aproximarse el enemigo rompieron los fuegos y lo rechazaron á sus posiciones de *Pan de Azúcar*, al terminar el día. El enemigo se retiró á Purificación pasando precipitadamente el río Magdalena. Se nos ha informado que el Gobernador Escobar estuvo al día siguiente en Anapoima, residencia del Gobierno Nacional. Las fuerzas revolucionarias se retiraron al día siguiente al *Pescado*, con el propósito de atacar á Rivera ó Manrique, si se aproximaba á Dolores.

En esta jornada, todos, Jefes, Oficiales y soldados ocuparon su puesto dignamente. El General Vila estuvo en la línea de batalla á menos de una cuadra de distancia de las trincheras, y como el General Caicedo le insinuase que aquello era una imprudencia, aquel Jefe serenamente le contestó:

—A la hora del peligro, siempre estaré con usted, General.

El General Caicedo fue aclamado en *La Morada*, por Jefes, Oficiales y soldados, Jefe de Estado Mayor General del Ejército.

EL REAL

No habiendo abierto operaciones sobre el Ejército revolucionario los Generales Perdomo ni Rivera, el General Ibáñez determinó levantar campamento y pasar el río Magdalena, y así se hizo por Natagaima; se ocupó esa plaza, continuando después marcha hacia Coyaima y de allí á Ortega. En Natagaima se recibieron de 80 á 100 rifles que los Sres. General Dimas Morales y Coronel Cicerón Rojas habían tomado á los desertores del Ejército del Go-

bierno y fueron dados de alta los Sres. Coroneles Gabriel Solano, N. Buendía Carreño y Honorio Roncancio, que habían quedado enfermos después de su salida por Uribe; los dos primeros, como primero y segundo Ayudantes del Estado Mayor, respectivamente, y el tercero como Comandante General de la 1.^a Columna del Ejército, en reemplazo del General Caicedo R.

Por especiales circunstancias y en solicitud de recursos para las tropas, partió el General Caicedo R., de Ortega para el Chaparral, donde recibió posta del General Ibáñez con comunicación en la cual lo informaba de la resolución que tenía de atacar al General Perdomo cuando éste con su Ejército intentara en Chila pasar el Saldaña, y ordenándole que en apoyo de ese movimiento se presentara él por retaguardia con la guarnición del Chaparral. La guarnición al mando del Comandante Felipe Castilla ya había sido despachada por Caicedo para Ortega, pero éste se movió de acuerdo con la orden recibida, con varios voluntarios que quisieron acompañarle. En *Malnombre* supo Caicedo que el movimiento para el cual solicitábase su apoyo no se había efectuado. Retrocedió á tomar la vía de Ortega, y en Yaguará encontró la guarnición, que no había podido incorporarse al Ejército por haber éste abandonado á Ortega y haber sido ocupada la plaza por fuerzas enemigas.

Atravesando la cordillera que domina á Ortega trató Caicedo, acompañado del Comandante Castilla, de unirse al Ejército liberal, perseguido ya de cerca por las fuerzas del General Perdomo. Venciendo inconvenientes de toda clase, pudo acercarse hasta los afueras de Miraflores, en donde supo que la plaza estaba ocupada por fuerzas del Gobierno y que en desconcierto las fuerzas liberales y algunos Jefes, habían tomado, parte de aquéllos, para el Norte del Tolima, y éstos para donde tuvieron á bien; y que el General Ibáñez marchaba ya con dirección á la *Hoya del Quindío*. Semejante noticia obligóle á ponerse en camino en solicitud de aquel Jefe, con el propósito de hacerle desistir de su intento; y pudo, mediante grande actividad,

atravesando en una noche á pie la cordillera, darle alcance en *Chimba*, finca del Sr. Francisco Castilla, en donde halló también al General Vila y á los Coroneles Gabriel Solano y N. Buendía, Carreño, sus Ayudantes. Conferenció con todos ellos, y de esa conferencia resultó la orden de contramarchar al Centro. Cuando esto pasaba, ya las fuerzas del General Ibáñez, constantes de unos 500 hombres, estaban de *Chimba* para el Quindío, y por eso los Generales Ibáñez y Caicedo, acompañados del Coronel Solano, tuvieron que ponerse en camino para ordenar la contramarcha y hacerla efectiva. En efecto, alcanzaron la vanguardia, *Batallón Parra*, en *San Rafael*, propiedad del Sr. Aniceto Torrijos.

Era preciso recorrer, en marcha sigilosa y rápida, la misma vía que el General Caicedo había llevado, tomando el *Caquetá* la vanguardia, y el *Ruiz* la retaguardia. Se hizo, pues, el paso de la cordillera y se ocupó con la vanguardia el *Alto de Luisa*; pero como el *Batallón Ruiz* retardara su marcha, hubo de perderse toda una noche, dando espera á ese Batallón; de ahí que el enemigo, que también había contramarchado, tuviera tiempo para ocupar, durante la noche, á *Miraflores*, é informado por Lucio Herrera, que se había fugado en el día, de la dirección que llevaban los revolucionarios, se colocara al amanecer en las lomas de *El Real*, que dominan el camino. Replegados entonces, rifle en balanza y á pasitrote, siguieron las fuerzas revolucionarias, bajo los nutridos fuegos del enemigo, en dirección á la mina del *Totumo*, por las lomas paralelas al camino y paralelas también á las que ocupaba el enemigo, hasta ir á pernóctar á la hacienda de *San Pedro*.

En este movimiento, como se ve, las fuerzas revolucionarias no presentaron combate, ni fueron perseguidas con tenacidad, ni tuvieron descalabro alguno que les creara un estado desesperante, pues tan sólo pudo el enemigo hacerle unos 18 prisioneros y tomarle la impedimenta. El enemigo cometió la falta de no destacar una avanzada sobre el *Totumo*, que si lo hubiera hecho, allí habrían caído prisioneros los Jefes y muerto la Revolución en el

Tolima. Es inexplicable tal falta, contando, como contaban los Jefes del Gobierno, con prácticos en un terreno amigo y con más de 3,000 hombres. Esto revela ineptitud y falta de plan para el desarrollo de las operaciones militares.

Cuando el enemigo comprendió su falta y quiso repararla, ya las fuerzas revolucionarias de infantería y todos los de á caballo, abandonando sus bagajes, habían pasado del *Totumo*, saltan de las cercas de piedra y de alambre de un potrero, excepto los Generales Ibáñez y Caicedo, que lo hicieron por la puerta del mismo potrero para no dejar sus cabalgaduras, y á tiempo que el enemigo iba á ocuparla, fueron sorprendidos por las descargas de éstos, casi á quema ropa.

El *Batallón Ruiz*, que por su demora sí quedó interceptado, tuvo que trochar durante tres días por entre la montaña, salió á *Playarrica* y de allí al Chaparral, donde estaba el General Ibáñez con las fuerzas de su mando.

LA MORADA Y MATAMUNDO

En el Chaparral se tuvo conocimiento que fuerzas numerosas, al mando del General Quintero, se aproximaban por la vía de San Luis á Ortega. En desarrollo de un plan acordado, ordenó el General Ibáñez al General Caicedo ocupara la cuesta de Linday con el *Batallón Caquetá*, comandado, como se ha dicho antes, por el Coronel Bustamante. Se activaba la reorganización é instrucción de las fuerzas, se despachaban postas, &c. &c. Los Generales Ibáñez, Caicedo y Pulido fueron informados de la mala situación de la Revolución, y aun se les dijo ser ellos los únicos que quedaban en armas en el país, pues el Ejército de Santander había sucumbido, é igual suerte habían corrido las guerrillas en Boyacá. En Linday conferenciaron dichos Jefes y el Coronel Solano, primer Ayudante General del Estado Mayor, y por unanimidad resolvieron mo-

verse en busca de enemigo y combatir con él por numeroso que fuera. Los 250 hombres con que contaban, valerosos, resignados y aguerridos y comandados por Jefes y Oficiales que tantas pruebas de valor habían dado, si pocos, por sus condiciones, podían muy bien combatir con fuerza de superioridad numérica. El General Nicolás Perdomo ocupaba á Purificación y el camino que de esta plaza va á Prado. El General Leiva Benítez con 500 hombres ocupaba el puente del río de Prado. Las fuerzas revolucionarias pasaron el Saldaña por mal nombre, el Magdalena por Natagaima, é hicieron alto en *Pan de Azúcar*, media legua de Prado y una del puente ocupado por el General Leiva. El *Escuadrón Uribe*, comandado por el Capitán Santiago Bernate, fue designado para tirotear al enemigo y retirarse combatiendo, hasta que hubiera llegado el enemigo al llano comprendido entre *San Negra* y *Pan de Azúcar*. La fuerza revolucionaria, formando una herradura, permaneció oculta. El Coronel Bustamante ocupaba con el *Caquetá* el ala derecha; el centro el Coronel Chaves con el *Ruiz*, y el ala izquierda el General Pulido con el *Santander*. El Capitán Bernate cumplió con las instrucciones dadas, y aun cuando un exceso de arrojo y de impaciencia del General Pulido, comprometió el combate antes de llegar el enemigo al punto señalado, el ímpetu con que cargaron el General Pulido y los Coronel Bustamante y Chaves, hizo de aquella jornada una de las más gloriosas de las libradas en el Tolima. Se tomaron 350 prisioneros, 300 grasses, 12 cargas de parque, cornetas, tambores, banderas. El General Perdomo, en vez de proteger al General Leiva, hizo pasar á sus fuerzas el Magdalena y se acuarteló en Purificación. El Capitán Bernate murió y el Capitán Barrero quedó herido. Secundó el movimiento del *Escuadrón Uribe* un piquete de caballería comandado por el Coronel Esteban Tobar. Con el propósito de poner en mano las armas tomadas al enemigo, de comunicarse con el General Pedrosa que ocupaba á Cunday, y proteger la salida de este Jefe y la del General Tobar y compañeros del Llano, la fuerza revolucionaria ocupó á Dolores.

En esa plaza se reorganizó el Ejército, y el Coronel Bustamante fue elegido Jefe de Columna; lo reemplazó como Jefe del *Caquetá* el Coronel Cicerón Rojas. El Sr. General Francisco Losada, procedente del campamento del General Pedrosa, llegó á Dolores con el Dr. Carlos Ospina Sayer. Del Llano llegaron el Coronel Eustacio Perdomo y luégo el General Leonidas Romero con el Coronel Arcadio Barrero. A pocos días llegó el General Tobar.

Reorganizado el Ejército, y para no atraer hacia Colombia y Dolores las fuerzas enemigas, y asegurar así la salida del Llano al General Avelino Rosas, y al General Pedrosa la ocupación de Dolores, ordenó el General Ibáñez la marcha para Natagaima. El Coronel Eustasio Perdomo venía comisionado por el General Rosas para proponer á los Generales Ibáñez y Caicedo una invasión al Cauca, y caso de que ellos no aceptaran tal operación, dieran su apoyo para seguir el General Rosas á aquel Departamento por el Sur del Tolima. Este el motivo para que de Natagaima siguieran las fuerzas revolucionarias hacia el Sur y pasaran el Magdalena, casi en presencia de las fuerzas enemigas, comandadas por el General Toribio Rivera, que ocupaba á Cabrera. Un día estuvieron frente á frente los dos Ejércitos. Por la noche murió de un ataque al corazón el veterano General Francisco Losada. El General Rosas, con 180 tiradores, llegó al día siguiente por la mañana. Los Generales Perdomo y Rivera se habían unido con un total de 3,600 hombres; los revolucionarios sólo tenían 900, y de ellos sólo 680 tiradores. Como el General Rosas insistiera en su viaje al Cauca, é insistiera también en que lo acompañaran siquiera hasta el Sur del Tolima los Generales Ibáñez, Caicedo y Pulido, no se llevó á cabo el proyecto de estos Jefes, cual era burlar los Generales Perdomo y Rivera, y por Baraya volver á Dolores y de ahí á las llanuras del Magdalena. Con este movimiento el General Rosas podría seguir al Sur, porque los Generales Perdomo y Rivera se pondrían detrás de las fuerzas de Ibáñez.

Convenido el viaje al sur, era preciso ponerse en marcha inmediatamente, y en presencia del enemigo,

confirmó á los Jefes conservadores en sus propósitos de atacar al día siguiente. Durante la noche desfiló la caballería, dejando un piquete cubriendo la retaguardia. Los cornetas también permanecieron colocados en la línea ocupada el día anterior por la caballería, dando con frecuencia el toque de atención. Cuando el enemigo tenía todo preparado para el combate, el General Ibáñez estaba entre Campoalegre y Neiva y en marcha seguida hasta el Magdalena en el paso del Sinaí. En Patá acampó el Ejército para descansar algunos días. Es difícil dar una idea de esta marcha de 35 leguas en dos noches y un día, pero ella sirvió para despertar mayor confianza en los Jefes y para que éstos vieran de lo que eran capaces sus soldados.

En Patá se supo que el General Pedrosa era perseguido muy de cerca por el General Ospina Chaparro, y más tarde que aquel Jefe había triunfado sobre las fuerzas del General Huergo en el Limón, jurisdicción de Coyaima. En tal virtud, el descanso ofrecido á los soldados fue efímero, y se ordenó la marcha para Natagaima, para donde se había citado al General Pedrosa. En Natagaima se encontraron las fuerzas que llegaban del Sur y las del General Pedrosa, que, como hemos dicho, acababan de obtener un brillante triunfo. De Natagaima se movió el Ejército á Purificación, donde el Escuadrón del inolvidable Belisario Arciniegas se tiroteó, río Magdalena por medio, con las fuerzas del General Ospina Chaparro. De Purificación partió el Ejército para Ortega por Coyaima. En esta plaza recibió el General Ibáñez comunicación del General Marín, que ya obraba en el Norte del Departamento, ofreciéndole 50,000 tiros. Los Coroneles N. Buendía Carreño, Gabriel Solano y Ramón Chaves, fueron mandados en comisión por distintas vías, y el Ejército ocupó á Ortega, donde permanecería reorganizándose, disciplinándose y descansando hasta el regreso de algunos de los Comisionados. El General Vila, que en el Real había quedado separado del Ejército, volvió á ocupar su puesto de Jefe Civil y Militar.

Se organizó el Ejército en dos Divisiones. La 1.^a al mando del General Cesáreo Pulido, y la 2.^a, al del General Teodoro Pedrosa. Cada División tenía dos Columnas, y cada Columna ó Brigada dos Batallones y un Escuadrón. Fueron ascendidos á Generales de Brigada los Coroneles Juan Mac Allister y Pablo Martínez. Prefecto General al Coronel Tomás Vela C., Secretario General del Gobernador Dr. Vila, el Coronel Trifón Molano.

EL GRAN CHIQUERO

Situado el Ejército revolucionario en Ortega, en Abril de 1901, el enemigo se propuso rodearlo allí, aprovechándose de la favorable disposición del terreno. En efecto, las Divisiones de los Generales Ignacio Silva y Toribio Rivera ocuparon el Ataco; las fuerzas al mando del General Perdomo á Coyaima; las del General Acisclo Molano el paso de Tetuán, entre Coyaima y Ortega; las del General Ospina Chaparro el paso de Cucuana, en la vía de San Luis á Ortega, y las del General Pedro Nel Ospina, la posición del *Corazón*, obstruyendo la vía del Chaparral á Miraflores por *Los Micos*. El General Ibáñez se replegó entonces al Chaparral. Este movimiento, inexplicable para algunos Jefes subalternos suyos, tenía dos objetos: 1.^o, atacar y vencer las Divisiones acampadas en el *Ataco*, si éstas pasaban el Saldaña antes que las demás fuerzas del Gobierno se hubieran aproximado lo necesario para protegerlas; y 2.^o, si esto no sucedía, hacer estrechar más el círculo, para salir entonces—en marcha rápida—por en medio de los Ejércitos enemigos, y burlando sus propósitos, pasar el río Coello y dirigirse á la Provincia del Norte en busca del General Marín, de quien se habían recibido comunicaciones en las cuales ofrecía parte de los 70,000 tiros cogidos al enemigo en su primera entrada á Honda. No se pudo lograr el primer intento, pero el segun-

do sí, y los Jefes conservadores se quedaron con *un palmo de narices*, después de haber anunciado á su Gobierno que de allí no saldría el Ejército Liberal.

En dos jornadas llegó el General Ibáñez á Las Delicias, en el río Coello, cerca á Girardot. El paso del río estaba defendido por el *Batallón Espinal*. A la primera carga que le dio el General Ibáñez á la cabeza del *Batallón Ruiz* la fuerza enemiga se replegó á la hacienda del *Neme*, para hacerse fuerte en los cercos de piedra que allí existen, no consiguiendo con esto sino su absoluta perdición, pues en breve fue envuelto por el *Ruiz*, en cuyo poder cayó con todos sus elementos. En esta refriega nocturna un Sargento de apellido Ramírez y natural de Anaime, asesinó cobardemente al prisionero conservador Jnan N. Lozano C., hijo del *famoso General Juan Nepomuceno Lozano*. Tan luego como el Ejército liberal pudo darse algunas horas de descanso, dispuso el General Ibáñez en Mariquita que se sometiera á Ramírez á un Consejo de guerra verbal, y con tal fin se hicieron por el General Caicedo, Jefe de Estado Mayor General, los nombramientos de vocales, recayendo éstos en los Oficiales superiores más distinguidos por su honorabilidad y rectitud. La vista fiscal del entonces Coronel Gabriel Solano —Auditor de Guerra *ad hoc*— es un documento que honra á su autor y á la causa en cuyo nombre habló: “Es preciso, decía, sentar un precedente enérgico, que impida á todo trance la repetición de hechos que sobre ser inmorales y deshonrosos para el Liberalismo, pueden ser fecundos en malas consecuencias para el porvenir.” La llegada del General Ospina Chaparro á Guayabal, obligó al General Ibáñez á moverse antes de que el Consejo hubiera dictado sentencia, y Ramírez—que merced al desastre de La Sierra pudo fugarse en la misma semana—fue á su turno asesinado en Anaime por las fuerzas del Gobierno, algún tiempo después. Las palabras de Solano fueron proféticas: entre los miles de liberales villanamente ultimados por los defensores de la Legitimidad en todo el territorio tolimense, se cuentan 18 infelices, cruel é inhumanamente sacrificados por el mismo General

D. Juan N. Lozano en persona, en la cárcel del Guamo, en una sola noche.

En Doima, después de pasar el río Coello, tuvo aviso el General Ibáñez de que una División, al mando del General Juan Alvarez, picaba la retaguardia al General Marín, que del alto del Hobo se había movido en dirección á Honda.

Dispuso Ibáñez inmediatamente redoblar las marchas con el fin de dar alcance á Narváez, dando de ello aviso respectivo al General Marín. En el llano de Garrapata la vanguardia liberal rompió los fuegos sobre la retaguardia enemiga, y Narváez, obligado á hacer frente por algún tiempo, tuvo que sostener un fuerte tiroteo que le ocasionó bajas de consideración. Si el General Marín, que desde el día anterior ocupaba á Miraflores ó Lajas, á corta distancia de Garrapata, se mueve cuando el Coronel Moisés Montero llegó á darle el aviso de lo que ocurría, y ocupa la posición de Lumbí, el General Narváez, con toda su División y elementos, habría caído irremisiblemente en poder de los Revolucionarios. Estaban las fuerzas de Ibáñez—ya unidas con las de Marín—acampando en el llano de La Guardia, cuando Narváez, que había sido reforzado en la noche anterior por la fuerte guarnición de Honda, se presentó de nuevo cambiando su actitud del día anterior por una tímida ofensiva. Las fuerzas liberales, desplegadas en batalla, esperaron inútilmente que el enemigo, colocado al frente en la misma disposición, las atacara. Convencido al fin Ibáñez de la pasibilidad de Narváez, decidió atacarlo por su parte; pero cuando ya se estaban tomando las disposiciones, llegó el aviso á que hemos aludido, de la proximidad por retaguardia del General Ospina Ch., y tuvo que retirarse á Santa Ana. Antes de salir de Mariquita despachó al General Marín, con parte de su fuerza, para el Fresno, acompañado del entonces Coronel Bustamante con el *Batallón Caquetá*, con el fin de recoger las municiones que el primero decía tenía ocultas por aquellos lados. Varios días perdieron por allá estos dos Jefes, y las tales municiones no parecieron. Al llegar á Santa Ana, el General Pedrosa acampó con su Di-

visión en Miraflores. La de Pulido, después de corta permanencia en el pueblo, se hizo seguir á Palocabildo. En la plaza sólo quedó la porción de fuerza del General Marín que no se había llevado. Estaban también allí la Comandancia y Estado Mayor generales. A eso de la una de tarde, los espías avisaron que el General Ospina Ch. avanzaba de Garrapata hacia Santa Ana, por varias vías. El General Ibáñez propuso retirarse; pero como el General E. Santofimio, Jefe de Estado Mayor de la 3.^a División que comandaba el General Marín, con su autoridad de conecedor del terreno, y General de Día que era en aquella fecha, declaró que la retirada era innecesaria porque la posición se defendía por sí sola, el General Ibáñez, confiando en esto, resolvió quedarse. Fue el resultado que como á las 5 p. m. el General Ospina Ch. se presentó en la plaza del pueblo, haciendo salir á los liberales en dispersión y dejando á la División de Pedrosa interceptada. Reunidos los dispersos en Palocabildo, Ibáñez siguió sobre Frías, por el alto de Pajonales ó Carrizales, con el propósito de atacar el enemigo que ocupaba el caserío de La Mina. Pero como al llegar allí supiese que éste estaba acuartelado en las casas de los ingleses, desistió de su intento para evitarle posteriores reclamaciones á la República, y contramarchó para Villahermosa, población que tomó después de un corto tiroteo. Después de pasar allí una noche, continuó su marcha para el Líbano, á donde llegó el 1.^o de Mayo.

LA SIERRA

En el Líbano se tuvo aviso de que el General Pedrosa, después de hábiles maniobras, había ocupado el sitio de La Sierra. El General Santofimio, á quien Ibáñez había delegado la dirección de las operaciones como conecedor del terreno, ordenó á Pedrosa que contramarchara al alto del Bledo, pasando por Caloya. Cumplió éste la orden, pero á costa

de un fuerte tiroteo con el enemigo, que había ocupado ya el puente de este nombre sobre el río Bledo. Reunidos en el alto del Bledo, Ibáñez, Caicedo, Marín, Pedrosa, Pulido y Santofimio, celebraron una conferencia en la cual se acordó:

Que Caicedo y Pulido, con la División de éste, marcharan por una vereda oculta á ocupar de nuevo La Sierra, y que los demás Jefes, con las Divisiones de Pedrosa y Marín, permanecieran donde estaban, con el fin de atacar en la mañana siguiente al enemigo, acampado en Leiva, por el lado de Coloya, en tanto que Caicedo y Pulido lo hicieron por el de La Sierra. Se fueron con Caicedo, Bustamante, Buendía, Carreño, Herrán y Trujillo Victoriano, Jefes de Columnas. Con Ibáñez se quedaron Trujillo Benjamín, Arciniegas y Sandalio Delgado. La llegada de la Columna de Bustamante á La Sierra, á las 7 p. m., coincidió con la del *Batallón Sasaima* del Gobierno, destacado desde Lérida para ocupar el mismo punto. Hubo un choque violento, en el cual el *Sasaima* salió á la desbandada, pero después de obligar al *Ruiz* y al *Caquetá* á quemar casi todas sus cápsulas. Gabriel Solano quedó herido.

Enterado el General Ibáñez en la tarde de ese día de que el enemigo de Lérida era tan numeroso que no se podía pensar en combatirlo con éxito, desistió del proyectado ataque, y resolvió, de acuerdo con los demás Jefes, unirse á Caicedo marchando por la misma vía, y así se lo hizo saber á éste por medio del Coronel Florencio Duarte y del General Carlos de Latorre, á quien dio, además, el encargo de decir á Caicedo que debía sostenerse en La Sierra mientras llegaba el resto del Ejército para retirarse todos á la Provincia del Centro. El General Ibáñez, que se adelantó de la fuerza, inquieto por lo que pudiera suceder en el campamento de Caicedo, llegó allí con sus Ayudantes á las 5 a. m. del día 30 de Mayo. Lo intransitable de la trocha y la oscuridad de la noche hicieron que la tropa empleara más de 12 horas en recorrer aquel trayecto, que la fuerza que le precedió hizo en 4 horas de día. Por tal motivo, estas Divisiones sólo llegaron al campo de la lucha—estropeadas y desorga-

nizadas por la penosa marcha nocturna—cuando la de Pulido, ya desangrada y sin municiones, estaba perdiendo terreno en el desigual combate que se había visto forzada á empeñar desde muy temprano, en cumplimiento de la consigna de asegurar á las otras dos la retirada por el puente de La Sierra. Habiendo avisado un espionaje á las 6 a. m. que el enemigo avanzaba por la vía de Lérída, Ibáñez y Caicedo salieron á convencerse de ello, acompañados de un piquete al mando del *cojo* Carrillo. Cosa de 20 cuabras habrían andado, cuando *de manos á boca* tropezaron con la descubierta del enemigo, que desplegado en batalla marchaba amparado por las densas nieblas que cubrían la llanura. Al sentirse las primeras descargas, Pulido mandó al punto alistar sus Batallones, con ánimo de retirarse por la vía del puente, y ya el *Poveda* estaba empezando á desfilarse, cuando Buendía Carreño, Jefe de Día en aquel campamento, se le acercó y le dijo: “Es tarde, General, para retirarnos: es imposible ya; conozco el camino de aquí al puente; es una senda pedregosa y estrecha, donde no caben dos soldados de frente; necesitaría la fuerza, si marchara tranquila y en buen orden, media hora para llegar al puente; en tanto que, ya lo oye usted: las balas del enemigo zumban sobre nuestras cabezas; no haremos *piches* en esa angostura, y el enemigo nos acuchillará cómodamente por la espalda; prefiramos que nos maten de frente.” Halló Pulido justa la observación de Buendía, y los dos Jefes procedieron rápidamente á tomar disposiciones para la resistencia. El combate se inició con una carga vigorosa que hizo retroceder á los atacantes hasta cerca de Lérída. En ella se les tomaron municiones, pero murió el valeroso y simpático General GUSTAVO SÁNCHEZ, héroe entre los héroes, corazón nobilísimo, de valor indomable y serenidad excepcional en el combate. Agotadas también estas municiones y reforzado el enemigo, éste cayó de nuevo, obligando á los liberales á ocupar nuevamente sus posiciones del borde de la mesa de La Sierra.

Pulido se parapetó en los cercos de piedra que cruzan el camino real, y Caicedo, Buendía Carreño

y Bustamante se situaron en las bajas colinas que se extienden á la izquierda. Reñido fue el combate, pero corto. La intervención de los Generales Marín y Pedrosa no pudo prolongarlo, porque, como queda dicho, sus tropas llegaron tarde y en mala situación, y porque el primero de estos dos Jefes fue gravemente herido á poco rato de haber empezado á pelear. Cuando las municiones cogidas al enemigo fueron quemadas en su totalidad, el General Pulido se retiró por el camino nacional de Venadillo, y el General Caicedo tomó más tarde la misma vía. Con ellas salió, más ó menos, la mitad de la fuerza que pudo conservar su organización en la retirada. El resto lo sacaron hacia el Líbano los Generales Ibáñez, Pedrosa y Santofimio. En Piedras se reunieron al día siguiente, 4 de Mayo, Caicedo y Pulido. Tuvo el Ejército liberal en La Sierra pérdidas irreparables: recordamos ahora á Gustavo Sánchez, Adolfo Galindo C., Jorge Buenaventura, Ramón Zapata, Afanador, Salas, Sandino y Lara.

AMBATO

A Piedras llegaron el día 3 por la noche el General Tulio Barón y el entonces Coronel Rafael Santos, el General Carlos Torrente y el entonces Coronel Juan de la Rosa Barrios, quienes desde sus respectivos campamentos de Doima y La Vega se habían puesto en marcha con el fin de proteger á sus amigos, tan pronto como de esta población recibieran aviso de que por los lados de La Sierra se sentía nutrido fuego. Con las fuerzas de estos Jefes y las que Caicedo y Pulido trajeron, se organizó de nuevo la primera División, quedando el segundo como Comandante General de ellas. Se formuló en seguida el plan de pasar á Cundinamarca y atacar á Tena, donde por entonces residía el Presidente Sr. Sanclemente; pero habiéndose presentado serios inconvenientes, acordaron los Jefes

liberales dirigirse á la Provincia del Centro por La Vega de los Padres y Coello. Durante dos días y una noche anduvieron sin detenerse hasta llegar al campo de Ambato. Siendo ésta la última posición que les ofrecía alguna seguridad antes de penetrar en las dilatadas llanuras del Centro, decidieron detenerse allí mientras la fatigada tropa tomaba algún descanso y alimentos.

Es la posición de Ambato una especie de triángulo rectángulo en el cual los catetos están representados por los ríos Magdalena y Coello, que allí se reúnen, y la hipotenusa por cercos de piedra y zanjas naturales.

Dentro del perímetro de ese triángulo—y en disposición de combate por lo que pudiera suceder—se colocó la gente antes de acampar. En esa forma situados, y manteniendo vigilancia sobre el puente y dos ó tres vados del Coello, no había que temer un ataque á retaguardia, ni por los flancos, pudiéndose destinar el grueso de la fuerza á resistir el que viniera de frente. Media hora habría transcurrido cuando las partidas de inspección despachadas por las vías de Girardot, el Espinal y Chicoral, rompieron los fuegos—casi simultáneamente—con el enemigo que, advertido de nuestro movimiento, había salido de todas partes para cerrarnos el paso. Pulido se encargó del ala izquierda, Torrente y Trujillo de la derecha, Caicedo y Bustamante se colocaron en el centro. El combate fue encarnizado, sangriento, tenaz. El enemigo, á cada instante rechazado, pero constantemente reforzado, acometía cada vez con furia mayor, no pudiéndose resignar á que 400 derrotados de la víspera resistieran de ese modo el empuje de más de 2000 hombres descansados y con parque abundantísimo. La situación, á medida que el tiempo corría, se hacía más comprometedor para los liberales.

El enemigo—que por falta inexplicable—no había pensado en atacar el destacamento que cubría el puente de Coello, podía hacerlo, y tomado éste, perdida quedaba la única retirada posible para los revolucionarios. A las 4 p. m. éstos habían tomado bastantes municiones, cerca de 300 rifles y considerable número de prisioneros.

Un nuevo rechazo sufrido por los asaltantes, hizo comprender á Caicedo que era llegado el momento de retirarse. En efecto, dispuso que el General Barón, con las fuerzas de su mando, regresara á La Vega llevando las armas y prisioneros, y que Pulido, los Bustamantes, Trujillo, Torrente y Oliverio Sánchez dieran, con el resto de la fuerza, una nueva carga que despejara por completo la vía de San Luis, por donde ellos debían encaminarse.

En desarrollo de este plan, Caicedo abandonó las trincheras, y con 22 hombres cayó al enemigo que se retiraba por el llano. Sus compañeros debían secundarlo. Pero, por desgracia, el enemigo se precipitó en ese momento sobre el recinto defendido por los revolucionarios, por el claro dejado ya por las fuerzas de Barón y Pulido y sus compañeros, para conjurar este serio peligro, tuvieron, como era natural, que dedicarse á rechazar este ataque, dejando así comprometido á Caicedo. Habiéndose dado cuenta los del Gobierno del reducido número de los que fuera ya de las trincheras los empujaban, volvieron sobre ellos.

Caicedo y sus acompañantes, que ignoraban que los sucesos que á retaguardia se cumplían habían impedido que se les diera el apoyo que esperaban, resistieron. Bien pronto se vieron envueltos y agobiados por el número, y habrían caído todos prisioneros sin el recurso á que apelaron, de ocultarse en una mata de monte, de donde les fue imposible salir antes que la noche hubiera cerrado.

El combate se encruceció de nuevo. Los revolucionarios, haciendo cada vez mayores é inauditos esfuerzos, rechazaban siempre á los agresores, quitándoles municiones para seguir combatiendo. Victoriano Trujillo, á la cabeza de un Batallón, dio cargas á machete, en las cuales Ricardo Bustamante, Félix Conde, Narciso Castellanos y OLIVERIO SÁNCHEZ se cubrieron de gloria. En una de ellas murió este interesante joven, hermano de Gustavo, intelectual de primer orden, magnánimo y pundonoroso, valiente y bueno, que sería una de las figuras más distinguidas de la Patria. A las 10 p. m.,

y después de hacer un último pero inútil esfuerzo con la gente llevada por el General Benigno Velasco, los agresores se retiraron en desconcierto, dejando libre la salida á los revolucionarios, que pudieron entonces continuar su interrumpida marcha por la vía de San Luis.

Las bajas de la Revolución sólo alcanzaron á 36; las del Gobierno se hicieron subir en los campamentos liberales á más de 1,000, y quizá no hubo exageración. En la misma noche Caicedo se dirigió al *Paso de la Guacamaya*, de donde siguió á Cunday en busca de la fuerza del Coronel Mamerto García, de quien había recibido comunicaciones en que le manifestaba su deseo de reunírsele.

PRISION Y FUGA

DEL GENERAL PULIDO

Deseoso el General Pulido de comunicar á los revolucionarios de Cundinamarca, antes de alejarse hacia la Cordillera Central, los resultados del combate del día anterior, ordenó que la fuerza continuara marchando hacia San Luis, y se detuvo él algunos momentos en la *quebrada* de Guaduas, acompañado del General Torrente, de los entonces Coroneles Juan Diago y José María Caicedo. Fueron allí sorprendidos por las fuerzas del Gobierno, que advertidas de la retirada de los revolucionarios, les picaban la retaguardia. Reducidos á prisión, los condujeron al Guamo, de donde pocos días después los remitieron á Ibagué, custodiados por una Compañía de infantería, amarrados y á pie. Llegando ya al puente del Chicoral, el General Pulido declara que no puede soportar ya más la fatiga de la penosa marcha. El generoso Capitán Cabrera, Oficial de la escolta, le ofrece su cabalgadura, que Pulido acepta después de algunas instancias. Pocos momentos después el prisionero arrebató el lazo con que iba amarrado, arrimó los talones al brioso animal y abre carrera.

El Capitán ordena hacer fuego sobre él, y los soldados disparan sus fusiles una y otra vez. Pulido, despreciando el peligro, continúa su desatentada fuga, hasta que un cerco de alambre lo intercepta. Entonces abandona la bestia y continúa corriendo de á pie, siempre perseguido y siendo blanco de los fuegos de la escolta, hasta que logra internarse en una zanja y desaparecer. Las pesquisas continúan por dos días, durante los cuales se ve cogido de nuevo, hasta que logra salir al pueblo del Valle y reunirse á una guerrilla liberal. Los demás prisioneros fueron transportados al Panóptico de Bogotá, donde experimentaron todos los horrores ideados por el *Hombre-Patíbulo*, para hacer sufrir más y hacer más penosa y humillante la situación de los infelices que tenían la desgracia de caer en su poder.

CONCENTRACION DE FUERZAS

Caicedo se encontró en Cunday con Mac Allister, quien había regresado solo de Yaguará, la noche que el Ejército se movió del Chaparral para Mariquita. Nombró á este Jefe Comandante de armas de la Provincia de Sumapaz, le dejó instrucciones y fondos y siguió para Natagaima, donde estaba á la sazón el Coronel M. García, y á donde llegaron pocos días después los Coroneles Bustamante y Trujillo. De allí marchó al Chaparral, población que había ocupado ya Pulido con la fuerza reunida por este incansable luchador en los pocos días transcurridos después de su fuga. Se hizo allí nueva organización, y los Coroneles Paulo E. Bustamante y Victoriano T. Trujillo fueron ascendidos á Generales de Brigada, por su heroico comportamiento en Ambato, encargándoseles de la Comandancia de las dos Columnas de que quedó formada la División, de las cuales fueron nombrados segundos los entonces Coroneles Joaquín Buendía F. y José Joaquín Vernaza. En busca del General Velasco, que ocupaba el Guamo, se movieron de allí,

población que abandonó este Jefe al aproximarse los revolucionarios. En seguida ocuparon éstos de nuevo á Natagaima. Recibieron allí comunicaciones del General Ibáñez, en las cuales les participaba sus triunfos de Fusagasugá y La Quinta, y les anunciaba su propósito de volver al Centro del Tolima, encargándolos de facilitarle el paso del Magdalena. Conocedores del interés del General Rivera en defender la plaza de Neiva, acordaron amenazar esta plaza con el propósito de alejar este Jefe enemigo de los lugares por donde el General Ibáñez debía pasar el Magdalena. Hiciéronlo así hasta llegar á Aipe, y Rivera cayó en el lazo. Cumplido el objeto de ese movimiento, los liberales regresaron, y para no chocar con Rivera—que rápidamente marchaba en defensa de Neiva—en Nacaroco, abandonaron la vía, y, torciendo á la izquierda, ocuparon las posiciones de este nombre. El Jefe enemigo, que seguramente no conocía todavía lo bastante aquellas posiciones, resolvió atacarlos, pero tuvo que retirarse en desorden, después de muchas horas de inútil brega, que le costó sensibles pérdidas. Despejado así el paso del Magdalena, Ibáñez llegó hasta su ribera derecha y acampó en la hacienda de Tinajas. Allí llegaron también Caicedo y Pulido con sus Ayudantes, habiendo dejado la fuerza en la ladera opuesta. De la conferencia celebrada en aquel punto salió la determinación de atacar al día siguiente la División que los Generales del Gobierno, Gallego y Torrente, comandaban, y que según datos recibidos esa tarde ocupaba á Ilarco. Después de este espléndido triunfo, reorganizado el Ejército del Tolima y Cundinamarca en dos Divisiones, comandadas por Pulido y Pedrosa, y reasumidas la Jefatura de Operaciones y Jefatura de Estado Mayor General, por Ibáñez y Caicedo, respectivamente, los liberales ocuparon el Espinal, Chicoral y La Mina sucesivamente. En este último punto, en la casa del Sr. Uldarico Santofimio, Ibáñez llamó á Caicedo y le dijo que acababa de recibir comunicaciones de Bogotá, en las cuales le anunciaban que el Gobierno se estaba preparando para mandar 10,000 hombres al Tolima; que en efecto, Ospina Cbaparro estaba ya en

Girardot con fuerzas muy considerables; que siendo esto así y teniendo que habérselas en lo sucesivo con un enemigo tan fuerte, iba á ser imposible evolucionar, sin verse obligados á comprometer combates que por lo desiguales estarían perdidos de antemano; que además los soldados cundinamarqueses estaban desertando por lo ardiente del clima y el temor á las enfermedades; que por todo eso creía él que el Ejército debía dividirse en dos partes; una que con él (Ibáñez) pasaría á Cundinamarca, y otra que con Caicedo se quedaría en el Tolima, para fraccionarse en guerrillas tan luego como el Ejército enemigo lo invadiera. Aceptada la idea, Caicedo nombró á Buendía Carreño Jefe de la región comprendida entre los ríos Coello y Cumaná; á Bustamante, Jefe de la zona entre el Cucuana y el Saldaña; y á Victoriano Trujillo, de la comprendida entre el Saldaña y el Magdalena.

De La Mina el Ejército se movió al Guamo por San Luis y Luisa García; se decidió mandar de allí al General Bustamante con una Columna, á atacar una fuerza de 200 hombres que había en Chaparral, fuerza que luego fue considerablemente aumentada con otra salida de Barragán y Los Micos. El General Marín llegó con su División al Guamo en los momentos en que el Ejército se movía hacia Purificación. Del paso del Gusano se despachó á Buendía Carreño con orden de apoyar á Bustamante, pero aquel Jefe llegó tarde, pues iba apenas por Ortega cuando el combate de Amoyá se libró. La proyectada división del Ejército quedó difícilmente consumada en Purificación, pues de allí siguió Ibáñez con la División de Pulido para Melgar é Icononzo, quedando Caicedo en aquella plaza con la Brigada de Trujillo y Marín con su comando; pero este último debía regresar á la Provincia del Norte.

Como la llegada del refuerzo conducido por Buendía Carreño, hizo que el enemigo, victorioso en Amoyá, se retirara precipitadamente hacia Aipe, y que Bustamante—aunque rechazado—quedara dueño del campo y sin contendor, se ordenó á estos dos Jefes que se movieran á Coyaima. De esta suerte las fuerzas revolucionarias quedaron ocupando la

ribera derecha del Saldaña, desde el pueblo últimamente citado hasta la desembocadura del río, y las del Gobierno la banda izquierda, desde la boca del Cucuana hasta la misma confluencia del Saldaña en el Magdalena.

Con el propósito de que Marín pudiese realizar su regreso á la Provincia del Norte, acordaron éste y Caicedo atacar la fuerza enemiga que ocupaba el sitio de Rincón Santo en la desembocadura del Saldaña; y para que las que se hallaban en la boca del Cucuana no viniesen en apoyo de las que se iban á atacar, se ordenó á Bustamante que con la infantería á sus órdenes tirotease fuertemente, con el río de por medio, á aquéllas; y á Buendía Carreño, que pasando el Saldaña por Coyaima, con 50 jinetes, simulara un ataque formal sobre el campamento mismo del numeroso enemigo establecido en Cucuana. Se bajaron de Purificación champanes y canoas al sitio por donde los asaltantes debían pasar para dar el combate. Buendía Carreño cumplió su cometido, llevando el desconcierto al enemigo, que creyéndose atacado por todo el Ejército Liberal, se retiró.

Tan briosa fue la acometida y tan satisfactorio el efecto, que varios Oficiales que en aquella refriega tomaron parte, fueron premiados con ascensos: Buendía Carreño fue ascendido á General de Brigada; el entonces Sargento Mayor Ramón Buendía C., á Teniente Coronel; y al Capitán Angel María Ramírez, también al grado inmediato. Razones de distinto orden indujeron á Caicedo y Marín á no dar el combate proyectado, decidiendo pasar el Magdalena y ocupar á Prado, de donde el segundo siguió á Melgar. Antes de separarse, y de acuerdo con el Dr. Guillermo Vila, Jefe Civil y Militar Revolucionario, resolvieron despachar, y despacharon al General Emilio Santofimio para Venezuela, con la comisión de conseguir elementos para la guerra. Bustamante y Buendía C., llamados por Caicedo, llegaron también á Prado al día siguiente de haberse movido Marín.

LLEGADA AL TOLIMA DEL GENERAL CLODOMIRO F. CASTILLO

Concentradas en Prado las Brigadas Bustamante, Buendía C. y Trujillo, Caicedo se movió hacia Natagaima, á donde llegó dos días después, procedente de la Hoya del Quindío, el General Clodomiro F. Castillo, con 200 hombres; reorganizada la fuerza en dos Divisiones, Castillo fue nombrado Jefe de Estado Mayor General. Se recibió entonces un pacto firmado en Melgar, en el cual era Caicedo reconocido como Jefe de Operaciones en el Tolima, debiendo Marín prestarle su cooperación, si aquél decidía agredir á Girardot ú otra plaza.

Al siguiente día llegó otro, suscrito en Icononzo, que reconocía á Ibáñez como Jefe General de Operaciones en Cundinamarca, con el concurso de un Consejo Consultivo compuesto de Pedrosa, Mac Allister y Morales Ruiz. A Caicedo se le insinuaba también la ocupación de Melgar. Convocó entonces este Jefe una Junta de Oficiales superiores, compuesta de los Sres. Vila, Castillo, Bustamante, Buendía Carreño, Trujillo y García S. (alias *El Chuzo*). Impuestos de las comunicaciones y vista la imposibilidad de ocupar á Melgar, pues los Generales Perdomo y Rivera estaban situados en los pasos de *El Rucio* y *Boquerón de Aguasclaras*, y habidas en cuenta otras consideraciones de peso, la Junta resolvió enviar al campamento del General Ibáñez, una Comisión compuesta de Buendía Carreño y Dimas Morales, quienes debían marchar por distintas vías. Era la misión de estos Jefes: manifestar la imposibilidad de cumplir la ocupación de Melgar; y acordar un plan de operaciones en que se le señalaran á Caicedo instrucciones precisas. Esto porque en el pacto y las comunicaciones recibidas, no se le daban, ni se daba á conocer el objeto del movimiento indicado.

Buendía C. no pudo llegar al campamento de Ibáñez por haber encontrado obstruida la vía que tomó. Morales sí llegó á Fusagasugá, y regresó de allí, la víspera del combate de Sibaté, sin traer instrucciones del General Ibáñez ni haber acordado nada, pues lo que éste se proponía era seguir de Sibaté á Bogotá, no con el propósito de tomarlo, sino con el de favorecer con su aproximación la salida de cuantiosos elementos que se decía existían allí, y seguir luégo, si era posible, para el Occidente de Cundinamarca y Norte del Tolima el General Marín, y para Boyacá el General Ibáñez, con la mira de proteger al Ejército del Norte el paso del Chicamocha. Las comunicaciones recibidas de Bogotá aseguraban ser ese el único inconveniente para que aquel Ejército invadiera la Sabana y ocupara la capital.

Si hemos hecho estas explicaciones, es porque algunos Jefes del Ejército que no conocen los sucesos, y otros que sí los conocen, han atribuído á Caicedo la pérdida de Tibacuy. Como se comprende por la relación que precede, Ibáñez no aguardaba á Caicedo, ni contaba con su concurso cuando regresó de Sibaté á Fusagasugá, ni cuando se rompieron los fuegos en Tibacuy. Se dice que si Caicedo hubiera ocupado á Melgar, Perdomo no habría aparecido por retaguardia. Hemos demostrado ya que cuando Caicedo recibió el pacto y la orden de moverse, Perdomo y Rivera ocupaban ya *El Rucio* y *Aguasclaras*; y tanto era eso así, que Buendía C. no pudo pasar.

Con el fin de ver si se obtenía que Perdomo y Rivera abandonaran las citadas posiciones y se alejaran de la región en que Ibáñez maniobraba, Caicedo y Castillo ejecutaron un movimiento de amenaza sobre Ibagué, no muy bien defendida por entonces; pero como al llegar á San Luis, supiesen que los expresados Generales enemigos permanecían siempre en los mismos lugares, contramarcharon sobre el Guamo, población que ocuparon el 19 de Julio.

Un piquete de caballería, despachado de allí á la orilla del río Magdalena, tiroteó, con el río de por medio, una porción de la fuerza de Rivera, estacio-

nada en Santa Rosa. El Ejército de Caicedo y Castillo se movió entonces á Purificación, pasando el Saldaña por Santamarta, para llamar la atención del enemigo por aquellos lados. Esta evolución sí surtió el efecto deseado, porque Rivera, con toda su fuerza, abandonó la banda derecha del río Magdalena y se dirigió á Purificación, con el ánimo de recuperarlo. Como no entraba en los propósitos de los Jefes liberales aceptar por entonces combate, con tanto mayor razón cuanto la fuerza de que disponían era muy inferior á la enemiga, al aproximarse ésta pasaron el Magdalena por Ilarco y se situaron en Atá. Todos estos movimientos estaban encaminados, como queda dicho, á llamar de cerca la atención de Perdomo y Rivera, y hacerles creer que se les picaría la retaguardia, si ellos avanzaban hacia la región de Sumapaz; y decimos hacerles creer, porque en realidad esto era impracticable, pues en las posiciones de Barandillas se encontraba otra División enemiga, que á su vez amenazaba la retaguardia liberal. Castillo y Caicedo ocuparon entonces La Morada y Dolores, Bustamente y Buendía C., la *quebrada* de *Tiurco*, frente á Natagaima.

Al campamento de La Morada llegó Dimas Morales, de regreso de Fusagasugá, el mismo día en que se recibía la noticia del triunfo en Sibaté. Propusieron entonces Bustamaute y Buendía C. un plan de ataque sobre la División de Velasco, en virtud del cual estos Jefes debían pasar el río Magdalena por Natagaima, y repasándolo por *El Sinai*, ocuparían á *Cabrera*, á retaguardia del enemigo; si éste resistía el ataque que Caicedo y Castillo le harían de frente, aquellos Jefes le cargarían por la espalda; y al contrario, esto es, si se retiraba hacia el Sur, ellos lo detendrían en *Cabrera*, en tanto que los otros lo hostilizaban por detrás.

Una enorme creciente del río Magdalena impidió que el paso por *El Sinai* pudiera efectuarse con la rapidez que el caso requería, y el enemigo tuvo tiempo de retirarse á Neiva, en marcha precipitada, seguido de cerca por Castillo y Caicedo, que avanzaron hasta Villavieja.

Aun cuando esta operación no surtió el efecto deseado, sí salvó de total destrucción al Ejército de-

rrotado en Tibacuy, pues Rivera, que lo perseguía activamente, dejó de hacerlo y marchó rápidamente hacia Neiva, tan pronto como tuvo aviso de la ocupación de Villavieja y Aipe por los liberales, pudiendo así Ibáñez y sus compañeros pasar el Magdalena y llegar á Natagaima.

Estaba la fuerza de Caicedo y Castillo acabando de pasar el río por *El Sináí*, para unirse á la de Bustamante y Buendía C. y marchar todas á Natagaima, cuando la vanguardia de Rivera rompió los fuegos sobre el Escuadrón encargado de proteger el paso. Este Escuadrón resistió todo lo posible en desigual combate, pero viéndose agobiado por el número, tuvo que tirarse al río, pues los bogas que manejaban las barquetas, asustados por los fuegos, huyeron tan pronto como éstos empezaron, dejando abandonadas las embarcaciones.

Allí murió ahogado su valiente y abnegado Jefe, Fernando Caicedo C., quien pudo haberse salvado, embarcándose oportunamente, como se lo iniciaron algunos compañeros, pero que prefirió morir antes que abandonar á sus soldados.

CAMPAÑA DE IBANEZ

El 19 de Mayo de 1900, quince días después del completo desastre de la Sierra, el General Aristóbulo Ibáñez se presentó en Viotá.

Entraba en una región rica, aún no desolada por la guerra, abundante en víveres, no escasa de bestias y ganados, bastante poblada, liberal, formada en su mayor parte de valiosas plantaciones de cafetos, pertenecientes casi todas á hombres de progreso, que debían, los unos su fortuna, los otros su modesto bienestar, á una labor honrada, de año tras año, constante, enérgica, inteligente; hombres que, bien se comprende, tenían que ser hostiles al régimen imperante. Con sobra de razón y cálculo certero, Ibáñez esperaba encontrar allí recursos para levantar el ánimo de sus compañeros y para mejorarles algo

su penosa condición. Estas sufridas y valerosas gentes, que en cien combates ya habían expuesto la vida en defensa de la sagrada causa de la Libertad, apenas si alcanzaban á unos trescientos hombres, escuálidos, medio desnudos, debilitados por continuas privaciones y por las fatigas y los sobresaltos de una campaña ya larga y siempre ruda, rudísima. No tenían armas uniformes, sino, por el contrario, de muy diversas clases, algunas en mal estado, y todas sin municiones casi, pues raro soldado podía jactarse de contar siquiera con cinco cápsulas para un próximo encuentro.

Dos días antes en Tocaíma, Ibáñez había recibido algún contingente, pero de voluntarios inermes, y principalmente de derrotados mismos de la Sierra, reunidos á inmediaciones de las Juntas de Apulo y de Anapoíma por Honorato Barriga. Este valiente joven, futuro notable caudillo del Liberalismo en el Cauca, había salido recientemente de Bogotá, con el propósito de hacer campaña en Cundinamarca á las órdenes de Antonio Samper Uribe, á quien una de las Juntas revolucionarias que funcionaban en los escondites de la capital, la menos desautorizada quizás y la más seria tal vez, no obstante haberse dado *motu proprio* el modesto nombre de Supremo Consejo Revolucionario, había encomendado el levantamiento de fuerzas en la cordillera de Subia, principalmente en la región cafetera comprendida entre El Colegio y Viotá.

A Samper Uribe debían secundarlo y aun dirigirlo Honorato Barriga y el Coronel José Gregorio Mogollón; pero á la verdad era el último á quien se le destinaba el mando, pues Samper no había sido militar. Por el contrario, era un ciudadano pacífico y modesto padre de familia, individuo de reputación bien cimentada en el comercio bogotano, perteneciente por lo tanto á esa clase social que en Bogotá llamamos elevada, no por el carácter, sino porque una mediana cultura intelectual, acompañada de bienes de fortuna, la mantiene por encima del pueblo, clase que en la capital de la República, y salvo honrosas pero rarísimas excepciones, lo aguanta todo, servilmente, de los más viles mandatarios.

Afectando despectiva indiferencia por los negocios públicos, indiferencia que no es en el fondo sino un mal disfrazado sentimiento de cobarde egoísmo, los comerciantes de Bogotá—hablamos principalmente de los más antiguos y de los más ricos, para no ser injustos—son, penoso es confesarlo, quienes más eficazmente han contribuído, olvidando los más elementales deberes del ciudadano y aceptando atropellos de las autoridades y violaciones de la ley con una rara resignación, á sostener y afianzar los peores Gobiernos y á envalentonar ambiciosos, menos que mediocres personajes, más que despreciables. En los dedos de las manos, y tal vez sobrando dedos, puede contar un manco los comerciantes ricos de la capital capaces de levantar una protesta altiva, siquiera no verse sobre asuntos nacionales, sino que simplemente les incumban directa y exclusivamente. Los demás *no firman*, por ningún motivo; apenas *hablan*, pero paso, tras los mostradores y las pilas de zarzas, donde *no se comprometan*..... ¡Qué hemos de extrañar entonces que el comercio, esa potencia que en todo país civilizado respetan y aun cortejan los Gobiernos, sea aquí..... ¿qué diremos?

Samper había sido el iniciador de su empresa; pero, como era natural, no se había ofrecido con humos de guerrero, sino confiando ingenuamente en dar un alto ejemplo de civismo *, alistándose en las filas republicanas y en la esperanza de arrastrar imitadores. El Supremo Consejo Revolucionario le ofreció los elementos necesarios para un pronunciamiento de verdadera trascendencia: doscientas armas más ó menos, muy bien dotadas, de las cuales le garantizó ciento, y para completar el halago, dos de sus miembros principales le hicieron entrever la probabilidad de acompañarlo ó de unírsele poco después. En tal confianza y rebotando de entusiasmo por la esperanza, bien fundada, de ver pronto realizados sus vehementes deseos de contribuir al triunfo de las armas liberales, Samper Uribe partió para Tocaima á fines de Abril con el propósito, que llevó á cabo en pocos días, de inspeccionar cuida-

* Todavía se podía hablar de civismo, y nadie conocía el *civilismo*.

dosamente la región á su cargo y de estudiar en ella atentamente el número, la calidad, la situación, las posiciones y aun los planos de las fuerzas enemigas. Por desgracia, cuando regresó al punto de reunión convenido, á La María *, proyectos, ilusiones, esperanzas... todo se desvaneció. Sólo Barriga estaba allí con Pedro I. Escobar **, Luis Eduardo Currea, José Isidoro Pinzón, Manuel J. Solano, Alejandro Arango B., Luis Felipe y Benjamín Latorre, jóvenes entusiastas y ardientes defensores de nuestra causa, que informados del movimiento proyectado, habían ido á tomar parte en él espontáneamente. Los dos últimos fueron los únicos de la expedición que pudieron hacer la campaña hasta el fin de la guerra; cuando ésta concluyó, se hallaban en el Departamento de Panamá, al lado del General Benjamín Herrera. Los dos miembros del Supremo Consejo, cuya salida aguardaba Samper con tanta ansiedad, se quedaron en Bogotá; pero debemos reconocer que más tarde, bien avanzada la guerra, tomaron en ella parte militante importantísima, é hicieron una campaña meritoria.

Las armas ofrecidas tampoco parecieron, las *garantizadas* menos. Fue, pues, preciso emprender el movimiento bajo el peso de tamaño desengaño, con sólo diez armas, entre rifles, carabinas, revólveres y machetes, y con ocho mil tiros, de los cuales cinco mil constituían *todo el apoyo* del Supremo Consejo Revolucionario.

Probable, casi seguro, parecía que esta expedición, frustrada en su principio, y de la cual ya habían hablado los guerreros urbanos en los corrillos, con la imprudencia que sus palabras y sobre lo ajeno les es característica, fracasara prontísimo, y que quienes la formaban no tardarían en regresar á la capital con el lazo al cuello, y entre bayonetas dictatoriales y mofas de *civilistas* en embrión, repitiéndose así un caso desgraciado, que habían contribuído á vulgarizar no sólo muchachos imprevisores é indi-

* Cafetal á inmediaciones de El Colegio.

** Murió este joven, que tanto prometía por su elevada inteligencia y su nobilísimo corazón. Era hijo del benemérito Dr. José Ignacio Escobar.

viduos ajenos al arte de la guerra, sino también Jefes connotados, y entre éstos, hasta guerrilleros clásicos, como el General Daniel Aldana.* Aumentaron las probabilidades de mal éxito las noticias del Coronel Mogollón, quien salió al encuentro de los pronunciados á la hacienda de *Junca*, y les informó que la víspera había mandado para la hacienda de Santa Isabel, cercana á *El Colegio*, población donde el Gobierno tenía gente armada, una carga de petacas con su ropa (la de Mogollón), un catalejo, cápsulas y comunicaciones, y que casi seguramente el enemigo las habría tomado y estaría al acecho. Pero ya no había medio, era necesario seguir adelante, porque volver atrás, como no faltó quien lo propusiera, hubiera sido en extremo ridículo.

El Colegio estaba desocupado; pero un poco más allá, en la finca denominada *La Paz*, cuyas casas de habitación y cuyos edificios para beneficiar el café quedan á la vera del camino, los pronunciados fueron víctimas, en las espesas sombras de la noche, de una segura emboscada. El enemigo, cómodo y ocultamente parapetado tras las cercas, los árboles y los pilares, y á mansalva, esperaba su presa con ansiedad. Apenas llegan, les hace una descarga á quemarropa. Ellos contestan al acaso, sin saber de dónde parten las balas asesinas, se desordenan por el primer momento, y luego se repliegan y aguardan la claridad del día. Al amanecer tocan á la carga. Del campo enemigo lánzase hacia ellos un jinete á toda brida, gritando con estentórea voz: "Viva el Partido Liberal." Es Teófilo Mazabel, uno de los comprometidos en el movimiento, que debía incorporarse ahí. Preso lo tenían las gentes del Gobierno, pero al huir éstas, ha quedado en libertad. Reconocido el campo, encuéntrase un cadáver; es el del animoso joven Aparicio Corredor, que se había unido á los revolucionarios la víspera, en

* Capturado con su segundo, Dr. Adolfo Cuéllar, y con todos sus 21 compañeros, el 8 de Enero de 1900, en La Calera, en el sitio de Paso Real. Cayeron todos en poder de la fuerza organizada por el Sr. Belisario Tobar, compuesta de la Policía del Municipio y de algunos vecinos.

Junca. Reconocida la herida, descúbrese que es de bala de revólver.—"¡Entonces, grita Mazabel, lo mató D. Santiago de la Guardia; era el único que tiraba con revólver, detrás de un árbol; los demás tenían *grasses*!"

El Jefe de esa fuerza era el Alcalde de *El Colegio*, á quien le correspondía defender el puesto; pero de la Guardia había llegado por la noche al pueblo, en viaje de su cafetal para Bogotá, y halagado con la posibilidad de iniciar su carrera militar *muy á tiempo*, había propuesto y llevado á ejecución la emboscada.

Este sujeto, muestra de los frutos de la educación regeneradora, á quien más tarde el Gobierno nombró Cónsul de Costarrica en premio de sus servicios, acaba de renunciar ese puesto para aceptar el Consulado en ese mismo país, pero de la nueva República de Panamá, más lucrativo. No estará de más decir algo que haga conocer á tan noble colombiano:

De la Guardia, oriundo de Panamá, pasó los primeros años de su juventud en Costarrica, y terminó sus estudios en Bogotá, á donde llegó recomendado á D. Manuel Samper, quien gracias á su ventajosa posición social, y secundado por el distinguido caballero D. Silvestre Samper Uribe, logró hacerlo acoger favorablemente de la culta y benévola sociedad bogotana. Como cualquier hijo de vecino, este hombrecillo tenía su marcado lado flaco: aunque zambito, creíase arrogante, y por añadidura, haciendo caso omiso, naturalmente, del colorcillo, del bezo y aun de cierto husmillo, se daba ínfulas de gento de elevada alcurnia; pero..... esto mismo caía en gracia á sus tolerantes amigos, quienes lo estimaban, considerándolo, con razón, como un mozo inteligente, pronto en sus ocurrencias, de amena cháchara, honrado, activo y laborioso. Con estas ventajas y no mal apoyado por su carácter de intrigante zalamero, pudo ingresar en la familia distinguidísima de la Sra. María Josefa Soto, venerable matrona, hermana del General Foción Soto. Más tarde le cupo en suerte asociarse, para trabajos de campo, con dos respetables caballeros, los hijos del ilustre doctor Salvador Camacho Roldán.

viduos ajenos al arte de la guerra, sino también Jefes connotados, y entre éstos, hasta guerrilleros clásicos, como el General Daniel Aldana.* Aumentaron las probabilidades de mal éxito las noticias del Coronel Mogollón, quien salió al encuentro de los pronunciados á la hacienda de *Junca*, y les informó que la víspera había mandado para la hacienda de Santa Isabel, cercana á *El Colegio*, población donde el Gobierno tenía gente armada, una carga de petacas con su ropa (la de Mogollón), un catalejo, cápsulas y comunicaciones, y que casi seguramente el enemigo las habría tomado y estaría al acecho. Pero ya no había medio, era necesario seguir adelante, porque volver atrás, como no faltó quien lo propusiera, hubiera sido en extremo ridículo.

El Colegio estaba desocupado; pero un poco más allá, en la finca denominada *La Paz*, cuyas casas de habitación y cuyos edificios para beneficiar el café quedan á la vera del camino, los pronunciados fueron víctimas, en las espesas sombras de la noche, de una segura emboscada. El enemigo, cómodo y ocultamente parapetado tras las cercas, los árboles y los pilares, y á mansalva, esperaba su presa con ansiedad. Apenas llegan, les hace una descarga á quemarropa. Ellos contestan al acaso, sin saber de dónde parten las balas asesinas, se desordenan por el primer momento, y luego se repliegan y aguardan la claridad del día. Al amanecer tocan á la carga. Del campo enemigo lánzase hacia ellos un jinete á toda brida, gritando con estentórea voz: "Viva el Partido Liberal." Es Teófilo Mazabel, uno de los comprometidos en el movimiento, que debía incorporarse ahí. Preso lo tenían las gentes del Gobierno, pero al huír éstas, ha quedado en libertad. Reconocido el campo, encuéntrase un cadáver; es el del animoso joven Aparicio Corredor, que se había unido á los revolucionarios la víspera, en

* Capturado con su segundo, Dr. Adolfo Cuéllar, y con todos sus 21 compañeros, el 8 de Enero de 1900, en La Calera, en el sitio de Paso Real. Cayeron todos en poder de la fuerza organizada por el Sr. Belisario Tobar, compuesta de la Policía del Municipio y de algunos vecinos.

Junca. Reconocida la herida, descúbrese que es de bala de revólver.—"¡Entonces, grita Mazabel, lo mató D. Santiago de la Guardia; era el único que tiraba con revólver, detrás de un árbol; los demás tenían *grasses!*"

El Jefe de esa fuerza era el Alcalde de *El Colegio*, á quien le correspondía defender el puesto; pero de la Guardia había llegado por la noche al pueblo, en viaje de su cafetal para Bogotá, y halagado con la posibilidad de iniciar su carrera militar *muy á tiempo*, había propuesto y llevado á ejecución la emboscada.

Este sujeto, muestra de los frutos de la educación regeneradora, á quien más tarde el Gobierno nombró Cónsul de Costarrica en premio de sus servicios, acaba de renunciar ese puesto para aceptar el Consulado en ese mismo país, pero de la nueva República de Panamá, más lucrativo. No estará de más decir algo que haga conocer á tan noble colombiano:

De la Guardia, oriundo de Panamá, pasó los primeros años de su juventud en Costarrica, y terminó sus estudios en Bogotá, á donde llegó recomendado á D. Manuel Samper, quien gracias á su ventajosa posición social, y secundado por el distinguido caballero D. Silvestre Samper Uribe, logró hacerlo acoger favorablemente de la culta y benévola sociedad bogotana. Como cualquier hijo de vecino, este hombrecillo tenía su marcado lado flaco: aunque zambito, creíase arrogante, y por añadidura, haciendo caso omiso, naturalmente, del colorcillo, del bezo y aun de cierto husmillo, se daba ínfulas de gento de elevada alcurnia; pero..... esto mismo caía en gracia á sus tolerantes amigos, quienes lo estimaban, considerándolo, con razón, como un mozo inteligente, pronto en sus ocurrencias, de amena cháchara, honrado, activo y laborioso. Con estas ventajas y no mal apoyado por su carácter de intrigante zalamero, pudo ingresar en la familia distinguidísima de la Sra. María Josefa Soto, venerable matrona, hermana del General Foción Soto. Más tarde le cupo en suerte asociarse, para trabajos de campo, con dos respetables caballeros, los hijos del ilustre doctor Salvador Camacho Roldán.

Así lo encontró la Revolución.....

Aunque se decía conservador, quizá por alejar el temor de que su liberalismo fuese atribuído á gratitud de raza, sus amigos eran, en su mayor parte, liberales. Desde que principió la guerra, abusando sin duda de su condición excepcional de semi-extranjero y aun de su indefinido origen, se dio á la tarea de censurar abierta y acremente la conducta del Gobierno, y de ganarse auditorio ante los muchachos liberales de la Mesa y de El Colegio.

Samper Uribe y sus compañeros apenas se detuvieron unos momentos para disponer se le diese sepultura al joven Corredor, asesinado, como hemos visto, á quemarropa, y en la oscuridad. Temerosos de que los alcanzaran las fuerzas dictatoriales que había salido ya en su persecución de la Mesa y de Soacha, marcharon rápidamente á unirse con la guerrilla de Cumaca, á la sazón compuesta de 20 hombres á órdenes del intrépido Capitán Teófilo García *; pero, habiéndose visto cortados por las gentes que en distintas direcciones y en número de 500 hombres había enviado el Gobierno á atacarlos, comandados, unos por el General Antonio Pardo, de la Policía Nacional, y otros por los Coroneles Castillo y Alvarado, y por un Capitán Osuna, resolvieron disolver la gente que se les había unido sin armas, por lo menos unos 100 hombres ya, dispersarse ellos mismos en la montaña, con el profundo dolor de ver fracasado un pronunciamiento que sí hubiera tenido suma importancia y trascendencia notable al no haber fallado los elementos ofrecidos; y, en fin, esconder las pocas armas y municiones que tenían. Poco faltó para que cayeran todos en manos del enemigo, porque algunos ricos propietarios titulados liberales, á cuyas fincas llegaban, unas veces en busca de refugio, y otras en demanda de posiciones que en algo compensaran la enormísima inferioridad de número, les daban noticias falsas para que desocuparan el puesto. Afortunadamente Samper, y de sus compañeros los que escaparon al enemigo y los que no desmayaron,

* Hoy General.

unos pocos pudieron salvar esas armas y esas municiones, que aunque escasas, eran en ese momento de un valor relativo inestimable, y entregarlas en Viotá, el 21 de Mayo, al General Ibáñez, quien dos días después las empleó con verdadero lujo en la toma de Fusagasugá, primer eslabón de esa brillante cadena de triunfos que terminó de infausta manera en las alturas de Tibacuy.

Samper fue nombrado Secretario General de Ibáñez; Barriga, Jefe del *Batallón Cundinamarca*, y Mogollón, Jefe de Estado Mayor de la Columna que comandaba el abnegado y patriota General Ricardo Morales Ruiz; pero pocos días después el mal estado de su salud obligó á Mogollón á retirarse y á permanecer al abrigo de los azares de la guerra.

Así terminó esta expedición. Hemos hablado de ella quizá con demasiada detención; pero así lo hacemos por tratarse de un caso raro, rarísimo, que pudo tener, si se le hubiera secundado bien y sinceramente, funesta consecuencia para las armas de la Dictadura; y porque el pequeño auxilio material y el apoyo moral que Samper prestó á las destrozadas fuerzas de Ibáñez, y en particular á este mismo Jefe, de quien vino á ser pronto, si no el brazo derecho, á lo menos el amigo más leal en los campamentos, fueron extraordinariamente oportunos y eficaces. Las municiones, ya lo hemos dicho, sirvieron para triunfar en Fusagasugá, combate fecundo en benéficos resultados, y la llegada de Samper Uribe á los campamentos revolucionarios en momentos aciagos, produjo en los ánimos abatidos dos favorables reacciones: los que, no conociéndolo íntimamente, se imaginaron que su aparición obedecía á recientes y portentosas victorias alcanzadas por el Ejército Liberal del Norte, pensaron: “¡qué tan próximo estará el triunfo de nuestras armas, cuando hombres como éste vienen á nuestras filas!”—y sus amigos se dijeron: “cuán justa debe ser nuestra causa cuando los ciudadanos pacíficos no pueden ya prescindir de lanzarse ellos mismos á la arena sangrienta! Lástima, diremos nosotros, que este ejemplo de civismo, *no de civilismo*, seguido con en-

tusiasmo por algunos liberales en Santander y en el Tolima, no hubiera tenido en Bogotá imitadores sino en muy escaso número y mucho después, y eso, en la mayor parte, compelidos por dos fuerzas convergentes: la aproximación de los ejércitos comandados por los Generales Rafael Uribe y Foción Soto, y al mismo tiempo, la presión ejercida por algunos dictatoriales.

II

Conseguidos algunos recursos en Viotá, incorporados veintidós hombres armados con que se presentó Samper y sus escasos pero valiosos elementos, el General Ibáñez, impuesto de la situación del enemigo en la región circunvecina, resuelve moverse inmediatamente sobre Fusagasugá.

Momentos antes de emprender la marcha, llegan al campamento noticias sobre la batalla de *Palonegro*. Todas anuncian un triunfo completo y definitivo para el Partido Liberal. Era el 21 de Mayo. Las armas de la dictadura y las de los defensores de las instituciones republicanas aún se cruzaban en desigual duelo á muerte en ese memorable campo de matanza; aún no había concluído ese pugilato bestial, de quince días en que, con admirable heroísmo, pero con lastimosa ineptitud, se vertía á torrentes la sangre de los colombianos.

Pero como en Bogotá se recibían noticias contradictorias respecto del desenlace de la batalla, debemos suponer que el Supremo Consejo Revolucionario comunicó de buena fe el triunfo al campamento de Ibáñez. Este hace formar las tropas en la plaza de Viotá, y el General Ricardo Morales R. les lee las noticias y les dirige una corta arenga. Surgen de nuestras filas atronadores vivas á los *Restauradores del Norte*, y todos, Jefes, Oficiales y soldados, emprenden marcha, alborozados, pero en silencio, en íntimo recogimiento, hundida el alma en profundos y gratísimos ensueños.

Rarísimas veces, como en ésta, ha producido benéficos resultados una noticia falsa y trascendental,

transmitida por los amigos mismos, de quienes se espera con más derecho la verdad, la sola é imponente verdad. Luégo veremos cuán funesto fue el procedimiento, erigido en *sistema*, que con lamentable tenacidad puso en constante práctica el titulado Supremo Consejo Revolucionario, para engañar á los Jefes del Tolima, anunciándoles como triunfos los desastres, y haciéndolos contar con fuerzas y elementos auxiliares que jamás existieron, como no fuera en la imaginación de los Supremos Consejeros más escondidos.

Pernoctámos en la hacienda de *Liberia*; al día siguiente pasámos por el *Alto de La Cruz*—donde más tarde había de morir santamente el R. P. España, de la Compañía de Jesús, cumpliendo su evangélica tarea de exterminar liberales con devoción,— y por el caserío de Cumaca y el pueblo de Tibacuy, situados ambos en la falda Sudoeste de la Cordillera de Subia, sobre el hermoso y alegre valle por donde corren los ríos Cuja, Panche y Sumapaz.

Hacia las dos de la tarde llegámos á *El Chocho*, valiosa propiedad del Sr. Angel María Caballero, y allí el General Ibáñez, oídos atentamente los informes de algunos amigos de Fusagasugá, relativos á las fuerzas que había en esa plaza, al mando del Prefecto de la Provincia, General Aníbal Márquez, de un Sr. Deogracias Lozano, Jefe de los famosos Arbeláez, y de un Escobar, cabecilla de los Soachas, tomó sus últimas disposiciones para el ataque á la población.

Al amanecer, ya había despachado á marchas forzadas al bizarro Coronel Belisario Arciniegas, con el *Escuadrón Córdoba*, á ocupar el puente de *La Aguadita*, sobre el río Blanco (el mismo Panche ó Chocho), en el camino real que conduce de la capital á Fusagasugá, con el fin de interceptar al enemigo, en caso de que intentara retirarse hacia la Sabana, ó de que le vinieran de allá refuerzos.

El General Ricardo Morales R. avanzó por el camino de *Las Chochas*, con parte de una columna; otra, al mando del General Eugenio Carrillo, siguió por el camino de *El Novillero*; los *Batallones 1.º y 2.º de Cundinamarca*, puestos bajo las órdenes de

Nicolás Buendía C., así como el Estado Mayor, ó sea el General Ibáñez, su Jefe de Estado Mayor General, General Teodoro Pedrosa—quien ocupaba ese puesto temporalmente, en reemplazo del General José Joaquín Caicedo,— los Ayudantes, &c., entraron por el *Puente del Aguila*.

A las 6 y 30 p. m., favorecidos por una densa niebla, lográmos colocarnos en los lugares convenidos para rodear al enemigo y reducirlo á sus propios cuarteles. Fue tan bien dispuesto este movimiento y ejecutado con tal exactitud, que el mismo Jefe enemigo reconoce haberse dejado sorprender. Así lo dice en una declaración que hizo por la Prensa *, en Bogotá, con el fin de sincerarse del cargo injusto é infundado de traición, que le hicieron algunos de sus copartidarios, indignados por el éxito sorprendente que obtuvo el General Ibáñez, á pesar de lo reducido de su fuerza y de lo exiguo de sus municiones, éxito que únicamente se debió al arrojo y astucia de Ibáñez, á la disciplina y al valor de sus subalternos y soldados, y á la débil resistencia que opuso el enemigo, no obstante contar con fuerzas de igual ó mayor número, con sobrados elementos y protegidos por muros y trincheras.

La relación de Márquez, publicada en el periódico oficial, adolece de algunas falsedades: Márquez imita á otros servidores del Gobierno que, prisioneros, se manifestaban en extremo agradecidos por las consideraciones que le dispensara la reconocida hidalguía de los Jefes liberales, y puestos en libertad, al retirarse lejos y en salvo, acudían á *El Orden Público*, á darse algún desahogo insultando soezmente y calumniando con refinada bajeza, á quienes sólo se podría increpar, como al noble General Ibáñez, su excesiva lenidad. Dice Márquez así:

“Prisionero yo, fui conducido inmediatamente al Estado Mayor de los rebeldes, no sin que al conducírseme á aquel lugar dejara de haber sido atacado desde las ventanas con revólveres é insultado por

* *El Orden Público*, número 173, de 12 de Junio de 1900.

el sinnúmero de gentes que á mi paso se encontraban en las calles por donde fui conducido. Durante este tiempo, mi casa fue víctima de un completo saqueo, pues ni la ropa *interior* (sic) de mi esposa se libró del pillaje de los que proclaman *honradez y libertad, &c.*”

El Estado Mayor de que habla este adalid conservador ó nacionalista, es decir, regenerador, quien, por lo visto, no había descollado en Zaragoza, ni en Gerona, ni en Zamora, es simplemente un mal cuarto del *Hotel Uribe Uribe*, perteneciente á una Sra. Godoy, quien hizo la buena obra de custodiar-nos al Jefe enemigo, con sus fámulas. Los ataques con revólveres y los insultos, obra son de una imaginación afectada por el miedo, y debieron acudir á su espíritu angustiado, después, en afanoso tropel ó en febril caleidoscopio, cuando la señora dueña del hotel, queriendo vengarse de alguna mortificación que le hubiera causado el Sr. General D. Aníbal Márquez, le presentó un vaso *lleno* de aguardiente y se lo hizo tomar íntegro “á la salud de Rafael Uribe Uribe!” El del saqueo debió ser el caballero Pedrosa, que estuvo en la casa del Jefe de la plaza, ó Samper Uribe, quien, como Secretario general de Ibáñez y en acatamiento á sus órdenes, fue á entregar en propia mano al Sr. Márquez, en su casa, cuando ya lo habían puesto en libertad, un *certificado de bravura* que el General Ibáñez, con generosidad jamás desmentida, consintió en dar á su adversario rendido, y á solicitud de éste, quien veía venirle encima, de parte de sus copartidarios, el cargo de traición ó cobardía. El Secretario se lo entregó delante de su esposa, á quien dijo: “Compare usted, señora, y usted también, General, la conducta nuestra, la de las cuadrillas de malhechores y dinamiteros, como ustedes nos llaman desvergonzadamente á los que tenemos qué perder y reclamamos nuestros derechos conculcados, con la manera de proceder los agentes del Gobierno, y á ese efecto, sírvanse prestarme atención á la lectura de este certificado que tan noblemente les concede el General Ibáñez, y luégo á la de este telegrama del Gobernador Dulcey, referente á mí, que acaban de traerme los

que invadieron la oficina telegráfica, orden infame para asesinarme, dada con la esperanza, con la probabilidad, con la seguridad tal vez, de que yo pronto caería en poder de usted.”

En el periódico oficial dijo alguien, no sabemos si su Redactor, Sr. Juan A. Zuleta, la siguiente asquerosa calumnia:

“Sabemos *de una manera cierta* que los liberales que entraron á Fusagasugá en la semana pasada, fieles á las prácticas que han acostumbrado, escogieron la casa cural como objeto de sus depredaciones y atropellos, &c.”

“Persona que ha venido de allá nos informa que el mismo Aristóbulo Ibáñez en persona penetró á la casa cural á rondarla, ó mejor dicho, á esculcarla, que insultó al Sr. Cura, á los Dres. Bernal y Riveros, curas de Pasca y Tibacuy, y á las señoritas hermanas de aquél, que les robó todas sus bestias y monturas y que las redujo á prisión.”

El General Ibáñez ni siquiera entró á la casa cural. Los que allí estuvieron fueron Samper Uribe y Nicolás Buendía C., caballeros á quienes suponemos les causaría más que indignación, verdadera hilaridad, el saber que se le imputaba semejante *fazaña*, más propia de quien la publicó. El primero acudió, por llamamiento de Márquez, para tratar del asunto del certificado de bravura, que Samper se demoraba en escribir y mandar, imaginándose que Ibáñez hablaba de broma, y Buendía fue á buscar elementos de guerra escondidos en la casa cural, en desempeño de sus funciones de Intendente, puesto con que lo había honrado el General Ibáñez, y que por sí solo daba á entender la confianza que merecía. Su pesquisa no fue inútil, pues encontró catorce rifles, siete machetes y algunas municiones, y además capturó varios hombres en armas, escondidos en un zarzo.

Debióse el triunfo no tan sólo á los esfuerzos de los asaltantes. Holguémonos reconociendo que buena parte correspondió á los honrados habitantes de la población, y en especial á sus muy distinguidas damas, cuya patriótica abnegación jamás desfalleció durante la guerra, no obstante las amenazas y per-

secuciones de groseros é inhumanos Jefes del Gobierno. Ellas prestaron importantes servicios durante el combate, dando informes oportunos y consiguiendo hachas y otras herramientas para derribar tapias y facilitar á los nuestros el acceso, por los solares, á las casas de la plaza que servían de cuarteles al enemigo, y en donde éste se mantuvo encerrado, sin intentar siquiera una salida, hasta que enarboló su bandera blanca. Pero, seamos justos, y agradezcamos al Sr. Aníbal Márquez la manera admirable como nos secundó, renunciando á desplegar su gente tras las numerosas cercas de piedra que hay en toda la ciudad, concentrándose en la plaza, y, por último, atribuyéndonos, en su amedrentado espíritu, un número cinco veces mayor.

Para hacerle creer que tenía que habérselas con muchos asaltantes, y como no hubiera sino *un solo corneta*, el General Ibáñez apeló á un ardid. En el mejor caballo montó al corneta y le ordenó tocar *¡atención!* en una esquina, despedir el caballo hasta la otra, allí dar el mismo toque, al instante dar el mismo toque en las otras dos esquinas del cuadro ó marco que se le formó al enemigo, y repetir incessantemente la operación. Parece que el efecto no fue del todo vano, á juzgar por lo que dice Márquez: “Tuve conocimiento de que una fuerza al mando de los Jefes ya expresados, en número de *mil quinientos hombres*, atacaría la plaza.” ¿De dónde salían los 1,500 hombres? En *El Orden Público* número 164, de 1.º de Junio de 1900, leemos: “El combate de La Morena y Ambato ha sido la disolución real y efectiva del Ejército formado por Caicedo, Ibáñez y demás Jefes revolucionarios.” “Hoy los restos del Ejército de Ibáñez recorren, divididos en pequeños grupos, sin concierto ni plan, las orillas del río Magdalena.”

Aprovechemos esta oportunidad para hacer saber á nuestros copartidarios indiferentes, por boca del enemigo mismo, la enorme desproporción numérica con que nuestros denodados Jefes del Tolima, tuvieron que sostener su titánica lucha en defensa del Liberalismo oprimido. En *El Orden Público* números 137 y 138, de 1.º de Mayo de 1900,

leed lo que dice un miembro importante del Partido Conservador en el Tolima, que ocupaba puesto elevado en la pasada Administración:

“No exagero al asegurar que, incluyendo las guarniciones de los pueblos, hay actualmente en armas, en defensa de la Legitimidad, no menos de *trece mil hombres.....*”

“En la Provincia del Norte están concentradas las fuerzas de Ibáñez, Marín y Rosas, las cuales, como dejo dicho, forman un efectivo de *dos á tres mil hombres, muy escaso de pertrechos.*” Tened en cuenta que para disculpar frecuentes y vergonzosas derrotas, los Jefes del Gobierno exageraban las fuerzas y los recursos de los revolucionarios; descontad de las cifras anteriores siquiera *mil*, quedarían de mil á dos mil *antes* de la Sierra; acordaos de este enorme desastre, y comprenderéis por qué, en los momentos á que hacemos referencia, en la toma de Fusagasugá, nuestras fuerzas no pasaban de los trescientos hombres de que os hemos hablado. Ahora decidnos: ¿No os perturba algo vuestra conciencia de liberales indiferentes, la indomable energía que debieron desplegar nuestros abnegados Jefes en el Tolima, su incontrastable valor, sus duras privaciones, sus amargos sufrimientos? ¿No os dais cuenta de cuán terrible debió ser su constante y sangrienta brega de tres años en defensa de nuestra causa común, de los derechos de todos nosotros, exponiendo su vida diariamente, hoy muriendo, y mañana, cual nuevo Fénix, renaciendo de sus propias cenizas, al calor de una fe inquebrantable en la justicia de su causa y de ardiente amor á la libertad? ¿No merecen de vosotros esos hombres sino censuras? ¿Ni un alpauso?

Si acaso, hábiles oportunistas, lo reservabais para cuando entraran triunfantes á la capital de la República, recibid siquiera una lección de nuestros enemigos. Oídlos: * “La Revolución agoniza, pero es preciso confesar que los rebeldes de este Departamento se han batido como valientes en todas partes, como lo acredita el hecho de que se hayan li-

* Orden Público, números 137 y 138.

brado en ese Departamento no menos de treinta sangrientos combates.” ¿No respondéis? ¿Asoma á vuestros labios la sonrisa de desdén con que, afectando la elevación de las almas nobles, las innobles, remedándolas, sólo quieren ocultar su deslealtad?

Y no se tomen nuestras censuras á los *indiferentes*, por elogios á los revolucionarios de oficio. ¡Nó! Opinamos que á éstos se les debiera aislar, como á criminales natos, que no de otra manera deben mirar los hombres cuerdos á los que, ó por ambición, ó por medros personales, juegan la vida de los hombres en empresas descabelladas.

Gracias á la prontitud con que el enemigo se rindió, el triunfo de Fusagasugá no nos costó más de treinta bajas, entre muertos y heridos. Entre las pérdidas más sensibles, además del joven Arbeláez de que habla Márquez, tuvimos que lamentar la del anciano Coronel Materón, reliquia de la antigua Guardia Colombiana. Asomado por curiosidad á una ventana como simple espectador, fue muerto por los Soachas que estaban en lo torre de la iglesia.

Quedaron en poder nuestro 160 individuos de Arbeláez y 90 de Soacha. Todos fueron puestos en libertad por orden de los hidalgos Generales Ibáñez y Pedrosa. A los Jefes y Oficiales se les exigió el compromiso de honor, que no supieron cumplir en su mayor parte, de no volver á tomar armas en defensa de la Regeneración, y á los soldados se les expidieron salvoconductos y se les dieron auxilios de marcha. Así procedían los cabecillas de las cuadrillas de malhechores. ¿Cuál fue la conducta de los defensores de la Legitimidad, del Hogar y de la Religión? ¿De los inspirados por la Divina Providencia? Poco á poco iremos exhibiéndola.....

Con las 300 armas tomadas al enemigo, la mayor parte *grass*, quedó uniformado el armamento de nuestros soldados, y fue posible levantar algunas fuerzas en la región. Puede decirse, sin exagerar, que esta acción de armas, aun cuando no de las más sobresalientes en sacrificios y en hazañas heroicas, tuvo tanta trascendencia en el Tolima, que debe considerársele como el renacimiento de la guerra en ese Departamento.

Hemos dicho que nuestros Jefes, Oficiales y soldados pelearon con denuedo. Réstanos sólo agregar que la parte más ruda en el combate correspondió en esta vez á dos Jefes de Batallón recientemente incorporados al Ejército del General Ibáñez, representantes del contingente cundinamarqués, los Coroneles Honorato Barriga y Luis C. Navarrete, quienes hicieron gala de la mayor intrepidez.

Con el laconismo de los hombres de acción, el General Ibáñez, cuando aún se oía el eco de los últimos disparos, comunicó al Supremo Consejo Revolucionario que la plaza se había rendido, “conmemorando así ese día clásico en los anales de la Dictadura” (23 de Mayo), y le dio muy somera cuenta de los resultados obtenidos. Pocos días después, acabando de triunfar en *La Quinta*, Ibáñez recibió una comunicación del Supremo Consejo Revolucionario, en que le censuraba la concisión de su lenguaje en el párrafo que anunciaba la toma de Fusagasugá, y el hecho de no haber enviado un párrafo bien detallado y por *el conducto regular*, ó sea la Jefatura de Estado Mayor General.

Hácenos pensar esta necedad en las múltiples y combinadas causas que contribuyeron eficazmente al desastre final de la Revolución, no obstante haber tenido ésta en algunas ocasiones elementos cuantiosos, arrebatados en su mayor parte, audaz y felizmente, al enemigo, y siempre la fuerza que dan la conciencia del derecho y la razón que asiste á los defensores de un pueblo oprimido; y á pesar también de que la desmoralización reinó siempre en las filas del Gobierno. Este, con su armazón podrido pudo, sin embargo, sostenerse por la organización y sólida estructura consiguientes á todo Gobierno, aun al peor imaginable, mientras que la Revolución, desautorizada desde su principio por su funesto Directorio, no se encendió simultáneamente en todo el territorio de la República, y no contó desde un principio con el apoyo de todos los buenos liberales.

Por el contrario, inició su marcha vacilando, por fracciones, en lugares muy lejanos unos de otros, con intermitencias, prendiendo allá cuando se había

extinguido aquí, sin plan ni concierto entre los diferentes grupos en armas, con pésimas fuentes de información, con escasos elementos, sin recursos pecuniarios, y en algunas partes, como en el Tolima, aguardando órdenes para concurrir á un plan general de una Dirección titulada suprema, pero que no daba señales de vida. No fue insignificante el mal que resultó de la falta de seriedad y de respetabilidad en algunos individuos de los que constituían las Juntas revolucionarias, de la ausencia de rectitud en varios de sus agentes, de la ignorancia en casi todas ellas respecto al teatro de las operaciones y al arte de la guerra, y sobre todo de su incomprendible pretensión de sugestionar á los Jefes del Tolima con absurdos planes, que basaban en supuestas combinaciones emanadas del Ejército del Norte, y que sin escrúpulo alguno reforzaban con noticias falsas. Fue también perjudicial á nuestras armas la ignorancia en achaques guerreros de muchos de nuestros Jefes, aun de los que con más ahinco y tenacidad aspiraban á ser tenidos por caudillos. Decimos esto por haberlo presenciado, por haberlo palpado penosamente. Nosotros mismos, noveles como éramos, ignorantes como hemos quedado á pesar de nuestros esfuerzos y de la buena voluntad con que asiduamente nos dimos al oficio, tuvimos á veces que aceptar puestos muy superiores á nuestros pobres conocimientos, porque al rehusarlos, habrían quedado en manos de hombres más ineptos, menos serios, y, si cabe, más á oscuras de las elementales nociones de estrategia y aun de simple táctica militar.

De aquí, por supuesto, no queremos desprender cargo alguno contra nuestros Jefes de buena voluntad, pues si veteranos, ó los más hábiles, no fueron á nuestros campamentos, culpa fue de ellos mismos el no haber ayudado con sus luces en la dirección de las operaciones. Al lado de personas que, en defensa de ideas y con abnegación patriótica, ofrecían vida, bienes y hacienda, hubo, sin embargo, triste es confesarlo, copartidarios en armas que como Restauradores no iban á serlo precisamente de las instituciones republicanas: limitábanse á pla-

giar á la gran mayoría de los Jefes del Gobierno..... Tampoco faltaron en nuestros campamentos agentes del Gobierno, enviados expresamente, con la carreta de republicanos, para traicionarnos, y personas cuya ambigua conducta es un enigma aún indescifrabable. Después de los desastres, y á raíz de su consiguiente desmoralización, no faltaron Jefes que para formarse adictos concedieran irreflexivamente ascensos inmerecidos y por tanto inconvenientes.

Recordamos haber visto con sorpresa, después de Tibacuy, gentuza bien vestida por su nuevo Jefe, calzada de bota alta, con espada al cinto, cuando en realidad algunas de esas gentes hubieran merecido corrección por haberse distinguido anteriormente con sus faltas ó con notoria cobardía en los campos de batalla. La indiferencia en nuestros Jefes por la disciplina de las tropas, motivada en unos por su propia ignorancia y principalmente por el deseo de ocultarla, y en otros, por censurable descuido ó culpable contemplación con sus aduladores, tuvo funestísimas consecuencias; asimismo, la falta de subordinación en los subalternos principales, y de energía y de severidad en algunos Comandantes en Jefe. Hay más: cuando la fortuna parecía favorecernos, surgían en nuestros filas individuos que, incapaces de exponer su vida en los combates y aun de aparentarlo, mostraban sobradas energías para hacer política personal, para bregar por disputarse los soñados destinos de su rapaz imaginación; hombres pusilánimes, dobles y talaces, que, á la sombra de nuestros desgarrados y ensangrentados pabellones, ponían en juego bajas intrigas y prestaban al enemigo, admitamos que inconscientemente, el más eficaz apoyo, introduciendo la discordia entre nuestros Jefes, fomentando rivalidades, infundiendo recelos entre los servidores de méritos, despertando ambiciones, inconcebibles por lo mal fundadas; y, en fin, como fatal consecuencia de todo ello, entorpeciendo las operaciones militares y contrarrestando el valor y la abnegación de nuestros pobres soldados, héroes anónimos siempre dispuestos al sacrificio.

III

Sabedor el General Ibáñez de que en el caserío de *La Quinta (Icononzo)* había una fuerza enemiga, compuesta de 200 hombres, al mando del Coronel Próspero Piedrahita, y de que este Jefe tenía, además de las armas y municiones correspondientes á sus soldados, otros elementos de guerra en número considerable, destinados para levantar tropas entre Icononzo, Melgar y el Carmen de Apicalá, resolvió seguir inmediatamente á atacarlo, procurando, con extrema celeridad y no menor sigilo, darle una sorpresa.

Al amanecer del 24 de Mayo, día siguiente á la toma de Fusagasugá, emprendió la marcha Ibáñez. Habiéndose detenido tan sólo un rato á media noche, en el alto de *Tizince*, para estudiar y disponer definitivamente el plan de ataque, el 25 á las 6 a. m. se presentó al pie de *La Quinta*, y poco después empeñó el combate, sorprendiendo al enemigo, que se atrincheró en las casas y cercas del poblado. Por una mala interpretación, que pudo ser funesta, la mitad de nuestra fuerza, la Columna del General Eugenio Carrillo, tomó la vía del puente del *Boquerón*, de Sumapaz hacia Melgar, alejándose del lugar de la refriega, á órdenes del General Leonidas Romero. Solamente concurren al asalto *los Batallones 1.º y 2.º de Cundinamarca*, cuyos Jefes, Barriga y Navarrete, dieron en esta vez, como en todas, brillantes pruebas de su arrojo, y el *Escuadrón Córdoba*, cuyo gallardo Jefe, Belisario Arciniegas, herido al lado de Ibáñez y de sus Ayudantes, murió pocos días después, dejando hondísimo vacío en nuestras filas. Piedrahita, muy al contrario de Aníbal Márquez, se defendió con denuedo, pero al cabo de tres horas de recio batallar, cayó en nuestro poder con toda su gente y con todos sus elementos. Entre los prisioneros pudimos reconocer algunos de los que en Fusagasugá acababan de recibir pasaporte y auxilios de marcha para retirarse á sus hogares; pero ni esos mismos fueron exceptuados por el bondadoso General Ibáñez, cuando, siguiendo sus

nobles impulsos, dio la orden de poner en libertad á los vencidos. Solamente retuvo á Piedrahíta, por habérselo suplicado así muy encarecidamente algunos vecinos, que se manifestaron por demás aterrados con la idea de que se lo dejaran. No nos consta que semejante terror fuera fundado.

Preocupado el Secretario de Ibáñez con las ventajas estratégicas que para defender la región de Fusagasugá y Pandi ofrecía su topografía privilegiada, propuso, con la mayor insistencia, á su Jefe, que permanecieran por ahí distribuyendo las fuerzas en los sitios más convenientes, medida que pareció también acertada mientras se recibían de la capital noticias decisivas respecto á la batalla de *Palonegro*. Pero el General Ibáñez, muy seriamente alarmado por la suerte que hubiera corrido su segundo el General José Joaquín Caicedo, de quien no tenía noticias recientes, prefirió á *todo trance* avanzar al centro del Tolima, en su auxilio. Como rasgo, entre muchos que pinta el carácter leal y consecuente de Ibáñez, recordamos que, fiel á su costumbre de no alardear con espada al cinto, ni con uniforme ni insignias militares, como no fuera el obligado distintivo de la cinta roja en el sombrero, rehusó la espada que el General Márquez entregó al rendirse, pero la exigió para el General Caicedo, entonces el Jefe de su predilección, á quien, decía, deseaba ofrecérsela personalmente para demostrarle que se acordaba de él, no sólo en la adversidad, sino también en las alegres horas de los triunfos.

Resuelta la marcha al centro del Tolima, en busca de Caicedo, á quien también se le llevaba valiosa provisión de armas y municiones, cogidas todas al enemigo, Ibáñez salió el 26, y no se detuvo en Melgar y El Carmen sino el tiempo apenas necesario para armar alguna gente de esos Municipios y para disponer alguna organización local, militar y administrativa. Mombó Jefe de la región al General Ricardo Morales R., dejándole á sus órdenes al Coronel Gonzalo González, al Comandante Nicolás Aguilar, ambos activos y hábiles agentes de la Revolución en la comarca, y al General Leonidas Romero, á quien, por haberse ido á Melgar cuando se comba-

tía en La Quinta, sin orden expresa de la Comandancia en Jefe, y por haber hecho expropiaciones no autorizadas, se le retiró el mando militar que llevaba en el Ejército, y se le dio en cambio el nombramiento de Instructor é Inspector de las guardias municipales de las referidas poblaciones.

En *Chiriló*, hacienda del General Laurencio Cárdenas, gobiernista, estuvo á punto de caer en nuestras manos el General Nicolás Perdomo, quien se escondió en un zanjón dejando trazas, pero Ibáñez impidió que se le persiguiera. Ha sido Perdomo, como todos lo sabemos, ejecutor de monstruosos fusilamientos ó asesinatos políticos ordenados desde el Palacio de San Carlos por el mojigato Marroquín, y por su brazo derecho un General de Oficina que ganó sus charreteras, no exponiendo el pecho á las balas de sus francos adversarios, sino con extorsiones y ultrajes á los inermes encarcelados, y martirizando á los prisioneros y vencidos. Este hombre execrable, llamado Aristides Fernández, aunque demasiado oscuro y sin ilustración ni talento, se hizo necesario en el cristiano Gobierno de los traidores del 31 de Julio, tanto por su práctica policial, principalmente en lo que se roza con la delación, como por su insaciable sed de sangre liberal, y, en especial, de la de las personas de elevada posición social..... ¡Y..... ¡oh manes de Bolívar y de Santander!, este individuo ha sido uno de los candidatos á la Presidencia de la República.

¡Oh bendita Regeneración, oh vosotros, sus apóstoles, y vosotros, sus discípulos, y vosotros los que, no por medros personales dentro del ancho molde abierto de par en par por el diabólico Núñez, sino con el pretexto del *enemigo común*, habéis tenido el perdurable honor de solícitos alcahuetes; todos, todos vosotros, sois responsables de que Colombia, en otro tiempo altiva cerviz de la América del Sur, sea hoy tratada por la Europa entera y por el Continente americano, como una vieja meretriz!

Contemplad vuestra obra.

La ruina de la Patria.

La degradación de nuestra juventud.

La salida á la superficie social de los bajos revoltillos de la hez;

La relajación completa de los caracteres;

La extinción del patriotismo en las almas colombianas;

La traición de Huertas en Panamá y la desmembración del territorio patrio;

El desprecio con que el mundo entero punza hoy nuestras heridas.

Y, por último, la candidatura de Fernández, ¡qué oprobio!

Pasando por Santa Rosa, Prado, La Morada y Dolores, despertando intenso regocijo dondequiera, sobre todo en la última población, cuyos habitantes daban gracias á Dios por volver á ver al General Ibáñez rehecho y triunfante, llegámos el 5 de Junio por la noche á la hacienda de *Tinajas*, en cuya proximidad se esperaba encontrar al General Caicedo. Este, efectivamente, se hallaba al frente, en la banda occidental del río Magdalena. Allí lo conocimos al día siguiente, que pasámos el río en la comitiva del General Ibáñez, y tuvimos la satisfacción de comprobar, por el estado de sus tropas, los heroicos esfuerzos que hizo después de la Sierra y de Ambato, para escapar al enemigo y reaparecer con fuerzas listas para nuevos combates. Le oímos referir que tres días antes había rechazado en Nacaroco á D. Toribio Rivera (*alias El Catimbo*), personaje á quien nadie en Colombia habrá dejado de oír nombrar como el rival de Nicolás Perdomo, por su celebridad sanguinaria y por haberla puesto de relieve ambos con igual empeño, en el mismo Departamento y en defensa de los mismos *ideales*.

Ibáñez suministró las armas que necesitaba Caicedo, principalmente para armar la guerrilla del *Avenegra*, comandada por el temerario antioqueño Juan C. Uribe, la cual se había incorporado hacía poco y era la misma que había dado tanto que hacer al Gobierno con sus atrevidas y repentinas incursiones en la vía férrea de Girardot á Juntas de Apulo. Ambos Jefes determinaron obrar rápida y simultáneamente sobre las fuerzas de los Generales Gallego y Aguilar. Nos parece que el segundo Jefe no era, en Ilarco, Aguilar sino Leopoldo Torrente y Buendía, que se hallaban en Natagaima y Purifica-

ción, y á ese efecto, Ibáñez repasó el río y regresó á su campamento de *Tinajas* á tomar las disposiciones conducentes. Al día siguiente hizo marchar para el campamento de Caicedo, poniéndolos bajo las órdenes directas de éste, á los *Batallones 1.º y 2.º de Cundinamarca* y al *Escuadrón Córdoba*, que se unieron por la noche en Natagaima, con las fuerzas comandadas por los Generales Cesáreo Pulido, Pablo E. Bustamante y Victoriano T. Trujillo, todos tres compañeros de Caicedo, y que, sin tomar descanso alguno, siguieron para Ilarco, á donde llegaron al amanecer del día 8. En este sitio y al pie de las colinas de La Guitarra, empeñó el combate el General Caicedo, á las seis de la mañana, sin aguardar la llegada del resto de las fuerzas del General Ibáñez. Este se ocupó el día 7 en hacer avanzar las tropas que venían atrás con el General Pedrosa, todavía Jefe de Estado Mayor General, y el día 8, juzgando inminente la ruptura de los fuegos por Caicedo con el enemigo, colocó en la banda oriental del Magdalena, frente á Ilarco, al *Escuadrón Volante*, comandado por los Coroneles Rodolfo Durán y Ricardo Denis, para atacar de flanco al enemigo, y tratar al mismo tiempo de impedirle la retirada por el río, y dispuso que el Coronel Esteban Tobar, á la sazón Jefe de Estado Mayor de una Columna, marchara rápidamente en busca de Caicedo, para apoyarlo, por la vía de Natagaima, con el *Batallón Caquetá*, de que era Jefe el Coronel Eduardo Posse. Tobar, desobedeciendo la orden del Comandante en Jefe, permaneció largas horas en Natagaima, con el fútil pretexto de levantar recursos para racionar la tropa y el Batallón, cuyo retardo se hizo sentir duramente en momentos de angustia, en que pareció que el enemigo nos arrebatara la victoria; no se presentó al campo de batalla sino á las cinco de la tarde, once horas después de iniciada la refriega y cuando nuestros adversarios hacían sus últimos disparos en retirada.

El General Caicedo desplegó en esta ocasión su acostumbrada fogosidad, y tenía á sus órdenes Jefes muy recomendables: veteranos y pundonorosos, como José Joaquín Vernaza; jóvenes de valor

consciente, frío y sereno, como Federico Arbeláez; ardorosos Jefes de Batallón, de arrojo temerario, como Carvajal, Oliverio Durán, Ricardo Bustamante y otros cuyos nombres, por desgracia, no recordamos en este momento; hombres de impavidez y entereza reconocidos y notorios, como Nicolás Buendía C.; voluntarios de avería, como Juan C. Uribe; militares prácticos y de valor á toda prueba, como Victoriano T. Trujillo; y, por último, verdaderos leones en el combate, como Joaquín Buendía, Paulo E. Bustamante y Cesáreo Pulido. Con todo, varias veces estuvo Caicedo completamente derrotado, á causa de la desproporción numérica de sus fuerzas con las del enemigo, y ciertamente Ilarco, lejos de ser un notable triunfo de nuestras armas, habría parado en una monstruosa derrota sin el apoyo que á Caicedo le prestó gran parte de la fuerza de Ibáñez, y sin el entusiasmo que se apoderó de los combatientes liberales cuando supieron que el último había llegado en persona, á las dos y media de la tarde, á animar la lucha con su presencia.

El enemigo tuvo pérdidas muy numerosas, que creemos no bajaron de 200 hombres entre muertos y heridos; una de ellas le fue en extremo sensible, la muerte del valeroso Coronel Paulo Emigdio Briceño, joven hijo del General Manuel Briceño, Jeje de los más conspicuos del antiguo Partido Conservador, del verdadero. Sólo 80 armas y muy escasas municiones quedaron en nuestro poder, pues la proximidad del río Magdalena facilitó al enemigo la desaparición de elementos de guerra, llevándose los que pudo en uno de los vapores, y arrojando los otros al agua. Entre los pocos prisioneros recordamos un Capitán Cristancho, á quien se capturaba por tercera vez después de haberle dejado en libertad bajo *palabra de honor*. Entre muertos y heridos tuvimos 87 bajas, de las cuales 38 correspondientes á las fuerzas auxiliares de Ibáñez, y entre las pérdidas más lamentables recordamos á Francisco Ruiz, á Griseldo Mazabel, segundo Jefe del *Batallón Cundinamarca*, y al interesante joven Angel Alberto Caballero, muertos todos tres ejecutando acciones distinguidas de valor.

Para dar una idea de las peripecias del combate, y también con el objeto de rendir justo homenaje á uno de los héroes de esta jornada, quien relata sencillamente el papel que le tocó desempeñar, reproducimos á continuación algunos párrafos de una carta que conservamos, del General Honorato Barriaga, que en ese día memorable mandaba el *Batallón 1.º de Cundinamarca*, de la fuerza de Ibáñez. Dice así:

“ Los fuegos se rompieron á las seis de la mañana. Mi Batallón quedó de reserva. A las nueve a. m. me ordenaron avanzar al lugar del combate. Ocupé la cima de una colina, quedando mi fuerza formando la extrema derecha. Como recibiera orden de hacer alto, tendí la gente para hacer fuego, y para que quedara al abrigo de los proyectiles enemigos. A las doce empezó á agotárseme el parque, y mandé al Comandante Mazabel á pedirlo; poco rato después volvió diciéndome que no lo había. Recorriendo la línea con este Jefe, recibió una herida, de la cual murió segundos después.”

“ Desde el punto que yo ocupaba veía que parte de nuestras fuerzas se retiraban abandonando caballerías, y en preludio de derrota. Mandé entonces un Oficial á que le comunicara al General Caicedo que con el Cuerpo de mi mando aún podía dar una carga; que me hiciera el favor de darme el permiso para hacerlo. Casi inmediatamente llegó el General Caicedo. Le manifesté la confianza que tenía en mis Oficiales y soldados, y después de una arenga del General, marché á pasitrote sobre el enemigo, el que ocupaba unas casas cerca de la orilla del río Magdalena. Para que mis soldados no se percibieran de la falta de parque, hice tocar *cesar el fuego y armar la bayoneta*. La fortuna me favoreció, porque después de una brusca aunque corta carga con esta arma, estaban en mi poder las armas, pertrechos, brigada, una carga de vestuario y los Libros de la Comandancia del Batallón que comandaba el Coronel Paulo Emigdio Briceño, y varios Oficiales y soldados prisioneros. Después les

of decir á los Generales Caicedo y Vernaza*, que esta carga había decidido el combate en nuestro favor. Aquella noche dormimos en el mismo campo de batalla.”

Esperábase de Ibáñez algún castigo para el Coronel Tobar, de cuya conducta se quejaba, con razón, amargamente. Lejos de eso, al día siguiente del combate, al acampar en la hacienda de *La Arenosa*, por la noche, Tobar, alentado por su impunidad, y probablemente por algunos subalternos que no sabemos con qué miras venían avivando cierta displicencia en las relaciones de los Jefes, principalmente entre Ibáñez y Pedrosa, convocó una Junta de Jefes y Oficiales, con el fin de acusar á los Generales Ibáñez y Caicedo, y de proponer su destitución. En lo más fino de la Junta, cuando ya principiaban á destacarse oradores de oposición á estos dos Jefes, enrostrándoles, sobre todo al primero, el desastre de *La Sierra*, y haciendo, como es de suponerse, caso omiso de los recientes triunfos, por demás fecundos, obtenidos en Fusagasugá, *La Quinta é Harco*, el Secretario de Ibáñez, deseando conjurar el peligro de una desorganización, y aun disolución del Ejército, le salió al encuentro á las peroratas con una Manifestación escrita en esos momentos, que presentó á la firma de los Jefes y Oficiales de la Junta. Estos, casi todos, firmaron: los más, porque se les interpretaba sus deseos y sentimientos, y los menos, porque se desconcertaron. Esta sencillísima, pero oportuna maniobra práctica, dio al traste con los conatos de sedición. La manifestación, cuyo original tenemos á la vista, está concebida en estos términos:

“ Los infrascritos Jefes y Oficiales del Ejército Liberal del Tolima, ateniéndonos únicamente á los títulos adquiridos en los campos de batalla,

RECONOCEMOS

que los puestos de General en Jefe, Jefe de Estado

* Vernaza era entonces Coronel. Fue ascendido á General por el General Aníbal Currea, en Noviembre de 1900, en Tocaima. Este ascenso causó viva satisfacción á los amigos de Vernaza, pues veían con pena que seguía como subalterno de Generales de nuevo cuño autoascendidos, como sucede comúnmente.

Mayor General, Jefe de la 1.^a División y Jefe de la 2.^a División deben ocuparlos, respectivamente, los Generales Aristóbulo Ibáñez, José Joaquín Caicedo, Cesáreo Pulido y Teodoro Pedrosa, y

PARA BIEN DE LA CAUSA REPUBLICANA

suplicamos á los mencionados Jefes que no abandonen dichos puestos, *por ningún motivo*, antes de que se libre la batalla decisiva para el Partido Liberal en el Tolima.

Cuartel General en *La Arenosa*, á 9 de Junio de 1900.”

Entre las numerosas firmas que la suscriben figuran las siguientes: Paulo E. Bustamente, Victoriano T. Trujillo, Honorato Barriga, Antonio Samper Uribe, Nicolás Buendía C., Juan Vidal, Luis F. Rosales, Miguel Terrón, José María Falla, Juan de D. Uribe U., Segundo Santofimio, Ricardo Carvajal, José Joaquín Vernaza, Federico Arbeláez, Julio Carrillo, Ismael Santofimio, Mamerto García, Trifón Molano, Belisario Torres G., Manuel Rodríguez, Ricardo Morales Pérez, Ricardo Denis, Alí Barón, Rómulo Barón, Ricardo Bustamante, Rafael Ardila R., M. Olarte, Ignacio González V., Isaías Suárez T., Tomás Vela C., José Isidoro Pinzón, Paulo E. Casas, Francisco de P. Naranjo, Pedro Corredor M., &c. &c.

El General Ibáñez, apoyándose en el reconocimiento que de su Comandancia en Jefe acababan de hacerle los principales Jefes y Oficiales, confirmó los nombramientos de los Generales Caicedo, Pulido y Pedrosa. Luégo marchó á Purificación, donde reorganizó la fuerza, formando un solo Cuerpo de Ejército con sus tropas y las que tenía Caicedo antes de *Harco*. Este último Jefe, dos días después, por un incidente desagradable* ocurrido en la hacienda de *Saldaña*, presentó su renuncia ante algunos Batallones formados, pero por instancias

* El robo de una suma de dinero por algunos individuos (entre ellos un jovencito muy conocido en Bogotá, cuyo nombre nos permitimos callar), que asaltaron la oficina del Administrador de la hacienda.

de Ibáñez y del Ayudante, á quien éste comisionó, con tal motivo para arengar las tropas, Caicedo, aclamado por éstas, retiró su renuncia. Parecía entonces que nada hubiera de venir á romper la armonía tan necesaria entre los Jefes.

Pasámos en canoa el río Saldaña y llegámos al Guamo, donde se incorporó el Coronel Carlos Muñoz, quien venía de los Llanos. Como de tiempo atrás habíase transmitido alegremente á nuestros campamentos la noticia, muy halagadora, de que este Jefe, activo y emprendedor como pocos, había ido á Venezuela con recursos considerables para traer un armamento, no dejó de causarnos penosa impresión, verdadero desencanto, el ver que solamente traía unas cien armas, las de su gente, de muy diversas clases, medianamente municionadas, y de ribete no todas de las más modernas.

Seguimos al Espinal, y luégo, en dirección al puente de *El Chicoral*, sobre el río Coello, con el propósito de facilitar la incorporación de la pequeña fuerza levantada por el valeroso Caudillo de Ibagué, General Tulio Varón, y por su Jefe de Estado Mayor, Coronel Rafael Santos V., modesto Jefe, de valor y mérito indiscutibles, á quien más tarde tendremos ocasión de admirar, en la campaña de Panamá, en el lucido puesto de Jefe del *Padilla*. Se hallaban del otro lado del río, hacia *Doima*, en situación bastante crítica, á causa del rechazo que en unión del General Ramón Marín T. habían sufrido en Ibagué el día 9. Atacaron la ciudad el día 8 á las tres de la tarde, y tuvieron que abandonarla veinticuatro horas más tarde, después de una serie de encarnizados combates en las calles, con pérdidas considerables para una y otra parte. Los enemigos, capitaneados por varios Jefes, entre los cuales el que más activa y eficazmente colaboró fue el Coronel Antonio H. Mosquera, se defendieron con piezas de artillería, atrincherados en la casa de Gobierno, en *San Simón* y otros cuarteles. Los nuestros, incurriendo en el error, tantas veces cometido por los Jefes impacientes ó deseosos de forjarse rápidamente sonora nombradía, de atacar sin artillería poblaciones fortificadas y de fácil defensa, se estrellaron

vanamente contra los muros y trincheras, y á pesar de sus heroicos esfuerzos, apenas alcanzaron un triste resultado, pérdidas de sangre generosa y valiente en extremo valiosa, y el agotamiento casi completo de las municiones.

En la hacienda de *El Chicoral*, del Sr. D. Zacarías Caicedo, se hallaba enfermo, y fue capturado por nuestra gente, el General Juan S. de Narváez, uno de los principales vencedores en *La Sierra*, que á la sazón se hallaba retirado del servicio. Habiendo empeñado su palabra de permanecer neutral, el General Ibáñez que, como ya hemos visto, sabía confiar en el honor, y era noble y generoso, lo puso en libertad.

El día 17, efectuada la incorporación de Varón, y en vista de alarmantísimas noticias, que anunciaban que se nos venían encima por Girardot fuerzas muy considerables del Gobierno, al mando primero de Ospina Chaparro, y luégo de Nicolás Perdomo y Juan C. Ramírez, marchámos á Purificación, donde llegámos el 22, habiendo pasado por *La Mina*, *Luisa García* y el Guamo.

Antes de emprender ese movimiento, se recibieron de Bogotá, del titulado Supremo Consejo Revolucionario, algunos recursos (\$ 6,000 que conducía el joven Julio Córdoba, estudiante de medicina) y noticias recientes que confirmaban como nuestro el triunfo de *Palonegro*, y que, por centésima vez, pretendían hacernos confiar en la toma de Barranquilla y en victorias de no menos alcance, obtenidas por nuestros copartidarios en el Cauca.

Alguna sorpresa causó á Ibáñez y á sus compañeros que el Gobierno pudiera dedicarnos fuerzas de tanta consideración, no obstante deberse hallar en críticas circunstancias por los triunfos que nos anunciaban; pero, francamente, nunca nos imaginámos que de todas esas noticias, comunicadas con tanta insistencia y con visos de verdad, *ni una sola* resultara cierta. Hoy mismo nos parece imposible que los señores miembros de tal Supremo Consejo Revolucionario no hubieran sabido, en ese entonces, ó siquiera sospechado, por ejemplo, que *Palonegro* había sido para nuestras armas un golpe de gracia.

Al confirmar el triunfo de *Palonegro*, esos señores agregaban, como hecho indudable pero misterioso, que el General Vargas Santos, Comandante en Jefe del Ejército del Norte y Supremo Director de la Guerra, demoraría su marcha hacia la capital "para efectuar una operación estratégica que causaría la admiración de todos." Ibáñez, previendo que el Gobierno mientras tanto se consagraría con febril actividad á levantar más tropas para mandarlas al encuentro del Ejército Liberal del Norte, juzgó muy conveniente y oportuno que las fuerzas del Tolima se acercaran al corazón del Gobierno, con el fin de estorbarle esa tarea, y al efecto, resolvió marchar inmediatamente á Cundinamarca, á invadir la Provincia de Sumapaz y los alrededores y cercanías de Fusagasugá, ocupando los puntos estratégicos de que ya hemos hablado. También lo movía el deseo de dar algún descanso á sus tropas y de contener la deserción en las fuerzas cundinamarquesas, que se consideraban víctimas seguras de la fiebre. Y no les faltaba razón, pues ya se veían los estragos de tan terrible enfermedad. Entre los atacados por la epidemia recordamos al distinguido é inteligente joven Dr. Francisco Gómez, y al muy valiente General Eugenio Carrillo. Murió éste en *El Aceituno*, hacienda cerca del Chicoral, y aquél poco después, en la Villa de Purificación.

Habiendo convenido Ibáñez y Caicedo en que el último se quedaría por algún tiempo en el Tolima, despistando al enemigo, Ibáñez le dejó una de sus Divisiones para que la fraccionara temporalmente en guerrillas diseminadas en muy distintos lugares. Una de ellas, comandada por Paulo E. Bustamante, sufrió poco después, combatiendo contra fuerzas muy superiores en número, un cruento revés, en Amoyá, en el cual tuvimos entre otras pérdidas, una muy lamentable, la muerte del intrépido Coronel Ricardo Bustamante, hermano del General.

Carlos Muñoz siguió con Ibáñez. Pedrosa quedó sin fuerza alguna y recibió el nombramiento de Jefe de una 3.^a División que él debía formar, tomando por base las guardias municipales de El Carmen, Melgar, Cunday é Icononzo, y las demás tropas que

á la sazón estuvieran en esos lugares bajo las órdenes del General Ricardo Morales Ruiz. A su Secretario le dio Ibáñez el puesto de Jefe de Estado Mayor General.

IV

Antes de emprender los movimientos proyectados, llegaron á Purificación dos abnegados é incansables defensores de nuestra Causa, el muy patriota Dr. Guillermo Vila, que ejercía á medias y de manera extra-ambulante, el difícil cargo de Jefe Civil y Militar del Departamento, y el prestigioso General Ramón Marín, que venía desde Ibagué, donde, como ya dijimos, había sido derrotado. El General Ibáñez no pudo combinar plan alguno con ellos, entre otros motivos, porque venían en abierta pugna Vila y Marín, y porque éste solicitaba de Ibáñez y de Caicedo, pertrechos que no podían darle sin un verdadero sacrificio, pues no tenían de sobra. Marín resolvió entonces quedarse buscando paso hacia su predilecta región del Norte del Departamento, distrayendo mientras tanto las fuerzas enemigas al mando de Pompilio Gutiérrez, las que, decíase, hallábanse próximas á la desembocadura del Saldaña. Al pasar el Magdalena para invadir á Cundinamarca, supo Ibáñez que venía de la capital, y vencedor de una pequeña fuerza enemiga, en Santa Rosa (población del páramo), el General Juan Mac Allister, quien debía traer alguna gente y bastantes municiones. Ibáñez no había vuelto á saber nada de él desde que se le separó en el Chaparral, estando rodeado por el enemigo, y recibió la noticia con verdadero júbilo.

El 25 de Junio llegamos á Cunday, donde se tuvo confirmación de la salida de Mac Allister; pero corrió en nuestras filas, con acento de verdad, el rumor de que Pedrosa, disgustado con Ibáñez, y atribuyéndole la intención de alejarlo con su último nombramiento, pensaba obrar en combinación con Mac Allister pero no á órdenes de Ibáñez. Podía esta especie tener algún fundamento, dada la tirantez que se notaba en las relaciones de Ibáñez y Pe-

drosa, y la falta de acuerdo entre ellos, en esos momentos en que se iba á hacer un movimiento audaz y peligroso, tendría fatalmente que entorpecer las operaciones militares proyectadas, y, como consecuencia obligada, sería favorable al enemigo. Estas consideraciones fueron, sin duda, las que obrando imperiosamente en el ánimo del nuevo Jefe de Estado Mayor General, lo impulsaron á presentar su renuncia irrevocable, á exigirle al General Ibáñez que le volviera á dar ese nombramiento á Pedrosa, y á recabar de éste su aceptación, tarea esta última en que, nos consta, le ayudó pacientemente el General Vernaza. Sin embargo, Pedrosa no quiso aceptar sino varios días después, en Icononzo, si mal no recordamos. La fuerza, mientras tanto, había seguido para Melgar, donde acampó el día 27.

En la reorganización que Ibáñez y Caicedo habían proyectado en El Guamo y concluido en Purificación, antes de principiar la marcha hacia Cundinamarca, prescindieron de Pedrosa, procediendo así por sospechas, que nos complacemos en considerar mal fundadas, de que el último hubiera tenido parte alguna en los conatos de destitución intentados por Tobar en *La Arenosa*. El Secretario de Ibáñez, que, como era natural, estaba muy al cabo de los proyectos del Comandante en Jefe, exigió que á Pedrosa se le diera algún puesto importante, para que no regresara á Cundinamarca disgustado y de simple clérigo suelto, como ya se había despedido, y porque así lo consideraba de justicia, tratándose de un Jefe que ha servido siempre con desinterés y distinguiéndose por su notable impavidez en las horas de mayor peligro. Fue entonces cuando se le dio el encargo de levantar la 3.^a División. Así pues, debemos hacer constar que ese nombramiento no tenía por objeto alejar injustamente á Pedrosa, sino aprovechar sus servicios, dándole, al mismo tiempo, más libertad de acción.

Sensible es en demasía para nosotros, tener que entrar en estos detalles enojosos, que á nuestros lectores parecerán nimiedades; pero nos consideramos obligados á hacerlo. Contribuyen á poner de relieve las innúmeras dificultades de todo género con que

diariamente tenían que luchar nuestros principales Jefes del Tolima, y á hacer apreciar debidamente sus cualidades y sus defectos, la funesta influencia ejercida, en mala hora, en nuestros campamentos, por individuos que, dejándose llevar de móviles personales ó de innobles sentimientos, despertaban recelos entre nuestros Jefes, y, por decirlo así, atizaban sus resentimientos. Sin la conducta activa, enérgica, desinteresada, modesta y conciliadora del Secretario de Ibáñez, la desorganización en nuestras filas, de ello estamos persuadidos, habría sobrenido aun antes del combate de Ilarco.

Fuéranos dable atender únicamente nuestros deseos, y de seguro que nos limitaríamos á narrar esta campaña en la forma de una irresistible marcha triunfal, y así dejaríamos contentos á muchos; pero, no pudiendo y no debiendo faltar en lo más mínimo á la verdad, necesariamente tendríamos, llegado el caso, que mencionar incidentes que explican, á lo menos en parte, el porqué de nuestro mal éxito final. Esta misma consideración nos mueve á publicar aquí algunos documentos, sin que haya en nuestro ánimo la más leve intención de hacer expresamente cargos á determinados Jefes, máxime penetrados como estamos de que ellos darán, como lo deseamos cordialmente, satisfactoria explicación de su conducta cuando, no por culpa nuestra sino por la fiel relación de los hechos, apareciere censurable, ó por lo menos nada digna de encomio.

Principiaremos por transcribir una carta que arroja alguna luz respecto á la situación de nuestras fuerzas en ese entonces. Fue dirigida por el General Ibáñez al Dr. Aquileo Parra, con fecha 2 de Julio de 1900, desde el campamento de Melgar, y textualmente dice así:

“Muy estimado amigo:

“ Varias cartas le he dirigido del campamento, y aún no he sido favorecido con el honor de una respuesta.

“ Con parte considerable de mi Ejército, me he venido á la región del Sumapaz, con el propósito de

que la tropa descanse de las fatigas que ha sufrido en la ruda campaña del Tolima, donde ha tenido que luchar no solamente contra un enemigo siempre superior en número y recursos, sino también contra las barreras que interponen el Saldaña y el Magdalena, y, lo que es más grave, hallando por todas partes vómito negro, viruela y fiebre maligna. No pocas bajas hemos tenido por causa de estas terribles enfermedades, y entre ellas, una de las más recientes y más lamentables ha sido la muerte del General Eugenio Carrillo, acaecida hace unos diez días en *El Chicoral*, lugar donde quedó al cuidado de un amigo y con la asistencia de un buen médico.

“También me he propuesto, al adueñarme de la región del Sumapaz y de Fusagasugá, facilitar el ingreso á mis fuerzas de elementos que andan regados y en riesgo de perderse, y, principalmente, la salida de otros que estén listos en Bogotá. Si no aprovechan esta ocasión, difícilmente se presentará otra tan propicia.

“Vengo también en solicitud de vestuario para mis sufridos y valerosos soldados, que se hallan casi en completa desnudez.

“Si el General Caicedo acude pronto á mi llamamiento, es muy probable que la permanencia del Ejército por estos lugares pueda prolongarse hasta por un mes, sin la necesidad de empeñar un combate formal, pues con la fuerza que él tiene podremos holgadamente defender las diferentes porciones que circundan esta región, sirviéndole como de llaves para cerrar la entrada al enemigo, ó abrirnos la salida en caso necesario. Al retirarnos, procuraremos romper por la parte que el Gobierno deje más débil, y, mientras tanto, probablemente le distraeremos una fuerza muy considerable. Juzgo que para encerrarnos con probabilidades de éxito, tendrá que emplear de cuatro á cinco mil hombres.

“Aquí se duda seriamente del triunfo de las armas liberales en *Palonegro*. Hay más: se teme que haya sido un revés. Con ansiedad aguardamos detalles por conducto de usted, y desconfiamos de la veracidad de los que nos transmiten otros amigos, centros ó personas, porque tenemos sobrados moti-

vos para suponer que, con la laudable intención de favorecer nuestra causa, pero en realidad perjudicándola involuntariamente, exageran los triunfos nuéstros y las derrotas del enemigo, y adulteran la verdad en lo que se refiere á los elementos y fuerzas de que cada uno dispone. A nosotros se nos *debe* decir la verdad, y creemos *tener derecho* á saberla. Ahora, si de lo que se trata es de engañar al enemigo, el mejor medio, dado su sistema falaz, es la táctica de Colbert: el empleo de la verdad.

“El Centro Liberal bogotano, que se titula *Supremo Consejo Revolucionario*, y que, á juzgar por el título, se compone de los miembros más conspicuos del Liberalismo no militante, se queja, en alguna de sus comunicaciones, de que en este campamento se haya levantado una protesta unánime contra las noticias infundadas, y dice que, en *asuntos trascendentales*, jamás ha escrito nada que no sea la estricta verdad. Esas son, más ó menos, sus palabras, no las recuerdo con exactitud. Sin embargo, tengo á la vista una comunicación dirigida ‘á los amigos del Cauca,’ en que se les dice que en el Tolima tiene el Partido Liberal en armas *seis mil hombres*. ¡Cuánto dista este informe de la verdad! Repito, para no herir á nadie, que no dudo que las exageraciones van encaminadas á favorecernos, pero que el efecto es otro.

“Recibí de Bogotá una comunicación de una nueva Junta Liberal, cuyos miembros ignoro, porque no conozco los seudónimos de los que firman, pero la he leído con el más vivo placer, porque no solamente en ella se nos ofrecen auxilios de toda clase, sino que como credencial de sus propósitos y de sus serias intenciones, nos anuncia la suma de \$ 5,000 que pensaban remitirme. Todo elemento que llegue á nuestro campamento será en todo tiempo oportuno y aun necesario; pero en estos momentos lo que necesitamos con mayor urgencia, son los vestuarios, y, más que todo, las municiones. Algunas trae el General Mac Allister, y como se las he pedido repetidas veces á él y al General Morales, quien se encuentra con él en Icononzo, manifestándoles al mismo tiempo la probabilidad de que nos ataquen las

fuerzas del Gobierno acantonadas desde Girardot hasta el paso de Reyes en la quebrada de Apicalá, creo que hoy podré contar con ellas y prepararme para cualquiera eventualidad.

“Respecto á nombramientos de mis subalternos, tengo que hacer á usted una explicación, para evitar malas interpretaciones por haber dejado á Caicedo, que era mi Jefe de Estado Mayor General, encargado del mando de una División en Purificación, por haber puesto la que traje á órdenes de Pulido, y porque á Pedrosa le encomendé la formación de otra en esta región, nombré Jefe de Estado Mayor General á mi Secretario general, Sr. Antonio Samper Uribe. Este aceptó por unos pocos días, con el fin de ayudarme á zanjar dificultades del momento, y ahora insiste, con razones de peso, en que se le admita la renuncia de ese cargo, á tiempo en que el General Pedrosa ha manifestado que no cree poder formar una División, sino cuando más una Columna. Con ese motivo, resolví llamar al último á ocupar el puesto de Jefe de Estado Mayor General, mientras dure la ausencia del General Caicedo, pero aún no me ha contestado, aun cuando han transcurrido varios días desde que recibió su nuevo nombramiento.

“Por un amigo, tuve ayer la pena de saber que ha ocurrido algo desagradable entre el General Marín, General en Jefe del Ejército del Norte y D. Guillermo Vila, Jefe Civil y Militar del Departamento, que el primero pensaba presentar su renuncia ante el General Caicedo, y que el General Emilio Santofimio deseaba que se le aceptara. Por mi parte, no solamente como General en Jefe del Ejército del Tolima, sino como liberal decidido é interesado vivamente en el buen éxito de la campaña en este Departamento, escribiré hoy al General Marín, excitándolo para que conserve su puesto, pues sin desconocer los relevantes méritos del General Santofimio, quien probablemente reemplazaría á Marín, creo que éste goza de mayor prestigio en nuestras filas. Espero no ofender al General Santofimio, si llegare á saberlo, porque siendo él hombre de talento, sabrá pesar mi apreciación.

No terminaré sin hacer hincapié, por tercera vez, y á riesgo de pasar por importuno, en la necesidad de que el nombramiento de Jefe de Operaciones en el Tolima y en Cundinamarca, emane de autoridad competente.

“Con sentimientos de la más alta consideración, me suscribo de usted muy atento, S. S. y amigo,

ARISTÓBULO IBÁÑEZ”

El Coronel Agustín Angarita, Proveedor y Guardaparque, había ido á Icononzo á recibir las municiones que traía Mac Allister, y como le comunicara á Ibáñez que no se las entregaban, éste último resolvió ir en persona. Encontró en *La Quinta* á los Generales Morales, Pedrosa y Mac Allister, con quienes habló largamente. De la conferencia salió un convenio ó especie de transacción entre los propósitos de Ibáñez y los deseos de Pedrosa y Mac Allister, cuyo original reposa en nuestro poder, y está concebido en los siguientes términos:

“En Pandi, á 4 de Julio de 1900, los infrascritos, á saber: Aristóbulo Ibáñez, General en Jefe del Ejército del Tolima, Teodoro Pedrosa, General de División, encargado por el primero para levantar fuerzas en Cundinamarca; Ricardo Morales R., Comandante Militar de la Provincia de Sumapaz; Juan Mac Allister, Jefe de fuerzas levantadas en Oriente de Cundinamarca, y Antonio Samper Uribe, Secretario del General en Jefe, nos hemos reunido con el fin de determinar los medios más eficaces para organizar en Cundinamarca un Ejército respetable que, apoyado por el del Tolima, ó en combinación con él, pueda, en estos momentos decisivos, terciar en la contienda revolucionaria con notable provecho para la Causa republicana

“Después de una larga deliberación en que cada uno de nosotros se ha mantenido en el firme propósito de prescindir por completo de intereses particulares y locales, y de sólo tener en mira los muy sagrados de la Patria, hemos acordado lo siguiente:

“1.º Reconócese al General Aristóbulo Ibáñez como Jefe del Ejército del Tolima y Cundinamarca;

“2.º Para toda determinación relacionada con la campaña de Cundinamarca, se constituye una Junta Directiva de Operaciones, compuesta del General en Jefe, Jefe de Estado Mayor, y otro miembro del Ejército, designado de común acuerdo por los dos anteriores;

“3.º La Junta Directiva de Operaciones organizará lo relacionado con asuntos fiscales;

“4.º Para formar el Ejército de Cundinamarca se tomarán como base las siguientes fuerzas:

a) La 2.ª División del Ejército del Tolima, que está actualmente al mando del General Cesáreo Pulido;

“b) El *Batallón 10.º del Tolima*, comandado por el Coronel Carlos A. Muñoz; y

“c) La Columna que están formando los Generales Ricardo Morales R., Juan Mac Allister y Carlos Nicolás Rodríguez. Dichas fuerzas seguirán todas formando una sola División, que se llamará *1.ª del Ejército de Cundinamarca*, y tendrá los siguientes Jefes: Comandante General, el General Cesáreo Pulido; y Jefe de Estado Mayor, el General Juan Mac Allister;

“5.º Nómbrase Jefe de Estado Mayor General del Ejército de Cundinamarca al General Teodoro Pedrosa;

“6.º Promuévese al puesto de Primer Ayudante General del Estado Mayor General, al Coronel José Joaquín Vernaza;

“7.º El *Batallón 10.º del Tolima* y las fuerzas que están organizando los Generales Morales, Mac Allister y Rodríguez, formarán la 3.ª Columna, y nómbrase Comandante General de ella al General Ricardo Morales R., y Jefe de Estado Mayor al General Carlos Nicolás Rodríguez;

“8.º Apenas esté constituida la Junta Directiva de Operaciones, ésta procederá á desarrollar, variar ó modificar, según las circunstancias, el plan de campaña acordado hoy entre los infrascritos, y se dará principio á la nueva campaña, sin pérdida de tiempo.”

ARISTÓBULO IBÁÑEZ—TEODORO PEDROSA—RICARDO MORALES R.—ANTONIO SAMPER URIBE—JUAN MAC ALLISTER.

“Para facilitar las estipulaciones del Acta anterior, nombro Jefe de Operaciones del Ejército Liberal en el Tolima, durante mi ausencia de ese Departamento, al General José Joaquín Caicedo.

“Pandi, Julio 5 de 1900.

ARISTÓBULO IBÁÑEZ

“En cumplimiento del artículo 2.º de la presente Acta, nombramos al General Juan Mac Allister tercer miembro de la Junta Directiva de Operaciones.

“Pandi, Julio 5 de 1900.

ARISTÓBULO IBÁÑEZ—TEODORO PEDROSA.”

Al Sr. Carlos Nicolás Rodríguez no le satisfizo el cargo que se le daba, según se dijo entonces, y resolvió privarnos de sus luces. Lo sentimos, pues hubiera podido probablemente hacer algo en favor de su prestigio, harto maltrecho ya por la desproporción que hubo entre sus preparativos para salir de Bogotá á levantarse en armas, y la desgraciada suerte que corrió su expedición, que paró en el sacrificio de una parte florida de la juventud bogotana *, precisamente á tiempo, más ó menos, en que el humilde General Ibáñez triunfaba en Fusagasugá. Todavía recordamos con horror la sevicia que contra esos jóvenes desplegaron en Santa Rosa las gentes del Sr. Benigno Muñoz, á quien, naturalmente, se le recompensó la hazaña, valiéndosela de honroso peldaño para elevarlo en su carrera militar y política.....

No comprendemos la repulsión del Dr. Carlos Nicolás Rodríguez á ocupar un puesto á órdenes del General Ricardo Morales Ruiz. Tal vez no sa-

* Murió allí el inteligente y simpático joven Hinestroza, hermano de nuestro inmejorable amigo el Dr. Ricardo Hinestroza Daza, ilustrado escritor de la actual juventud liberal.

(N. de *El Comercio*)

bía quién era su inmediato superior. Si hay alguien que en la espantosa guerra que acaba de pasar, haya ido con el solo móvil de ofrendar su vida en los campos de batalla, jamás sin miedo, y siempre sin pensar en recompensas, ni próximas ni lejanas, y en toda ocasión listo á servir el puesto que se le diera, por humilde que fuera, y á desempeñar cualquier comisión, por difícil y peligrosa que pareciera, es el modesto General Ricardo Morales R., hombre que sirvió siempre á su Partido con el mayor desinterés, con patriotismo legítimo, del que ya no se usa, con verdadera abnegación y sin hacer gala de sus méritos. Por falta de iniciativa personal y de ambición, y á fuer de hombre sencillo y humilde, Ricardo Morales R., aun cuando hacía mucho tiempo que figuraba entre los más leales servidores del Partido Liberal, ocupó varias veces puestos secundarios, en ocasiones solicitados por él mismo, ó mejor dicho, rehusando otros más elevados. Era un corazón de oro. Nadie puede levantar la mano para enrostrarle una falta en nuestros campamentos, un acto de crueldad, un mal impulso, una acción contraria á su valor sereno, algo en pugna con la dignidad, con el honor. Y sin embargo, muere este hombre benemérito cuando se lanzaba al público *El Nuevo Tiempo*, con la pretensión de ser considerado como órgano de un círculo de nuestro Partido, y no hay una palabra, de los que podían hablar entonces, que registre la desgracia en nuestras filas. ¡ *Oh tempora!* Nosotros, fieles compañeros y amigos de Morales, nos descubrimos reverentes ante su memoria inmaculada.....

V

Pocos días después llegó á Melgar, donde no se le esperaba, el General Marín con sus fuerzas. Deseaba que Ibáñez le prestara apoyo para regresar por cualquier parte á su región del Norte del Tolima, y al mismo tiempo hacía exigencias incompatibles con la subordinación y disciplina que le corresponden á un Jefe subalterno. Después de una larga discusión, en que tomaron parte á su favor, como

tal vez era deber de ellos, el Jefe de Estado Mayor, General Carlos de la Torre, el Secretario, Dr. Enrique Millán, y aun los Ayudantes, se llegó por fin al siguiente acuerdo :

“Con el fin de que el General Ibáñez ponga en práctica su plan de campaña en Cundinamarca, sin dejar por eso de ayudar en lo posible al General Marín, en su regreso al Norte del Tolima, y también con el propósito de que el último, si las circunstancias y las conveniencias así lo aconsejaren, pueda, llegado el caso, seguir con el Ejército del General Ibáñez, coadyuvando con su concurso personal y el de su División, al plan de Cundinamarca, ambos Jefes han acordado lo siguiente, que debe considerarse como línea de conducta sujeta á las variaciones que aconsejen los ulteriores movimientos del enemigo, ó los acontecimientos decisivos que tengan lugar en cualquiera otra parte del país :

“1.º Ibáñez *hace venir* al General José Joaquín Caicedo Rocha, y le ordena ocupar la región de Melgar, el Carmen y Cunday, y *defender á todo trance* las entradas que á ella pudieran *darle acceso al enemigo*.

“2.º Ibáñez sigue á ponerse al frente de sus tropas y á disponer lo que juzgue más conveniente para el desarrollo y buen éxito de su plan.

“3.º Marín ocupará la región de Pandi, Arbeláez, Fusagasugá y otros puntos, si fuere necesario, siguiendo, al hacerlo, las indicaciones que hiciera el General Ibáñez, indicaciones que deberán observarse como si fueren órdenes superiores, lo cual se dispone así por exigirlo el interés de cada uno de los Jefes.

“4.º Si por hacer estos movimientos ó por cualquier otro motivo, el Gobierno debilitare á Girardot hasta el punto de que la pericia y la prudencia militares aconsejaren intentar la toma de esa plaza, ó la de cualquiera otra situada en la región de Tequendama, los Generales Marín y Caicedo emprenderán esa operación de común acuerdo, y tendrán el apoyo de las fuerzas del General Ibáñez que aún permanezcan en situación cómoda, para prestárselo

sin dejar indefensa la retaguardia de su Ejército. Si concluida esta operación, la situación del enemigo y la nuestra, indicaren la conveniencia de que todas nuestras fuerzas marchen reunidas á Cundinamarca, será el Jefe de Operaciones el General Ibáñez, y se harán los movimientos de acuerdo con lo que disponga la Junta Directiva de Operaciones que se constituyó en Pandi el 4 del presente, compuesta de los Generales Ibáñez, Pedrosa y Mac Allister, y en cuyas deliberaciones tomarán parte, con voz y voto, el General Marín ó la persona que él designe.

“5.º Los elementos que se consigan mientras las dos fuerzas marchen reunidas, serán repartidos proporcionalmente entre ambas.

“En fe de que aprueban el convenio contenido en las cinco cláusulas anteriores, firman ambos Jefes con sus respectivos Secretarios, á diez de Julio de 1900.

“El General en Jefe, ARISTÓBULO IBÁÑEZ—*Antonio Samper Uribe*, Secretario.—El General en Jefe, RAMÓN MARÍN T.—*Enrique Millán*, Secretario.

Por el ordinal 1.º, Ibáñez contraía el compromiso de hacer que Caicedo viniera á salvarle la retaguardia á las dos fuerzas unidas, compromiso que Ibáñez juzgaba tanto más fácil de cumplir cuanto contaba con la franca adhesión del General Caicedo, á quien, según hemos visto atrás, trataba con especial predilección, y con que ya le había escrito dándole cuenta clara y minuciosa de su movimiento, para invadir la región de Fusagasugá, indicándole los puntos estratégicos de que intentaba apoderarse, designándole las diferentes fuerzas que debían ocuparlos, y, por último, encareciéndole que viniera á secundarlo “con toda su fuerza, si fuere posible, ó con parte considerable de ella.” El portador de la comunicación, el Sargento Mayor Joaquín Losada, muy conocedor de la región, pronto desempeñó su comisión. Ibáñez, no obstante su confianza en la eficacia de Losada, le dirigió á Caicedo, después, varias órdenes semejantes, tendientes todas

á hacerlo marchar á ocupar *El Rucio*, el *Boquerón de Aguasclaras* y el *Paso de Fusagasugá*; y, por último, en vísperas del combate de Sibaté, le despachó, con el mismo intento y con instrucciones verbales todavía más precisas, y en concordancia con el golpe que pensaba darle al Gobierno en la Sabana, al Sr. D. Juan de la Rosa Barrios, respetable caballero que acababa de llegar á Fusagasugá, en asocio del Sr. D. Ruperto Aya, persona de las más importantes del lugar, escapadas ambas hábil y audazmente de la capital el día anterior, el primero fugándose del Panóptico y el segundo en desempeño de una comisión arriesgada y delicada, la conducción, al través del enemigo, de una suma de dinero al campamento de Ibáñez.

Ni por un momento dejó Ibáñez de confiar en que Caicedo lo secundaría, confianza fatal, porque á ella, en parte, se debió la derrota de Tibacuy. Si Ibáñez y Marín no hubieran pensado que al enemigo se le impediría la entrada á esa región, ó que á lo menos se retardaría mientras ellos daban el golpe de Sibaté, suponemos que habrían desistido de darlo, y que habrían efectuado algún movimiento para abandonar la región, de acuerdo con el plan someramente expuesto en la carta que ya leímos, dirigida al Dr. Parra.

Dada la reconocida caballería de Caicedo, y si, además, tenemos en cuenta la estrecha amistad que lo ligaba á Ibáñez, y las distinciones que le debía, tenemos que rechazar severamente las especies calumniosas que le atribuyen voluntaria culpabilidad, y debemos, mientras no se nos pruebe lo contrario, admitir que si Caicedo no contribuyó á evitar el completo descalabro de Tibacuy, fue únicamente porque el enemigo ó dificultades insuperables se lo impidieron. No de otra manera nos explicaríamos la conducta de este denodado Jefe, cuyo deseo de sacrificarse dondequiera en servicio de su Causa, no solamente jamás fue desmentido, sino que tuvo por refrendación honrosa heroicas hazañas. Y así lo reconocía Ibáñez cuando, al principiar su primera comunicación relativa al movimiento que nos preocupa, le decía: “Mi muy estimado General:

Deseo que ésta lo encuentre triunfante y contento, y, como nunca he dudado, listo á secundarme dondequiera que convenga á nuestra sagrada causa.”

Cumpliendo lo pactado, Ibáñez y Marín avanzaron de Melgar, por *La Quinta*, Pandi y Arbeláez, hasta Fusagasugá, donde establecieron su Cuartel General. Para evitarse un ataque intempestivo, Ibáñez colocó algunas fuerzas en los puntos de acceso á la región, pero dejó desguarnecidos los boquerones de *El Rucio* y *Aguasclaras*, por no tener gente disponible para defenderlos, sin dejar aislados sus respectivos destacamentos, y, principalmente, porque tenía casi la seguridad de que el General Caicedo ocuparía esos puntos, así como también el *Paso de Fusagasugá*, sitio importantísimo, que estuvo, por algunos días, defendido por el Coronel Ramón Chaves, Jefe muy atento y en extremo valeroso, á quien poco después se le hizo marchar á Fusagasugá.

Al celo del que, con propiedad, pudiéramos llamar *Jefe de bronce*, del incansable General Cesáreo Pulido, quedó encomendada la defensa de *San Bartolo*, *El Paradero* y el *Alto de la Cruz*, á fin de impedir la entrada del enemigo por las vías de *Nilo*, *Agua de Dios*, *Portillo* y *Viotá*. En *La Aguadita* se estacionó un Batallón, comunicado por teléfono con el Cuartel General, y en Pasca, en la boca del monte, se situó una Compañía al mando de Romagnoli, súbdito italiano, yerno del Coronel Materón, á quien asesinaron los Sochas en la toma de Fusagasugá, el 23 de Mayo, y hombre que, exasperado por los atropellos cometidos en personas de su familia por agentes del Gobierno, se nos había presentado, ardiendo en los más vivos deseos de servir nuestra causa.

Cuando Ibáñez, aunque todavía esperando que Caicedo vendría, principió á alarmarse por el retardo de su segundo, estacionó en Pandi, con la consigna de defender el puente *á todo trance*, al General Manuel Rodríguez, con cuarenta hombres, fuerza insuficiente para impedir el paso de un Ejército, pero que sí hubiera podido atajarlo por largas horas.

VI

Según hemos visto, el General Ibáñez debía obrar de acuerdo con Marín y con los otros miembros de la Junta Directiva de Operaciones, constituida en Pandi el día 4, con el objeto principal, por parte de Ibáñez, de contener tendencias separatistas en nuestras filas y de conseguir las municiones que Mac Allister anunciaba en su poder.

Transcurrieron algunos días tranquilos. Dábase á las tropas más fatigadas el tan anhelado descanso; aguardábamos, eso sí en vano, á que se nos incorporaran los elementos que el Supremo Consejo Revolucionario había anunciado como dispersos y cercanos; esperábase, también vanamente, á que salieran de la capital, en busca nuestra, valiosos refuerzos en gente fresca y alentada, dinero, armas y municiones. Por desgracia, mientras tanto la simpática población de Fusagasugá, haciendo de nueva Capua con sus delicias, por cierto muy relativas, pero al fin y al cabo delicias al compararlas con las durezas de la campaña, ejercía una influencia perniciosa, relajadora de la disciplina entre Oficiales y soldados, y perturbadora, en Jefes de muy elevada posición, de los deberes elementales, necesarísima en todo tiempo, para inspirar respeto á las tropas y mantenerlas dispuestas á la lucha, sin distraerse en otras atenciones incompatibles con el estado de alerta que debe embargar el ánimo de los que se preparan á partir el sol en cruenta lid.

Al cabo de algunos días, el General Ibáñez, de acuerdo con la Junta Directiva de Operaciones, con Marín y otros Jefes, resolvió dar un asalto á las fuerzas que el Gobierno tenía en Sibaté, listas á obrar en combinación con las de Girardot, acometiéndonos simultáneamente. Para despistar al enemigo, Ibáñez dispuso previamente un movimiento sobre Tocaima, y se lo encomendó al General Pulido, quien sorprendió la guarnición atrincherada en Portillo, haciéndole bajas considerables. De los nuestros quedó herido el Coronel Pedro Corredor M.,

muy conocido en nuestras filas por su valor temerario.

Hecho este movimiento, Pulido marchó inmediatamente al *Choco*, para entrar por la trocha de Subia á la Sabana, vía que se le había señalado en el plan de operaciones.

La empresa de Sibaté era muy arriesgada. El Gobierno tenía ahí fuerzas de consideración y selectas, recién llegadas á la capital en espléndida ovación, con los laureles de vencedores en *Palonegro*. Sus Jefes, Angulo y García Herreros, estaban en el caso de hacer esfuerzos sobrehumanos para no dejar extinguir, en brega con simples guerrilleros, esa deslumbrante auréola que acababa de formarles el Partido Conservador en la entrada triunfal del General Pinzón á Bogotá. El Batallón que uno de ellos comandaba se llamaba nada menos que el *Palonegro*, como quien dice el *abanderado* de las gloriosas jornadas que motivaban el júbilo de los dueños del Poder. De Sibaté á la capital hay una distancia fácil de salvar en pocas horas, máxime contando el Gobierno con la línea férrea hasta Tequendama. En la cercana población de Soacha hay posiciones muy defensables, las tapias de las casas y de los solares, construídas con una tierra de extraordinaria resistencia, sirven de trincheras, contra las cuales nada pueden las balas de los fusiles, y sus habitantes, godos hasta la medula de los huesos, debían arder en deseos de vengar la rota de Fusagasugá, y más que todo, á su modo, por supuesto, con su ingénita nobleza, la magnanimidad del General Ibáñez. Era probable que allí, en tan favorables condiciones, el Gobierno tuviera alguna guarnición de refuerzo. Para sorprender al enemigo, nosotros necesitábamos hacer un movimiento rápido, dividiendo nuestras fuerzas, enviando unas por la montaña de *El Choco*, y otras, vía de Pasca, por el páramo. Ambas rutas eran desconocidas para Ibáñez y la mayor de sus compañeros. Sólo el General Mac Allister, astuto y listo guerrillero del 76, cuando era *Mochuelo*, conocía los caminos, ó mejor dicho, las veredas de los páramos. Para tener probabilidades de éxito en la refriega, necesitábamos llevar todas

nuestras fuerzas, y para hacerlo, indefectiblemente tendríamos que desgarnecer puntos estratégicos por donde el enemigo que avanzaba desde Girardot no tardaría en precipitarse. Nuestros soldados tolimenses, sufridos como pocos, avezados á toda clase de peligros, pero acostumbrados á los climas ardientes, tendrían que soportar, tortura verdadera, el intenso frío de los páramos, sin aumento en su abrigo, antes bien, con su habitual desabrigo, una camisa, de género casi transparente, y su pantalón blanco ó de manta, los que tenían esas prendas, y algunos infelices que no las tenían, expuestos sin defensa alguna á la inclemencia del clima. Interminables nos haríamos exponiendo más motivos para poner de bulto como disparate, y como disparate de marca mayor, el movimiento sobre Sibaté. Ninguna de estas razones se ocultaban al ánimo de nuestros Jefes, y sin embargo resolvieron la manobra con verdadera fe en el triunfo. ¿Por qué? Porque en la guerra no siempre debe hacerse lo que parece conveniente á los ojos del vulgo, sino lo inverosímil, que, por lo mismo, es ocasionado á sorpresas para el enemigo; porque un movimiento excesivamente audaz, si se emprende sin vacilaciones y con rapidez matemática, casi nunca falla, á menos que sea materialmente imposible; y porque nuestros soldados, en continua comunión con la idea de la victoria, armados en su mayor parte con fusiles quitados al enemigo en luchas desiguales, se consideraban invencibles. Y á la verdad, casi tenían razón.

En esta vez se prestó especial atención á la obra. No se procedió con esa ligereza, ese descuido, esa inconsciencia voluntaria, y por lo mismo culpable, con que es de estilo entre fuerzas revolucionarias jugar en operaciones decisivas la vida de los hombres y la suerte de un partido. Y esto, sin duda, fue el principal factor de la victoria. No hubo improvisación alcohólica, como en tantos desgraciados casos. Predominaron la observación, serena y fría, la reflexión, el cálculo, el estudio. Para formar el plan y para levantar el *croquis* de los itinerarios, se apeló á la colaboración de los prácticos, de los

conocedores. Mac Allister, que conocía á la maravilla el páramo, un joven Pérez, propietario en Colorados, el Coronel Federico Arbeláez, que vivía en Tierranegra, vecinos de Pasca, &c. &c. Y el Ayudante de Ibáñez, que reunía datos, los seleccionaba, los confrontaba, los ordenaba, empeñado en hacer algo útil, sólo pensaba en esto, y haciendo de lado miras personales, se consagraba sin perder tiempo al asunto. No faltaron instrucciones claras, precisas, por escrito, convenidas por Ibáñez, Mac Allister, Pedrosa—miembros de la Junta Directiva—y por Marín, Varón y otros Jefes: llevaban las suyas cada cual, así el Jefe de División como el de Brigada y el de Batallón. No se abrió campo á las disculpas de los atolondrados, ni á las modificaciones—á veces suicidas—de los que en los momentos supremos se creen llamados, por propia inspiración, á atraerse la victoria, ni á la iniciativa de los fanfarrones, que simulan con arte refinado prendas de Bayardos, pero que, á lo mejor del cuento, si tienen lado, se convierten en protagonistas del desastre. Había, pues, preparación suficiente, principio y medios: el fin debía ser correlativo y la lógica debía coronar nuestros esfuerzos. La suerte, ese conjunto de causas latentes, debía sernos favorable. El 22 de Junio, á la 1 de la tarde, empezaron á desfilar las tropas: Pulido, por la montaña de Subia, á caer por el Alto del Angarillo sobre La Unión, Tierranegra y Sibaté; Ibáñez con Marín y Varón, por Pasca, llevando á la vanguardia la caballería, 177 héroes, comandados por Ramón Chaves, y puestos, con este bizarro Jefe, todos á las inmediatas órdenes del General Mac Allister, á quien, por ser el más conocedor del terreno y por haberlo solicitado así expresamente, se le dio el delicado encargo de apoderarse del puente de Bosa y de destruir ahí la línea férrea para impedir la llegada á Sibaté de refuerzos de la capital.

Esta operación era considerada, con fundamento, como condición *sine qua non* para empeñar el combate, algo así como la piedra angular sin la cual no puede y no debe levantarse el edificio. Horas antes de las fijadas para el combate, el valeroso Teniente Coronel Víctor Julio Zea y su segundo, el no

menos fogoso Sargento Mayor Heinrich (alemán), debían atacar por La Aguadita las fuerzas enemigas, que se hallaban escalonadas entre este sitio y *El Peñón*, ataque éste que más tenía por objeto distraer al enemigo que desalojarlo.

De las colinas que dominan las casas de Sibaté, debían desprenderse la fuerza de Marín y la de Varón por una trocha estudiada de antemano, en dirección á San Fortunato, á caer de repente sobre el *Batallón Palonegro*. Por otra vereda, bajaría parte de nuestra fuerza—el *Batallón Cundinamarca*, de Barriga,—á situarse entre San Fortunato y Sibaté, para interceptar dos fracciones enemigas. Parte de la fuerza á órdenes de Ricardo Morales R., caería sobre Sibaté hacia San Benito, y el resto con Pedrosa, con el General Ibáñez y el Estado Mayor, se arrojaría como alud sobre las casas de Sibaté, Cuartel general del enemigo. El movimiento se emprendería simultáneamente al divisarse al frente, en las alturas que dominan el *Piedel Alto*, los rojos estandartes de Pulido, quien, bajando por La Unión, debía arrollar el enemigo en dirección á Sibaté.

El día 24, natalicio del Libertador, se rompieron los fuegos á las ocho de la mañana, y cuatro ó cinco horas después quedaban en nuestro poder cuantiosos elementos de guerra y 400 prisioneros, entre ellos los Jefes Angulo y García Herreros, con todo su famoso *Batallón Palonegro*.

Entre nuestras pérdidas más lamentables debemos registrar la del Coronel Anselmo Fabre, honrado artesano bogotano, que murió heroicamente sobre la loma de Sibaté, en momentos en que vitoreaba, á la cabeza de un Batallón, á uno de los Jefes que, envuelto en su bayetón rojo, á guisa de estandarte republicano, imanado para las balas de la Dictadura, se paseaba en un caballo negro, invitando á sus compañeros á lanzarse sin vacilaciones sobre las trincheras enemigas, lo que él mismo hizo con ellos, después de abrazar á otro Jefe que bajaba por la loma. Una lluvia de balas, llevando ráfagas de muerte, lanzadas en ese instante sobre ambos Jefes, fue, suponemos, la que tronchó la vida del Coronel Fabre.

El Coronel Luis E. Navarrete, que venía á órdenes de Pulido y comandaba el lucido *Batallón Santander*, quedó herido en un pie al empezar el combate. Como hubo necesidad de dejarlo en una casa de amigos, en Tierranegra, al retirarnos de Fusagasugá, el enemigo después lo capturó, pero debemos reconocer que lo trató humanamente.

Empezaba ya la desorganización que, por desgracia, es tan común entre los revolucionarios en los primeros momentos que suceden á un triunfo, cuando un Ayudante de Ibáñez, fingiendo la llegada de refuerzos para el enemigo desde la capital, hizo tocar reunión de tropas. Diez minutos después llegó el tren con tropas caucanas de las que venían de *Palonegro* y con gran parte de la Policía Nacional. Ibáñez resolvió no trabar nueva lucha, y dejó que continuaran su camino las fuerzas que se dirigían á la montaña, al encuentro de Marín, Varón, de la Torre y Santos, quienes debían hallarse, también triunfantes, en San Fortunato y Las Cuevas.

En *Puertachica*, mientras el enemigo desplegabala lenta y cautelosamente sus fuerzas de refresco, el General Pulido le pidió á Ibáñez el apoyo de un Batallón para ir á proteger la marcha de dos Compañías del *Batallón Santander*. Ibáñez le dio el Batallón que estaba más cerca, el *Figuero*, comandado por un Jefe valiente, subordinado, distinguido y pundonoroso, el Coronel Manuel Colmenares A., y luego se fue con sus Ayudantes y con otros Jefes tras el grueso de la fuerza, hacia San Fortunato, donde nuestra gente pasó la noche.

En San Fortunato propuso Ibáñez un movimiento en extremo audaz, que tal vez hubiera tenido felices consecuencias: el avance rápido al través de la capital, ó por sus inmediaciones, con dirección á Boyacá, con el fin de prestar mano fuerte á las tropas, que aún suponíamos numerosas, de Uribe Uribe y de Vargas Santos. Pero entendemos que Marín, Varón y Pedrosa fueron de otro parecer, y como la gente sola de Ibáñez, sin la de Marín y la de Varón, era demasiado exigua para tamaña empresa, como que apenas constaba de unos ochocien-

tos hombres *, se tomó el partido, propuesto por los otros, de volver á Fusagasugá.

En esta población hicieron estos Jefes y sus compañeros, excepto Pulido y Mac Allister, una entrada triunfal, entre vítores, arcos y coronas, al día siguiente, 25 de Julio. ¿Por qué no participaron de los honores del triunfo Pulido y Mac Allister?

El primero, dando rienda suelta á su genial acometimiento y sin solicitar orden ó permiso del Comandante en Jefe, sin prevenirlo siquiera, empenó combate con sus solas fuerzas contra los caucanos y demás tropas frescas del Gobierno, y después de una lucha encarnizada, en que le hizo muchas bajas al enemigo, entre ellas el mismo General Ospina Chaparro, quien salió herido, tuvo que retirarse á la montaña y regresar al *Chocho*, por la misma vía de Subia. El General Mac Allister, aun cuando su papel en Sibaté debía ser el más importante, como que se consideraba condición *sine qua non* atajar los refuerzos del enemigo en el puente de Bosa, ni estuvo en el combate, ni detuvo al enemigo. ¿Por qué? Lo ignoramos, pero suponemos que este Jefe dará una explicación satisfactoria, así como también de su llegada al combate de Tibacuy á las cuatro de la tarde, en pleno desastre, sin haber intentado detener las fuerzas del General Perdomo en el puente de *El Chocho*. El General Mac Allister hizo más tarde una lucida campaña en el Oriente de Cundinamarca, con hechos de armas notables, como *Casa de Lata*, y si bien es cierto que el Partido Liberal ó su gran mayoría le atribuyen el *golpe de gracia* con el desastre de Soacha, debemos reconocer que sus movimientos en la región que conocía palmo á palmo desde que militaba entre los conservadores, merecen, por sus resultados prácticos, la atención de los aficionados en la carrera de las armas.

Refiriéndonos al fácil triunfo de Sibaté, no debiéramos hacer mención especial de ningún Jefe ú Oficial, limitándonos á hacer constar que todos su-

* Todos reunidos, ascendían solamente á 1,500 hombres

pieron cumplir con su deber, tanto en la fuerza propiamente de Ibáñez, como en la de Marín y en la de Varón, y callándonos generosamente, por no haber necesidad de hacerlos conocer, los nombres de unos tres miembros del Ejército, de alta graduación, que se entregaron al pánico. Sin embargo, por haber señalado atrás la conducta insuperable del Coronel Tobar, en Natagaima y en *La Arenosa*, cúmplenos ahora la satisfacción de estampar aquí su nombre como el de uno de los Jefes que en Sibaté sobresalieron por su valor y serenidad. Destituído por su falta anterior y mirado por Ibáñez con encono, volvió á captarse las simpatías del Comandante en Jefe y á hacerse nuevamente acreedor á la estimación de sus compañeros de armas. Con gusto lo reconocemos: á todo señor todo honor.

VII

Obtenido el triunfo de Sibaté, si se hubiera emprendido inmediatamente algún movimiento, aunque no hubiera sido el muy audaz propuesto por Ibáñez, sino otro cualquiera, no nos hubiera sobrevenido el descalabro de Tibacuy. Pero la ociosa detención del día 26 en festejos, y, por parte de algunos Jefes y Oficiales vanos, en ridícula exhibición de sus cintas y divisas, nos fue fatal. La relajación en la disciplina progresó rápidamente, sobre todo en la fuerza de Marín, donde eran ineficaces, en sentido contrario, los bien encaminados esfuerzos de su Jefe de Estado Mayor, General Carlos de la Torre. Hubo también descuido, y muy grande, en el espionaje, ya no á cargo del anciano pero activísimo y muy puntonoso Coronel Francisco Villamizar, y también de parte de algunos agentes, que debieron prevenirnos oportunamente y no lo hicieron, ó si acaso lo hicieron, no fue transmitido el aviso del Estado Mayor General á la Comandancia en Jefe y á la Junta Directiva de Operaciones, con la prontitud que requieren las operaciones militares, máxime las de una reunión de guerrillas poco numerosas, como

éramos nosotros, que no formaban un cuerpo compacto y armónico, contra un Gobierno poderoso y armado hasta los dientes. Lo cierto es que el enemigo nos sorprendió, y que no nos fue posible *romper por la parte más débil*, como Ibáñez esperaba y se lo había anunciado el Dr. Parra, al invadir á Cundinamarca. El General Ibáñez, da pena confesarlo, no por él sino por otros, no tuvo noticia de que el enemigo estaba ya encima, sino por el aviso de un niño Antorveza, que venía de Pandi, huyendo, porque, según decía, el General Perdomo acababa de forzar el paso del puente. Según hemos oído decir al Coronel Colmenares, que estaba estacionado en *El Chocho* con su Batallón, él también comunicó á Fusa-gasugá noticias alarmantes, recibidas del *Paradero*, pero vinieron con atraso y no se referían al Ejército que traía Pompilio Gutiérrez y que peleó en Tibacuy, sino á la guerrilla de un Roderos, personaje de muy escasa importancia, de Nilo ó de Agua de Dios. Con uno de sus Ayudantes completaba Ibáñez una inspección ocular sobre el terreno limitado por la población, el lecho del río *Cuja* y el del *Chocho*, sitio que parecía propio para una vigorosa defensa, cuando, encontrándose cerca de *Balmoral* al jovencito Antorveza, supo lo que acababa de ocurrir en Pandi. Inmediatamente se dirigió al Cuartel General, llamó á los miembros de la Junta Directiva de Operaciones, á los Generales Marín, Varón y otros, y les dijo más ó menos lo siguiente:

“El enemigo forzó el puente de Pandi y está encima. He recorrido desde temprano, detenidamente, una línea entre el *Cuja* y el *Chocho*, que me parece muy favorable para una batalla en que salgamos victoriosos contra fuerzas mucho más considerables, como son las de Perdomo y las de Pompilio Gutiérrez, pero si en vez de atacarnos, el enemigo aguarda refuerzos por Viotá y, principalmente, de Bogotá, cuya llegada no podremos impedir con la escasa fuerza que nos es dado distraer con ese intento, en *La Aguadita* y en Pasca podremos hacerles á todos reunidos enormes destrozos; pero al fin y al cabo, faltos de víveres y agotadas nuestras municiones, sucumbiremos.” Entonces se resolvió por *unanimidad*

entre los presentes, evitar el encuentro con el enemigo y marchar *inmediatamente* por Tibacuy á ocupar el alto de La Cruz, posición formidable, y de ahí seguir, según lo aconsejaron las circunstancias, ó bien á tomar á Girardot, ó bien á dar un golpe en La Mesa. Ibáñez ordena marchar, pero según se nos ha informado por muchos, y en especial por los habitantes de Fusagasugá, los Jefes que debían secundar el movimiento sin pérdida de un minuto, bailaron esa noche en la población y *pusieron* á Tibacuy. No obstante eso, más tarde, como es de suponerse, todos ellos han pretendido echar sobre Ibáñez la sola responsabilidad de la derrota.

Ibáñez marchó sin demora, por la tarde ó al comenzar la noche, con su Ayudante y con una pequeña parte de la fuerza, pero al día siguiente, en las casas de *El Choco*, perdió largas horas aguardando á los demás. Al fin resolvió seguir adelante. En la entrada de la hacienda á *San José*, recibió aviso de Pulido, quien se le había adelantado, en que le comunicaba que no venía más fuerza que unos 300 hombres al mando del guerrillero Roderos; y le pedía autorización para atacarla, aprovechando, decía, que nuestra vanguardia ocupaba ya las escarpadas alturas á cuyo pie se halla Tibacuy. Ibáñez, pensando que se trataba realmente de Roderos, resolvió dejarlo avanzar y atacarlo de improviso en una revuelta del camino. Al efecto, dio orden de guardar silencio en las filas, y desplegó el *Batallón Figueredo* en un potrero de *San José*, á inmediaciones del camino real, tras unas piedras que hay allí diseminadas. Poco después, alguien, no sabemos cuál de nuestros Jefes, primero, y luego el mismo General Ibáñez, hizo avanzar el Batallón, á alcanzar las fuerzas que estaban entre los edificios del cafetal y la población de Tibacuy, y renunciando al intento de dejar pasar la presunta guerrilla de Roderos, rompiéronse los fuegos por parte nuestra á las once del día. Cediendo al ímpetu de nuestra primera carga, el enemigo, que no era en número de 300 hombres, como se había creído, sino que lo constituía un ejército de 2,000 hombres al mando de Pompilio Gutiérrez, abandonó la población deján-

dola en nuestro poder, y se retiró á las alturas que dominan el pueblo, alturas que no estaban ocupadas por fuerzas nuestras, como le había dicho á Ibáñez el General Pulido, quien probablemente quiso tan solo referirse á las colinas de *San José*, y de ninguna manera á los peñascos escarpados é inexpugnables que ocuparon nuestros afortunados contendores.

Estos, encaramados en semejantes formidables posiciones; alentados con la seguridad de que Perdomo se aproximaba con 3,000 hombres más á atacarnos por la espalda, y hábilmente colocados para defender el paso del desfiladero que forma el camino que conduce de Tibacuy á Cumaca, fusilaron durante seis horas consecutivas, y sin interrupción, á nuestras fuerzas, que empeñadas en lograr un imposible desalojando al enemigo, lanzábanse en lucha supremamente desigual, á impulsos de un fatal heroísmo, digno de mejor suerte, llevados por el desconcierto de Jefes á quienes su propia conciencia debía enrostrarles en esos momentos solemnes, ó ineptitud ó culpable negligencia, con horribles y tremendo, espantoso forcejeo de titánico suicidio, á un seguro sacrificio. Tal fue, sin embargo, el arrojo de nuestros soldados, que ya se reputaban invencibles, tal su pujanza, que el enemigo, á pesar de que sus posiciones *peleaban solas*, estuvo varias veces rechazado.

A las 3 de la tarde circuló en nuestras filas el rumor de que Perdomo se aproximaba por nuestra retaguardia, pero tal noticia no produjo alarma, porque se esperaba que el General Mac Allister, único Jefe no presente en el combate, estaría en brega encarnizada con el enemigo para disputarle el paso del río Choco y detenerlo allí siquiera una hora. La entrada del General Mac Allister á la plaza de Tibacuy, á las 4 de la tarde, arriado por el enemigo, hizo desvanecer nuestra última ilusión.

La derrota se inició á las 5 y 20 de la tarde, hora en que el General Ibáñez, desesperado y cogiéndose á dos manos la cabeza, le dijo á su mejor amigo: “¿Qué hacemos?”, y el otro le respondió: “General, al Tolima, donde aún arde el fuego sagrado de la Libertad!”

Y para allá se emprendió la marcha fúnebre.... dejando sobre el campo de batalla heridos, muertos y los elementos tomados al enemigo en Sibaté; Jefes y Oficiales distinguidos, esperanzas del Partido, que al expirar llevaban la amargura del desastre y de la desesperanza; los cadáveres de centenares de soldados, héroes anónimos que, como final de su carrera y de su consagración á la causa, ahí quedaban lejos de los suyos y de todos ignorados, sirviendo de festín á las aves de rapiña y..... si no los laureles de la pasada campaña, sí á lo menos los enormes sacrificios que se habían hecho en defensa de la reconstrucción republicana y la auréola de esperanzas que iluminaba el cerebro de la Patria.....

En su confusión, Ibáñez olvidó ordenar á Pedrosa que se retirara, y este último, con su acostumbrada serenidad, sostuvo los fuegos por una media hora más, con inminente riesgo de su vida; pero pudo retirarse, escapar y venirse al día siguiente, con los restos del Ejército, al *Salero*, cerca de Melgar. Otros Jefes, que huyeron con anterioridad por los cafetales de la cordillera de *Subia*, salieron pronto, sanos y salvos, á trabajar nuevamente por prender de nuevo la guerra en Cundinamarca, y fue bastante la que pudieron hacer al favor del acertado movimiento del General Ibáñez, tras de quien se fue el ejército enemigo, como feroz jauría, en una persecución desenfrenada.

Cuatro días después, el 31 de Julio, presentóse la ocasión única para cortar de un golpe, como por encanto, con sólo visión política, patriotismo verdadero y algo siquiera de nobleza de alma, la más espantosa de nuestras contiendas civiles. Pero ¿comandaba los ejércitos que nos perseguían un Jefe hidalgo como Reyes ó Camargo, y se sentaba en el solio de Bolívar algún hombre de talento, puesto ahí por su mérito, siquiera un hombre ajeno á la maldad, á la hipocresía, á la bajeza?..... Todos sabemos que el Partido Conservador, para consagrar su traición y como epílogo á la portentosa obra de la Regeneración, colocó en la primera Magistratura un maestro de escuela que, fingiendo al principio

rodearse de elementos sanos, y acabando luego por ponerse resueltamente á la cabeza de la CULEBRA NACIONAL, había de teñir en sangre el territorio de Colombia, por dos años más, para luego, sin dolor, sin vergüenza, sin castigo, devolverlo mutilado! Antójásenos que desde ese día el Sr. Marroquín, lavándose previamente las manos—Pilatos de nuevo cuño,—ante gentes que no le pedían la perpetración de un crimen transmisible al través de los siglos, sino que con la vara mágica de la hidalguía, cortara de repente horrores y miserias, ha debido, en el conciliábulo de familia reunido ya para el reparto de los gajes nacionales, grabar con sus manos torpes é indignas, á manera de lápida mortuoria, para ponerla en el frontis del Palacio de San Carlos, á la vista de los hombres de bien, la tétrica frase del Dante: LASCIATE OGNI SPERANZA!

VIII

A mediados del mes de Agosto de 1900, después del desastre de Tibacuy, regresó á Ambalema el General Marín con los restos de la División que comandaba en aquella desgraciada hecatombe. A la sazón ocupaba aquella plaza, con unos quinientos hombres, el General Sanmartín, procedentes en su mayor parte de Cundinamarca, después de una permanencia más ó menos larga en la región de Guaduas.

Bien pudo esta División salir por la vía de San Juan, y amenazar muy de cerca á La Mesa, para distraer, como se lo indicaron á su Jefe, parte de las numerosas fuerzas que obraban sobre la región de Tibacuy y Fusagasugá.

En seguida los Generales Ibáñez y Pulido, que habían quedado en la Mesa de Ortega, invadieron por segunda vez la Provincia del Norte, con una pequeña División, que fue aumentando en Piedras con gentes que tomaron servicio como buenos hijos de la causa, y que no obstante la mala situación de vencidos, aquellos dos titanes de la Revolución entusiasmaron con su perseverancia á los hijos de

aquel pueblo, que muchos de ellos pagaron con sus vidas y familias el pecado mortal de liberales. Por ese entonces todavía nadie habría pensado, ni el más salvaje de la humanidad, que aquel pueblo fuera más tarde devorado por el incendio. Increíble es, y los nervios se crispan al pensar en la suerte de aquellas desgraciadas familias, víctimas de la ferocidad, en medio de las balas del combate, de tropas alevosas que expiaban á quien trataba de escapar algo del incendio para arrebatárselo; de los insultos, de la bayoneta enemiga, de la cólera porque vieran pronto consumir su derrota, de gentes bárbaras sin alma y sin conciencia.

Se pierde por completo la fe al saber que aquel cuadro desgarrador, en la confusión del llanto con las balas y las llamas, no conmovieron á los dos Párrocos, que impasibles presenciaron el más absurdo de los actos de las fuerzas del Gobierno, sin que los movieran las súplicas enternecedoras de la anciana y de la joven, del viejo y del inválido! En aquellos momentos, los más angustiosos sin duda para los hijos de aquel pueblo que exterminaba la crueldad y la ira, hubo actos que merecen ser conocidos: una joven de apellido Rodríguez, salía de su casa con algo entre los brazos para tratar de salvarlo, y al ver que unos soldados se acercaban á saquear la tienda de mercancías de su padre, bota adentro lo que quería escapar, cierra de pronto la puerta, y prefiere que el incendio haga cenizas todo antes que permitir el saqueo.

Mientras el General Marín reorganizaba la División que encontró en Ambalema con los pequeños restos que llevó el General Ibáñez, éste disponía la marcha sobre Venadillo, después de dirigirle á aquél una larga nota en que lo excitaba de nuevo para seguir la campaña en esa Provincia del Norte, y esperar el desarrollo que tuviera el movimiento del 31 de Julio.

El General Ibáñez, con la sinceridad del hombre honrado, nos decía sin duda por qué creía en la buena fe del Sr. Vicepresidente y de los que lo rodeaban, que una vez caído el Gobierno del Sr. Sanclemente, á quien se le hizo la guerra hasta aquel ne-

fando día, las cosas cambiarían totalmente, tanto más cuanto él (el General Ibáñez) ya tenía conocimiento de alguna conferencia ó promesa del Sr. Marroquín al Dr. Parra, memorable personaje á quien idolatraba, á quien le atendía sus consejos, como era natural.

Coincidencias raras de la vida: en Venadillo recibió, con algunas comunicaciones, el Mensaje del otro revolucionario, Marroquín, en el cual manifestaba que los que le sirvieron de escala inconsciente, se entregaran sin condiciones, ó que de lo contrario agotaría todas sus energías.

Suficiente documento fue éste, que revelaba el cambio del mandatario, que engañó á tirios y troyanos, y sin embargo, el General Ibáñez insistía en esperar comunicaciones de Bogotá, que lo pusieran al tanto de lo que había pasado. A Venadillo salió el General Marín, con un pequeño piquete, al encuentro de aquel Jefe, le mostró datos referentes á la situación de Honda, y le insinuó la idea de tomar esta plaza, sueño dorado que inquietó siempre al Jefe de la Provincia del Norte. Marcharon á la vez las dos fuerzas, y se encontraron en San Lorenzo, en vía para Mariquita, en espera de datos más precisos sobre la guarnición de aquel lugar.

Poco después de ocupada esta plaza, llegó de Bogotá el conocido liberal Antonio Moisés García con las comunicaciones deseadas del General Ibáñez. En vista de ellas y el respeto que merecía la firma del Dr. Parra, dispuso que la fuerza se dividiera otra vez, ya que, en vista de las noticias de Honda, no favorecía el movimiento que se pensaba. Al efecto, la fuerza del Norte siguió á ocupar á Santana, y la otra á Venadillo, como puntos de espera sobre el desarrollo del nuevo Gobierno. Otro de los motivos en que fundaba el General Ibáñez su creencia era, que pudiendo las fuerzas de Nicolás Perdomo y Toto Ramírez atajar y acabar, cerca de Ortega, con los pequeños restos de Tibacuy, no lo hicieran y dejaron paso para la Provincia del Norte. Al llegar á Oromazo se encontró la vanguardia liberal con fuerzas del Gobierno al mando de Ramírez y Perdomo, y después de un ligero tiroteo, hubo de retirarse aquélla por

orden del General Ibáñez, pues no creyó prudente comprometer en serio un combate por la sorpresa y porque no sabía qué enemigo se tenía al frente, y pues la fuerza del General Marín estaba lejos.

Ramírez y Perdomo ocuparon esa noche á San Lorenzo y la fuerza liberal á Guayabal, en vía para Santana, por el camino de *Lajas*. Allí cambió de determinación el General Ibáñez, y dispuso que se combatiera al día siguiente. Al efecto, ordenó que Pulido y Trujillo (Benjamín), con la única División de que se disponía al mando de Trujillo (Victoriano), ocuparan en la madrugada á *San Felipe* y ocultaran allí toda la fuerza; él siguió con su Secretario general, Gabriel Solano, á conferenciar con Marín, quien debía estar en Santana, para que marchara al día siguiente temprano á ocupar las cercanías de *Lumbí*. En el puente de *Lagunilla* quedó un Escuadrón al mando de U. Angarita, con orden terminante para que al presentarse el enemigo, se retirara por el camino real, con el fin de llevarlo á *Garrapata*, donde debía verificarse el combate. Fácil es suponer que Ramírez y Perdomo, al ver fuerzas en *Lumbí*, creyeran que eran las mismas que iban empujando desde *Oromazo*, y las atacaran inmediatamente, mientras que las de *San Felipe* atacaban por retaguardia.

Marín, después de convenir en todo, porque le pareció bueno el plan, mandó al Coronel Belisario Torres Galindo con una Columna de vanguardia, y lo hizo devolver ya tarde del día para Santana, y se quedó la fuerza de *San Felipe* en espera de lo pactado en la noche anterior.

El Escuadrón que custodiaba el puente en Guayabal, y que debía ir llevando el enemigo para *Garrapata*, partió para Ambalema, y todo quedó frustrado. Desgraciadamente, no terminó con esto el desobedecimiento al primer Jefe: á las once de ese día llegó á *San Felipe* la comunicación del General Ibáñez, en que ordena marchar rápidamente á Santana, porque el General Marín había hecho regresar la fuerza que debía ocupar á *Lumbí*. Al empezar á desfilarse de *San Felipe* al *Cuamo*, en busca del camino real que conduce á Santana, se divisó

en el llano, frente á la casa, un Escuadrón que se creyó era el de Angarita, cuya espera mortificaba, como era natural, el espíritu de sus Jefes, porque habían transcurrido más de ocho horas sin saber una palabra de él. La marcha continuó con todas las precauciones del caso, pero al verificar el último paso del río el Escuadrón, que resultó no ser el de Angarita sino el del enemigo, nos dio alcance y empezó un tiroteo bastante fuerte. Al empezar la cuesta, en una cerca de piedra, se colocó al Capitán Julián Santos, joven que se distinguió en esa tarde como era de esperarse. El enemigo, entusiasmado con nuestra retirada, cargó más y más, cargas que sostenían las guerrillas que se pusieron de trecho en trecho en toda la cuesta. A pesar de las malas condiciones en que se hacía esta marcha por la insolación, cansancio de las tropas y brigadas, la fuerza iba saliendo poco á poco, no sin dejar uno que otro compañero ya herido ó fatigado; al oír los de Santana las descargas y ver lo que estaba sucediendo, partieron al escape á dar protección. Con los primeros cuerpos que sí llegaron organizados, se restablecieron bien los fuegos, y el enemigo tuvo que ceder parte de lo que ya había ocupado. Esto entusiasmó demasiado á los que aún no habían llegado, y como mientras unos subían otros bajaban rápidamente, vino la confusión y el desorden en momentos en que el enemigo aumentaba sus cargas con los cuerpos que habían quedado á la retaguardia. Las sombras de la noche y un crudo invierno, complicaron más nuestra situación, pues la mayor parte de los soldados no conocían el terreno. Los que no quedaron fuera del camino siguieron, unos por *Patiobonito* y otros por *Lajas*; al día siguiente todos, casi todos empezaron á llegar desde muy temprano á Frías, y aquí se hizo de nuevo la reorganización.

El principal motivo que decidió al General Marín para hacer regresar á Torres, cuando marchaba sobre *Garrapata*, fue la idea de un viaje á Antioquia, que pensó realizar por esa vía. El desastre, sin duda, lo hizo variar del plan, y no más se volvió á acordar en ese día de su tantas veces intentado viaje.

Cerca de Frías se supo que tras de Perdomo y Ramírez iban más fuerzas, y que debían ocupar á

San Lorenzo ó Lérída. En vista de esto, que resultó ser falso, y en espera de los primitivos comisionados de Bogotá para entrar en arreglos con los del 31, resolvió el General Ibáñez distribuir la fuerza en guerrillas, y al efecto se nombraron sus Jefes, y á cada uno se entregó por separado el pliego de las instrucciones á que debía ceñirse. La dispersión en esa forma se verificó esa tarde misma, mientras el enemigo quemaba sus cohetes en Santana.

Al día siguiente encontramos en *Rastrojos* al Sr. Enrique Escobar, quien llevaba las comunicaciones tantas veces deseadas, y que según los avisos que teníamos, pondrían fin á la guerra con el movimiento de los históricos. Prometedoras, en verdad, eran dichas comunicaciones, y por el momento hubo entusiasmo, pues casi todos, ó por lo menos los más cándidos, creímos que la guerra tocaba á su fin, y que caído el Gobierno Nacionalista, vendrían mejores días para la Causa de la Revolución. El General Ibáñez suspendió, casi podemos decir, sus operaciones, y resolvió correr graves peligros, con unos dos ó tres compañeros, en la esperanza todavía de que terminaría la contienda.

Véase, pues, ¡cuántos deseos y cuánta paciencia hubo de parte de los liberales!

Una de las guerrillas en que fue distribuída la fuerza, quedó al mando del General Pulido, con orden de situarse en el alto de *La Laguna*, en Cundinamarca, y esperar órdenes allí, pero él siguió sobre La Mesa, y tuvo allí su descalabro, después de luchar bizarramente. Otra tocó á Torres Galindo, y tomó la cordillera sobre Caldas, y al tercero ó cuarto día lo asaltaron y la guerrilla se le desbandó.

A este mismo tiempo, el General Benito Ulloa ocupaba *Las Tibayas* y los *Altos del Trigo* y de *El Raizal*, y como lo asediaban fuerzas numerosas del Gobierno, llamó con instancias al General Ibáñez para que le diera protección, cosa que no pudo verificar este Jefe, porque el tiempo era demasiado angustioso y no disponía de fuerza alguna inmediata, porque ya sabemos cómo estaba distribuída.

No sabemos si esto resintió á Ulloa, pero es la verdad que, no obstante saber que Ibáñez era Jefe

del Tolima y Occidente de Cundinamarca, nunca miraba bien sus órdenes, y pocas veces, ó ninguna tal vez, cumplió sus mandatos.

Al salir de aquellos altos, tomó la dirección de Beltrán, y siguió la vía de Paquiló.

Tocaba el mes de Agosto á su fin, y ya convencido el General Ibáñez que no se podía terminar la guerra por medio de tratados, tuvo conocimiento de que el General Caicedo ocupaba á Doima con una División. Había entonces, no sabemos por qué motivo, decires en contra de las buenas relaciones que siempre ligaban á estos dos Jefes; y sabedor el General Ibáñez de esa especie, despachó en comisión á Trujillo (Benjamín) á donde Caicedo, con el objeto de que éste le explicara lo que hubiera á ese respecto. Trujillo lo encontró ya en Piedras, y Caicedo le manifestó que tenía muchísimo gusto en probar que ningún motivo grave ocurría; que no sabía por qué el empeño en propalar semejante especie; le mostró á Trujillo copia de una carta que había remitido á Ibagué desvaneciendo esos cargos, y agregó que le daría personalmente explicaciones á él. Inmediatamente se pusieron en marcha para donde el General Ibáñez, conferenciaron, y todo quedó satisfactoriamente terminado.

Contando con esta fuerza, que era numerosa; la de Marín, que se componía de las guerrillas que ya se habían concentrado de nuevo; y los restos que habían salido de La Mesa á órdenes de Pulido, intentó Ibáñez un ataque formal á la plaza de Girardot. Al efecto, dispuso el plan para el día 12 de Septiembre, si mal no recordamos, y despachó inmediatamente pliegos de instrucciones á todos sus Jefes, inclusive al General Pedrosa, que ocupaba el Boquerón de Fusagasugá.

En la tarde del día en que se convino el ataque, el General Pulido, que había bajado de San Juan y Ambalema, siguió también por la vía de Paquiló, á quitarle la vanguardia á la fuerza de Ulloa.

A las 10 de la noche salió Trujillo de Ambalema, en alcance de aquellos dos Jefes, para entenderse con ellos y determinar la marcha que debían efectuar para acercarse á Girardot.

Pulido ya había seguido de Paquiló, en marcha forzada, por la vía de *Casaviejas*, y se había llevado la fuerza del General Matiz, que era la vanguardia de Ulloa. Aquéllos, por alejarse de éste, no atendieron el llamamiento que por posta les hizo Trujillo de Paquiló, ni pensaron jamás en cumplir las órdenes que éste les comunicó.

Ulloa, en virtud de lo pactado, debía pasarse al Tolima por *Las Islas*, lo que empezó á verificar al día siguiente á las 7 a. m.

A las 9 ó 10 del día, que supo la conducta de Pulido y Matiz, suspendió el paso, se marchó con la fuerza que aún no había pasado detrás de aquéllos, y la otra ordenó que repasara el río por Guataquí.

A la vez se movían las de Ambalema y Piedras por la Vega de los Padres, á salir á Nariño. De esta plaza se repitieron de nuevo las órdenes, pues ya debían estar todas las demás fuerzas rodeando á Girardot, aunque á larga distancia.

A las 4 p. m. acabaron de desocupar á Ambalema, las de Marín, Caicedo y Varón (Tulio), que siguieron por la vía de *La Culebra* y la orilla del Magdalena, mientras que las de Ulloa y Pulido avanzaban por la vía real ó *Guavinal*, que era la orden dada, y donde el cumplimiento del deber les señalaba su puesto en *Salsipuedes*.

Aún no habían salido todas las fuerzas, cuando se presentaron con un posta preso, y por esas comunicaciones se supo que nuestro plan había sido cogido el día antes, y que esa noche la plaza sería reforzada con fuerzas toribianas.

Esta grave circunstancia no impidió la marcha, pues bien pudiera ser una farsa eso del auxilio, y se insistió en la aproximación á aquel lugar, donde se pudiera obtener una noticia directa de la persona que desempeñaba, por cierto muy cumplidamente, el encargo postal. Como á las 10 de la noche llegó la ratificación de lo que se sabía, y se desistió del ataque. Inmediatamente se transmitió la noticia á todos los Cuerpos, y se dispuso la contramarcha á Nariño. A la vez llegó aviso de *Maquiavelo*, que Pulido y Ulloa habían seguido por la vía de Tocaima. El primero iba de huída del segundo,

que lo perseguía para quitarle la fuerza de Matiz, que se había llevado.

Lo que nos hubiera pasado si se verifica el ataque, es fácil suponerlo, una vez que aquellos dos Jefes se disputaban más bien el mando de una fuerza mayor, que la toma al enemigo de la plaza que ocupaban.

Las que de regreso tocaron con Nariño, siguieron esa madrugada para La Vega de los Padres. Aquí se dio á la tropa algún descanso en todo el día siguiente, para marchar luego á Doima, operación que se hizo en la madrugada del día 14. Como á eso de las 11 de la noche se supo que fuerzas del Gobierno, al mando de Mariano Tobar y otros, se aproximaban por la vía de Piedras. Con este motivo, el General Ibáñez dispuso que Caicedo se pasara al Centro y que él se quedaría en el Norte hasta ver qué se sabía de la Costa.

El General Marín no asistió á esa conferencia; resolvió tomar la vía de Lérida, en dirección á la cordillera, marcha que no se verificó. Siguió hacia el Norte, y por habersele presentado enemigo, desvió á Santana, donde fue alcanzado y batido completamente, de tal manera que tan sólo logró salvarse escondiéndose en un socavón.

Marín, aun en presencia del General Ibáñez, desobedecía, y en Doima lo acabó de indisponer el Coronel Belisario Torres Galindo, sólo porque lo reprendió Ibáñez muy fuertemente, por haber dejado sola la guerrilla que le asaltaron en la cordillera.

Tan pronto como se supo el desastre total de Marín en Santana, llamó el General Ibáñez á Castillo, que estaba en el Centro, pues se dijo que Marín se había ido solo para Antioquia. Mientras Castillo llegaba, fueron nombrados los Sres. Joaquín García y Juan de la R. Barrios, para que fueran organizando en Ambalema los grupos y dispersos que salieron.

Bien sabido es de todos que en el Norte, después de cada desastre, que fueron frecuentísimos, la tropa buscaba, en grupos ó dispersos, á Piedras ó Ambalema.

Falta de conocimiento y de datos verídicos tienen todos aquellos que han juzgado siempre desde

lejos, con grandes dotes militares, á individuos que se llevaron glorias ordinariamente ajenas. Comoquiera que escribimos apuntes para la historia, debemos consignar, por deber y por conciencia, la verdad en su punto.

SANDALIO DELGADO, TULIO VARÓN, JULIÁN LEZAMA y JULIO SIERRA, fueron los que nunca desmayaron: ellos, repetimos, son los dueños legítimos de la gloria que corresponda á la Revolución en la Provincia del Norte.

Varón y Sierra pagaron con su sangre en los campos de combate su amor á la Causa que defendían.

Lezama y otros fueron sacrificados por Perdomo en el patíbulo, por pura crueldad, por pura sed de sangre.

A los pocos días de estar en Ambalema Barrios y García en organización, y cuando ya tenían unos 150 hombres, salió Marín, y ellos declinaron el mando, pero se separaron ese mismo día, porque éste no sólo desconocía al General Ibáñez como Jefe superior, sino que propalaba entre sus tropas y la camarilla que lo rodeaba especies desagradables, que no miraba bien ninguno de los que sí le reconocían sus verdaderos méritos.

Al saber Ibáñez la determinación de aquellos dos Jefes, y los motivos que le expusieron, despachó á Trujillo para Ambalema á conferenciar con Marín, y que le demostrara la necesidad que había de sumisión y disciplina. Trujillo consiguió que Marín se sometiera, y al efecto, facultó á Sanmartín, su Jefe de Estado Mayor, para que le escribiera una nota á Ibáñez reconociéndolo como Jefe superior, nota que el mismo Sanmartín le entregó en propia mano, pues mientras tuvo lugar la conferencia, Ibáñez llegó ocasionalmente á Gramalotal, en dirección á San Juan.

Era urgente hacer centro de operaciones en San Juan, para organizar fuerzas sobre la región de Occidente de Cundinamarca, pues ya había principiado á llegar á Honda el gran parque del Gobierno, y era necesario impedir, á costa de cualquier sacrificio, la movilización de esos elementos á Bogotá;

así lo creyó el General Ibáñez, y se concretó á eso activamente. Dispuso que Castillo, que ya se acercaba del Centro, siguiera sobre San Juan, y que el Cuerpo de Oficiales que lo acompañaba se incorporara en la 2.^a División de Occidente de Cundinamarca que estaba organizando Trujillo, para que siguiera inmediatamente á ocupar los Altos de *El Trigo* y de *El Raizal*, lo que se verificó en seguida.

Marín, que estaba en Ambalema, recibió orden también de ir á secundar aquel movimiento, y al efecto, llegó á San Juan al día siguiente de salir de allí Trujillo y Castillo. Como las angustias de éstos en aquellos Altos eran muy grandes, porque los acosaban las fuerzas de Pinzón del lado de Villeta, y Floro Moreno del de Guaduas, Ibáñez repitió á Marín en San Juan la orden de concurrir á ayudar á sostener aquellos puntos, mientras las fuerzas que estaban en Oriente llegaban.

Todo fue inútil, pues Marín, después de ofrecer que sí iría, y aun de despachar un Batallón, lo hizo contramarchar y siguió á *Corralitos* con toda su fuerza.

Castillo y Trujillo no pudieron sostenerse, y hubieron de retirarse, dejando con dolor esos sitios, que con mediano apoyo hubieran sostenido, mientras Pulido, Pedrosa, Ulloa, Buendía (Joaquín) y otros, los hubieran reforzado ó tomado á Guaduas y *El Sargento*.

De San Juan despachó para *Corralitos* el General Ibáñez al Dr. Miguel Santofimio, en comisión, á devolver á Marín y rogarle de nuevo que era preciso se sometiera. No era trabajoso conseguir una promesa, y Marín se volvió á San Juan á tiempo, que llegaron también á ese lugar Pedrosa y Ulloa con sus fuerzas, por cierto muy bien organizadas.

Entre Ulloa y Marín resolvieron desconocer á Ibáñez, cosa que ya habían hecho, y este pobre Jefe se afaná mucho; pero luego tuvo el buen tino de reorganizar el Ejército, y nombró para ello al General Pedrosa, Jefe de Estado Mayor general, quien sirvió de lazo de unión. Antes de aceptar Pedrosa, habló con los Jefes que no querían á Ibáñez, y logró convencerlos de la necesidad que había de reco-

nocer un solo Jefe, y que era Ibáñez el hombre llamado para ello.

Se reorganizó, pues, el Ejército más lucido con que contaba la Revolución, así: Comandante General, Ibáñez; Jefe de Estado Mayor General, Pedrosa; y primer Ayudante General, Trujillo. La 1.^a División de Occidente de Cundinamarca, constante de 600 hombres, Ulloa; La 2.^a División de Occidente de Cundinamarca, de 500 hombres, Castillo; la División de Marín, de 600 hombres; la de Pulido, de 600; y la de Carriazo, otros 600. Total, 2,500 hombres.

La idea dominante en todos era la de interceptar las fuerzas del Gobierno en el camino de Guaduas, y en ello se convino, pero como las Divisiones de Carriazo y Pulido estaban por los lados de Fusagasugá, el Sr. Antonio Samper quiso, con justísima razón, que se aprovechara la aproximación de esas fuerzas para atacar á Perdomo, que estaba en Tocaima, una vez que las fuerzas liberales eran suficientes y lo tenían al medio. La operación era ligera, y desde San Juan dispuso Ibáñez que si Perdomo no esperaba, como se lo imaginaba, se continuaría la marcha por *San Antonio*, se daba la vuelta por Anolaima, y en seguida se obraría sobre el camino, que era lo prudente y lo acertado. Tan luégo se aproximaron Pulido y Carriazo á Tocaima, Perdomo se fue á Girardot, como se creía. Quedaba, pues, terminado este movimiento y se debía marchar con rapidez sobre la vía nacional como se ha dicho, con todo el Ejército, porque Pulido y Carriazo debían estar ya en el puente de Portillo. Apenas tuvo conocimiento Ibáñez que Perdomo había desocupado á Tocaima, se adelantó con sus Ayudantes, y llegó á aquella plaza más ó menos igual con los Generales Currea, Samper y Morales. Pulido insistió en seguir á Perdomo, y se lo improbó Ibáñez. Ultimamente manifestó aquél no atacaría por ninguna circunstancia á Girardot, que su movimiento era tan sólo de amenaza, y que luégo tomaría por la vía de Nariño, bajaría por Guataquí, sobre Cambao, para secundar el movimiento sobre el camino, y á Guaduas, al Sargento ó donde la necesidad lo exigiera. Así se con-

vino, y tal parecía que todo saldría muy bien. Ulloa, que llevaba la vanguardia, siguió á *San Antonio*, detrás siguió Castillo, y Marín ocupó á Tocaima. Aquí recibió éste una comunicación de Pulido en que lo excitaba para atacar á Girardot, pero como él sabía que no tenía la aprobación de sus superiores, se calló y manifestó que no podría seguir ese día la marcha que se llevaba, porque se sentía enfermo, y se acostó. Ibáñez, que ya se había marchado, le comunicó á Pedrosa, del camino, que permaneciera en Tocaima hasta que saliera Marín, y que repitiera á Pulido que no debía atacar á Girardot. Marín *siguió enfermo*, pero con preparativos de marcha en todo el día. A las 7 de la noche salió tras de Pulido, pues ya tenían entre ellos el plan de atacar á Perdomo á las 5 a. m. del día siguiente.

A las 10 de la mañana hizo Marín dar el primer toque de marcha; en todos los movimientos de su tropa se veía que estaba de viaje; en espera del segundo toque estuvo la fuerza todo el día. A las 7 de la noche hizo dar el segundo, y antes del tercero, se marchó siguiendo á Pulido.

Todo el día siguiente, día de angustias y de contrariedades, esperaron Pedrosa y Trujillo en Tocaima el mal resultado que daría aquella barbaridad, hija únicamente del capricho.

Como á las seis y media de la noche recibió Pedrosa una tarjeta del General Juan Clímaco Herrán, en que le dice, poco más ó menos: “el combate es violento, mándenos refuerzo. Hemos perdido nuestra gente, y entre los muertos está el General Montoya.” Nada debía extrañar una noticia que ya se esperaba, y sin embargo, como las consecuencias que se sucederían tenían que ser funestísimas para la Causa, los ánimos se decayeron un tanto, pues se había perdido la mitad del Ejército con que se contaba. Como no tenían que hacer en Tocaima los que se habían quedado allí con el fin de esperar la marcha de Marín detrás de las Divisiones que se habían ido con el General Ibáñez, resolvieron seguir hacia Juntas, en vía para *San Antonio*. Por las demoras que ocasionaría el viaje á Girardot y mientras se sabía el rumbo que tomarían, resolvió el General Ibá-

ñez que la División de Castillo, que estaba en *San Joaquín*, ocupara á La Mesa. Al desfilar, recibió la vanguardia orden terminante de regresarse sin empeñar combate, orden que dio Ibáñez puramente por precaución, pues él había recibido momentos antes, en *San Joaquín*, un posta que informaba que aquella plaza estaba desocupada. Mas todo conspiraba en contra; al entrar la descubierta liberal, llegaba también una fuerza numerosa del Gobierno, en vía para Girardot, á proteger á Perdomo, y se empeñó el más recio ataque con el Escuadrón que comandaba el Teniente Coronel Mario Carvajal. Como los Jefes Ibáñez y Castillo habían dado sus órdenes precisas, ocupaban la retaguardia; al saber lo que pasaba, repitieron sus mandatos inútilmente: el Batallón que iba adelante avanzó á proteger al Escuadrón, detrás siguió el resto de la División y se comprometió el combate en el desorden más grande, cuyos resultados funestos nos dieron una prueba más de lo que es la falta de obediencia. Los restos de esta fuerza tomaron la vía de *La Virginia*, dejando en las calles de La Mesa, víctimas queridas, y en poder del enemigo, compañeros distinguidos, caballerías, &c. &c. Véase, pues, que al gran descalabro de Girardot, el día 24 de Noviembre de 1900, se agregó el del día siguiente, y para colmo de males, en *La Virginia* se supo el golpe desgraciado en *Rioblanco*, del Cauca, á Caicedo, y la prisión de éste con la mayor parte de sus compañeros en las cercanías de Íquira.

¿Qué nos quedaba hasta aquí? La amargura que da la desgracia y la complicación que causa un desastre de tantas proporciones: Pulido y Marín, con una poquísima fuerza por la vía de *Casasviejas*; Castillo, reducido á la nada, en vía para el Tolima, por Pulí; Carriazo, solo, enteramente solo, y herido, buscaba el medio de escaparse por *La Vega de los Padres*; y Caicedo, preso después de una marcha homérica por la Cordillera, en situación extrema de miseria y de agotamiento; ya juzgábamos lo que se le prepararía en Neiva, á él y á sus compañeros, por D. Toribio y los *truqueños*. Había perdido, pues, la Revolución hasta aquí todos sus esfuerzos y sus

elementos; las cárceles llenaban el espacio con el ruido de los grillos y las cadenas que arrastraban los que hasta ayer mostraban en Cundinamarca, el Tolima y el Cauca, el brillo de sus sables; y los campos fertilizaban su suelo con la sangre de los que pagaron con su vida su amor á la libertad.

El Gobierno distribuyó numerosas fuerzas en la región de *San Juan*, con el fin de acabar con los poquísimos restos que en situación lamentable y desesperada ocupaban dicha región, y despejar la vía por donde debían transportar sus cuantiosos elementos. Marín siguió detrás de Castillo para el Tolima y ocupó á Ambalema; Ibáñez, con unos pocos compañeros, siguió para *La Vega de los Padres*; Currea, Samper, Pedrosa y otros, en vista de que ya no era posible disciplinar ni hacer obedecer á nadie; que cada cual quería obrar por su sola cuenta; que los desastres en todas partes habían terminado con elementos, tropas, &c. &c., y que se veía completa disolución en todo, determinaron retirarse y no insistir en trabajo ninguno revolucionario.

Quedó solamente el incansable Pulido, que no quiso pasarse al Tolima, y que fue rodeado y perseguido tenazmente durante ocho días, de la manera más espantosa y más horrible. Solamente el alma tan grande de hombre tan raro, de valor modelo sin igual, de constancia meritoria sin ejemplo; solamente ese héroe hombre, fue capaz de pelear tanto y de salirse de un anillo de bayonetas tan pequeño como el de *Montefrío*, buscar la vía de La Mesa y pasarse á la región de Viotá, no diremos que con tropa, ni siquiera con restos de ellos: no llevaba sino unos poquísimos compañeros, de aquellos que habían aprendido á luchar y ser bravos, ser hombres, dignos imitadores del incomparable valor de su Jefe. Allí iban los Arciniegas, Aurelio y Gabriel, hermanos de Belisario, muerto ya gloriosamente en Icononzo. En uno de aquellos encuentros que tan sucesivamente tuvieron lugar en esa región de *Montefrío*, fue herido mortalmente Aurelio, quien pocos días después también pagó con la vida en La Mesa, su tributo á la Revolución.

Larga sería la lista de los muertos si la consignáramos aquí, y el lector se pasmaría en consideraciones muy hondas al pensar en las funestas consecuencias que causan nuestras guerras, hijas de la desesperación con que nos premian nuestros malos Gobiernos.

Al terminar el año de 1900, la Revolución estaba, pues, expirante, y sus principales abanderados y tenientes, en su mayor parte estaban alejados de sus campamentos, no porque se hubieran retirado al descanso, sino porque la impotencia había llegado á su punto.

El Gobierno tenía en las cárceles de todas partes muchísimos prisioneros; reclutaba á todo el mundo y había repuesto ya el ejército que perdió en *Palonegro*; recibía en esos días el cuantiosísimo parque, el más numeroso que le llegó en toda la guerra; tuvo una tregua larga sin más enemigo que Ulloa, que estaba en Pacho con unos 600 hombres, sin abrir campaña para ninguna parte; unas dos ó tres guerrillitas en el Norte del Tolima, algunos diseminados por los lados de Fusagasugá, y una cosa muy poca en el Cauca, al mando de Rosas y Buendía, y otra al de Barriga y Felipe Serrano. Habría bastado únicamente dar garantías, y el Gobierno con este solo hecho quizá habría terminado con la guerra. Pero cuán lejos estábamos de saber lo que son garantías; la persecución incesante no desmayó un solo día, y el mal trato á los presos del Panóptico y los vejámenes y las humillaciones á que los sometían, hicieron renacer de nuevo la idea de seguir conspirando antes que caer en una prisión. Pedrosa volvió al campamento y siguió su organización; Carriazo, ya repuesto, tornó de nuevo á la guerra, y muchas otras guerrillas se reorganizaron, tanto en el Occidente de Cundinamarca como en el Norte del Tolima, y á fines de Enero de 1901 principió otra vez la lucha. Marín, que desde Diciembre estaba en Ambalema, tomó á Honda y regresó rápidamente á Ambalema otra vez.

Al segundo ó tercero día se acercó Pompilio Gutiérrez, y salió á su encuentro el Coronel Pastor Molina con su Batallón, mientras el resto de la fuer-

za desfilaba para Piedras. Molina se distinguió en esa noche como siempre, y rechazó bruscamente la fuerza enemiga; pero, por desgracia, en la confusión de las sombras, Molina quedó preso, no obstante el golpe con que su fuerza recibió la del Gobierno. Fue el pobre Molina víctima de los más atroces sufrimientos; lo condenaron sus adversarios á un novenario de 500 palos, y ultrajado de la manera más cobarde. Atado en la bodega de un vapor, lo bajaron á Honda, y de allí, de una pieza infernal, pudo fugarse con todos sus compañeros el Jueves Santo de ese año, tomándose la guardia en la tarde de ese día. Poco después volvió Molina al campamento; no era ya el hombre robusto y fuerte, estaba descarnado y un tanto decaído su ánimo, debido á la crudeza con que fue terriblemente castigado.

Algunos días más tarde cayó de nuevo preso, desgraciadamente en manos del mismo Pompilio, y atado á un diomate, frente á la hacienda de *Pilosmito*, fue ultimado. Así acabó la vida este mártir, servidor incansable de su causa.

Ocupó la fuerza de Marín á Piedras en las mejores condiciones, provista de todo lo necesario, elementos sobrantes y bien organizada.

Después de la toma de una plaza como la de Honda, es fácil suponer que iría bien dotado y con el aumento de personal que da siempre el triunfo.

Carriazo había salido de los lados de La Vega con su fuerza y ocupaba la hacienda de *Campohermoso*.

El General Ibáñez salió á Piedras, y allí tuvo conocimiento que las fuerzas de Pompilio se movían de Ambalema sobre aquella población.

Los avisos que se tenían de la marcha de la fuerza enemiga eran tan sucesivos, que hora tras hora llegaba un posta y se podía calcular el punto en que iría en ese momento.

Por la precipitud con que se movía, el General Ibáñez juzgó con sobradísima razón que Pompilio trataba de dar un asalto á Piedras, y pensó en batirlo antes de que aquél lograra su intento: al efecto dispuso que Marín moviera á las 7 de la noche su

fuerza á la puerta de *Arenoso* y ocupara las trincheras que forman allí unas cercas de piedra, y él, creyendo que sus órdenes serían cumplidas, tanto más cuanto habían sido discutidas con él mismo, se marchó para donde Carriazo, quien debía cruzar los llanos de *Chicalá* y *La Manga* en la madrugada de esa misma noche y colocarse á la retaguardia de Pompilio para atacarlo á las 4 de la mañana, si éste no asaltaba el lugar y se quedaba en el llano inmediato por la vía de Venadillo y en medio del *Chipalo* y la zanja ó quebrada de *Guarapo*, ó para proteger á Marín si acaso era descubierto. Cualquiera que conozca este sitio juzgará la suerte de Pompilio y todas sus tropas si Marín acata las órdenes de su superior.

Todo lo contrario sucedió: á las 9 de la noche llegó el enemigo, su descubierta atacó la avanzada, y al cuarto de hora ocuparon unos 100 hombres á Piedras y le cogieron todas las brigadas en los potreros, cargas de fusiles amarradas pero botadas en la plaza y en las calles, cajas de munición en los cuarteles, cornetas y banderas. ¿Tendría la Revolución desastre semejante en alguna parte? De seguro que sí y muchísimo peores, pero en víspera de un combate con todas las probabilidades de buen éxito, con avisos repetidos hora por hora de los movimientos del enemigo, con órdenes terminantes del Jefe superior en la tarde de ese mismo día, en las posiciones que rodean ese lugar y con una fuerza que acababa de triunfar en Honda, donde hubo rasgos de valor en la toma de los buques *Venezuela* y el *Honda*, nos atrevemos á sostener que en ninguna otra parte ha podido verificarse desastre igual. Ibáñez y Carriazo, que oyeron las descargas, comprendieron todo y suspendieron su marcha para volver al día siguiente temprano sobre La Vega por la vía de *Cotomal*, donde encontraron á Marín con unos pocos dispersos que habían tomado la misma vía.

La desesperación triunfó sobre el espíritu del General Ibáñez y lo decidió á abandonar aquella tierra y buscar la región de los Llanos, de donde jamás volvió.

Así terminó este abnegado Jefe su carrera militar en el Tolima, llevándose en el alma las amarguras y las tristezas, las decepciones y el desconsuelo, dejando recuerdos muy gratos en todos aquellos que sí supieron comprenderlo, porque supieron quién era y de qué tanto era capaz.

ASESINATO DEL GENERAL IBAÑEZ

Terminada la campaña del *Guavio*, el General Ibáñez organizó los derrotados y marchó con ellos á Labranzagrande, donde fue proclamado Jefe por los Generales Barbosa, Bernal, Acosta, Gutiérrez, &c.

Con 1,000 hombres de que componía la fuerza resistió cinco días de combate á las Divisiones del General García, al fin de los cuales fue vencido por éste, viéndose obligado á retirarse á Nunchía, perseguido por García. Siguió el General Ibáñez su marcha hasta Pauto, donde duró atrincherado tres días, hasta que desesperada la fuerza liberal por el hambre, siguió á Tame, donde se arregló con García una suspensión de hostilidades por diez días. Entre tanto, el General Samuel Bernal se dirigió á Arauca en busca de noticias, y regresó con unas bastantes satisfactorias. En vista de ellas, el General Ibáñez notificó á García que no se entregaba. El Jefe conservador los atacó de nuevo, y los liberales se internaron en la trocha.

El 10 de Septiembre llegaron á Santander con 400 hombres. El 4 de Octubre estaban en Norma y el 5 en Sartaneja. Pedro Escipión Suárez y Pedro Navas los traicionaron, informando detalladamente á los conservadores sobre la situación de la guerrilla del General Ibáñez.

El enemigo los rodeó, pero fue vencido después de tres horas de combate. El General Ibáñez tomó la vía de *El Cerrito* y la de *Chiscas*, pero viéndose perseguido de cerca por las fuerzas del General Arango, resolvió atrincherarse en *Conejos*. Los conservadores avanzaron, y el General Ibáñez se internó en el Llano, y allí los venció, muriendo en el combate el Jefe conservador.

Activada la persecución por numerosas fuerzas gobiernistas, el General Ibáñez disolvió su gente, escondió las armas y buscó un refugio seguro para él. El 23 de Octubre estaba en la estancia de *La Garita*. Los Carvajal, sus compañeros, se entregaron, denunciaron las armas y al General Ibáñez, y organizaron en *Chiscas* un Batallón del Gobierno. El General Ibáñez y su hijo Miguel se hallaban en la casa del Sr. León Sánchez, cuando fueron sorprendidos.

El General Ibáñez logró esconderse en una cueva de doble fondo, donde dormía, y allí buscaron los dictatoriales con las bayonetas, pero no lo encontraron. Miguel siguió huyendo á Chiscas, donde fue aprehendido y conducido al Espino, logrando ocultar su nombre. Deseando conocer la suerte que correría su padre si caía en poder de las fuerzas del Gobierno, preguntó al General Aristides Barrera qué pensaba hacer con el General Ibáñez si acaso lo cogían.

“*Matarlo al rompe,*” fue la salvaje respuesta de Barrera.

Un soldado denunció á Miguel, é interrogado éste por Arango, manifestó que su padre había seguido para Chamaca.

Arango envió una Comisión compuesta de patibularios natos, con la orden terminante de matar al General Ibáñez donde lo encontraran. Los asesinos marcharon el 29 de Octubre por la noche, y durmieron en *La Garita*. El 30 á las 6 a. m. siguieron á *El Algodonal*. El General Ibáñez bajaba como á las 7½ para *La Garita*, y en *Tierrablanca* se encontró repentinamente con la Comisión, que le hizo una descarga á distancia de dos varas. Le cortaron la cabeza, mutilaron el cuerpo, se robaron la ropa. La cabeza la llevaron al Espino, y con cohetes y música la pasearon de *chichería* en *chichería*. Arango gritaba: “*Matamos al General; si no lo creen, aquí está la cabeza.*” El Jefe de los asesinos, Evangelista Buitrago, ofrecía licor á la soldadesca.

En esos momentos llegó el General García, y les ordenó que enterraran la cabeza.

El Cura impidió que fuera en el Cementerio.

C A R T A

“*Comandancia General del Ejército Liberal de Boyacá—Labranzagrande, Junio 13 de 1902*”

Sr. Jefe Civil y Militar del Departamento de Boyacá—Tunja

He tenido el honor de imponerme del contenido de vuestra atenta nota, fechada en Tunja el 21 del mes pasado, y dirigida á los Jefes y Oficiales de las fuerzas acantonadas en *Macueque*.

Principio por daros mis cumplidos parabienes por los altos y nobles sentimientos que inspiran el espíritu de vuestras palabras, llamando á todos los ciudadanos en armas contra el Gobierno, á gozar de las garantías que él ofrece, para no continuar esta lucha que asola y arruina la Patria. Nosotros los liberales—nacidos como vos,—en este suelo, que amamos con pasión filial, no encontramos en la Constitución monárquica que nos rige, la parte que nos debería corresponder como ciudadanos; ni el Gobierno nos ofrece lo que gozan todos los que viven al amparo de leyes democráticas y republicanas, en las cuales se respeta el sufragio y en cuyas Asambleas están representados los diferentes partidos políticos, sin exclusiones voluntarias, tal como ha sucedido entre nosotros en los últimos quince años, en que el Partido Liberal apenas tuvo un Diputado que le representara en el Congreso Nacional. Los miembros del Partido Liberal estamos reducidos á la condición del paria oriental: trabajamos para pagar los pechos y contribuciones sin tener ningún derecho político, ni libertad alguna, llegando la desesperación hasta el delirio de lanzarnos á la guerra, que es el mayor de los males. Hay, pues, que suprimir las causas que han engendrado esta situación enfermiza y anormal: nosotros no somos colombianos ante la Ley, sino los perseguidos y afrentados por nuestros compatriotas gobernantes. César Conto, muerto en el destierro, porque redactaba *El Liberal*; Santiago Pérez, expulsado del

país, sin fórmula de juicio, tuvo que rendir su vida en el ostracismo porque escribía *El Relator*; las cárceles llenas de liberales por las delaciones de los agentes de policía; el domicilio violado á cada instante; la Prensa amordazada, sin poder dar una opinión, que tal vez hubiera sido la salvación, porque es prohibido discutir los males del papel moneda; los empleados irresponsables delante de la ley; las facultades extraordinarias en manos del primer Magistrado; la orden verbal llevada por un corchete, entró en la vida ordinaria, como el pan cotidiano; de modo que hay tantas Bastillas, como cárceles en todo el país, y tantos verdugos, como empleados nacionales. Todo esto ha hecho que la vida sea un martirio, y que no haya ningún estímulo para el trabajo, ni para los goces de la vida social, y que suspiremos siempre por nuestra libertad perdida. Mientras el Gobierno no dé pruebas inequívocas de que busca una solución que satisfaga á la mitad de la Nación, la guerra no acabará y la Revolución sostendrá la bandera que han levantado los pueblos esclavos y los partidos sin derechos: ella, la bandera de nuestros mayores de 1781 con los socorranos; ella, la misma que levantaron más tarde en 1810 los patriotas de Bogotá; ella, la que vimos en los campos de Cuba en manos de los Maceos; ella, la que sostiene este ardor bélico en todos los ámbitos del país. Aunque todos queremos como vos esta Patria, tanto más cuanto más desgraciada es, no podemos deponer nuestras armas hasta que adquiramos el honor de que nos cubra el Pabellón Nacional y seamos unos mismos delante de la Ley y del Derecho.

Cuanto á las promesas del Sr. Marroquín—Presidente en ejercicio—relativas á la paz, nos permitimos dudar de ellas por los hechos que apuntamos en seguida: Inmediatamente después del golpe de cuartel del 31 de Julio, los Sres. Carlos Martínez Silva, Guillermo Quintero Calderón y Miguel Abadía Méndez, sus Ministros, enviaron un correo oficial á la Revolución con pliegos que fueron entregados por el Sr. Enrique Escobar en los campamentos liberales de Cundinamarca y Tolima, los

cuales pliegos contenían varias de las reformas que pedía el Liberalismo y la fracción conservadora histórica. Ellos se comprometían á que serían adoptadas esas reformas por el nuevo Gobierno y servirían de prenda de conciliación entre los dos Partidos; y sin embargo, con fecha 2 de Septiembre de 1900, el Sr. Aquileo Parra recibió una carta privada del Sr. Marroquín diciéndole que la palabra empeñada por su Ministerio para con la Revolución en nada lo afectaba personalmente, y que no se consideraba obligado á cumplir con lo ofrecido por sus Ministros. Si el Sr. Marroquín sanciona y aprueba esas reformas, y si no hubiera desautorizado á sus Ministros en sus cartas al Sr. Parra, es indudable que así se habría evitado la continuación de esta cruenta y desastrosa guerra. El Sr. Parra suplicó al Sr. Marroquín que le permitiera la publicación de esa correspondencia, para sincerarse ante su Partido de haber apoyado el golpe de cuartel del 31 Julio, y el Sr. Marroquín no accedió á ello. Estos hechos son de notoriedad pública en Bogotá y apelamos al testimonio del mismo Sr. Marroquín, ya que el Sr. Parra ha muerto.

Aparte de esas consideraciones, deseamos saber el pensamiento del Gobierno sobre la conveniencia que habría, ya que la Revolución estuviera terminada, de dar una amnistía general en favor de todos los revolucionarios que quisieran acogerse á ella, en vez de tratar con parcialidades armadas en diversos puntos del país. Así sabríamos que no habría persecuciones personales y que no veríamos el cadalso político, cuya abolición pedía el Sr. Jorge Holguín desde las columnas de *La Nación* hace más de seis años, con el objeto de humanizar la guerra entre nosotros. Demás de esto, el Partido Nacionalista, por boca del Sr. Miguel Antonio Caro, su Jefe prestigioso, clama por la reunión de una *Convención* que sirva de base de sustentación al Gobierno; que su representación sea de origen popular; que se respete el sufragio y la voluntad soberana de los ciudadanos y que nos demos el abrazo fraternal en esa *Convención*, que es lo que anhelan los corazones generosos y las almas libres; depongamos allí nues-

tros odios por la salud de la Patria, la concordia de la Nación y la paz de los hermanos.

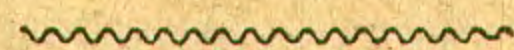
Nos tomamos la libertad de suplicaros nos digáis si los liberales neutrales han sido soltados del Panóptico y cárceles de las diferentes capitales; si han cesado los empréstitos y persecuciones de nuestros copartidarios; si ya no recluta el Gobierno á los infelices labriegos y artesanos que pagan con sus vidas el error de haber nacido aquí, y si ya se ha suspendido la emisión indefinida de papel moneda, que ha causado mayores miserias, ruinas y desgracias que la misma guerra.

Las instituciones actuales no tienen el fundamento popular, y fueron impuestas por Núñez á poder de la fuerza bruta; ellas necesitan modificarse en sentido republicano y democrático; la voluntad nacional no ha sido consultada por medio de un Plebiscito desde 1852, según lo afirma el Sr. Justo Arosemena en documento oficial del año de 1880, en el cual se excusa de aceptar el puesto de Secretario de Relaciones Exteriores hasta que no se hiciera una Constitución verdaderamente nacional, con la participación y apoyo de ambos partidos militantes.

Así cerraremos la época luctuosa de las guerras civiles, y unidos marcharemos hacia la era fecunda del trabajo y de la paz; seremos grandes en riqueza y poderío, y ocuparemos el lugar que nos corresponde en el torneo de la civilización y en las batallas del progreso y de la libertad.

ARISTÓBULO IBÁÑEZ

Tunja, Junio 29 de 1902.



LISTA

de los Jefes y Oficiales muertos en la campaña del Tolima en la pasada guerra

| NOMBRES | GRADO | NACIMIENTO | DEFUNCION |
|--------------------------|-----------------|-----------------|--------------------|
| Manuel Cobos..... | Teniente..... | Bogotá..... | Ibagué. |
| Constantino Galindo..... | Capitán..... | Ibagué..... | Id. |
| Fermín Buenaventura..... | Teniente..... | Chaparral..... | Id. |
| Quintín Gómez Matiz..... | Capitán..... | Fusagasugá..... | Id. |
| Adolfo Galindo C..... | Teniente..... | Ortega..... | La Sierra. |
| Jorge Buenaventura..... | Id..... | Ibagué..... | Id. |
| Pedro F. Lince..... | Médico..... | Medellín..... | Ambalema. |
| Francisco Márquez..... | | Bogotá..... | Chaparral. |
| Aristides Castilla..... | Comandante..... | Medellín..... | Panamá. |
| Antonio Meléndez..... | Teniente..... | Neiva..... | Otavaló (Ecuador). |

| NOMBRES | GRADO | NACIMIENTO | DEFUNCION |
|--------------------------|---------------------|-------------------|-------------|
| Bernabé Barrios..... | | Guataquí..... | La Vega. |
| Adolfo Ariza..... | | Ibagué..... | Guamo. |
| Anacleto Barón..... | Capitán..... | Id..... | Ambalema. |
| Tulio Barón..... | General..... | Id..... | Ibagué. |
| Carlos A. Caballero..... | Comandante..... | Fusagasugá..... | Ilarco. |
| Antonio Charry..... | Capitán..... | Neiva..... | Chapa. |
| Abundio Cuenca..... | Coronel..... | Purificación..... | Calibío. |
| Ricardo Guzmán C..... | Capitán..... | Ibagué..... | Panamá. |
| Francisco Vila..... | Id..... | Id..... | Id. |
| Griseldo Mazabel..... | Sargento Mayor..... | Anapoima..... | Ilarco. |
| Ricardo Guzmán..... | | Ibagué..... | Anaime. |
| Ismael Trujillo..... | Subteniente..... | El Hobo..... | Micay. |
| Ramón Borrero..... | Sargento Mayor..... | Gigante..... | Calibío. |
| Manuel Peña..... | Id..... | Bogotá..... | Id. |
| Domingo Liévano..... | General..... | Chaparral..... | Silvia. |
| Aurelio Martínez..... | Coronel..... | Cáqueza..... | Los Cuchos. |
| Eladio Trujillo..... | Capitán..... | Villavieja..... | Silvia. |

| | | | |
|------------------------------|---------------|------------------|------------|
| Marco T. Buendía..... | Teniente..... | Guagua..... | Calibío. |
| Alejandro Díaz..... | Coronel..... | Antioquia..... | Id. |
| David Paredes..... | Teniente..... | Campoalegre..... | Id. |
| N. Terrón..... | Capitán..... | Bogotá..... | Piedras. |
| Alberto Barriga..... | Coronel..... | Ibagué..... | Victoria. |
| Santiago Vila..... | Capitán..... | Id..... | Id. |
| Miguel Terrón..... | Coronel..... | Honda..... | Tibacuy. |
| Moisés Montero..... | Id..... | Bogotá..... | Bogotá |
| Ramón Espinosa..... | Capitán..... | Ibagué..... | Tibacuy. |
| Tomás Vila..... | General..... | Id..... | Anaime. |
| Nicolás Caicedo..... | Teniente..... | Id..... | Id. |
| Fernando Caicedo (hijo)..... | Capitán..... | Id..... | San Borja. |
| Pedro Rubio..... | Id..... | Id..... | Anaime. |
| Afanador..... | Mayor..... | Tocaima..... | La Sierra. |
| Oliverio Sánchez..... | Coronel..... | Cauca..... | Ambato. |
| Gustavo Sánchez..... | General..... | Id..... | La Sierra. |
| Jesús Lara..... | Teniente..... | Gigante..... | Aguadulce. |
| Ricardo Carvajal..... | General..... | Ibagué..... | Garzón. |
| Plinio Carvajal..... | Capitán..... | Id..... | Naranjo. |
| Ricardo Carvajal (hijo)..... | Teniente..... | Id..... | Ibagué. |
| Diego Galindo B..... | Capitán..... | Id..... | Los Montes |
| Alberto Perdomo..... | Id..... | Neiva..... | Coello. |

| NOMBRES | GRADO | NACIMIENTO | DEFUNCION |
|-----------------------------|---------------------|-------------------|------------|
| Everardo Rubio..... | Alférez..... | Ibagué..... | Boquerón. |
| Ricardo Bustamente..... | Coronel... .. | Medellín..... | Amagá. |
| Eudoro Perdomo..... | Alférez..... | Neiva..... | Neiva. |
| José Miguel Villarreal..... | Capitán..... | Bogotá..... | Id. |
| Félix Conde..... | Coronel..... | Honda..... | Girardot. |
| Francisco Ruiz..... | Id..... | Bogotá..... | Ilarco. |
| Severiano Poveda..... | Id..... | Gigante..... | Matamundo. |
| Eusebio Rincón..... | Comandante... .. | Chaparral..... | Id. |
| Ramón Zapata..... | Capitán... .. | Bogotá... .. | La Sierra. |
| Jesús Lara T..... | Alférez... .. | Gigante... .. | Id. |
| Porras..... | Sargento Mayor..... | Honda..... | Girardot. |
| Alfonso Colmenares..... | Comandante... .. | Cali... .. | Anaime. |
| Benjamín Mejía..... | Coronel..... | Antioquia..... | Id. |
| Betancur..... | Id..... | Purificación..... | Id. |
| Antonio Charry..... | Comandante..... | Villavieja..... | Berlucá. |
| Manuel Antonio Barrios..... | Coronel... .. | Riofrío..... | Id. |
| Manuel Antonio Cuéllar..... | Sargento Mayor..... | La Plata..... | Id. |

| | | | |
|--------------------------|---------------------|-------------------|--------------------------|
| Dionisio González..... | Comandante... .. | Coyaima..... | Los Menchós. |
| Pedro Añasco..... | Capitán... .. | Coello..... | Ortega. |
| León Ramírez..... | Sargento Mayor..... | Honda..... | Id. |
| Francisco Lozano..... | Mayor..... | Neiva..... | Canali. |
| Evaristo Lozano..... | Id... .. | Ortega..... | Tocará. |
| Francisco Gómez..... | Comandante... .. | Santander..... | Purificación. |
| Paredes..... | Capitán..... | Campoalegre... .. | Ortega. |
| Eustorgio Caballero..... | Id..... | Arauca..... | Id. |
| Joaquín Parga..... | Coronel... .. | Dolores..... | Chaparral. |
| Ricardo Denis..... | Id..... | Bogotá..... | La Mesa. |
| Bernate..... | Capitán..... | Chaparral..... | Zanjanegra |
| Rafael Salas..... | Teniente..... | Neiva..... | La Sierra. |
| Esteban Salas..... | Alférez..... | Id..... | Silvia. |
| Manrique..... | Capitán..... | La Unión..... | Calibío. |
| Antonio Garzón..... | Comandante... .. | Honda..... | Micay. |
| Alfredo Garzón..... | Mayor..... | Girardot..... | Manigua. |
| Abdón Perdomo..... | General... .. | Neiva..... | Vapor <i>Venezuela</i> . |
| Flórez..... | | Agrado... .. | Id. |
| Ricardo Charry..... | Capitán..... | Neiva..... | Chapa. |
| Cesáreo Pulido..... | General... .. | La Mesa..... | Espinal. |
| Gabriel Calderón..... | Id..... | Fusagasugá..... | Id. |
| Rogerio Chaves..... | Comandante... .. | Ibagué..... | Id. |

| NOMBRES | GRADO | NACIMIENTO | DEFUNCION |
|----------------------------|--------------|-------------|---------------|
| Anatol Barros..... | Coronel..... | Bogotá..... | El Espinal. |
| Antonio Suárez L..... | General..... | Bogotá..... | La Barrigona. |
| Juan Vidal..... | Id..... | Agrado..... | Id. |
| Julián Lezama..... | Coronel..... | Lérida..... | Id. |
| Virgilio Leiva..... | Id..... | Honda..... | Honda. |
| Félix Piñeros..... | General..... | Bogotá..... | Id. |
| Jacinto Díaz..... | Id..... | Cambao..... | Turbaco. |
| Ismael Santofimio..... | Coronel..... | Ibagué..... | Purificación. |
| Mario Carvajal..... | Id..... | Id..... | Miraflores. |
| José María Santofimio..... | Capitán..... | Id..... | San Luis. |

Espinal, 5 de Septiembre de 1902

Al Sr. General Napoleón Rivera—E. L. C.

Sr. General:

Acaba de sorprenderme la noticia de que se ha reunido hoy un Consejo de Guerra verbal para juzgar al General Cesáreo Pulido y á algunos de sus compañeros de armas. Sabiendo que sois el Presidente de ese Consejo, y no encontrando el medio de dirigirme á vos en vuestro carácter oficial, os escribo esta carta que fío á vuestra hidalguía.

Soy incapaz de insinuaros siquiera la más pequeña desviación de vuestro deber. Lo que vengo á pedir es, simplemente, la misericordia para con el caído, y en este grandioso campo que á todos nos abre la caridad cristiana, abrigo la esperanza de hallaros dispuesto á oírme y á atenderme.

Vengo, Sr. General, á pedir que conservéis la vida del General Pulido y de sus compañeros, para evitar nuevas escenas de sangre y de horror á esta desgraciada tierra, y como un homenaje vuestro en aras de la conciliación, que aconsejan en documentos recientes el Sr. Vicepresidente de la República y el Ilmo. Sr. Arzobispo de Bogotá.

Vengo á haceros esta petición no sólo como ciudadano de Colombia, sino también como individuo de la gran familia humana, unido á sus distintos miembros por lazos indestructibles de solidaridad establecidos por Dios, proclamados por Jesús y extendidos por casi toda la redondez de la tierra por el Cristianismo, vida y alma de la civilización moderna.

El General Pulido y sus compañeros, después de una pugna de tres años, son al presente prisioneros de guerra, y vencidos é indefensos están en vuestras manos. La realidad de los hechos, con su elocuencia soberana, está diciendo que en la terrible lid la victoria corresponde aquí al General Toribio Rivera y á sus colaboradores, entre los cuales ocupáis puesto distinguido.

Ayer, cuando á vuestro clarín de guerra contestaba el del General Pulido; cuando sus soldados se enfrentaban á los vuestros, y el sol, y el agua, y el campo se partían entre los dos, eran perfectamente explicables todas las medidas tomadas por vosotros para resistir su ataque y vencerlo. Pero hoy la situación ha cambiado del todo: sólo se oyen las dianas del triunfo en vuestras tiendas, y sólo se ven relucir al sol las armas de vuestros soldados. De los que fueron compañeros del General Pulido, unos yacen insepultos en los campos, mostrando al mundo la violencia de nuestras contiendas fratricidas; otros vagan por soledades y montes, y otros sufren en las cárceles las inevitables torturas de la prisión.

Ayer erais combatientes, hoy sois vencedores; ayer debíais oponer la fuerza á la fuerza; hoy el ejercicio de esa fuerza sobre hombres inermes, sería un exceso de que no querréis haceros responsable. Hoy sólo cumple á la legendaria hidalguía del carácter colombiano la abierta y franca generosidad para con los vencidos.

De ello hay larga y honrosa tradición en nuestra historia. Me bastará recordaros solamente que Parra y Camargo abrieron en 1877, al Partido Conservador vencido, las puertas de la paz, la conciliación y la concordia cuando estaba caliente todavía la sangre liberal vertida en los combates. No hubo entonces largas prisiones, ni Consejos de Guerra, ni fusilamientos para juzgar y castigar al Partido Conservador revolucionario. El General Pulido fue de los vencedores de entonces, y no ejecutó contra los vencidos ningún acto de severidad, menos de venganza.

Y del mismo modo fue hidalga y generosa la conducta de Caro y de Reyes, en 1895, en Beltrán y Chumbamuy, Enciso y Capitanejo.

¿Por qué á la hora actual del siglo XX ha de olvidarse todo esto, ha de renegarse de nuestra propia idiosincrasia nacional, y sólo hallar salud para la Patria en una severidad excesiva? ¿Cuál la razón tan poderosa que obligue á hacer por medio del patíbulo más honda y espantable la divergencia de opiniones en Colombia?

Podrá contestármeme que se han concedido garantías á los revolucionarios que han querido acogerse al indulto del Gobierno, y que la severidad con el General Pulido proviene de su resistencia á entregarse. No creo que él conociera el Decreto de indulto, porque es sabido que en los últimos meses se vio obligado á vivaquear en despoblados y montañas, atajado en todas partes por los soldados del Gobierno, y que cuando logró salir de esos desiertos no tuvo un momento de reposo, hasta caer prisionero después de varios encuentros de armas. Lógico es suponer que no tuvo ocasión de conocer el Decreto aludido, y forzoso es convenir en no hacerlo responsable de que á él no se acogiese.

Pero suponiendo que sí lo conociera, todavía es excusable su conducta si se considera lo doloroso que es para hombres que ciñen espada, rendirla en manos del adversario. Pensad vos, Sr. General, cómo sería vuestra lucha interior si os vierais colocado en extremo semejante, y pensad también cómo renegaríais de la llamada justicia de los hombres si, porque no os decidierais á entregaros inmediatamente, se os condenara como á insigne criminal y se os condujera al patíbulo, segando de manera ignominiosa vuestra vida y abandonando á la orfandad y al desamparo á vuestros hijos! ¿No sería esto para vos terriblemente cruel? ¿No desearíais entonces que un adversario hidalgo y fuerte os arrancara del patíbulo? ¿Ah! Sr. General, vos debéis ser ahora ese adversario hidalgo y fuerte que salve la vida al General Pulido y á sus compañeros. ¡Os sobran valor y generosidad para serlo!

Habrá quienes digan: á Pulido se le debe matar, no por su condición de liberal, ni por haberse negado á entregarse, sino por delitos comunes de que se ha hecho responsable.

¿Están probados esos delitos por testigos idóneos no cegados por la pasión política ó por cualquiera otro interés innoble, siquiera sea el de mostrarse inexorables, debilidad frecuente en épocas como la actual? ¿Han tenido los acusados las facilidades y el tiempo necesarios para su defensa?

Cuestiones son éstas, Sr. General, que pueden pasar inadvertidas para el criterio ciego y apasionado de las multitudes, pero que hombres colocados en vuestra posición no pueden mirar con indiferencia, porque son vitales no sólo para su propia reputación, sino para el bien de la causa política que representan.

Yo no conozco los actos ejecutados por el General Pulido, porque ni fui su compañero de campaña, ni me he comunicado con él en ninguna forma; pero no puedo convenir, sin prueba plena, en que sea un bandido vulgar quien se ha distinguido siempre como gran trabajador, como hombre de costumbres morigeradas y de perfecta honradez. E igual manifestación debo hacerlos, con pleno conocimiento, respecto al General Gabriel Calderón, que se me dice está sometido también al Consejo de Guerra. Mas, si por una de esas aberraciones inexplicables, ellos han manchado sus espadas y no han sabido mantener en alto el honor militar, entonces..... sentenciadlos, pero nó á la pena capital, que es horrible y que quita toda esperanza de rehabilitación. ¡Nó á esa pena, que tan ancho surco de dolor, de agravios y de odios engendra y que perdura al través del tiempo, como elemento permanente de rencor entre los hombres! ¡Nó á esa pena, que desde 1849 está prohibida entre nosotros para los delitos políticos, y que proscribire en forma terminante el artículo 30 de la Carta fundamental de 1886!

Lo que dejo dicho os demostrará que yo no vengo á amparar delincuentes, si los hay, sino á ver de evitar el sacrificio de vidas, sacrificio que considero estéril para el bien y sólo fecundo para el mal. De la misma manera que procedo hoy, he procedido en diversas emergencias de la presente guerra para salvar la vida de conservadores. Uno de ellos, antiguo y abnegado servidor de vuestra causa, vive aquí.

Si hoy se condujera al patíbulo al General Pulido, no habría poder sobre la tierra capaz de quitar á esa ejecución el carácter odioso de sacrificio político.

Meditad, Sr. General, que está en vuestras manos evitar á vuestra Causa esa tremenda responsabilidad

y demostrar que vos lleváis á la práctica la disposición constitucional que he citado.

Precisamente por la intensidad de la lucha en que ha venido debatiéndose el país desde 1899, la hora actual no debe ser de exageraciones de furor, sino de reconciliación y de concordia. El Sr. Vicepresidente de la República ha tenido la visión de comprenderlo así, y en su proclama de Julio último podéis leer que nos invita á todos los colombianos á “deponer rencores, olvidando agravios, predicando la concordia y uniéndose en fraternal abrazo con los que hayan tenido por adversarios en la funesta lucha.”

¿Y no es cierto, Sr. General, que el papel en que tan hermosas frases se han estampado, sería un mal sudario para los despojos inanimados y fríos del General Pulido?

Vamos, Sr. General, al templo de la Concordia. Encabezad vos esa fecunda cruzada del perdón.

Perdonar es subir, así como toda sugestión del odio es una caída, es un retroceso del hombre civilizado y cristiano hacia el salvaje de las cavernas, hacia el hombre primitivo.

Reordad, Sr. General, que el complemento necesario de toda verdadera gloria militar es la clemencia. Los más grandes caudillos se empequeñecen cuando ejecutan actos de crueldad. La memoria augusta de Bolívar no ha encontrado agua lustral suficiente para lavarse la mancha que él se echó encima con el fusilamiento de Piar. Santander, el grande y honrado organizador de la República, el segundo de Bolívar, el fundador de la Causa política á que pertenezco, no pudo jamás defenderse satisfactoriamente del sacrificio de Sardá, y al fin el recuerdo—en hora memorable—de ese acontecimiento, le hirió como hiere el rayo y le llevó al sepulcro.

Sobre nuestros dos grandes caudillos del 60, liberal el uno, conservador el otro, caerá siempre el estigma de la Historia, porque no supieron unir á sus grandes cualidades, la más hermosa de las condiciones del carácter: la magnanimidad.

En cambio, cómo flota en el cielo de nuestros

anales la figura hidalga y noble de Sucre, grande y magnífica no tanto por sus proezas militares, cuanto por esa constante magnanimidad, que tuvo su apogeo después de la batalla de Ayacucho,—después de esa batalla, cuando para los españoles vencidos, para los enemigos de la Patria, no alzó un patíbulo, no abrió una prisión, sino, al contrario, otorgó la más amplia, la más generosa de las capitulaciones.

Y es, Sr. General, que la humanidad no rinde culto á los inexorables. Ellos desfilan en la Historia encorvados bajo el peso de la indignación general. Tal ha sido la suerte de los Silas y los Marios, los Torquemadas y Felipes Segundos, de los Dantón, los Marat y los Morillo. La humanidad, guiada por instinto providencial, guarda sus coronas para la clemencia, la magnanimidad y la hidalguía; para los que más que valientes fueron magnánimos; para un San Luis ó un caballero Bayardo, un L'Hôpital ó un Wáshington, un Antonio José de Sucre ó un Manuel María Mallarino.

Ella, hoy más que nunca, abrevada en las límpidas fuentes del Cristianismo, rechaza con horror los actos sanguinarios y ama la caridad y la misericordia. El Sagrado Libro dice: “Amad á vuestros enemigos. Revestíos de entrañas de compasión, de benignidad, de humildad, de modestia, de paciencia, sufriendoos los unos á los otros y perdonándoos mutuamente. No juzguéis á los demás, si no queréis ser juzgados, porque con el mismo juicio que juzgareis, habéis de ser juzgados; y con la misma medida con que midiereis, seréis medidos vosotros. Porque aguarda un juicio sin misericordia al que no usó de misericordia.”

Y estos preceptos han regenerado el mundo.

De un lado tenéis, pues, vos y vuestros colegas del Consejo, la pasión política que pide el sacrificio de los acusados; del otro, las enseñanzas del Cristianismo.

Allá la barbarie, acá la civilización.

De una parte, los apetitos brutales del odio y del rencor; de otra, la doctrina inmortal de Jesucristo, basada toda ella en el amor, la caridad y el perdón.

Allá la oscuridad y la noche; acá la luz inextinguible que ha regado sobre el mundo la marcha triunfadora de la Cruz.

Para hombres civilizados y cristianos no puede haber vacilación en la escogencia.

Soy vuestro respetuoso servidor,

FABIO LOZANO T.

EL GRAN CAUDILLO

Era el General Cesáreo Pulido un carácter esencialmente formado para la lucha: en los campos de batalla nadie peleó jamás con mayor intrepidez; en las pacíficas labores del trabajo fue un titán.

Como Jefe sólo tenía un defecto: no contaba al enemigo; en divisándolo, marchaba sobre él, lo acometía con furia, se botaba ciego de coraje sobre los sitios de mayor peligro; era un huracán, era una tromba. Y vencedor ó nó, nadie pudo ufanarse de haber ido más adelante que él en la pelea. En nuestra guerra de Independencia habría sido el émulo de Páez; Maceo apenas habría podido acompañarlo en la de Cuba; en las viejas leyendas españolas se le habría confundido con Sertorio.

Se nos antoja un enamorado constante de la conocida frase de Córdoba en El Santuario: “Si es imposible vencer, no es imposible morir.”

Es así como se le ve, desde el primer momento, descollar entre los más audaces lidiadores de la última guerra; y cuenta que para sobresalir allí donde se habían dado cita Uribe y Benjamín Herrera, Marín, Bustamante y Aristóbulo Ibáñez, Lucas Caballero, Tulio Varón, Caicedo, los Buendías y Rafael Santos, Ramón Chaves y Ramón Neira, Ruperto Aya, Sandalio Delgado, Santofimio, Pedrosa, Herrán, los Sánchez, Vicente Carrera y tantos otros, era preciso poseer las más altas condiciones del valor.

Es así como la arrogante figura de Pulido se destaca en las batallas de San Jorge y Matamundo, de Sibaté, de Soacha, Tibacuy, La Sierra, Ambato y Girardot; en Ilarco y la Virginia; en Uribe, en Prado, en las Peñas, en el Real, en Villavieja, en Garzón y en mil lugares más que no anotamos. En todos los grandes combates del interior, allí estuvo él. Como el imán atrae el hierro, los peligros atraían á Pulido, y corría tras de ellos como empujado por fuerza irresistible, llena el alma del entusiasmo de los grandes convencidos.

No le importaba vencer, sólo le importaba pelear.

Una crítica estricta no podrá pasar inadvertido ese defecto, grave—sin duda—en todo jefe militar, que antes que de exhibir valor personal, debe preocuparse de batir al enemigo con la menor suma posible de sacrificios de sangre.

Nosotros ni queremos ser críticos del General Pulido, ni podemos serlo.

Estamos hablando del buen ciudadano, del servidor asiduo y desinteresado de una Causa, del batallador infatigable y del mártir. Y en estos conceptos el homenaje que rendimos á su memoria es perfectamente merecido.

Después del desastre de La Sierra, algunos grupos de derrotados se reunieron en torno de Pulido: Bustamante, Caicedo, Tulio Varón, Rafael Santos y Oliverio Sánchez. Gustavo, el hermano de Oliverio, había consagrado ya con su sangre el áspero suelo de La Sierra.

Esos grupos pasaron á Piedras, y allí, acosados por fuerzas vencedoras, superiores en todo género de recursos, fueron empujados hacia la Provincia del Centro. Al llegar á las escarpas del Coello, hallaron al enemigo, pletórico de parque, tendido en línea de batalla en los llanos de Ambato. Hombres de menor intrepidez habrían capitulado, pues no tenían pertrechos, las armas eran muy escasas, las bestias estaban agotadas de servicio, los soldados hambrientos, apenas podían sostenerse en pie. Con todo, acometieron, y al poco rato las cajas de per-

trechos del Gobierno eran abiertas con ansiedad febril en las filas revolucionarias; después, el Ejército conservador, roto y vencido, se retiraba del campo, y flameaba sobre éste el pabellón liberal.

Las fuerzas revolucionarias pudieron hacer este milagro; pero no les fue dado repetirlo, porque el cansancio, el sueño, el hambre, las bajas del combate, no permitían empeñar otro. Así fue que á la llegada de las fuerzas del Gobierno apenas pudieron intentar la defensa, mientras se retiraban protegidas por la noche, llevándose muchos elementos de guerra y cincuenta prisioneros, que Varón y Santos condujeron á Nariño y allí pusieron en libertad.

En Ambato quedaba un horroroso hacinamiento de cadáveres; y una vez más el suelo del Tolima recogía con amor la sangre liberal de los caucanos: allí había derramado la suya hasta morir Oliverio Sánchez. Las aguas del Coello arrullan sus cenizas, como allá, las del Río Recio, parecen entonar himnos á la memoria de Gustavo.

El General Pulido tomó la vía de San Luis, y antes de llegar á esta población fue alcanzado y preso.

El león quedaba encadenado, las alas del condor estaban rotas.

La prisión de Pulido se comunicó á todas partes como el más grande acontecimiento de esos días, y los que de él podían disponer ordenaron que se le condujera á Ibagué ó á Bogotá, en donde las cárceles ofrecían mayor seguridad que la del Guamo.

Atado con una cerda, á pie y rodeado de numerosa escolta, se le puso en marcha. Algunas horas después dijo al Jefe de la escolta que le era imposible continuar así, porque en Ambato había recibido fuerte contusión en una pierna. El Oficial le dio entonces una mula, y, colocándolo en medio de la escolta, entregó á un soldado la punta de la cerda con que iba atado, al cuello y á los brazos, el General. Pocos minutos después arrebató la soga al conductor, violenta el paso que la escolta le obstruía y se lanza á la carrera por la llanura sin fin. Una lluvia de balas surca el aire, los soldados disparan re-

petidas veces sobre el fugitivo, pero en esta ocasión el plomo no se atreve á tocarlo y logra escaparse de sus perseguidores.

Dos días después el General Pulido contaba con diez y seis hombres armados de machetes; cuatro días después entraba al Chaparral con ochenta; y once, á contar de la fecha en que salía del Guamo atado, á pie y custodiado, volvía á esta plaza con el General Caicedo, ponía en fuga á los enemigos y la ocupaba entre el entusiasmo y los vítores de sus compañeros.

A partir de esta fecha, la actividad, la energía, el ardor del General Pulido no conocen límites; él va á todas partes y en todas combate; no abandona á sus soldados jamás; es el obligado Jefe de Día en los campamentos, pues su vigilancia, su solicitud y su entusiasmo, alejan de su mente toda idea de abandono ó siquiera de descanso; vencedor aquí, vencido allá, parece que misteriosas energías animan su sér y le hacen insensible al sueño, al hambre, al frío, al sol, á ese enorme cúmulo de privaciones á que se vieron sometidos por tres años los revolucionarios de 1899.

Su figura marcial se ve de todas partes, y grandes esfuerzos del Gobierno se encaminan á abatirla. Pero aquel hombre era incommovible; incommovible como esas moles de granito que se yerguen en los mares y que burlan por siglos el azote incesante de las aguas.

En su campaña tuvo épocas de grande éxito, de las cuales no se aprovechó ni para recoger botín, ni para ejercitar venganzas. Era una alma noble, grande y fuerte; era la antítesis de sus matadores.

Hemos dicho que como trabajador fue un titán, y en ello nos ratificamos. Vivió consagrado á vastas labores agrícolas; de su frente rodaba y rodaba el sudor sobre los surcos, y así algo de su propia vida parecía palpitar en los cafetos en flor, en las espigas de sus extensos plantíos de pasto, y en el vaivén de sus cañamelares acariciados por los vientos. De allí su decisión, cada vez mayor, por los trabajos del campo; y de esa vida independiente, honrada y mo-

desta del campesino, acaso las grandes cualidades de su carácter.

Cuando debía atender á un compromiso comercial, no había valladar que lo atajara, ni esfuerzo que omitiera, ni sacrificio que no aceptara sin vacilación. La crisis del café le causó graves quebrantos; y si se escribiera su brega de esos días para salvar su nombre y atender á sus compromisos, no podría decidirse dónde fue más grande la energía de su carácter, si en el campo sangriento de la guerra ó en la candente arena de las luchas comerciales.

De esa actividad fecunda lo desvió la revolución de 1899, que él no contribuyó en ninguna forma á desatar sobre el país. Pero ya desencadenada la tormenta, creyó de su deber acompañar á sus copartidarios, y, abandonando cuantiosos intereses, se lanzó á los campamentos.

Y así como Pulido, bajo los toldos liberales se albergaron por tres años muchos hombres de la más alta posición social, política y comercial de Colombia. No fue la revolución un enjambre de miserables ó de merodeadores; fue el lugar de cita de las más vigorosas energías del país. La prensa, el comercio, la agricultura, las profesiones liberales, cuanto vale en la Nación, tuvo allí genuinos representantes. También hubo, es verdad, malos elementos, pero en el conjunto jamás predominaron, ni sería posible encontrar en ningún pueblo de la tierra un gran movimiento popular formado exclusivamente de hombres justos. Lo que puede y debe exigirse en estos casos es que la conducta de la mayoría no choque con las prácticas que, aun para épocas de guerra, ha traído la civilización; y, sobre todo, que no pequen de barbarie ni los actos ni las órdenes de los hombres encargados de los primeros puestos.

Situada la cuestión en este terreno, nos parece que nada tiene que temer el liberalismo colombiano para cuando el juicio imparcial y justiciero de la Historia examine los actos de los contendores de 1899 y distribuya responsabilidades.

Movimientos como el de 1899 no producen en

los verdaderos hombres de Estado exacerbación de iras, sino aumento de meditación para pasar de la superficie de las cosas y sondear más allá en busca de las causas que lo hayan producido. Esos hombres comprenden que tales movimientos muestran de manera palpitante las grandes aspiraciones nacionales, pues no abandonan los pueblos, por motivos de poca monta, comodidades y familia, intereses é industrias, tranquilidad y la vida misma al caprichoso torbellino de las guerras.

Por esto creemos que si la de 1899 fue un mal, mayor mal fue todavía la pretensión de domar los ejércitos revolucionarios como se doman cuadrillas de malhechores; mayor mal fue el empeño, hijo de la soberbia, de no reconocer en la revolución ningún germen de verdad ni de justicia. Sin estas aberraciones, la guerra habría sido corta, y acaso se hubiera llegado á un acuerdo que echara para lo futuro las bases de una Constitución que no sea arma de partido, sino arca santa que recoja y ampare los derechos de todos los colombianos.

No defendemos la Revolución de 1899; pero tampoco nos atreveríamos á lanzar sobre ella una reprobación absoluta. Nos parece que fue un acontecimiento demasiado complejo, trascendental y grande, para que á tan corta distancia en el tiempo se le pueda juzgar con imparcialidad y con acierto.

Lo que sí creemos fuera de duda es que no fue el liberalismo el único responsable de la guerra; en esa responsabilidad lo acompañan el nacionalismo, entonces dueño del poder, y el Partido Conservador, que lo incitó á la resistencia y lo lanzó á las armas.

El país debe recordar que á mediados de Agosto de 1899 la Convención Conservadora reunida en Bogotá declaró que el Gobierno había roto el régimen constitucional, y que, por tanto, el Partido Conservador no se consideraba obligado á defender á ese Gobierno en caso de que estallara la guerra.

Fue esta una declaración perentoria y solemne, que contribuyó poderosamente á encender la hoguera. Si acto continuo muchos conservadores, tales como Pedro Nel Ospina, Toribio Rivera, Ramón

González Valencia y mil más, se pusieron al servicio del Gobierno nacionalista para darse el lujo de abalear liberales; y si después del 31 de Julio, atrapado ya por los conservadores el poder, recrudecieron la lucha y persiguieron al liberalismo con crueldad no imaginada antes, eso, todo eso, lejos de amenazar la responsabilidad del Partido Conservador en los efectos de la guerra, la acrecienta, y aligera, en igual proporción, la del liberalismo.

Y esas mismas circunstancias deben tenerse muy en cuenta para decidir de la suprema injusticia con que procedió el Gobierno conservador al juzgar, sentenciar y matar en los patíbulos á tantos hombres meritorios que, si fueron adversarios vigorosos, no eran bandidos, ni los únicos responsables de la subversión del orden.

Después de las declaraciones de Septiembre, faltó el Partido Conservador á la hidalguía para con los liberales y á la vergüenza para consigo mismo, ofreciéndose al servicio de un Gobierno que, en concepto de aquel Partido, había roto el régimen constitucional; y después del 31 de Julio faltó á la lealtad, amarrando á un Presidente que le había entregado las armas; pisoteó el principio de autoridad—cohesión y fuerza de los Partidos Conservadores del mundo,—senbró la semilla, la espantosa semilla de las conjuraciones pretorianas; y por último, ultrajó á la humanidad por la manera cruel y sanguinaria como procedió con tantos desgraciados.

Una de sus víctimas fue el General Pulido.

Narrar los últimos días de este Jefe y de sus compañeros; describir las torturas á que se les sometió desde que fueron hechos prisioneros cerca de Garzón hasta que se les sacrificó en el Espinal, es tarea amarga y dolorosa, si las hay; amarga y dolorosa, porque no sólo hiere los sentimientos de partido, sino otros más altos y más nobles de civilización, de humanidad y de patria.

Desde que se les redujo á prisión se les hizo saber que serían pasados por las armas. Con tal seriedad se les dio este aviso, que varios de ellos otorgaron testamento en Garzón, y si allí no se les ultimó, fue—según se nos informa—por la hidalguía

del General Villoria. Luégo, en Neiva, les evitó la muerte la intervención generosa del General Olegario Rivera; pero ya puede suponerse cuál sería el estado de esos hombres, á quienes de pueblo en pueblo se les mostraba, como única esperanza, el maderamen siniestro del patíbulo.

Atados de dos en dos con zunchos remachados á las manos, se les condujo de Garzón al Espinal en los últimos días de Agosto de 1902, en época en que el calor sofoca en esas calcinadas llanuras del Tolima.

El 5 de Septiembre se reunió un Consejo de Guerra verbal que, desentendiéndose en absoluto de su elevada misión, no fue congregación de jueces, sino pandilla de verdugos. Allí no cabía defensa, ni había medios ni tiempo para hacerla, ni era posible tampoco que á aquel horno encendido de pasiones insanas penetrase la Justicia.

Allí sólo se pensaba en matar, en cumplir la consigna de matar.

Aquí, en Bogotá, un bárbaro disfrazado de frac, un hombre desconocido y oscuro, que pugnaba por elevarse y sobresalir, y que no contando ni con ilustración, ni con valor, ni con simpatías, echaba mano de su única fuerza: la crueldad; ese hombre, decimos, dio la nota alta, preconizó el cadalso político como la gran panacea de los pueblos. Y, ¡oh misterios del insondable corazón humano!, otro hombre, vecino de las tumbas, hasta ayer afable y dulce, de alta posición política y social, miembro activo de las Sociedades de San Vicente de Paúl, fervoroso observante de las prácticas externas de la Religión Católica, propagador en mensajes y proclamas de teorías de paz, de confraternidad y tolerancia, ese otro hombre sancionó la doctrina aquella y arrojó á muchos de sus conciudadanos al cadalso!

¡Ah!, al atropellar así por todo sentimiento de caridad, de humanidad, de civilización; al ensañarse así contra los vencidos; al mostrar pasiones que sólo pueden explicarse en pueblos primitivos, esos dos hombres—más desgraciados que sus víctimas—se colocaron voluntariamente en la picota é hicieron un mal inmenso á su Partido y á la Patria.

Ellos burlaron las aspiraciones patrióticas de ese distinguido grupo conservador que acaudillaba el Dr. Martínez Silva; ellos echaron sobre los hombros del Partido Conservador un fardo de responsabilidades tan grande, que ese Partido no podrá—cualesquiera que sean los espejismos de la fuerza en los actuales momentos—aspirar en lo futuro al predominio político en Colombia, si no cambia de orientación y de prácticas.

Fue aquella la hora más negra y más triste de la Patria, y el historiador futuro creería que hasta los más insignificantes vestigios de civilización se habían hundido en el revuelto mar de las pasiones políticas, si una gran mayoría del Clero, siguiendo el ejemplo de su Pastor, el Primado de la Iglesia de Colombia; y otro hombre de raro valor, no hubiesen salvado, con su actitud, el derecho que tiene este país á que se le cuente entre los pueblos civilizados de la tierra.

Ese hombre de raro valor, de verbo poderoso y viril; ése que en aquellos días de confusión y de terror se irguió para gritar á los verdugos ¡atrás!, ese hombre fue D. Miguel Antonio Caro.

Desgraciadamente, la semilla arrojada de lo alto había caído en tierra fértil. Los dominadores del Tolima la recibieron con placer, con delectación morosa la sembraron, cultivaron la planta con esmero, y ella dio frutos abundantes, no de bendición, pero sí de ruinas y de sangre.

Frutos suyos fueron los fusilamientos de Vidal, Lezama y Piñeros; de Leiva, de Suárez Lacroix, de Román Góngora y de Bernabé Barrios, y la muerte de centenares de infelices sacrificados en las llamas, en el Norte del Tolima. Horrible fruto de esa planta envenenada fue el fusilamiento ordenado por el General Toribio Rivera, de diez y seis infelices prisioneros del Guamo, por el delito, por el enorme delito de haber hecho un roto en una pared para fugarse; y frutos suyos fueron el machetear salvaje al cadáver de Tulio Varón, lo mismo que la exhibición en Ibagué de cabezas de liberales, separadas de sus troncos, y traídas de regiones lejanas colgadas al arzón de las monturas!

Fruto suyo fue el patíbulo en que perecieron el General Ramón Chaves y cinco compañeros, aprehendidos inermes en Diciembre de 1902, es decir, mucho después de los tratados de Panamá.

Y fue también fruto de esa higuera maldita la sentencia del Consejo de Guerra, dictada el 6 de Septiembre de 1902, por medio de la cual fueron condenados á muerte el General Pulido, el General Gabriel Calderón y cinco jóvenes oficiales.

Tal sentencia se les notificó el mismo día 6, pero las terribles agonías de la capilla no cesaron hasta el 13 á las cinco de la mañana, hora en que el fusilamiento se llevó á cabo.

Durante esos días, el Gobernador General de la Diócesis de Ibagué, Ilmo. Sr. Blanco, se dirigió por telégrafo al Sr. Vicepresidente de la República, en demanda de gracia para los condenados; pero aquí no se le oyó: la piedad no tenía, por entonces, acceso á los salones de San Carlos.

El viejo luchador, gastado por las fatigas de la campaña y por los padecimientos de la prisión, estaba enfermo. Ya el cuerpo cedía al empuje de los años y de las peripecias de la suerte; sólo quedaba en pie, altiva y soberana, la poderosa energía de ese gran carácter.

En esas horas solemnes no tuvo un instante de debilidad ni de soberbia. Fuerte, resignado y tranquilo, esperó el momento supremo en que la pequeñez de sus enemigos debía vengar en él sus grandes servicios al liberalismo.

Con paso firme y resuelto marchó al patíbulo; sin vacilar tomó asiento en el fatídico banco, y esperó la muerte con serenidad estoica.

Cuando la descarga retumbó en los aires, rodó á la arena, ensangrentado y muerto, el Gran Caudillo, y uniendo á sus laureles de General la corona del Mártir, se alzó de allí á la inmortalidad de la Historia.

FABIO LOZANO T.

FIN

SALA DE PATRIMONIO
DOCUMENTAL
Centro Cultural Biblioteca
Luis Echavarría Villegas

BIBLIOTECA
Universidad EAFIT



100058067

